TOVE ALSTERDAL

# Mujeres en la playa

Tres mujeres deberán afrontar su destino con un coraje propio de heroínas: Terese, quien descubre en una playa el cadáver de un hombre africano; María, que inicia una nueva vida tras entrar de forma clandestina en España; Ally, que busca a su marido desaparecido durante una investigación sobre las formas modernas de esclavitud.

Tove Alsterdal

# Mujeres en la playa

**ePub r1.0**
**algarco** 25.06.14

Título original: *Kvinnorna på Stranden*
Tove Alsterdal, 2009
Traducción: Juan Capel

Editor digital: algarco
ePub base r1.1

# Tarifa, lunes 22 de septiembre 03.34 H

El barco escoró y el panorama cambió a través de la ventanilla. A largos intervalos, solo había visto nubes y mástiles de otros barcos, pero ahora, de momento, era la ciudad la que allí aparecía. Todas las ventanas estaban a oscuras. Si esperaba un poco más, pronto amanecería.

Le dolió la pierna al incorporarse. El mundo se tambaleaba, o quizá fueran el mar y el barco.

Entre las tres y las cuatro, le había dicho el hombre antes de marcharse. Ella se acurrucó en un rincón y se quedó tan quieta como pudo. «Entre las tres y las cuatro —le dijo—. Esta noche», y lo entendió cuando le señaló el sol con tres, cuatro dedos al aire, indicándole que iba a ponerse. Oscuridad. Noche. Escapar de allí.

No supo decirle que había perdido el reloj y la noción del tiempo, que es lo que sucede cuando uno se dispone a morir y hundirse en la inmensa oscuridad donde ya no existe el tiempo.

El hombre había dejado una alfombra enrollada en el suelo del camarote. Ella no podía entender qué pintaba una preciosa alfombra roja en un barco de pesca. Tendría que estar en el suelo de piedra de un bonito salón. Si llevaban en sus barcos esa clase de alfombras, pensó mientras la extendía y se agazapaba a la espera, ¿qué tendrían en sus casas?

Para entonces, los ruidos habían cesado. Estrépito de hierros contra el asfalto, voces de hombres, coches que arrancaban y desaparecían. A la puesta del sol, las nubes se tiñeron de rosa pálido hasta que todos los colores se difuminaron y el cielo adquirió una intensa oscuridad. Sin luna, sin estrellas, sin algo que sirviera de referencia. Como una plegaria muda, la certeza de que el mundo era el mismo.

Giró despacio el pomo de la puerta metálica. El olor a mar y gasolina la zarandeó. Controló el batiente de la puerta, la cerró a su espalda y se agazapó en cubierta.

Había menos oscuridad de la esperada. La luz dorada de unos reflectores más altos que la torre de la iglesia bañaba el puerto. Se quedó inmóvil, en cuclillas, a la escucha. Las amarras crujían al mecerse el barco. El chirrido de una cadena, el embate del agua contra el muelle. Y luego el viento, solo los ruidos de la noche entretenidos consigo mismos. Nada más.

Atrapó el cabo que amarraba el barco y fue tirando despacio, muy despacio, cada vez más cerca del muelle. El barco cabeceaba con un ruido sordo.

Palpó la superficie rugosa de piedra con las palmas de las manos. Tierra firme. Se impulsó con la pierna buena y saltó al muelle. Dio un tumbo y se quedó boca abajo, al abrigo de un montón de redes recogidas. Dispuestas a lo largo del muelle, vio redes similares con una alfombra encima a modo de cobertor. Para eso el pescador tenía la alfombra, pensó, para proteger sus redes de la lluvia y el viento, de las alimañas que merodeaban al acecho de restos de pescado.

Pasaron unos segundos, quizá minutos. Todo era quietud a excepción del viento y la luz palpitante del faro.

Respiró hondo y luego corrió tan rápido como pudo hacia un depósito del puerto, con la pierna dolorida y el cuerpo combado. El hombre le había indicado con un dedo en el suelo cómo debía alejarse del puerto siguiendo la muralla, continuando la línea de costa y dirigiéndose después hacia un punto de la ciudad. Una estación de autobuses. Desde allí debía dirigirse a Cádiz, Algeciras o Málaga. Cádiz era el nombre que más le sonaba.

Tropezó con unas tuberías y oyó el eco del estruendo entre los muros de piedra. Se escondió a toda prisa tras un contenedor.

Vigilan, pensó, y aguzó el oído. No puedo permitir que la calma y el silencio me confundan. Además, no hay silencio: oigo el embate de las olas contra el muro y escucho el tableteo del viento contra el chapado de algún lugar cercano, pero no oigo pasos, ni nadie puede oír los míos.

Se miró los pies descalzos. Sus zapatos, la falda y la rebeca se los

había tragado el mar. Ahora vestía el anorak verde que tenía encima cuando despertó en la cubierta del pesquero. En el camarote encontró una toalla que se anudó alrededor de la cadera a modo de falda.

Se cubrió la cabeza con la capucha, trepó con cuidado por encima de un montón de vigas de hierro, corrió agachada el último tramo y se hundió entre un montón de botellas de plástico.

Allí acababa el puerto. Estaba acorralada. A un lado la muralla y, enfrente, una verja de dos metros de altura, para dar paso al almacén del puerto. Pudo ver un trecho de calle entre las rejas, con plantas que brotaban entre las grietas del asfalto. Más allá, como un esqueleto de piedra recortado contra el cielo, se erigían las ruinas de una poderosa fortaleza.

Le dolían los ojos. Resultaba agotador tratar de ver con nitidez en aquella luz dorada, ni clara ni oscura, de un prolongado crepúsculo. Si cerraba los ojos, se precipitaría al vacío. Hacía mucho tiempo que no dormía una noche entera.

Se puso en cuclillas. Durante los últimos meses había aprendido a prestar atención, a fijarse en todo y a disponer sus pasos con precaución.

Entonces oyó un rumor. Un coche se acercaba por el puerto. Se echó al suelo y contuvo el aliento. Las luces del coche enfocaron la muralla, muy cerca de sus pies; botellas y demás cachivaches brillaron a la luz de los faros. Entonces vio la escalera que remontaba la muralla. Blancos peldaños labrados en la roca unos pocos metros más allá. Luego todo volvió a quedar en penumbra. El coche dio la vuelta y se alejó, no se detuvo, gracias a Dios que no lo hizo. Antes de que desapareciera en dirección a la verja y su ruido se apagara, vio la luz azul de la capota. Un coche patrulla de la policía.

Subió aprisa la escalera de piedra y saltó por encima del muro. Para su sorpresa, aterrizó sobre algo blando. Hasta ahora todo con lo que había tropezado en aquel país era duro: asfalto, roca, tuberías, pero, de pronto, lo que tenía a sus pies era arena blanda, y sintió que el suelo la acariciaba.

Había una sombrilla volcada en la playa. Solo un ratito, pensó, y se arrebujó en su abrigo, solo descansaré aquí un suspiro de la

eternidad de Dios.

Tomó un puñado de arena fina y la dejó colarse entre los dedos. Echó la cabeza atrás y miró directamente a la oscuridad del cielo. El viento le sacudió la cara y le echó la capucha hacia atrás.

¿Cuándo acabará el viento?, pensó. ¿Cuándo amainará el viento y se calmará el mar?

Volvió a incorporarse y supo que la pierna no la iba a llevar muy lejos. Sintió como si el pie quisiera separarse del cuerpo; tendría que cargar con él.

Prosiguió agachada a lo largo de otro muro, nuevo y más bajo, que impedía a la arena rebasar la carretera y convertir la ciudad en un desierto. Matas de espinas le pinchaban los pies. Levantó el pie herido para ver si sangraba y descubrió que había pisado excrementos de perro. El pie apestaba. No podía presentarse en ese país oliendo tan mal, pero no tenía tiempo de bajar hasta el mar para lavarse. ¿En qué clase de persona se había convertido? Restregó la planta del pie contra la arena para ahuyentar el hedor, se enjugó las lágrimas con la mano y le entró arena en los ojos… Había arena por todas partes.

Pensó que tal vez podría caminar a lo largo de la carretera. Como una persona cualquiera y no como un ladrón o como un perro apaleado. La carretera estaba alumbrada y sabía que era peligroso, pero irguió la espalda y pronto tuvo el asfalto bajo los pies. Por un momento volvió a sentirse persona. Alguien que camina sin miedo.

Como si las mujeres caminasen así, descalzas, por la ciudad, en plena noche, pensó después, y en ese momento reparó en algo que había en un banco de hormigón, un alto en el camino.

Veo mal, pensó, ya no puedo fiarme de mis ojos. Se acercó un poco más y confirmó su primera impresión. Un par de zapatos. Alargó la mano pero detuvo el gesto y miró a su alrededor. Quizá era una trampa. Alguien la vigilaba. Pero ¿a quién se le iba a ocurrir una idea tan extraña?

Se trataba sencillamente de un milagro. Un don de Dios. Palpó los zapatos con cuidado. Eran de verdad. Y eran de oro.

Bueno, pensó, y cogió los zapatos. Eran zapatos de lona corrientes, estampados en oro, pero qué más daba. Casi le venían bien. Le apretaba un poco la punta. No pensaba quejarse por ello.

Algún poder celestial había puesto los zapatos en su camino para que no volviera a pisar excrementos de perro.

Se volvió y miró atrás por vez primera desde que puso pie en tierra. En el horizonte, al otro lado del estrecho, África se erigía como una sombra poderosa. Estaba tan cerca que podía ver los montes y las luces dispersas en la oscuridad.

Luego se puso en marcha y no volvió a mirar atrás.

Por favor, ojalá sea una pesadilla, pensó Terese cuando despertó en la playa. Dejadme despertar una vez más, de veras, en mi propia cama.

Se fue incorporando poco a poco y sintió que la cabeza le retumbaba. El mar se mecía y la oscuridad la envolvía. Una bandada de gaviotas dormía en un charco que había dejado la marea. Por lo demás, la playa estaba desierta.

Cerró los ojos y volvió a abrirlos, tratando de comprender lo que había ocurrido. Estaba sola. Él se había ido.

Llevaba sucios los pantalones blancos, y la camiseta de fantasía y la rebeca no eran suficientes contra el frío; el viento la atravesaba. Además, tenía la boca seca y llena de arena, como un desierto. Escupía, carraspeaba y trataba de quitarse la arena con la mano, pero se le había metido bajo la lengua y en la garganta, como mínimo iba a necesitar un botellón de agua para enjuagarse. ¡El bolso!

Terese excavó a su alrededor con las manos. Era difícil ver nada a media luz, una penumbra plomiza que irritaba la vista a la sempiterna claridad parpadeante del faro. Sabía que el faro estaba en una isla, la isla de las Palomas. Cerrada al turismo: zona militar. Una carretera conducía hasta allí y así lo señalaban los letreros que había junto a la verja. Allí las olas batían los acantilados con grandes cascadas.

Entonces vio el bolso. El corazón le dio un vuelco. Estaba medio enterrado en la arena, a unos pasos del hueco que había amoldado su cabeza. Lo rescató de un tirón. Todo estaba en orden, la cartera y la llave del hotel, el móvil y el estuche de maquillaje, incluso la mascota, una ranita en un llavero, y una botella de agua, a Dios gracias. Casi siempre que salía llevaba una botella de agua mineral en el bolso, porque en España el agua del grifo le resultaba

repugnante. Aún quedaban unas gotas. Primero se enjuagó la boca y escupió y luego bebió lo poco que quedaba. Después sacó el billetero y lo abrió con el corazón en un puño. El compartimento de los billetes estaba vacío. Llevaba casi cien euros cuando salió por la noche, ¡no había podido beber tanto! ¡Y el pasaporte! Rebuscó en el bolso pero no estaba allí. Terese estaba segura de haberlo llevado consigo, siempre lo hacía, por puro reflejo, aunque todos le dijeran que era innecesario.

Los zapatos también habían desaparecido. Se miró los pies. Estaban tostados de sol, blancos en los bordes. Llenos de arena entre los dedos. Buscó por todas partes los zapatos de bailarina que llevaba pero no aparecieron. ¿Cuándo se los había quitado? ¿Antes o después? Se frotó la frente con las palmas de las manos para poner fin al desconcierto que la embargaba.

Tenía que pensar con claridad y recordar.

¿Había corrido descalza por la arena cuando él la tomó de la mano y la arrastró al mar, riendo a carcajadas para sentir si sus risas se las llevaba el viento?

Recordó su pelo alborotado, descolorido por el sol, sus ojos que la alumbraban. Los brazos fuertes, correosos de músculos y entrenamiento, la camisa flameando para que ella pudiera ver su estómago bronceado, sin el menor asomo de grasa. No le entendió cuando la tomó de la mano al cierre del Blue Heaven Bar y le dijo al oído que debían seguir.

—Ahora no puedes irte a casa —le dijo—, acabo de descubrirte.

Terese acarició la arena a su lado. Estaba fría. ¿Habría allí alguna huella, algún rastro de él, alguna sensación de calor? También podía ser una ilusión, ya que en Tarifa hacía más aire que en ningún otro sitio de la tierra y el viento barría toda huella en un pestañeo.

Nadie necesita saber lo que ha pasado, pensó. En ese caso, no ha pasado nada. Si no se lo cuento a nadie.

Se ciñó la rebeca más al cuerpo. La arena le rascaba dentro de las bragas. Sentía pringosa la entrepierna.

—Imagina que hay alguien por aquí —le dijo cuando él la arrastraba al mar—. Alguien que nos esté vigilando.

—Qué mal pensada eres —dijo él y la besó con la lengua como

ariete al mismo tiempo que le metía las manos por todo el cuerpo, por dentro de la camiseta y de las bragas. Cuando le bajó los ceñidos pantalones y se revolcaron en la arena, ella creyó enamorarse: era el chico más guapo con quien jamás había estado.

¡Tendrían que verme ahora!

No puedes haber estado en Tarifa sin haber echado un polvo en su playa. Es como ir a París y no ver la torre Eiffel.

Después, al hundir el culo, sintió la arena contra su piel. Granos de arena se comprimían entre sus nalgas cuando él dirigió su pene con la mano y no acertó a la primera, sino que hurgó y hurgó hasta abrirse paso. Y solo sintió escozor cuando él la llenó de arena.

No debió haberse quedado dormida al final. Pasó todo tan rápido…

Desde las cimas de los montes se oía el sempiterno estruendo de los molinos de energía eólica que volteaban contra el espacio. Pensó que parecían batidoras eléctricas que hacían nata con aire. Él le rio la ocurrencia. Terese se mordió las puntas de los dedos para no romper a llorar.

Debió de pensar que fui un desastre, conjeturó. Inservible. De lo contrario se habría quedado y habría querido follar conmigo una y otra vez.

La náusea se le subió a la garganta. Debió de beber dos o tres Cosmopolitan y después unos cuantos mojitos.

Trató de incorporarse, pero la playa entera se tambaleó. Se puso en cuclillas con las manos en las rodillas y permaneció en esa postura hasta que se le pasó el mareo, tragó saliva varias veces para no vomitar en tierra y verse obligada a sentir el hedor de todo lo que echara. No soportaba sentirse tan sucia. Por eso se dirigió al agua con pasos vacilantes. No estaba lejos, tal vez a unos veinte metros.

Anduvo muy despacio, poniendo los pies con cuidado de no pisar nada desagradable. Sintió la arena fría contra las plantas de los pies y se quedó aturdida cuando la alcanzó la primera ola. El agua estaba casi tibia, templada, y se adentró unos pasos para salir al encuentro de la siguiente ola. Cuando esta rompió, atrapó el agua espumosa en sus manos, dejó que la rociara, y sintió que le refrescaba la cara y le despejaba un poco la cabeza.

A su izquierda surgió del agua un promontorio oscuro y de escasa altura, un rompeolas de grandes rocas que se internaba unos diez metros mar adentro. Parecía una gigantesca bestia prehistórica que descansaba al borde de la playa, el espinazo de un brontosaurio durmiente. Fue vadeando hasta allí y le dio por treparlo y sentarse en su extremo. Poner un rato las muñecas en remojo era algo que solía aliviar la náusea. Si vomitaba, desaparecería y la olvidaría en un santiamén.

El agua le cubría los tobillos. La brisa marina arreciaba con fuerza. Pensó que las rocas del promontorio serían duras y punzantes, pero cuando fue a trepar y puso el pie en la primera piedra, resultó que era lisa y escurridiza, y resbaló.

Dio un grito, se impulsó hacia una roca y se golpeó el hombro. Se encaramó a un saliente y sacó los pies del agua a toda prisa. Luego se inclinó y miró hacia abajo: quería saber qué mierda de pez había pisado.

La ola se retiró y el mar tomó impulso para enviar la siguiente. Terese miraba y el desbarajuste arreciaba en su cabeza.

No era un pez. Una mano sobresalía por encima del agua y se alargaba bajo la superficie. Un brazo. Durante un rato clavó la mirada allí donde el brazo se hacía hombro y se convertía en cuerpo. Allí yacía un hombre, incrustado entre las rocas. Un hombre negro.

Se lamentó al descubrir que había puesto el pie en su cuerpo. Había pisado un cadáver. El pecho o el estómago, no quiso saberlo. Sollozó y se quedó paralizada; luego reculó con los pies a rastras hasta lo alto del promontorio y restregó el pie a conciencia contra una de las rocas para ahuyentar la sensación viscosa y escurridiza de la planta del pie.

Pero no pudo dejar de volver a mirar. Era un hombre quien yacía allí. Ahora lo veía con nitidez. Su piel era negra, reluciente por el agua. Como un pez, una anguila, algo viscoso que vivía en el mar. Estaba totalmente desnudo. Le pareció que un animal se arrastraba por su hombro y se agachó sin querer. La siguiente ola batió contra las rocas y la playa, le salpicó el rostro y volvió a retirarse, el agua bullía y burbujeaba en torno al cuerpo. Daba la impresión de que se movía. Por un instante imaginó que el hombre

negro iba a salir del mar, tomarla de los pies y arrastrarla al agua. ¿Y si estaba vivo?

Entonces se encendieron las primeras luces del alba en algún lugar más allá de las montañas y el mar se tiñó de verde. Miró el rostro del muerto. Tenía los ojos cerrados pero la boca era un abismo abierto de par en par, como un grito ahogado que no se oía, y los dientes blancos brillaban y se mecían bajo el agua.

Dios de los cielos, padre mío, ayúdame, pensó Terese, aquí estoy sola.

Luego se le revolvió el estómago y se llevó la mano a la boca mientras trepaba por las rocas y caía al otro lado. Seguía vomitando cuando echó a correr dando tumbos.

# Nueva York lunes, 22 de septiembre

Según mis cálculos, debía de estar de siete semanas. Había aplazado *in extremis* la prueba de embarazo y deseaba que Patrick estuviera de vuelta en casa. En ese caso podríamos compartirlo. No la prueba de orina, desde luego, hasta ahí podíamos llegar, pero sí la espera. Hasta que aparecieran las rayas.

Se me aceleró el pulso cuando saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta. En el fragor del tráfico, podía haber perdido alguna llamada.

No, no había llamadas perdidas. La pantalla estaba en blanco.

Había explicaciones lógicas, me dije. Patrick se desvivía por su trabajo y no iba a ser la primera vez, había ocurrido antes, que estuviera sumido en alguna pesquisa intrincada y espeluznante hasta el punto de olvidar todo lo demás. No tiraba la toalla antes de buscar bajo todas las piedras. En cierta ocasión, hacía tres años, antes de casarnos, no dio señales de vida durante una semana y a mí no me cupo duda alguna de que se había echado atrás y me había abandonado. Resultó que había estado tratando con unos pequeños gánsteres de Washington DC, y allí estaba, infiltrado, para llevar a cabo una minuciosa investigación desde dentro. Volvió a casa con una costilla rota y un reportaje nominado al premio Pulitzer.

Marqué su número por enésima vez aquella mañana.

Si contestas ahora te prometo que haremos lo que quieras —pensé mientras se oía el tono—. Nos vamos de Manhattan y compramos esa casa de Norwood, en Nueva Jersey, y si está vendida encontraremos otra parecida y luego tendremos hijos y haremos barbacoas con los vecinos y yo terminaré en el teatro y empezaré a coser sombreros para los niños. Lo que sea. Con tal de

que contestes ahora.

La línea hizo un clic cuando el contestador se puso en marcha: *Hola, has llamado a Patrick Cornwall…*

El mismo mensaje de esta mañana al despertar, el de toda la semana. Cada día sonaba más vacío.

*Si no contesto es porque seguramente estoy muy ocupado, ten la bondad de dejar un mensaje después de la señal. Pip*.

Habían pasado diez días desde su última llamada.

El último viernes.

Yo estaba en Boston con Benji, mi asistente, para recoger una butaca de la época de la Rusia de los zares. Aquel mueble era la última pieza del rompecabezas escenográfico de *Tres hermanas* y lo vendía un anciano peluquero cuya abuela había huido de San Petersburgo en 1917.

Patrick llamó al cerrar el trato. Benji y yo cogimos la butaca, cada uno por su lado, y empezamos a bajar los estrechos escalones de un edificio, que, por puro agotamiento, amenazaba ruina en cualquier momento.

—Solo quería darte las buenas noches —dijo Patrick desde la otra orilla del Atlántico—. Te echo mucho de menos.

—Me pillas en muy mal momento —dije, y dejé la butaca sobre un escalón mientras Benji aguantaba para que la joya no se precipitara escalera abajo.

El peluquero seguía junto a la puerta con pinta de preocupación en la cara. Yo, la verdad, lo único que deseaba era salir de allí antes de que se arrepintiera. La herencia de la abuela era lo más preciado de sus pertenencias, dijo, pero quería ver Rusia antes de morir y por eso lo vendía todo. Si le alcanzaba el dinero se compraría una sepultura en el monasterio de Alejandro Nevski de San Petersburgo, donde descansaban los próceres de la patria.

—No te imaginas el reportaje que me va a salir —proseguía Patrick a mi oído—. Si no se convierte en el reportaje del año, entonces no sé yo…

—¿Has salido de bares? —Eché una ojeada al reloj. Eran las seis en Boston. Medianoche en París. Me confortaba oír su voz.

Tartajeaba de forma manifiesta.

—No, estoy de vuelta en el hotel —dijo. Ruidos de fondo, el

claxon de un coche, voces al lado—. ¿Y sabes qué estoy viendo ahora? La cúpula del Panteón donde Victor Hugo yace. También puedo ver los tragaluces de la Sorbona, ya sabes que vive gente en las buhardillas, bajo los aleros, pero han apagado las luces y ya se han acostado. Me gustaría que estuvieras aquí.

—Yo estoy en Boston, en medio de una escalera —dije, y oí cómo el peluquero empezaba a discutir con Benji. Era obvio que quería más dinero.

—Los hombres no valen nada, maldita sea —proseguía Patrick —, no son sino objetos de compraventa.

—Tengo que colgar, Patrick, de veras, podríamos hablar mañana.

Se le oyó beber algo.

—No puedo decírtelo por teléfono —prosiguió—, pero voy a empapelar el mundo entero con este reportaje, que no crean que pueden taparme la boca.

—No, claro, ¿quién podría hacerlo? —suspiré e hice un guiño al pobre Benji, cuyo rostro empezaba a enrojecer de forma alarmante. Yo no tenía ni idea de lo que podía costar una tumba junto a la de Dostoïevski, pero estaba segura de que era más de lo que podía sufragar mi presupuesto.

—Y luego salí a dar una vuelta, al
Harry's
New York Bar, para poder hablar inglés con alguien. ¿Sabías que Hemingway solía visitarlo cuando residía en París?

—¡Estás borracho!

—Tengo que despejar la cabeza y pensar en otras cosas que no sean muerte y miseria. No vas a entenderlo, pero este es un viaje a las tinieblas.

—Por favor, cariño, hablaremos mañana.

Era ridícula la dificultad que sentía para despedir a Patrick. Una parte de mí, por pequeña que fuera, temía que él desapareciera si le colgaba el teléfono.

Una señal sonó entonces a su lado.

—Un segundo —dijo Patrick—, llaman al otro teléfono.

Le oí pronunciar su propio nombre con acento francés, sonaba divertido, como el de alguien que yo no conociera. ¿Quién le

llamaba en plena noche a un hotel de París? Patrick levantó la voz, gritó para que lo oyera hasta el ruso de la escalera.

—*Mais-ce qui est en feu? Quoi? Maintenant? Mais ce qui se passe, nom de Dieu*
*qu'est*
*dis-moi*
!

Después volvió a mi línea.

—Tengo que irme, cariño. Maldita sea. —Sonó como si golpeara algo, un tropezón tal vez—. Te llamo mañana.

Colgamos los teléfonos y fue lo último que oí de él.

Crucé la Octava Avenida en dirección a Joyce Theatre. Por el rabillo del ojo vi luces azules que giraban junto a la siguiente manzana, pero las sirenas se oían en algún lugar a lo lejos, en otro universo donde tal vez no pasaran estas cosas. El teléfono mudo en mi mano. El bebé que crecía en mi vientre. Patrick que no sabía que iba a ser padre.

—¡Ally!

Fue la chica de la recepción, Brenda no-sé-qué, la que me detuvo a la entrada del teatro.

—¿Te llamas Cornwall, verdad? ¿Alena Cornwall? Ha llegado una carta para ti. —Levantó un grueso sobre—. Es de París.

El corazón me dio un salto mortal cuando tomé el sobre en mis manos.

Para Alena Cornwall, Joyce Theatre, 8th Ave., Chelsea, Nueva York.

La autoría de la letra no ofrecía duda, pulcros trazos en renglones regulares delataban que Patrick fue alguna vez el niño mimado de su madre.

Doblé el sobre, era grueso y contenía algo más que papel. A tenor del matasellos, lo había enviado desde París una semana antes, el 16 de septiembre, el martes pasado. La imagen de los sellos reproducía una mujer con gorro frigio y cabellos ondulantes dentro de una nube de estrellas, símbolo de Francia y de la libertad.

—¿Cuándo ha llegado? —le pregunté a Brenda—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—No sé —respondió al tiempo que se limpiaba las manos con

una servilleta de papel—. Siempre tenía oculta bajo el mostrador alguna de esas pringosas barritas de chocolate Mars que comía a escondidas. Quizás el viernes. Yo no estaba de turno entonces. Seguro que no supieron dónde dejarlo.

Me adentré por la galería que conducía al despacho y los camerinos. Maldita sea, mira que no poder recibir el correo a tiempo… Algunos creían que una no existía por carecer de alta de empleo y apartado de correos. ¿Y por qué demonios había enviado Patrick la carta al teatro y no a casa? Era impersonal a más no poder. Además, ni siquiera se había molestado en controlar la dirección, faltaban el número de la calle y el distrito postal y eso significaba algo.

Apuros. Algo le pasaba. Había conocido a otra y no se atrevía a venir a casa y decírmelo a la cara. Me había abandonado.

Me detuve en seco cuando golpearon una puerta delante de mis narices. Desde dentro se precipitó una de las bailarinas de la función.

—Pero si he estado a punto de matarme —gritó Leia—. ¿Puedes creer que la pared se me ha venido encima?

Me quejé en voz alta. Leia era un ramillete de nervios de veintidós años a la que habían pronosticado convertirse en la próxima gran estrella de la escena de danza neoyorquina, lo que le hacía creer que el resto del mundo giraba a su alrededor. Abrió los ojos como platos en cuanto me vio.

—Esto tienes que arreglarlo tú —dijo—, de lo contrario no vuelvo a poner los pies en el escenario.

—Yo no puedo ponerme a hacer obras en el edificio, maldita sea —le dije—. Todos saben que hay poco espacio fuera del escenario. Pide que alguien esté atento a sujetarte, es lo que se suele hacer.

Le di la espalda y continué mi marcha. No pensaba rebajarme ante una niñata a quien habían bautizado con el nombre de una princesa de la *Guerra de las Galaxias*.

—Tú no deberías trabajar en esto —gritó a mi espalda—, porque a ti no te importan los demás.

Me di la vuelta.

—Y tú eres una niñata consentida —le dije.

Leia corrió a su camerino y volvió a dar un portazo.

La carta me sudaba en las manos.

Entré al cuarto sin ventanas que hacía las veces de despacho de producción para compañías invitadas, cerré la puerta y abrí el sobre.

De dentro salieron una libreta de notas, un disco compacto etiquetado «fotos», una postal de la torre Eiffel y un soplo de alegría al leer el breve texto.

> No te preocupes, pronto estaré en casa. Solo me queda un asunto que resolver. Te amo eternamente. P.
>
> PD. Deja esto en el teatro hasta que yo vuelva a casa. DS.

Leí y releí los renglones.

El aire del cuarto era cada vez más espeso. Las paredes se me venían encima y tuve que dar una patada a la puerta para hacerme espacio. Memoricé: a la izquierda, la galería que conducía a la plataforma de carga de la calle Diecinueve. A la derecha, la salida, el *foyer*, donde una escalinata de estilo Art Decó conducía a la planta que daba a la calle. Había salidas. Entre la calle y yo no había más de treinta segundos a la carrera.

Volví a sentarme en el sillón y contemplé el famoso esqueleto de acero de la postal.

*Solo me queda un asunto que resolver*, escribió. El matasellos del sobre era de la semana anterior. ¿No debería haber resuelto ya ese asunto?

Repasé un poco la libreta de notas. Se trataba de palabras sueltas, rayas, nombres y números de teléfono; ¿por qué me la había enviado precisamente a mí? Para guardarla en el teatro y no en casa. Vi abrirse la oscuridad bajo la aparente alegría de la postal.

*No te preocupes* significaba que tenía razones para preocuparme. Había trabajado lo suficiente en el teatro para saber que la gente no dice lo que quiere decir y que el verdadero sentido se oculta tras las palabras. *Pronto estaré en casa* y *hasta que yo vuelva a casa* sonaban a guisa de información simple y práctica, pero también podría estar engañándome. O engañándose a sí mismo.

Metí el DVD en mi ordenador portátil. Mientras esperaba a bajar las «fotos», me interné en un limbo emocional, una especie de punto

muerto entre positivo y negativo. Era algo que solía hacer los días anteriores a un estreno o ante situaciones catastróficas. En ese estado había pasado varias semanas cuando a mamá le dio la embolia y me la encontré en su apartamento, dando los últimos retoques a la escenografía de un vídeo musical mientras disponía la incineración y preparaba el funeral. Las personas de mi entorno empezaron a hablar de psicólogos, pero en vez de eso dormí dos semanas cuando todo pasó y luego pude volver al trabajo.

Una foto apareció en la pantalla. Era imprecisa y mostraba a un hombre casi de refilón, alejándose de la cámara. En la foto siguiente había dos hombres fuera de un portal, parecía que era de noche y la foto tampoco era muy buena. Seguí mirando y no entendía nada. Patrick, a la vista estaba, no era un brillante fotógrafo, su terreno eran la lengua y las palabras, pero aun así solía hacer fotos aceptables. Estas eran pésimas. Tipos borrosos de expresión anodina. Uno de ellos aparecía en varias fotos, la clásica rata de oficina o empleado de banca, acaso publicitario, con gafas cuadradas de finas monturas y ojos claros, vestido con traje o gabán. Las fotos parecían tomadas a distancia, a escondidas. Podían mostrar a los tipos más anónimos de cualquier ciudad de la tierra. Y a mí no me decían nada sobre la clase de reportaje en el que Patrick se había enfrascado.

Cerré los ojos y medité un par de minutos.

Luego me conecté a la red, al sitio de Internet de *The Reporter*, y busqué el número de teléfono de la redacción.

—Quisiera hablar con Richard Evans —dije. Richard era el redactor del periódico al que Patrick vendía sus trabajos, toda una leyenda del ramo.

—Un momento.

Luego quedé emplazada en un prolongado silencio a la espera de extensión. Richard Evans no estaba disponible, pude saber. Después de media hora de extensiones por acá y por allá, di con un asistente de redacción que cayó en la trampa de delatar dónde estaba. Me inventé que le iba a entregar un trabajo de Patrick y pude saber que el redactor estaría de vuelta al cabo de una hora, cuando acabase una rueda de prensa, ya que para entonces tenía unas citas concertadas. Al asistente le pareció que yo debía concertar una cita.

En vez de eso salí a escape del teatro y cogí un taxi hasta la esquina de la Octava Avenida con la calle Cincuenta y Nueve, donde estaba el Universal Press Café, casi junto al edificio del periódico.

Richard Evans estaba sentado al pie de la ventana, inclinado sobre una mesa demasiado baja para su largo cuerpo. Estaba sumido en un periódico y solo echó una mirada rápida cuando yo me acerqué.

—Hay más mesas ahí dentro —dijo señalando el sitio con un gesto. Pese a que tenía más de sesenta años, el cabello lo tenía tan tupido como rubio, con rizos en las puntas.

—Tengo que hablar contigo —le dije—. Me llamo Ally Cornwall, soy la esposa de Patrick Cornwall.

Richard Evans dejó el periódico. Sus ojos, reveladores, eran azules claros como vaqueros pasados por muchas coladas.

—Je, je, ¿eres tú la de Hungría o de por ahí? Patrick me contó algo alguna vez.

—Soy de Lower East Side —repuse y sin más tomé asiento en la silla que tenía delante. Era mi respuesta estándar cuando alguien me preguntaba de dónde era *en realidad*—. Nos conocimos en cierta ocasión con motivo del decimoquinto aniversario del periódico.

—Ah, sí, claro. —Esbozó una leve sonrisa con la comisura de los labios—. Fue cuando Cornwall estuvo nominado al premio.

—Pero no lo obtuvo —dije e hice una señal al mozo que se dedicaba a limpiar mesas para pedirle un zumo de naranja.

Me pasé aquella noche pegada a Patrick, embutida en un vestido verde esmeralda que había tomado prestado de un vestuario, cogida de su mano mientras el bullicio cesaba y todas las miradas se dirigían a las pantallas de los televisores. El premio Pulitzer era lo más preciado en el ramo de Patrick. Su serie de artículos sobre el distrito policial de Prince George, en Washington, llamaron mucho la atención y su nominación fue lo más grande que le había ocurrido, pero al final no sonó su nombre. El premio al mejor reportaje de investigación fue a parar a dos periodistas del *The New York Times* por el esclarecimiento de un delito bursátil en Wall Street. Patrick se emborrachó a conciencia. Al año siguiente invirtió cuatro meses, dos de ellos sin retribución, en seguir a los perdedores

de la nueva economía. El resultado fue un corrosivo reportaje que ocupó varias veces doble página en *The Reporter*, suscitó debate y fue citado por los políticos, pero no volvió a ser nominado y eso le reconcomió la autoestima desde entonces.

—Necesito hablar del encargo de Patrick —dije—, de lo que está haciendo en París.

—¿Sigue allí todavía? Creí que pronto me haría una entrega.

Richard Evans frunció el ceño y cargó una porción de huevos revueltos en el tenedor. Era obvio que prefería desayunar en paz.

—No doy con él —dije—, no responde al móvil desde hace más de una semana.

—Cuando uno está en plena faena no siempre puede llamar a casa —dijo Evans y me miró de reojo por encima de la montura de las gafas.

—No, claro —dije—. Pero no hablamos precisamente de las cavernas de Tora Bora. Es París, Europa. Hay teléfonos.

Richard Evans giró el tenedor y contempló el pedazo de salchicha. La grasa relucía en la superficie del corte.

—De todos modos, parece que lo que se trae entre manos se trata de un asunto muy enrevesado. Tenía mucho interés en que le reservara uno de los números de octubre, con portada y todo.

—¿De qué trata? —le pregunté—. Me refiero al reportaje. —Evans enarcó las cejas. Yo hice de tripas corazón. Era lamentable reconocer lo poco que una sabía de su marido, de lo que se traía entre manos—. Patrick es un celoso guardián de los secretos del periódico —añadí—. Nunca habla con antelación de sus reportajes.

Me esforcé en recordar. Borracho al teléfono, había hablado de muerte y crueldad, de que los hombres no valían nada. Habló de los bares que frecuentaba en París, pero no de las personas que entrevistaba.

—Tráfico de personas —dijo Richard Evans.

—¿Tráfico de personas? ¿Cómo? ¿Trata de blancas, prostitución?

—No, no exactamente. —Se limpió los dedos en la servilleta—. Estaba tras la pista de inmigrantes que son utilizados como fuerza de trabajo en condiciones de esclavitud, sobre su incremento al compás de la globalización. Parias que mueren en contenedores

cuando van a cruzar las fronteras de contrabando, asfixiados o ahogados en el mar entre África y Europa y que reflotan en las playas. Hace unos años, unos chinos perecieron ahogados en Inglaterra cuando recogían mejillones, campesinos de tierra adentro a los que nadie había informado de lo que era una marea. Una espeluznante manera de morir, según mi opinión.

—¿Inglaterra? ¿Pero entonces qué hace en Francia?

—Exacto. No había un enfoque claro. —Evans alzó la mano e hizo una seña al mozo de la barra y le señaló el desayuno concluido —. Cuando compramos reportajes del extranjero tienen que reunir un punto de partida inédito, un ataque propio. Pero eso debería saberlo Cornwall, ya ha trabajado mucho tiempo para nosotros. ¿Cuántos años? ¿Cinco? ¿Seis?

—Patrick suele decir que los periodistas que saben exactamente lo que buscan son peligrosos —dije—. Lo único que hacen es confirmar nuestros prejuicios. No ven la realidad porque ya saben cómo la quieren reflejar.

Sus ojos brillaron al sonreír. Esplendor en el hielo.

—De hecho, puedo reconocerme en Patrick Cornwall, cuando yo tenía su edad, tan tenaz e imbuido de oficio. Esa fe en hallar siempre la verdad si se excava lo suficientemente hondo. No son ya muchos los que lo hacen, los periodistas se han vuelto timoratos, en la actualidad todos tienen miedo, quieren jubilarse, ocuparse de sus casas.

Pidió un expreso. Yo negué con la cabeza al camarero. El olor a huevos revueltos y salchichas me estaba provocando náuseas.

—¿Pero por qué tuvo que viajar a Europa? —dije—. Solo tenía que darse una vuelta por Queens para dar con cosas similares.

Richard Evans movió la cabeza e inició una perorata acerca de los motivos por los cuales la miseria en Queens no vendía tanto como la miseria en París o en Europa, que la miseria era más digerible cuanto más alejada estaba.

Sentí un sudor pegajoso bajo los brazos. En el local quedaba menos espacio, había empezado la avalancha del almuerzo. Hombres de negocios, publicistas.

—… y la idea de recurrir a un *free-lance* obedece a que ellos meten la nariz donde nadie lo hace. Pero eso no lo entienden los

analistas de mercado de ahí arriba. —Señaló con el dedo a las plantas superiores del edificio que había al otro lado de la calle—. Tan pronto como compro un reportaje, por poco controvertido que sea, creen que les voy a llevar de vuelta a 1968.

Yo sabía que *The Reporter* tuvo que cerrar en 1968 por discrepancias en el seno de la dirección en torno al tratamiento que debían dar a la guerra de Vietnam, pero yo no estaba allí para discutir de eso.

—¿Se ha infiltrado? —le pregunté.

—En ese caso, habría sido sensato hablar primero conmigo, pero nunca se sabe. Quizá quiera darnos una sorpresa.

Evans suspiró hondo y se rascó la tupida cabellera. Según Patrick, habría sido redactor jefe de haber sabido manejar un presupuesto. Él conocía el oficio, a diferencia de los expertos en mercadotecnia que ahora se convertían en jefes y a quienes Patrick detestaba tanto como idolatraba a viejos periodistas como Bernstein, Woodward y Evans.

—Antes podía pasarme horas con los reporteros —dijo—. Examinábamos los casos con antelación, los compulsábamos a la luz de múltiples análisis y les dábamos muchas vueltas. Ya no hay tiempo para eso. Yo estuve en Vietnam, presencié Song My, estuve en Phnom Penh poco antes de que entraran los jemeres rojos. Ahora salen de la universidad y creen que el periodismo es cosa de estilo, de estar presente en el texto, de ir por ahí oliendo la realidad.

Eché una mirada de reojo al reloj. Las once y cuarto en Nueva York. Casi la hora de la cena en París. Tenía que volver al teatro.

—O sea, que si te he entendido bien —le dije a bocajarro—, habéis enviado a Patrick a Europa y le habéis pagado un anticipo, pero no sabéis casi nada del caso ni tenéis un contrato sobre plazos de entrega. ¿Es así como suele funcionar?

—No, no le hemos adelantado dinero.

La sangre detuvo su circulación, el tiempo se paró. La gente pasaba a cámara lenta por la calle, llevando sus bocadillos del almuerzo como armas empuñadas. Clavé la mirada en Evans, pero no le saqué una palabra.

—Ya no podemos asignar anticipos, no a los *free-lance*, es una praxis a rajatabla. Recuerdo cuando iba a prometerme con mi

primera esposa, llamé al redactor-jefe y le pedí un anticipo para comprar las alianzas. Suprimen todo lo que antes hacía de este oficio un trabajo grato.

Introdujo sus periódicos en la cartera y se levantó.

—Estoy seguro de que pronto dará señales de vida. Cornwall es de los que cumplen.

Yo también me levanté. El local se tambaleaba. Patrick me había mentido. Nunca había ocurrido antes. ¿O sí?

—Pero, y si no da señales de vida —dije carraspeando—, me refiero en caso de hipótesis, ¿qué hace entonces el periódico?

—No media entre nosotros un encargo directo, el periódico no tiene una responsabilidad formal, si es a eso a lo que te refieres, En calidad de *free-lance*, él es su propia empresa, la que responde de todos los seguros.

Recibí un empujón en la espalda cuando dos jóvenes estudiantes se abrieron paso a codazos, dando voces y llevando en volandas sus libros y tazas de café con leche hasta la mesa que habíamos ocupado.

—Son gajes del oficio, cosas de *free-lance*, ¿a que sí? —dijo Evans—. Uno quiere ser libre, que nadie le diga a qué hora tiene que levantarse por la mañana, encargar a cualquier otro los asuntos rutinarios. Yo sí que puedo echar de menos aquellos tiempos.

Sonrió y dio dos vueltas a la bufanda alrededor del cuello.

—Cuando aparezca, dile de mi parte que le reservo espacio para finales de noviembre.

Tragué saliva. A sus ojos solo era una mujer preocupada a quien debía tranquilizar. Y mientras tanto, mantener a los muchachos en el campo de batalla. Phnom Penh, no te jode, pensé.

—Hay una especie de corresponsal en París de quien nos servimos a veces —dijo y sorteó tarjetas de visita—. De buenas a primeras vuelven a incendiar una barriada y entonces la llamamos. —Unas cuantas tarjetas se le cayeron de las manos y vi cómo se fueron al suelo. Recógelas tú, pensé.

—Es corresponsal de política. —Se agachó para recoger las tarjetas desparramadas—. Creo que también le di su nombre a Patrick. Maldita sea, no la encuentro, pero la tengo en el ordenador. Me dio su tarjeta. Envíame un mensaje si necesitas sus datos.

—Sí, claro. —Me traían sin cuidado las frases de cumplido y salí antes que él por la puerta acristalada, directamente a la derecha, en dirección a la Octava Avenida. Había treinta y ocho bocacalles hasta el teatro, en Chelsea, y anduve todo el camino. Más que nada en el mundo, en aquel momento necesitaba precisamente aire.

«Hay un roble a la orilla del mar, con el tronco rodeado de cadenas doradas». La bailarina dejó flotar la réplica sobre el escenario, su voz era frágil como la de un duende, un sueño.

Los demás entraron en el texto, repetían las palabras en un coro rítmico mientras Masja bailaba su añoranza. En el escenario figuraban las tres butacas de época de la Rusia zarista. Había alquilado dos de ellas en un pequeño museo de Little Odessa y más tarde di con la tercera en Boston, tras pasarme semanas buscándola por media Costa Este.

Fui de puntillas hasta donde estaba Benji, en las primeras filas del patio de butacas, y sentí que había merecido la pena. Los cuerpos ágiles en contraste con los pesados butacones, muy sólidos, buenos para descansar y luego salir pitando de allí. Además, suponían serios obstáculos por estar en medio e impedir moverse a los bailarines con desenvoltura, obligando a rodeos y demoras en la coreografía. La obra de Chejov trataba de tres hermanas que, a lo largo de la representación, mientras el mundo se transforma a su alrededor, suspiran por Moscú sin viajar nunca allí. Primero pensé en el escenario como un vacío cielo estrellado y mucho espacio, pero entendí que se necesitaba algo fijo en el escenario, algo que las atara. ¿Por qué no se largaron, por qué no cogieron el primer tren?

Apreté el brazo a Benji en señal de que estaba de vuelta. En realidad, se llamaba Benedict pero eso no se lo podía contar a nadie.

—¿Qué pasa? —me dijo al oído—. ¿Dónde has estado?

Moví la cabeza.

—Ahora no.

Benji ni siquiera sabía lo que me inquietaba. Había seguido trabajando como de costumbre mientras los pensamientos sobre Patrick me reconcomían las entrañas.

—Ahora ensayan a Masja —me informó en voz baja.

La luz cambió del amarillo al azul, la apagaron y volvieron a encenderla. El técnico de iluminación aún no tenía lista la secuencia.

—Debían de ensayar a Irina, pero Leia se ha encerrado en el camerino. No va a bailar nunca más en este teatro, dice que hay mal ambiente y que no puede dar lo máximo de sí.

Me miró de reojo con una leve sonrisa sardónica.

—Y dice que todo es por tu culpa.

—Sí, claro, maldita sea…

Me levanté y grité para que todo el salón me oyera. Era la chica a la que horas antes había llamado *niñata consentida*. Duncan, el coreógrafo, me clavó la mirada desde el borde del escenario y me hizo señas con la mano para que saliera. Fuera. Y arreglara la situación. Gracias, le entendí el gesto.

—Iré a hablar con ella —le dije a Benji—, ¿o crees que si lo hago querrá quitarse la vida?

Sus escleróticas brillaron azules a la luz mal enfocada.

—Me parece que una vez lo intentó en serio. Fue Duncan quien la encontró. ¿No sabías que habían tenido una historia?

—Vuelvo enseguida —le dije.

Fuera del camerino había una aglomeración de gente.

—No quiere salir —dijo Helen, la protagonista de Olga, la tercera hermana—. Dice que debemos escoger a otra para el papel de Irina, pero sabe que eso es imposible.

—Tranquilízate —dijo Eliza, la promotora del teatro, quien había visto estallar todas las neurosis imaginables dentro de un teatro—. Saldrá en cuanto empiece a preguntarse si la echáis de menos.

Golpeé la puerta.

—Vamos, Leia, sal de ahí —grité—, no debí haberte dicho nada. Sin ti no montamos esta obra. Tú ERES Irina. Nadie la puede interpretar como tú.

El silencio duró trece segundos. Los conté. Luego se oyó el pestillo. Abrí la puerta y entré en el camerino, cerrando la puerta a mi espalda. La bailarina tenía el rostro a rayas, el maquillaje se le había corrido. Seguía llorando.

—No sé lo que te he hecho —me dijo—. ¿Por qué eres tan mala?

—No sé qué me pasó, estoy tan nerviosa por el estreno… —dije.

—A ti no te importa cómo me encuentre yo —dijo Leia—, solo piensas en ti. En este maldito oficio todos piensan en ellos mismos.

—Todos estamos nerviosos —dije—. Es una obra importante.

Leia me miraba tras su máscara embadurnada. Una máscara de desesperación, pensé. Alguna vez debería usarla yo. El maquillaje corrido, un ser a punto de desmoronarse. Primero se le corre el maquillaje, después se le cae todo el rostro y detrás aparece otro. Ninguno es lo que parece. También es pura máscara lo que hay detrás, tan verdadera o falsa como la apariencia.

—¿Qué es lo que te pone nerviosa? —dijo Leia cuando acabó de llorar. Se miró al espejo de reojo y se estiró para alcanzar la crema limpiadora—. Tú no tienes que actuar en escena ante un público que quizá te quiera mal.

—No estoy nerviosa —respondí.

—Entonces, ¿por qué me gritas? ¿Por qué me insultas si no es tu intención?

—Nadie te quiere mal. Te adoran. —Recogí un vestido que estaba tirado en el suelo y lo cepillé. Maldita tía que no podía tener cuidado con el vestuario. Me salió de la boca—. Solo estoy cansada.

—¿Tienes el mes o qué?

—No, no lo tengo. —Lo dije con mucho énfasis. Me percaté cuando ya era demasiado tarde y vi la mirada inquisitiva de Leia, de grandes ojos celestes, a través del espejo.

—¿Es que estás preñada o qué?

Las palabras se quedaron flotando en el aire. Fui incapaz de abrir la boca, solo me quedé mirando a la chica del espejo. Una desequilibrada que apenas pesaba cincuenta kilos. Y vi encenderse una llama en su mirada. Guardé silencio un segundo de más.

—¡Estás encinta, por todos los diablos! —exclamó Leia exultante.

Di la espalda a su irritante rostro embadurnado.

—¿Sabes quién es el padre?

—Claro que lo sé —dije y apenas oí mi propia voz. Solo fue un suspiro, un sordo susurro.

—¡Felicidades! —dijo Leia—. Pobre de ti.

—Nadie lo sabe —dije calladamente—, si dices algo te mato. No, perdona, no es exactamente eso. Es que es tan pronto que apenas hay nada.

—Lo hay —dijo Leia—, claro que lo hay.

Caí en la silla, a su lado, y vi mi propia imagen en el espejo que había encima de la mesa de maquillaje. Pálida y con círculos oscuros bajo los ojos. La noche anterior trabajamos hasta las dos y después no pude dormir, planteándome entre sudores la idea de que Patrick estuviera a punto de desaparecer de mi vida, con que mi hijo fuera a nacer sin ver a su padre. Imaginando que estaba más cansada de lo que podía imaginar.

—Yo también estuve embarazada —dijo Leia.

Fijé la mirada en la mesa. Ella era la última a quien quisiera tener de confidente.

—Aborté —prosiguió—, no quise echar mi carrera por la borda. No había lugar para un niño. Mi novio era un cerdo, nunca se hubiera ocupado de la criatura. ¿Pero tú estás casada, verdad?

Asentí con la cabeza.

—También lo estaba él —dijo Leia.

Me di la vuelta despacio y la miré. La crema limpiadora había convertido el maquillaje en grandes lamparones. En realidad, debería ocuparme de llevarla al escenario, o Duncan nunca volvería a contratarme como escenógrafa.

—¿Te arrepentiste alguna vez de haberlo hecho? —pregunté.

—¿Te refieres a que no sea una madre soltera en un arrabal cualquiera? En tal caso nunca habría podido aceptar este contrato. ¿También lo quiere él? ¿El padre?

Asentí. Es lo que más desea. Quiere todo un equipo de béisbol. La voz se quebró. Le oí con nitidez como si estuviera a mi lado y me dijera al oído: Combinado, claro, chicos y chicas. Su dulce voz.

—Pero tú no necesitas aparecer en escena —dijo Leia—, tú solo te ocupas de la escenografía. Puedes tener barriga. ¿Cuál es el problema?

Saqué un pañuelo de una caja de la mesa de maquillaje y me soné la nariz. Yo también aborté una vez, a los veinte años, después de una *one-night-stand*. Entonces fue sencillo y obvio. Esto era otra cosa.

—Ahora debería haber nacido —dijo Leia y se soltó el lazo que prendía el pelo—. No hay que pensar así, pero a veces lo hago. Aunque no lo quise tener.

Tiré de una toalla colgada y se la arrojé.

—Ahora te lavas —le dije— y sales a bailar. Es lo único que cuenta.

Leia mojó la toalla y se limpió. Su sonrisa resultó una mueca grotesca entre los últimos restos del maquillaje.

«Dios mío, ¿por qué precisamente humano?», dijo mientras se restregaba la cara con fuerza y se incorporaba. «Mejor un buey o un caballo cualquiera, con tal de poder trabajar».

Era una réplica de Irina, del monólogo del primer acto. Leia se puso en marcha y yo tenía que respirar, pero mi cuerpo estaba tan tenso como el suyo cuando se disponía a bailar, lo suyo solo eran tendones, músculos y piel transparente.

«¡Oh! Echo de menos trabajar como a veces se echa de menos beber agua cuando hace mucho calor. Si mañana no empiezo a levantarme temprano y trabajar, debe usted cancelar su amistad conmigo, ¡Ivan Romanovitj!».

—Date prisa —le dije, y me dirigí directamente al despacho de producción, cerré la puerta casi del todo y me metí las uñas en el pelo.

No llorar, no mostrar debilidad. Lo llevaba tan dentro de mí que casi no sabía cómo lo conseguían. Los que lloraban.

—¿Has sabido algo de Patrick?

Era Benji, que acababa de abrir la puerta… Allí estaba ahora, mirándome de manera inquisitiva.

—Tengo que revisar esto —dije mirando al escritorio. Levanté un tocho de recibos que debía contabilizar. Atrezo, clavos y tela.

—¿Empiezas a preocuparte? —se empeñó Benji—. ¿Aún no has dado con él?

Golpeé con fuerza la grapadora cuando pegué los recibos a una hoja. Benji vio la postal y la cogió.

—Ajá, la torre Eiffel —dijo—. Si Patrick fuera mi marido nunca le hubiera permitido marcharse a París.

—Tú no tienes marido —dije.

—Dice que no debes preocuparte. —Agitó la postal y sonrió—.

Lo único que quiere es que le eches de menos, por eso no llama.

Moví la cabeza.

—No se trata de eso.

—¿No se trata siempre de eso? —dijo—. ¿Quién llama y quién espera? Y siempre juega con ventaja el que no llama, cosa que es injusta.

La perfecta pronunciación de Tour
d'Eiffel
de Benji resonaba en mi cabeza.

—¿Hablas francés? —dije.

—*Oui, bien sûr* —dijo y sonrió—. Pasé un año en Lyon como alumno de intercambio, adoro Francia.

—Francia es un país de mierda —dije en serio. Caí en la cuenta de que había estado irritada desde que Patrick me dijo que iba a viajar allí. Tal vez había notado mi aversión. Por eso me contó tan poco. Por eso no le pregunté. Yo viví unos años oscuros de mi infancia en una aldea francesa. Del idioma no recordaba nada.

—Escucha esto. —Hice un gran esfuerzo de concentración para recordar lo que Patrick gritó al teléfono cuando yo estaba en la escalera de Boston—. «*Mais-ce qui est en feu*
*qu'est*
?». —Lo pronuncié despacio para no trabucar las sílabas. Las palabras no me decían nada—. «*Quoi? Maintenant? Mais ce qui se passe, nom de Dieu*
*dis-moi*
!».

—¿Quién dice eso?

—¿Sabes lo que significa?

Benji se atusó el cabello, tenía un pelo negro y lacio que le daba cierto aire asiático, cosa que no era, pero que le resultaba muy útil, según explicaba, en el club mundial, ahora que íbamos de camino a la era asiática. Me pidió que repitiese las frases.

—¿Pero qué es lo que está ardiendo? —tradujo despacio—. ¿A qué te refieres? ¿Ahora? Pero dime qué está pasando, ¡en nombre de Dios!

Benji se frotó las manos, las tenía ásperas después de toda una colada de prendas finas.

—Aunque nosotros tal vez habríamos dicho «por el amor de Dios» o «qué demonios está pasando». ¿De qué se trata?

—No lo sé.

—Tiene que ver con Patrick, ¿verdad? —Benji se puso de rodillas para mirarme directamente a los ojos. Puso una mano en mis rodillas—. ¿Ha ocurrido algo? Cuéntame. Vamos, Ally, que soy yo, Benji.

—Benedict —dije y me levanté de la silla.

Benji hizo una mueca de dolor.

—Si mi marido no diera señales de vida iría a buscarlo a París —dijo—, recorrería las calles pegando letreros en las farolas y anunciándolo por toda la ciudad.

Me abrí paso a codazos y salí fuera, a la galería.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Benji— yo no tengo marido.

Gramercy era una barriada un tanto anodina al este de Manhattan.

Patrick quiso pintármela más atractiva de lo que era durante nuestros primeros paseos. Me había enseñado la casa donde vivía Uma Thurman, en un edificio que hacía esquina a Gramercy Park. Allí se cruzó una vez con su ex, Ethan Hawke, y la verdad es que el tipo le saludó. Humphrey Bogart se había casado en un hotel cercano y Paulina Porizkova vivía en algún lugar del vecindario, eso era todo. En realidad, no había más que apreciar por mucho que Patrick quisiera impresionarme. Gramercy estaba habitada, sobre todo, por oficinistas, médicos y funcionarios de los hospitales del entorno, era una barriada anónima y desalmada y a mí me gustaba tanto como una página en blanco.

El portero estaba medio dormido cuando llegué, un poco más tarde de las once de la noche. Me había demorado en el teatro.

—¿Y el marido todavía no ha vuelto a casa? —dijo con curiosidad y se inclinó por encima del mostrador para seguirme con la mirada.

—Aún no —respondí.

—¿Sigue en Europa?

Patrick siempre hablaba con los porteros, tratándoles de tú y de hermano a los nueve que se fueron sucediendo. Yo no acababa de

acostumbrarme, después de tres años en el edificio, a que alguien siempre estuviera pendiente de la hora en que entraba o salía.

—Buenas noches —le saludé y entré al ascensor. No respiré hasta que redujo la marcha en la planta doce y se detuvo en la catorce. La trece no existía. La superstición me alegraba, ya que me suponía una planta menos, un segundo menos de desplazamiento en un cajón cerrado.

Cerré la puerta y entré en silencio.

En el apartamento no existían el tiempo ni la realidad, era un vacío que flotaba catorce plantas por encima de la calle Veintitrés. A través de la ventana veía allá abajo el avance de los coches como si fueran juguetes luminosos. Hacia el norte relucía blanca la punta del rascacielos de la Chrysler.

Al sur no había ventanas. En otro caso se vería Lower East Side o Loisaida, como decían los chicos portorriqueños de mi infancia. Solo había nueve calles hasta allí, otro mundo en el que mamá y yo habitamos nuestro primer piso de alquiler en Alphabet City, donde las calles tenían letras en vez de números y donde yo tenía nueve años y aprendí a pelear y jurar en español antes que a hablar inglés. Mamá pensaba que había realizado su sueño americano cuando al cabo de siete años consiguió mudarse al otro lado de la calle, a un pequeño piso de dos piezas de la Primera avenida. Allí había un panadero polaco y dos vecinos con quienes podía hablar en checo. Yo ya no hablaba la lengua materna o quizá no quería hablarla. No sé. Heredé el piso al morir mi madre y allí viví hasta que conocí a Patrick.

El programa de
*e-mail*
parpadeaba cuando me senté en mi sillón de trabajo.

Nueve mensajes en el buzón. Ninguno de Patrick.

Me conecté con el banco
*on-line*
. Me había pasado toda la tarde con las palabras de Richard Evans dándome vueltas en la cabeza.

*No hemos asignado un anticipo*.

Teníamos dos cuentas compartidas. Fue idea de Patrick para tener la economía bajo control. Por lo que respectaba a mí, estaba

acostumbrada a vivir al día. Nunca había compartido cuenta bancaria alguna con nadie. Me parecía más íntimo que compartir la cama.

El saldo de la cuenta para atender a los gastos corrientes era de 240 dólares. Ninguno había transferido dinero para los recibos del próximo mes. Todo estaba en orden.

Seguí navegando hasta nuestra cuenta de ahorro.

*The baby money*.

Era él quien usaba esa expresión. Yo la llamaba cuenta de ahorro. Ingresábamos dinero de forma regular y los padres de Patrick contribuían en Navidad y en los cumpleaños. A estas alturas teníamos poco más de 16.000 dólares. Ni siquiera tocamos el dinero el otoño pasado, cuando Patrick tuvo muchas pérdidas con el trabajo sobre los perdedores de la nueva economía.

Clavé la mirada en las cifras que bailaban a la luz gris de la pantalla.

El saldo de la cuenta de ahorro arrojaba la cantidad de 6.282 dólares. Una trasferencia por valor de 10.000 dólares se hizo el 17 de agosto. A la cuenta particular de Patrick.

Solté el ratón y me sujeté al brazo del sillón, rodé hacia atrás hasta quedar a una distancia de dos metros de la pantalla, un balón de oxígeno. Para que la mentira no me alcanzara.

El día que hizo las maletas. Mes y medio atrás, en medio de la peor oleada de calor del verano, cuando el aire ardía y permanecía inmóvil y el asfalto de la calle se derretía. Yo estaba tumbada en el sofá con una fina camisa larga encima.

—Puede que esto se prolongue —dijo mientras recogía el ordenador portátil—. Quieren publicarlo en portada en octubre y tendré que tenerlo listo a más tardar a mediados, quizá finales, de septiembre. —Su beso acarició levemente mi mejilla cuando se dirigió al dormitorio.

—¿Tienes dinero para los recibos del mes que viene? —le pregunté en voz alta. Deseé habérselo dicho de forma más cariñosa, pero sabía que le resultaba difícil cuadrar las cuentas. Tenía pocos encargos y peor pagados que antes. París me parecía un destino caro. Estaba furiosa por el entusiasmo que manifestaba por viajar y dejarme.

—Tranquila —dijo—, el periódico me ha dado un anticipo para que me las vaya arreglando un par de meses. —Otro beso—. Este reportaje lo va a cambiar todo, te lo prometo.

Giré el sillón y me fijé en el rincón del cuarto que ocupaba Patrick. El escritorio era oscuro y estaba en orden. El teclado externo estaba apoyado contra la pared, parecía solitario y descabalgado, con el cable suelto colgando al aire.

¿En qué más me había mentido? ¿Estaría en París?

Quizá podía haber viajado a Palm Beach con una amante. Vi delante de mis narices cómo se esfumaban nuestros ahorros en champán. Luego deseché la idea por estúpida.

Era un hecho que me había enviado una carta con el matasellos de París. Decía que me amaba.

Me llevé la mano al vientre, me pareció percibir que algo crecía dentro. Una pequeña salchicha, un gusano, un bulto. Por ahora.

Estaba en París, eso estaba claro.

Y enseguida vi a otra mujer ante mí, guapa, lista y elegante, como la joven que interpretaba a Amelie de Montmartre o a cualquier otra misteriosa francesa de ojos grandes, pequeña y morena.

Me levanté y crucé el apartamento, me detuve en la cocina y bebí un vaso de agua fría. Vi su lado de la cama pulcramente hecho. El mío era un caos, con la mitad de la manta tirada por los suelos.

Cerraba los ojos y casi podía oír sus pasos de camino a la cocina, cuando abría el armario donde estaba el café y oía el sonido del envase al abrirlo.

Derribamos el tabique entre las habitaciones cuando me mudé aquí, abriendo un espacio común, una vida de aire y luz. Al principio, su presencia me molestaba cuando yo trabajaba. El repiqueteo del teclado a mi espalda, el leve roce de la goma contra la madera cuando se movía en su sillón y el ir y venir de sus pasos en busca de una frase perfecta. Después aprendí a mantenerlo a distancia, a concentrarme en mi pantalla y a no pensar en sexo tal como él se me acercaba y podía sentir la corriente de aire tras sus pasos, el olor a él: lana, jabón de oliva y loción de afeitado. Lo que se suele llamar vida cotidiana.

El mayor problema fue acomodar nuestras colecciones de discos.

Él los tenía en orden alfabético, y yo, en orden de preferencia. Acabamos comprando cada cual su estantería en IKEA de Newark y mis discos de The Doors pudieron descansar en paz. *Strange people, strange lyrics, strange drugs*, era todo lo que se le ocurría decir de ellos.

Una puerta acristalada tras la cama conducía a un pequeño balcón. Si salía al balcón podía ver el Empire State Building desde un ángulo. También podía ver, marchitas, las plantas de nuestras tres macetas. Patrick solía acordarse de regarlas.

Abrí la puerta, dejé entrar los ruidos amortiguados de la ciudad a mis pies y me traspasó un rayo helado de realidad.

A santo de qué se me ocurría dudar de su amor. Se lo había prometido en uno de mis primeros ataques de celos, cuando estuve segura de que me iba a abandonar. Yo no solía mantener a la gente a mi lado. La gente me rehuía.

«Pero yo te quiero —me dijo—. Soy yo quien no entiende que quieras quedarte conmigo».

Aspiré el aire alto y fresco, aire de septiembre. Había aclarado por la noche y las estrellas palidecían a la luz de la ciudad.

No di crédito a mis oídos cuando me pidió que nos casáramos. Me quedé mirándole mientras los ruidos se apagaban y un abismo se abría bajo el piso del Little Veselka.

Little Veselka era menos de lo que se entiende por sitio romántico. Un restaurante de comida rápida, bullicioso y pestilente en East Village, ubicado en la calle Nueve desde la década de 1950. Tiene cocina abierta y se oye a los cocineros ucranianos gritarse unos a otros y voltear los filetes a la vista de todos.

Allí nos vimos por primera vez.

Yo estaba con un grupo de La MaMa, uno de los pequeños teatros de la calle Cuarta, *off*-Broadway, sí, muy lejos de Broadway, donde trabajaba entonces. Toda mi vida se desarrollaba en esas manzanas, comía comida por encargo de los restaurantes hindúes de la Sexta y vivía en el viejo apartamento de mamá, en la esquina de la Cuarta. Según rumores, pronto iban a derribar el edificio y sustituirlo por un edificio de veinte plantas de apartamentos de lujo,

pero rumores similares corrían sobre todos los edificios viejos de East Village.

Me fijé en él desde la puerta. Llegó en compañía de Arthur Nersesian, un escritor de origen irlandés y armenio que conocía a todo el mundo. Se sentaron a la mesa y nos presentó a Patrick, un periodista *free-lance* que iba a escribir la historia del último bohemio de East Village, es decir, de Arthur. El precio de la vivienda había expulsado a todos los demás a Brooklyn, donde vivían ahora.

Si es que quedaba algún bohemio, claro. Entonces se abrió una apasionada discusión en la mesa que yo compartía con Patrick y con un realizador, que, medio tumbado, abrazaba a una actriz en ciernes de dieciocho años. ¿Acaso no era un eufemismo de gente sin oficio que deambulaba por el barrio? ¿Incapacidad para ocuparse de su vida, pánico a la responsabilidad? ¿O los llamados bohemios eran la vanguardia del futuro, los primeros hombres auténticamente libres?

Según dijo Patrick, el cinturón bohemio que se extendía a lo ancho de Manhattan y hacia el este, hasta Brooklyn, podía cuantificarse con cifras. Allí vivía el mayor contingente del mundo de gente con oficios liberales y sin empleo fijo, gente que había elegido vivir la vida que vivía.

Explicó que él, en realidad, era un reportero social que creía que las palabras podían cambiar el mundo. Las palabras son más poderosas de lo que cree la mayoría, me dijo mirándome a los ojos cuando llegaba a la mesa la séptima u octava botella de vino, Dios sabe cuál, y el realizador estaba a punto de perecer asfixiado entre las tetas de la actriz principiante.

—Son muchos los que no entienden la responsabilidad que contraen en calidad de gente que escribe. Creen que se trata de ser famoso y respetado, pero para mí se trata de hacerme responsable del mundo en que vivimos.

Su seriedad me fascinó. No era un farol, creía en lo que decía. Además vestía sensacionalmente de forma común y corriente, en chinos, chaqueta y camisa, lo que no dejaba de ser harto extraño en una barriada donde todos se esforzaban por tener un estilo propio e intransferible.

También actuó en serio cuando me acompañó a casa llevándome de la mano.

—Nunca en la vida te dejaría ir sola a casa en plena noche.

—Lo he hecho miles de veces y he sobrevivido.

—Pero, entonces, yo no estaba aquí.

Ante el desastrado portal de la Primera avenida me besó dulcemente, y yo, la verdad, no tuve más remedio que llevármelo arriba para darle un revolcón en el dormitorio, tan pequeño que no era más que una cama entre cuatro paredes. Quería penetrar más adentro, hasta la médula, en esa atractiva seriedad, para ver si tenía fondo.

A la mañana siguiente no me quise levantar. No pude recordar cuándo había sucedido algo igual con anterioridad. Había pasado mañanas similares con otros hombres tratando de huir de ellos tan pronto como podía. No quería que hurgasen en mi alma.

Pero me quedé junto a Patrick. Recorrí su mejilla con el dedo.

—¿Eres siempre así? —dije.

—¿Cómo así?

—Serio. De verdad. ¿Eres así de recto, de íntegro, o es tu forma de ligar?

Entonces se echó a reír. No tenía ni idea de que funcionara tan bien.

Me pidió la mano un año después, en Little Veselka.

Me está tomando el pelo, fue lo primero que pensé. Luego: yo no soy de las que se casan. Después: Socorro, va en serio. ¿Qué hace la gente cuando le pasa?

Le di el sí. Después lo repetí dos veces. Se inclinó sobre la mesa y me besó.

—Diantres —juró entre mis labios y se echó hacia atrás.

—¿Qué pasa? Puedes arrepentirte, si quieres.

Patrick se llevó las manos a la cara y se lamentó.

—¡El anillo! ¡He olvidado el anillo! ¡Seré idiota!

Estuvo tan ocupado en reunir valor que olvidó el clásico pequeño detalle. ¿Podía perdonarle y darle la oportunidad de volver a hacerlo según los cánones?

Tomé su cabeza entre mis manos. Acaricié con un dedo el perfil de su rostro. Le dije que no quería otra ceremonia. Que esta era la

mejor que podía tener. Si los nervios le hicieron olvidar el anillo, eso significaba algo. Algo en lo que yo podía creer. Eso pesaba más que cualquier otro metal existente sobre la faz de la tierra.

—Pero si insistes —le dije—, todavía están abiertas las tiendas de Canal Street.

Nos detuvimos de camino a comprar una botella de champán y tanto nos magreamos en un portal que una cotilla empezó a llamar a la policía a gritos. Cuando llegamos al barrio chino, los joyeros ya habían echado el cierre.

—¿Por qué hay que tener un anillo? —le dije—. ¿Quién lo ha decidido?

Y mientras caía la noche nos internamos de lleno entre el resplandor rojizo de las tiendas de baratijas, locales de tatuaje y clubes de mala nota del barrio chino. Solo me quedan vagos recuerdos de cómo volvimos a casa aquella noche.

Nos casamos el mismo día del año siguiente, pero lo grande fue la noche de despedida de solteros. Porque solo fuimos nosotros, pensé. Después, con sus padres llegaron las convenciones, el folletín de boda y la ceremonia de las fotos. El sillón de Patrick se amoldaba plácidamente al cuerpo, olía a cuero. Por extraño que parezca, nunca me había sentado en él. Acaricié la superficie oscura del escritorio. Allí había un calendario de mesa encuadernado en piel, un regalo de su padre que compartía la pasión de Patrick por detalles de alarde intelectual.

El 17 de agosto solo presentaba una breve anotación.

Newark, 21.05 h. Era la hora de salida de su avión. Ningún nombre de hotel. Siempre nos llamábamos al móvil, nunca a los hoteles. No parecía importante saber dónde se hospedaba.

Respiré hondo antes de abrir el cajón superior del escritorio. Hurgar en las cosas de Patrick era algo que nunca quise hacer.

El orden era minucioso. Allí había fajos de recibos, sellos, cartas de seguros.

En los dos cajones de abajo había artículos que había escrito, documentación debidamente clasificada por temas. Hojeé rápido entre carpetas. Nada sobre comercio con seres humanos. En el último cajón estaban los reportajes con los que estuvo a punto de ganar el premio Pulitzer. Después de aquello, cambió. Trabajaba

con mayor ahínco, casi obsesionado con lo que tuviera entre manos. Me acuerdo de una mujer a la que entrevistó en la serie de reportajes sobre la nueva economía. Había dado con ella bajo un puente de Brooklyn. Decía que pronto volvería al trabajo en calidad de jefe-contable, entonces se llevaría a casa a sus tres hijos y volvería a mudarse a un apartamento junto al Park Slope. Bajo capas de ropa escondía un teléfono móvil para que la empresa pudiera dar con ella. No tenía tarjeta ni batería. Patrick pasó tres noches allí. Cuando regresó a casa se retorcía y hablaba en sueños. «Tienes que llamar a Rose —decía—, tienes que llamar a Rose». Yo imaginé que Rose debía ser alguna belleza secreta hasta que vi los artículos y entendí que era la mujer que vivía bajo los puentes de Brooklyn. Con eso soñaba por las noches.

Cerré el último cajón y el escritorio recuperó su aspecto de orden y clausura.

¿Seguro que no había mencionado el nombre del hotel? ¿Ni una sola vez?

Me quedé mirando la hilera de libros encima del escritorio.

Hemingway.

Patrick dijo algo de Hemingway la última vez que me llamó. Del bar que frecuentaba. Yo no presté mucha atención porque Hemingway me importaba un bledo. Ni siquiera le hubiera acompañado al bar estando vivo. Pero Patrick también había mencionado a Victor Hugo.

Había visto desde la habitación del hotel… ¿qué? ¿Una tumba? El lugar donde Victor Hugo yacía enterrado.

Me apoyé con las piernas para rodar por el despacho a mi lugar de trabajo y pulsé una tecla. La pantalla despertó de su letargo.

Había visto *Los miserables* y *Nuestra Señora de París*, tanto el musical como las películas, pero no sabía dónde habían enterrado al escritor.

Escribí *Victor Hugo + tumba* en el buscador de Google y pulsé el botón «Buscar». Al primer enlace ya reconocí el nombre que Patrick había mencionado, Panteón. Pulsé el enlace de la Wikipedia. Panteón era una palabra griega y significaba «todos los dioses». Originariamente fue una iglesia, pero con la Revolución Francesa se convirtió en el mausoleo de los héroes de la patria. En 1851,

Foucault colocó un péndulo bajo su cúpula para demostrar el movimiento de rotación de la Tierra. Victor Hugo estaba enterrado en la cripta número veinticuatro.

Navegué impaciente hasta dar con los detalles técnicos de construcción. El monumento medía ochenta y tres metros de altura. Ante mí veía cómo se erigía por encima de los tejados de las casas. Podía haber centenares de hoteles que alardeasen de ese panorama.

Pero Patrick también había visto la universidad de la Sorbona desde la ventana. *Allí vive gente, bajo los aleros*. Escribí *Sorbona + Panteón + hotel* en el casillero de búsqueda.

Lo primero que apareció fue Hôtel de la Sorbonne. Sentí un estremecimiento en el cuerpo, una sensación de que Patrick estaba más cerca, lo sentía.

El ruido de la cerradura al abrir la puerta, sus pasos sobre el piso y todo volvería a ser como siempre. Desayuno y trabajo, ver a medias *American Idol* por la noche. Días que trascurren, noches que se duermen. Respiraciones compartidas.

En la pantalla apareció el sitio de Internet del hotel: «Junto al Panteón, la Sorbona y el Jardín de Luxemburgo». El reloj de la pantalla marcaba casi la una, es decir, las seis de la mañana en París. Marqué el número de teléfono, me imaginé el sol trepando por los sólidos edificios de piedra de cúpulas relucientes.

—*Hôtel Sorbonne, bonjour*.

La voz del auricular sonó pastosa y soñolienta.

—Buenos días —dije—. Busco a un huésped americano que se llama Patrick Cornwall.

Una arenga por respuesta.

—¿Habla usted inglés? —pregunté—. Busco a un americano que se llama Patrick Cornwall.

El auricular calló durante un buen rato. Vi que el reloj saltaba de las 00.53 a las 00.54. Martes veintitrés de septiembre.

—No hay ningún Cornell.

—Cornwall —pronuncié despacio y claro—. Es un periodista americano.

Pero solo me llegó al oído un tono alto. Me preguntaba cómo podía soportar aquello Patrick. Pero bueno, él hablaba francés a la perfección y no necesitaba dejarse tratar como presa de gato.

En el sitio de Internet del siguiente hotel, el Cluny Sorbonne, se jactaban de hablar inglés. Las señales progresaban, *en el corazón del Barrio Latino, a un paso de Nôtre-Dame, el Panteón y el Louvre*.

—Busco a un americano que se llama Patrick Cornwall. No estoy muy segura, pero creo que se aloja en su hotel.

—No, aquí no se aloja.

Volví con un clic al listado de búsqueda. ¿Habría más hoteles Sorbonne?

—Ha dejado el hotel, por desgracia.

—¿Cómo?

—Que pidió la cuenta y se fue.

Me sujeté al brazo del sillón.

—¿Cuándo?

—Tengo que preguntarle quién es la que pregunta.

Estuve a punto de decirle «su esposa» pero algo me detuvo. Turbación. Las mejillas me ardían. De repente entendí la situación al otro lado de la línea. Francia era un país donde hasta el presidente podía tener amantes en secreto y salir indemne del aprieto. Y yo era la esposa engañada.

—Somos colegas del periódico —dije—, estoy aquí repasando una cuenta de viaje que no puedo aclarar. De modo que necesito hablar con él para que pueda recibir el dinero.

Soné como un auténtico burócrata. Críptico.

—Un momento. —Pasó una eternidad mientras daba con sus datos en el registro del hotel o en la base de datos del ordenador o lo que fuera que utilizaran en el viejo mundo. Oí ruidos de fondo, quizá de mesas que montaban para el desayuno.

—Fue el martes pasado —dijo por fin—, el 16 de septiembre.

Hacía una semana. El mismo día que envió la carta. Respiré hondo.

—¿Estaba usted presente cuando él dejó el hotel?

—Sí, por supuesto. Estaba contento de regresar a Nueva York, me dijo que echaba mucho de menos a su esposa. Le dije que debería venir con ella la próxima vez que volviera a París. Esta es la capital de los enamorados.

—¿Está seguro de eso, de que iba a regresar a casa, a Nueva York?

Me cogí al teléfono con todas mis fuerzas.

—Sí, me lo dijo muy claro. Casi reñimos por ello, porque le alegraba dejarnos.

—¿Dijo algo más?

—Que volvería a alojarse aquí la próxima vez que viniera a París. Nada más.

Colgué el teléfono. El silencio me estrujaba la cabeza. Iba a estallar en mil pedazos en cualquier momento. Fragmentos de información desparramados por el suelo. Pagado y marchado. De vuelta a Nueva York. *The baby money*. Test de embarazo positivo. Nunca concedemos anticipos.

Caminé sin ton ni son por el apartamento. Saqué un litro de zumo de la nevera y bebí directamente de la botella.

¿Adónde habría viajado? ¿Por qué mintió sobre el destino? Y si me había dicho la verdad, ¿por qué no había vuelto a casa?

En la encimera estaban las sobras de las comidas rápidas de los últimos días. Siempre fregábamos la vajilla antes de acostarnos, por ser la cocina un rincón del dormitorio y para evitar ver viejas sobras al despertar. Ahora había una pequeña pirámide de envases de yogur vacíos. Sentí que empezaban a oler. El hedor aumentaba. Vasos y cubiertos sin fregar, envases de ensalada y un cartón de pizza. Huellas de su ausencia.

Levanté el cubo de la basura y barrí con el brazo las sobras que había para que cayeran al cubo. Las acompañaron tenedores y un vaso. Puse la tapa al cubo. Luego volví al ordenador y me conecté con el banco
*on-line*
. Trasferí los 6.282 dólares de la cuenta de ahorro, *the baby money*, todo lo que había, a mi propia cuenta. Después tecleé a golpes unas palabras en el buscador de Google.

Nueva York. París. Vuelos.

# Tarifa miércoles, 24 de septiembre

—Quiere saber qué hacías en la playa en plena noche.

Terese se dejó caer en la dura silla de plástico que le habían acercado. Tuvo la impresión de que podían leerle los pensamientos, como si todo se viera por fuera a pesar de que se había duchado durante horas desde entonces, se había cambiado de ropa, había dormido diecisiete horas y había vuelto a ducharse una vez más.

El policía permanecía inclinado sobre el escritorio dando vueltas a un lápiz entre los dedos. Tenía las uñas feas y peladas con rastros de suciedad por dentro.

—¿Por qué quiere saberlo? —dijo al oído de su padre, que estaba sentado a su lado—. ¿Qué importa eso?

—Tienes que responder a sus preguntas —dijo Stefan Wallner—. ¿No lo entiendes?

Terese se frotó la oreja. Se había dirigido a ella como cuando era niña. Se arrepintió de haber accedido a que él hiciera de intérprete durante el interrogatorio.

—Aunque no necesitamos llamarlo interrogatorio —le dijo—, solo quieren saber lo que viste en la playa. —Pensó que tal vez hubiese sido más fácil verse rodeada de desconocidos que no tuvieran que avergonzarse de ella y quedar decepcionados.

—Solo daba un paseo —dijo.

—¿En plena noche, casi al amanecer? —El policía esbozó una sonrisa. Como un trazo bajo el bigote. Vio que le faltaba un diente en el maxilar superior. Sus ojos se habían posado en sus tetas.

—Estaba borracha —dijo en sueco—. Estaba mareada. Quizá me perdí.

Stefan tradujo.

—¿Estuvo sola en la playa? —preguntó el policía.

—Sí, sola. —Tragó saliva para deshacer el nudo de la garganta —. Ya lo he dicho.

—Sola en la playa, una jovencita, en plena noche. —El policía sacudió la cabeza. Un cuadro de la Virgen María y el Niño Jesús colgaba de la pared a su espalda. Su padre no le tradujo, lo había entendido. Había estudiado español tres años en el instituto y sabía pedir el menú de los restaurantes. Por eso la invitó al viaje, para que pudiera practicar el idioma. Quiso enseñarle los sitios en que él estuvo cuando recorrió Europa de joven. Miró de reojo a su padre. Tenía el pelo más rubio, las canas apenas se veían, y la piel tostada. Llevaban una semana en Tarifa cuando les arruinaron las vacaciones.

—¿Por qué no me pregunta por el cadáver? —dijo Terese—. ¿Por qué pregunta solo por mí?

El policía se apoyó en su asiento, las piernas abiertas. Golpeó el lápiz contra su boca.

—Sé muy bien lo que hacen ustedes en la playa —dijo—. Ustedes llegan aquí, salen de bares y se desnudan ante cualquiera. Mi primo ha trabajado en las playas. Tenía que salir todas las mañanas a recoger lo que ustedes dejaban. No pueden imaginarse la de cosas que solía encontrar entre la arena.

Se inclinó sobre Terese, que dio un respingo cuando su mirada volvió a aterrizar en sus pechos. Deseó haber llevado un jersey, una rebeca encima. Y no una camiseta tan ceñida que mostrara la mitad de las tetas.

—Ya está bien —dijo su padre en español y le puso su pesada y cálida mano en el hombro desnudo—. Mi hija ha sido testigo de un suceso horrible. Usted deberá entender que esté conmocionada. —Miró de reojo a Terese y luego se dirigió al policía—. Ya le ha dicho que estuvo sola.

El policía sonrió para que el hueco de su dentadura volviera a quedar al descubierto.

—¿Quién era el muerto que encontró? —prosiguió Stefan—. ¿Sabe algo más de lo que le ocurrió a ese hombre?

—Un inmigrante, un subsahariano —dijo el policía levantándose. Se dirigió a una de las paredes de fondo donde colgaba un mapa de Europa. También aparecía el norte de África.

Terese sabía que allí iban barcos desde Tarifa. La travesía hasta Tánger era de treinta y cinco minutos y costaba veintinueve euros por persona. Su padre había recogido folletos en la oficina de turismo. Terese no había mostrado interés pero no dijo nada. No quería ponerle triste. Cuando le propuso el viaje al sur de España ella pensó en Marbella, en playas soleadas y clubes nocturnos. En Tarifa siempre soplaba el viento. Intentó bañarse los primeros días, pero sintió pánico cuando una ola la derribó y las corrientes submarinas la arrastraron.

—Huyen de países al sur del Sáhara —dijo el policía. Señaló la parte baja del mapa en la pared de piedra revocada. Sierra Leona, Nigeria, Mali, Costa de Marfil—. Hace años deteníamos embarcaciones a diario, llenas de gente a rebosar. —Dejó la mano deslizarse por el mar, hacia el azul del Atlántico—. Después empezaron a hacer esta ruta, a Canarias desde Senegal. Saben que los detenemos en el estrecho. Tenemos patrulleras, cámaras y radares a ambos lados. Pero aun así una parte de ellos no se echa para atrás.

Stefan Wallner tradujo y Terese se relajó un poco. Ya sabía algo de eso. Ayer, mientras su padre fue a hablar con la policía y la Cruz Roja, ella se quedó en la cama queriendo dormir y morirse. Él volvía cada dos horas y le preguntaba si quería comer algo. Se sentaba al borde de la cama y le hablaba de los pobres infelices que huían de la miseria y acaso de la guerra. El jefe de la Cruz Roja de Tarifa le mostró fotos de gente que había perecido en el estrecho los últimos años. Tenía un maletín lleno de fotos. Al cerrar los ojos, Terese veía al hombre negro delante de ella y pensó que había visto la muerte. Y sintió brotar la antigua aflicción de la adolescencia y del instituto, cuando comprendió lo absurdo que resultaba todo y que nada importaba lo que hiciera porque ella no era nadie. ¿Puede uno amar a nadie? Nadie lo sabe si nadie muere. Papá, no quiero, dijo. No sé si quiero vivir.

El policía pasó por la única ventana de la dependencia y señaló afuera con toda la mano. Terese tembló cuando vio la alambrada de espino y las gaviotas. La isla de ahí fuera, donde batían las olas y estaba el faro. Nunca volvería al mar.

—Si los apresamos, los dejamos en la isla de las Palomas —dijo

—. Hace unos años estaba tan abarrotada que ahora los mantenemos ahí una jornada, después pasan a los campos de internamiento de Algeciras. Si allí no consiguen hacerles hablar, los sueltan a la calle al cabo de cuarenta días. Directamente a la industria de verduras.

El policía rodeó su escritorio y levantó una hoja de papel. Una hoja fina y suave.

—Pero en ese caso hablo de los que llegan vivos, claro.

Volvió a sentarse en el sillón, con las piernas abiertas, y sacudió el papel contra la mano para que se oyera.

—Esto nos ha llegado por fax esta mañana temprano desde Cádiz. Han encontrado a dos más. Un hombre y una mujer. Encinta. —Levantó otro papel y lo mantuvo en alto—. Las autoridades marroquíes tienen noticias de una lancha que zarpó la noche del sábado. Lo hizo de forma inadvertida. Tal vez habrían sobornado a alguien, qué sé yo. Esos contrabandistas no reparan en medios. —Se frotó con dos dedos por debajo de la nariz y se atusó el bigote. Se retorcían un poco por las puntas de una forma pasada de moda—. Les dicen a los pasajeros que se tiren al agua cuando están cerca, a los contrabandistas les da tiempo a dar la vuelta antes de que los cojamos.

—¿Los han identificado? —preguntó Stefan Wallner. Aún mantenía la mano sobre el hombro de Terese y le daba palmaditas. La protegía. Ella se avergonzaba de haber mentido. Le avergonzaba haber sido abandonada en la playa. Era horrible que la gente pudiera morir en el mar.

El policía sonrió.

—¿Y cómo habría que hacerlo? Aún no hemos encontrado supervivientes.

—Dile que tenía un tatuaje —dijo Terese.

—Eso ya lo saben —dijo su padre. Terese se mordió los labios. Regañada como una criatura. Ya había cumplido veinte años.

—Si son marroquíes entablamos contacto directo con las autoridades marroquíes —dijo el policía—. Se presentan aquí en veinticuatro horas. Pero si son subsaharianos no hay nada que hacer. No llevan documentos y, aunque sobrevivieran, no averiguaríamos su procedencia. —Se encogió de hombros—. Les

tomamos prueba de sangre y huellas dactilares, claro. Y se archivan.

Juntó sus papeles en un montoncito ordenado. Terese se miró las manos. Podía sentir sus miradas. El culo le sudaba contra el plástico.

—¿Y no viste a nadie más en la playa? —le preguntó el policía.

Negó con la cabeza. Estaba completamente desierta. Solo había gaviotas.

El policía se dirigió a Stefan:

—Si ha visto algo más que nos pueda conducir a los contrabandistas, lo quiero saber. Estamos hablando de criminales.

Stefan se dirigió a Terese:

—¿No viste realmente nada, algún barco, alguna persona?

Volvió a negar con la cabeza. Daba vueltas al anillo. Era de oro y moldeado como un corazón, un regalo de confirmación. De su padre.

—Entonces vamos a redactar el informe —dijo el policía. Pulsó un botón bajo el escritorio y una señal sonó fuera de la puerta.

—Mi asistente se ocupa de ello. Hora, lugar del hallazgo.

Cerró los ojos y se combó sobre el escritorio.

—Y quiero saber el nombre de quien te acompañó. Si es que fue uno solo. —Dejó que la vista recorriera el cuerpo de Terese. Ella tembló y pensó en volver a ducharse en cuanto regresara al hotel. Se sentía sucia.

—¿Cobras por el servicio o dejas que te lo hagan gratis? —preguntó—. Quizá fueran varios.

Por fin el padre se levantó y dio un puñetazo en la mesa.

—Deje de hostigar a mi hija. Ya le ha dicho todo lo que sabe.

La puerta se abrió y entró otro policía en la habitación. Terese lo reconoció, era el que les informó a su llegada. Parecía bueno. Ella se levantó y se dio la vuelta en ademán de salir.

—Tenemos que denunciar también el robo de tu pasaporte —dijo Stefan.

—No, papá —dijo Terese y le tomó del brazo, pero era demasiado tarde. Ya había empezado a hablar con el policía de su pasaporte desaparecido.

—¿Se refiere a que se lo robaron en la playa? Pero ha dicho que allí no había nadie más que ella. ¿Cómo encaja esto? Ahora no

entiendo. —El policía sonrió para que el hueco entre los dientes le brillase negro dentro de la boca—. ¿Cuál de ellos cree usted que le robó el pasaporte? ¿Acaso fue una especie de retribución?

Su mirada se clavó en su cuerpo, fue como si lo lamiera de arriba abajo y de vuelta la hincara entre las tetas.

Terese se encogió y tiró del brazo de su padre. Aborrecía su culo y sus muslos, demasiado abultados, y la nariz que hacía una pequeña curva en medio, pero las tetas eran perfectas. Enteramente redondas. De gran tamaño natural. Era lo único de lo que realmente se sentía satisfecha.

—Seguramente lo habré perdido —dijo—. Venga, vamos.

—En cualquier caso, debemos presentar una denuncia —dijo él y permaneció inmóvil.

—Entonces tendrán que dirigirse a la policía municipal.

—Tenemos que dirigirnos a la policía municipal —tradujo Stefan Wallner, pero Terese ya salía por la puerta.

—Quiero volver a casa —dijo ella cuando salieron al pasillo.

—Pero si aún nos queda una semana de vacaciones.

—¿No viste cómo me miraba? ¡Maldito asqueroso!

Su padre echó un vistazo atrás, hacia la puerta que se había cerrado a sus espaldas. El asistente esperaba junto a ella con un formulario en la mano.

—Un tipo así debería denunciarse —dijo Stefan Wallner echando un brazo protector sobre los hombros de su hija—. Vamos, hija, superemos el trance. Luego iremos tú y yo a comer un buen almuerzo. —La empujó un poco al lado—. Y beberemos una copa de vino al sol. Lo vamos a necesitar los dos.

# París miércoles, 24 de septiembre

Giré la llave de la habitación 43 con un presentimiento esperanzador. Como si él fuera a estar allí. Salir a mi encuentro, con los brazos abiertos y la sorpresa en la mirada, y preguntarme qué hacía allí, reírse de mí. Qué ocurrencia, volar a París.

Pero todo lo que había era vacío. El aroma a espliego del detergente.

La puerta se cerró a mi espalda con un clic amortiguado. Habían pasado ocho días, ocho noches. Todos sus rastros estarían meticulosamente borrados.

Abrí las ventanas de par en par. Una brisa húmeda se pegó a mi rostro. Más allá de los tejados se alzaba una cúpula, el Panteón. Enfrente de mí se extendía la universidad a lo largo de varias manzanas.

Fue aquí, exactamente aquí, desde donde Patrick me llamó. Su voz al teléfono. *Te echo mucho de menos… Esto es como un viaje a las tinieblas…*

El viento levantó las cortinas a mi alrededor, las elevó y las devolvió a su sitio. Me di la vuelta y registré todos los detalles. Cama ancha con cobertor blanco moteado de un diseño floreado. En la pared, un cartel enmarcado de un café con terraza. El teléfono de la mesilla de noche era el que yo había escuchado de fondo. Alguien le había llamado para decirle que algo ardía… *¡Pero dime lo que pasa, por el amor de Dios!*

La habitación medía exactamente tres metros y medio de ancho por cuatro y medio de largo. Después de tantos años de escenógrafa, tomar medidas era un acto reflejo. Cuatro por cinco, veinte metros cuadrados. Era una dimensión física de la nostalgia. En un rincón de la pared exterior había un pequeño escritorio, ahí se habría sentado

a escribir, inclinado sobre su ordenador. Siempre se sentaba así, como si quisiera oler el teclado, aspirar las palabras. En realidad necesitaba gafas, pero era demasiado vanidoso para hacerse unas.

En el cuarto de baño me topé con mi rostro. Pálido, con sombras azules bajo los ojos. Pliegues de cansancio en la piel. Lo rocié con agua fría. Me refresqué los sobacos y me froté tan fuerte con la toalla que me escoció la piel.

Luego saqué ropa limpia de la maleta. Iba a dar la vuelta a cada piedra de aquella ciudad si era necesario.

Precio de un esclavo, era lo que rezaba en la cabecera de una página. Luego seguían cifras, sumas dispuestas a modo de ejercicio contable:

> 90 dólares - 1.000 dólares (= 38.000 dólares = 4.000 por el precio de uno)
> Rédito = 800% Rédito = 5%
> 27 millones - 12 millones / 400 = 30.000 al año. ¿Total?

El último ejemplo aparecía tachado. También figuraban al lado unas palabras, garabateadas en diagonal, subrayadas y rodeadas:

> Pequeña inversión - inversión de por vida
> ¡Los barcos!

Seguí hojeando. La libreta de notas de Patrick estaba llena de anotaciones por el estilo, notas abreviadas y, al parecer, incomprensibles. Estaba en la planta superior de un café Starbucks, firmemente decidida a no levantarme de la mesa hasta que no hubiese conseguido interpretar parte de ellas.

El café estaba a tres manzanas del hotel, al lado de un espacioso bulevar bordeado de árboles de amplias copas y quioscos de prensa que encajaban a la perfección en una película antigua. Todo reforzaba mi sensación de irrealidad. La diferencia horaria me hacía flotar en algún lugar por encima de mí misma.

Lo más sencillo, claro, habría sido dirigirme directamente a la policía y denunciar su desaparición. Pero Patrick no confiaba en la policía. Me iba a odiar si metían las botas en su reportaje. Al menos debería enterarme, en primer lugar, de lo que se traía entre manos.

Di el último bocado a mi rollito de pollo y aplasté el envase. Abrí la libreta por su última anotación. Así solía comportarme ante una obra nueva, empezando por atrás. *¿Adónde conduce todo, dónde acaba?*

Patrick había anotado un número de teléfono, eso fue lo último.

Encima figuraba un nombre: Josef K.

Ese fue el punto final, el momento crucial. Luego decidió abandonar el hotel, meter esta libreta de notas en un sobre y enviármelo.

*Para tenerlo a buen recaudo en el teatro*.

Pasé página, anotación anterior. Estaba garabateada al sesgo, como si hubiera tenido prisa: «M aux puces, Clignancourt, Jean-Henri Fabre, último puesto - ¡maletas! Pregunta por Luc».

Desplegué el mapa sobre la mesa. Busqué las palabras en el índice de la guía. ¡Bingo! El corazón me dio un vuelco. Fue como ponerse a descifrar un jeroglífico y de repente apareció la respuesta.

Una sensación de estar tras su pista.

La Puerta de Clignancourt estaba en el extremo norte de París, donde acababa la ciudad y empezaban los arrabales. Estación final de la línea 4 del metro. Allí estaba también el mayor rastro del mundo, Marché aux Puces. Jean-Henri Fabre era el nombre de una de las calles del rastro. Luego leí el siguiente renglón de la guía y mi humor volvió a decaer. El rastro solo abría entre el sábado y el lunes. Hoy era miércoles.

A través de las ventanas veía las copas de los árboles. Las hojas habían empezado a palidecer y mudaban levemente al amarillo. Aquí se trabajaba mejor que en el hotel. La ausencia de Patrick no me gritaba a la cara de la misma manera.

Proseguí hojeando la libreta, descifrando anotaciones. Había buena cantidad de nombres, direcciones y números de teléfono, a menudo lo uno sin lo otro y sin explicaciones de quiénes eran. Subrayé una a una las direcciones en el mapa, y poco a poco surgió un diseño, una imagen aérea de los movimientos de Patrick por la

ciudad.

Cuando volví a levantar la vista, la lluvia había empezado a rociar la luna de la ventana, la gente que iba por la calle abría sus paraguas. Eran casi las tres de la tarde, mañana en Nueva York. Me di un masaje en el cuello que sentía entumecido y agarrotado tras una noche en el asiento del avión.

Saqué el móvil y empecé con el número de la última página de la libreta. Después, cuando escampara, iría en busca de las direcciones del mapa. Obligar al cuerpo a un horario invertido, no perder tiempo.

Dio una señal. Miré el nombre, Josef K. Dos señales. Tres. Una joven limpiaba la mesa de al lado. Unos turistas discutían a grito pelado, en italiano.

El auricular hizo un clic, pero no respondió voz alguna. La línea quedó abierta y oí el fragor del tráfico, una sirena a lo lejos.

—Hola —dije en voz baja—, ¿hay alguien ahí que se llame Josef? ¿Hola?

Estaba segura de que alguien respiraba.

—En realidad busco a Patrick Cornwall y me pregunto si usted puede ayudarme. Estoy en París y creo que él solía llamar a este número…

Desapareció el rumor del tráfico. Habían colgado.

Me pegué al móvil y con el siguiente número de la lista.

Después de cuatro intentos de llamada me di por vencida. Las respuestas más exhaustivas que había tenido eran «*no English*» y «*no, no, no*».

Me entraron ganas de llamar a Benji. Poder oír cómo había ido el estreno. Si Duncan había tenido éxito. Sentí lejano todo aquello, como si hubiera dejado de existir en el instante en que tomé asiento en el avión.

Benji era el único que sabía de mi viaje a París. Se lo había contado a la hora del almuerzo, cuando nos sentamos en la escalerilla de la plataforma de descarga de la calle Nueve a comer cada cual su burrito con jalapeño del restaurante de enfrente.

«Estás loca, esto yo no lo arreglo», dijo Benji abriendo la boca. Por su rodilla corrió una buena porción de carne picada acompañada de queso fundido y una rodaja de pringoso tomate.

«Imagínate si ocurre algún imprevisto, qué voy a hacer yo». Intentó quitarse la mancha refregando sus holgados vaqueros de diseño.

«No va a pasar nada —dije—. La escenografía está en su sitio y la función se va a representar durante tres semanas. Estaré de vuelta antes de eso». Aplasté la mitad de mi burrito en el envase vacío del zumo y me levanté.

«Si alguien te pregunta —dije—, le dices que es un asunto de familia, que lo siento mucho y todo eso. Nadie necesita saber más».

Salí del teatro una hora antes del estreno. Todos los papeles estaban en orden, la contabilidad y el informe de la inspección de incendios, la lista del atrezo que debería devolverse, todo en ordenadas carpetas. Como un balance de esa parte de mi vida.

«Dale un beso a Patrick cuando lo veas», dijo Benji y me abrazó. Me separé con frialdad y no dije nada, solo me despedí cuando abordé el taxi que iba a llevarme al aeropuerto de Newark y al vuelo de Air India a París, a las 21.05 h.

En realidad, debía tomar la píldora una hora antes, a lo más, del despegue del avión, pero me quedé sentada con el prospecto de las pastillas en la mano hasta que se abrió la puerta de entrada. No era posible que me dejase transportar a lo ancho del cielo en una nave cerrada sin calmantes en el cuerpo. Padecía de claustrofobia desde pequeña y no solo se trataba de habitaciones cerradas, sótanos y ascensores. Era aún peor ir atrapada en avión o en metro. No se podía salir. No había salida. Estaba en manos de otros, sin poder sobre mi destino. Seguramente por eso me hice escenógrafo. En el teatro construía mis propios espacios y decidía dónde poner las salidas. Casi siempre podía dominar la claustrofobia. Siempre controlaba la salida de emergencia al entrar en un edificio y nunca me desplazaba en metro. Si tenía que hacer viajes largos, alquilaba un coche. Volver a Europa nunca había entrado en mis planes.

Leí y releí el prospecto. Consulte con su médico en caso de embarazo, eso decía, y «puede afectar al feto». Perdón, pensé cuando tomé la píldora, perdón, pero tengo que hacerlo.

El taxi avanzó a lo largo de los luminosos Campos Elíseos y torció poco antes del Arco del Triunfo. Allí acababa el ambiente callejero.

Lamennais era una calle de oficinas, donde parecía que todos hubiesen vuelto a casa al acabar la jornada. Pedí al taxista que se detuviera un poco antes del número 15, una de las direcciones en la libreta de notas de Patrick.

Me situé a unos veinte metros de distancia, en la penumbra de un portal. Un coche pasó lento y frenó suavemente delante de la entrada. Luego otro más, igualmente reluciente de brillo. El primero era un Bentley, el segundo un Rolls Royce. Se apearon tres hombres vestidos con traje oscuro y maletín en la mano. Un portero se apresuró a abrir las puertas de los coches, hizo una venia y anticipó con servilismo saltarín los pasos que debían dar los tres hombres. Incluso había una alfombra roja en la calle. Los coches arrancaron y desaparecieron.

Era la segunda dirección que visitaba. La primera resultó ser una librería americana. Típico de Patrick. Se complacía en descubrir viejas ediciones de novelas clásicas que costaban la décima parte en edición de bolsillo. Entré y di una vuelta entre miles de libros cubiertos de polvo, bajé y subí por angostas escaleras a cuyos lados había literas adosadas con mantas y almohadones. Cuando me senté a descansar un rato, se me acercaron dos turistas de mochila y me preguntaron si era escritora. «Nosotros también lo somos —dijo un muchacho—, pero publicamos lo que escribimos en la red. Nos sentimos muy cercanos a la generación *beat*, aunque en un contexto diferente, claro».

Ya eran las seis y media y el crepúsculo se anunciaba con una tonalidad azul en el aire. Otro coche reluciente pasó de largo, un Jaguar. En ese instante empezó a sonar el móvil desde el bolso. El portero miraba en mi dirección. Leí la pantalla, número oculto.

—Ally —respondí.

—Usted ha llamado —dijo una mujer con acento francés—. Busca a Patrick Cornwall.

Estremecimiento del cuerpo, flojera de piernas.

—¿Sabe dónde está? —pregunté—. Necesito ponerme en contacto con él.

Una breve pausa al otro lado de la línea. Ningún ruido de fondo.

—No podemos hablar por teléfono —dijo la mujer—, ¿dónde está usted en este momento?

—En la calle Lamennais —dije—, en la puerta de un restaurante. —Me acerqué a toda prisa y pude leer el grabado en oro en la gorra del portero.

—Taillevent —dije.

—¿En el octavo? —dijo la mujer.

—Perdón —dije y en seguida pensé en el niño, el octavo me sonaba a mes en la etapa final del embarazo—. ¿A qué se refiere?

—Al distrito octavo —dijo la mujer—. Dentro de media hora. ¿Cómo la puedo reconocer?

—Llevo un anorak rojo —dije. Luego sonó un clic en el auricular, bajé el móvil y sonreí al portero.

—¿Buenas noticias? —preguntó.

—Creo que sí —le respondí— y metí el móvil en el bolso. Repetí la conversación en la cabeza. El tono de voz de la mujer. Había sonado formal pero no hostil. Me esforcé en recordar las infructuosas llamadas que había hecho durante la tarde, pero dieron resultado. En cualquier caso, pronto lo sabría.

Volví a sonreír al portero.

—¿Sirven aún la cena? —le pregunté.

El portero escrutó mi atuendo: pantalones vaqueros y el anorak rojo que había adquirido a precio de ganga en una tienda del Ejército de Salvación de la Octava avenida.

—Siento decirle que esta noche la reserva está completa.

Fue a abrir la puerta del siguiente coche que llegaba y yo aproveché para colarme dentro.

Alfombras mullidas amortiguaban los ruidos del interior. La entrada estaba pintada en beis y marrón, y daba la impresión de no haber cambiado de estilo en los últimos cincuenta años. Una escalera con vistosa barandilla de hierro forjado y baño de oro conducía a la planta de arriba. El jefe de sala bloqueaba la entrada.

—Perdón, no hablo francés —dije—, pero quisiera preguntarle por un cliente, creo que estuvo aquí hace poco más de una semana…

—No facilitamos información sobre nuestros clientes —dijo el hombre—. Pueden confiar en nuestra discreción.

—Sí, claro, ya lo entiendo —dije y le sonreí mientras me estrujaba la cabeza para dar rápido con una mentira acorde, un

papel que interpretar. Sabía que Patrick nunca acudiría a un lugar así para cenar. Tuvo que haber quedado con alguien, alguien a quien entrevistar—. Cuánto lo lamento —dije poniendo voz nasal y femenina—. Represento a una gran compañía norteamericana en París y uno de nuestros socios reservó mesa aquí, pero he tenido tanto que hacer, mi madre falleció recientemente, que ahora temo haber confundido los días y hasta las semanas.

El jefe de sala frunció el ceño y miró inquieto a su alrededor. Dos hombres en variados matices del gris estaban junto al guardarropa y hablaban entre ellos. Una mujer, pequeña y bien dispuesta, con melena a lo paje, les atendía y colgaba sus abrigos.

—De modo que si quisiera cotejar la fecha de su reserva… —Puse la mano en el brazo del jefe de sala—. Compréndalo, si perdemos este contrato me ponen de patitas en la calle.

Saltó un poco sobre sus pies y dirigió la vista hacia un atril de madera noble donde había un libro abierto. El libro de reservas.

—¿Cómo dijo que se llamaba? —El jefe de sala miró a los lados y se acercó titubeando al atril.

—Cornwall —dije—. Reserva a nombre de Cornwall, Patrick Cornwall, es mi socio.

—Pues lo siento, pero no lo veo. —El hombre dejó que el dedo meñique corriera a lo largo de almuerzos y cenas.

—Oh, Dios mío —dije—, quizá no fue la semana pasada. —Me llevé la mano a la boca—. En ese caso debo ponerme en contacto con él con una buena excusa…

El jefe de sala hojeó el libro y al poco rato detuvo el dedo en seco.

—Un tal mister Cornwall tenía reservado un almuerzo el jueves de la semana pasada, el once de septiembre, pero era para una sola persona. —Me dedicó una rápida mirada y cerró el libro.

¿Qué demonios haría solo en un restaurante de lujo?, pensé. ¿Quemar nuestro dinero? Me llevé la mano al vientre de forma involuntaria.

—Un momento, por favor —dijo el jefe de sala y entró en el recibidor contiguo. Di unos pasos tras él. Se detuvo junto a un señor mayor que llevaba una chaqueta de color rojo burdeos.

—Esta señora pregunta por el señor Cornwall —dijo en voz baja

—. Pero he visto una anotación… El jefe de sala echó una mirada hacia mí. Yo miraba la pared.

—¿Cornwall? ¿Se refiere a aquel periodista, al americano?

El señor mayor dijo en voz baja:

—No volverá a ser bienvenido aquí.

—Lo sé, ¿pero qué le digo a la señora?

Y entonces ambos volvieron sus cabezas y el señor mayor abrió la marcha hasta llegar a mí.

Durante los segundos que siguieron me dio tiempo a pensar en que no era posible. Los hombres habían hablado en francés. Yo no debía de haber entendido lo que dijeron.

—Lo siento, señora, ahora hemos cerrado —dijo el señor mayor en inglés.

—¿Qué pasó cuando Patrick Cornwall estuvo aquí? —pregunté.

—Bajo ninguna circunstancia facilitamos información sobre nuestros clientes.

El jefe de sala puso la mano en mi espalda y me empujó discretamente hacia la salida.

—Es mejor que se vaya ahora —dijo.

Y el portero cerró la puerta tras de mí sin decir palabra. La calle estaba casi a oscuras.

¿Qué diablos pudo hacer Patrick para que le expulsaran de un sitio así? ¿Hablar en voz alta?

Di unos pasos por fuera del restaurante, me subí la capucha del anorak y me recosté en un muro de piedra.

Pronto sabría algo, pensé. Con tal de que se presentara la mujer que me había llamado.

Miré el reloj. Faltaban diez minutos.

Mientras esperaba, traté de recordar algunas palabras en francés. Zapato, pie, piedra, calle. No dio resultado, aunque el idioma anidara en algún recoveco de mi inconsciente. Los años pasados en una aldea francesa era algo que no quería recordar. Tenía seis años cuando llegamos allí. Mamá se convirtió en otra mujer. Tenía vagos recuerdos de una casa donde reverberaba el silencio. Un hombre que exigía que le llamara *señor*. Puertas que se cerraban al anochecer, soledad. El horror al despertar por la noche y no saber dónde estaba mi madre.

El coche frenó sin que yo me percatara. Si no hubiese estado tan enfrascada en mis pensamientos, quizás habría reparado en que algo no encajaba porque no era un Bentley o Rolls Royce, sino un viejo Peugeot con óxido en las llantas. De repente, un hombre estaba delante de mí. Vestía anorak y era más alto que yo. La adrenalina se me disparó en el cuerpo, el instinto me pedía a gritos que huyera.

—Vamos, entre en el coche —dijo con acento inglés y me tiró del brazo. Me libré de su mano, pero él me cerró el paso.

—Estoy esperando a una persona, va a llegar en cualquier momento —dije. La calle estaba desierta. Ningún Jaguar a la vista. Hasta el portero me había abandonado. Me disponía a soltarle al hombre una patada en la entrepierna y echar a correr cuando descubrí que detrás del hombre había una persona en el coche. Aunque fuera de noche, estaba segura de que era una mujer sentada en el asiento del conductor. Llevaba un chal sobre la cabeza. Me acerqué con el corazón en vilo. El hombre me siguió de cerca.

—¿Fuiste tú quien llamó? —dije y me agaché. La puerta del coche seguía abierta.

—Sube —dijo ella indicándome con un gesto el asiento trasero. Hice lo que me dijo. El hombre se sentó a mi lado y cerró la puerta. La mujer arrancó y puso el coche en marcha al mismo tiempo. El pánico disparó una oleada ardiente por mi cuerpo.

—¿Adónde vamos? —pregunté—. ¿Quiénes sois vosotros?

—¿Por qué preguntas por Patrick Cornwall? —dijo la mujer—. ¿Qué sabes de Josef K?

—Nada. No sé nada de Josef K. Por eso llamo y pregunto.

Vi su mirada en el espejo retrovisor. Ojos pardos con lápiz alrededor. El resto de su rostro lo cubría el chal.

—¿Dónde está Patrick? —dije—. ¿Sabes dónde está? ¿Vamos a su encuentro?

Dobló por una callejuela oscura, avanzaba.

—Lo primero que quiero saber es quién te ha dado mi número. —Tenía una voz grave con tono melodioso. Si no se tenía en cuenta el acento, su inglés era perfecto—. ¿Quién pregunta por Josef K? ¿Para quién trabajas?

—¿Para quién trabajas tú?

La mujer realizó una brusca maniobra y detuvo el coche en seco. Estábamos junto a un parque desierto. Empecé a sentir mucho miedo.

Se dio media vuelta.

—¿Es Alain Thery quien te ha enviado?

—¿Alain qué? —repuse confundida.

El instinto me decía que debía mentir. Entonces tendría una ventaja aunque ellos fueran dos.

—Trabajo para el mismo periódico que Patrick Cornwall —dije—. El redactor-jefe no da con él. Tenía que haber entregado un reportaje y se acaba el plazo. Se van a volver locos si no cumple los plazos.

—Déjame ver tu acreditación de prensa —dijo la mujer.

—No soy periodista —respondí—. Trabajo en las oficinas.

—¿Y te llamas?

No sé de dónde me salió, si fue el miedo o una decisión lógica lo que me arrojó a la identidad del pasado. No facilitarles información. Mentir pero sin mentir. Lo más parecido posible a la verdad.

—Me llamo Alena Sarkanova —dije y forcé una sonrisa—. ¿Y tú, cómo te llamas?

Pero la mujer no me devolvió el cumplido. Encendió un pitillo. El olor a tabaco negro removió algún recuerdo nebuloso de la infancia. Entonces sonó mi móvil, sonó tan contento dentro del bolso como un viejo conocido. Me agaché y lo cogí.

—No contestes —dijo la mujer. El hombre me agarró la muñeca. Me dio tiempo a ver el nombre de Benji en pantalla antes de apagarlo. Me dolió cortarle la llamada. A mi pequeño y amable Benji, mi único vínculo con mi vida habitual.

—Vas a acabar de ir hurgando por ahí —dijo la mujer—. ¿Me has oído? Vas a regresar a Nueva York. —Volvió a ver mi mirada en el espejo retrovisor. Tragué saliva. Yo no le había dicho que vine de Nueva York. Es decir, sabía que Patrick vivía y trabajaba allí.

—¿Dónde está? —dije.

—Vuelve a casa —dijo la mujer e hizo un gesto al hombre. Se inclinó sobre mí y abrió la puerta del coche a mi lado. Un aviso de que la entrevista había terminado.

—Y no le hables a nadie de este encuentro.

El hombre me dio un empujón y salí. Atrapé el aire de la noche en los pulmones y sentí una leve euforia al volver a estar libre. La puerta se cerró y desaparecieron de un acelerón.

Salí de allí a paso ligero en dirección a donde las luces de la ciudad eran más luminosas.

—Buenas noches —me saludó el portero al entrar en el hotel. Una mirada cálida a través de las gafas cuadradas de diseño. Había habido cambio de turno desde que dejé el hotel a la hora del almuerzo, hacía una eternidad.

—¿Puedo beber algo a estas horas? —dije y me pasé la mano por el pelo. Imaginé que se me veía horrible. Nada de alcohol, cualquier otra cosa, agua.

—Por supuesto —repuso el portero y se puso en marcha. Rodeó el mostrador y desapareció por una escalerilla que daba al comedor donde se servía el desayuno.

—Y también algo de comer —le grité a su espalda y me hundí en un desvencijado sillón. Había adelgazado al menos tres kilos antes de tomar un taxi libre. No había comido nada desde el almuerzo de Starbucks y el estómago se retorcía de hambre, o quizá sería el niño. Las piernas me seguían temblando desde la experiencia en el coche.

Datos, trataba de persuadirme. Es lo que cuenta. Conclusiones.

Las personas del coche: una mujer, un hombre. Edad: entre treinta y cincuenta. Franceses, sin duda.

Era la mujer la que llevaba la voz cantante. Su inglés era gramaticalmente correcto. Culta. Su número correspondía al último en la libreta de notas de Patrick. Tuvo un doble cometido: enterarse de quién era yo y lo que sabía, además de empeñarse en que yo me fuera de París.

Me froté la frente. La diferencia horaria me pesaba en la cabeza como un casco. Por mucho que reprodujera la conversación, no entendía nada.

—Perdone que le pregunte, pero usted es la esposa de Patrick Cornwall, ¿verdad?

El portero depositó una pequeña bandeja delante de mí. Un

bocadillo de queso. Agua y un vaso de zumo. Parecía delicioso.

—¿Puede hacerme otro bocadillo? —dije con la boca llena de pan.

Bebí el zumo. Descansé la cabeza contra el blando respaldo del sillón. Entorné los ojos.

Volver a casa era una posibilidad. Podía ponerme en contacto con la policía y la embajada americana, denunciar la desaparición de Patrick. Esperar a que se dejase oír.

Ahora tengo una responsabilidad mayor, pensé mientras dirigía la mano al vientre. Una madre de verdad volvería a casa. No correr más riesgos. Ingerir alimentos con regularidad y hacer ejercicio a ritmo apropiado, empezar a hacer ganchillo. Buscar ropa para el niño. Comprar cama y carrito.

Y seguía: el niño crecería y un día me preguntaría por el padre. Entonces le diría: «Desapareció. No sé dónde. No sé por qué. Fui demasiado cobarde para quedarme y averiguarlo».

—Patrick Cornwall era un huésped muy apreciado entre nosotros —dijo el portero y dejó otro bocadillo en la mesa—. Es el primer americano de este año que no cree que el Louvre sea la escena de un crimen.

El portero rio su propia gracia. Su inglés era excelente. Se llamaba Olivier, a juzgar por el letrerito que colgaba del bolsillo del pecho.

—¿Conoce un restaurante que se llama Taillevent? —le pregunté entre bocados.

—Por supuesto —dijo y se sentó en el brazo del sofá enfrente de mí—. Uno de los mejores. No tan famoso como *La Tour d'Argent* pero probablemente mejor. El año pasado perdieron la tercera estrella en la Guía Michelin, pero sus fieles siguen acudiendo allí. Creo que el restaurante abrió tras la guerra.

—¿Quiénes suelen acudir allí?

—Políticos, hombres de negocios, la élite, los que fueron a buenos colegios. No es un sitio de moda. Si quiere ir a lo más novedoso, le recomiendo *Spoon*, el restaurante de Alain Ducasse.

—¿Le dijo Patrick que había estado en Taillevent?

—Me preguntó dónde estaba. Lo recuerdo porque tuve que

buscar la dirección, nunca he estado allí. Pero no sé si fue.

Olivier se encajó las gafas. Vestía muy vistoso, vaqueros grises y la camisa en un tono más oscuro. Recordaba la forma de vestir de Patrick.

—¿Hablaron mucho entre ustedes? —Me retrepé en el sillón, trataba de imaginarme que esta fuese una conversación normal sobre lo uno y lo otro. La estancia completamente normal de mi esposo en París. Fui incapaz de decirle lo que había, que Patrick había desaparecido.

—Discutíamos a veces, en especial sobre Rimbaud, el poeta —dijo Olivier y sonrió—. Patrick pensaba que deberíamos quitar el letrero de ahí fuera. —Hizo un gesto señalando a la calle.

Sabía de lo que hablaba. En la página de Internet del hotel había leído que Arthur Rimbaud solía hospedarse en el hotel durante el temerario año de 1872. Olivier se agachó y de una mesa lateral tomó un mamotreto con tapas de piel roja. Una postal se desprendió, un saludo desde Melbourne.

—Nunca confíe en un poeta —leyó en voz alta y sostuvo el libro hacia mí—. El corazón me dio un vuelco cuando reconocí la caligrafía de Patrick. *Never trust a poet*. Daba las gracias por la maravillosa estancia. Con fecha del 16 de septiembre, el día que dejó el hotel.

—¿Trabajaba usted cuando dejó el hotel? —dije.

—No, por desgracia… —Se levantó. Dos mujeres de mi edad bajaron la escalera y dejaron la llave en el mostrador. Olivier les dio las buenas noches y ellas se internaron en la noche meciéndose sobre sus tacones.

—Patrick compró una biografía de Rimbaud en una de las librerías de viejo junto al río —prosiguió—: *The man with foot soles of wind*, escrita por Verlaine. Rimbaud dejó de escribir poesía a los veinte años, poco más o menos, y se estableció en Etiopía. Se dedicó a los negocios, vendía armas y esclavos.

—¿Se hizo negrero? —Estaba a punto de quedarme adormilada. Debería subir a la habitación, ducharme y dormir, pero tenía miedo a lo que me vendría encima cuando me quedase sola.

Olivier rio.

—No todos lo creen, pero Patrick pensaba que era algo lógico,

que el negrero era la otra cara del poeta, una sombra o una especie de alma inherente de la que la mayoría no quiere saber nada, pero que anida ahí, confiada en su propia supremacía. —Agarró el crucifijo que llevaba alrededor del cuello y lo pasó por la cadena hacia atrás y adelante—. No sé si me explico.

—Habla usted muy bien inglés —le dije y traté de imaginarme a Patrick, allí sentado, enfrascado en una discusión. La trata de esclavos y la esclavitud eran, al parecer, el hilo del asunto. Sentí que estaba demasiado cansada para pensar.

Olivier siguió hablando de Patrick, elogiaba su acento, inusual en un americano. Patrick había estudiado francés en el instituto y en la Columbia University y era un enamorado de esa lengua. Tan pronto como podía, llegaba a casa con películas francesas en DVD con las que yo me dormía.

—¿Recibió visitas mientras se alojó aquí? —le pregunté.

—Sí, se sabe que mantenía una relación con el poeta Verlaine…

—No, me refiero a Patrick.

El portero miró a otra parte toqueteándose el crucifijo de plata.

—Son tantos los que van y vienen…

De repente me harté de tanta cháchara insulsa. Pase lo que pase.

—Mi marido no regresó a Nueva York —dije—. No he oído nada de él desde que dejó este hotel. Por eso estoy aquí.

Olivier se levantó de un respingo y me clavó la mirada. Sentí el hormigueo de la angustia. Mañana correría el rumor por todo el hotel y la aparición de la prensa sería cuestión de tiempo. Y la pareja del Peugeot estaría de vuelta.

—Me contento con que no diga nada a nadie. Lo más seguro es que esté tras la pista de algo grande. Por eso no se deja oír. —Bajé la voz—: ¿Recuerda una llamada que recibió a última hora del viernes de hace dos semanas? ¿Estaba usted de turno?

Olivier frunció el ceño y asintió despacio.

—Sí, yo estaba aquí. Lo recuerdo. El que llamó estaba muy nervioso. Pero no sé cuál era el motivo, yo solo pasé la llamada a la habitación 43. Pensé que tendría que ver con el trabajo del señor Cornwall. —Esbozó una leve sonrisa—. Yo siempre he soñado con escribir.

—¿Sabe desde dónde llamó? —pregunté—. ¿Puede averiguarlo?

—No, habría que ponerse en contacto con la compañía telefónica. Exigen que la policía…

—Olvídese —dije. Estaba descartado poner a la policía tras el rastro de una llamada de uno de los confidentes de Patrick.

—¿Puede ayudarme a reservar mesa para mañana en el Taillevent? Necesito atar unos cuantos cabos en ese lugar.

—Sí, por supuesto. —Olivier se levantó y rodeó el mostrador de la recepción, encendió el ordenador y tecleó una dirección de Internet. La imagen apareció en la pantalla. 140 euros el menú de la cena.

—¿Están locos? —dije.

—El almuerzo es más barato —dijo Olivier—, solo cuesta 80 euros.

*Solo*, pensé, y le pedí que reservara mesa para el día siguiente. Camino de la escalera, reparé en algo y di media vuelta.

—Por cierto —dije—, haga la reserva a nombre de Alena Sarkanova.

El portero levantó la vista.

—Es mi nombre de soltera —dije.

Alena Sarkanova no tenía nada que perder. Se las apañaba sola, no suplicaba amor, era la que yo fui antes de conocer a Patrick. Cuando me casé me deshice de mi antiguo apellido como la serpiente que muda de piel.

Me metí en la ducha. Dejé que el agua caliente me rociara el cuerpo. Sarkanova era el apellido de mi madre. No tenía ni idea del apellido de mi padre. Ni siquiera sabía si vivía. Mamá no me lo quiso contar y ya llevaba muerta unos cuantos años.

En varias ocasiones llegué a hurgar entre sus papeles en busca de un nombre, una fotografía, cualquier cosa que mostrara mi parecido con él. Nunca encontré nada. Ella lo había borrado de su vida. En la adolescencia, fantaseaba con que él me buscaba por todo el mundo. Un día llegaría una carta. O un anuncio de televisión. Un día aparecería delante de la puerta y me contaría cómo había arriesgado su vida para cruzar el telón de acero y hallar a su amada hija.

«Acaba con esas fantasías estúpidas», me gritaba mamá. Aún podía oír su voz silbando dentro de mi cabeza. «Se largó, ¿es que no lo entiendes?, se fue porque no quiso hacerse cargo de una maldita criatura».

«Eso no es verdad —le replicaba yo—. Fue a parar a la cárcel, tú misma me lo has contado».

«Mentira —farfullaba—, mentira, mentira».

«Pues dime su nombre», le suplicaba.

«Entonces tratarás de ir en su busca», decía.

«¿Cómo voy a hacerlo si murió en la cárcel?».

«No sabemos si fue así».

«Pero tú lo has dicho».

«Yo no he dicho nada».

Así una vez y otra. Ya no sabía lo que había dicho y lo que yo me había imaginado. Solo existía un único recuerdo nítido de mi infancia en Praga.

Estoy sentada en la escalinata de un portal y tengo tres años de edad. Es de noche. Solo luce la lámpara de una farola que alumbra el patio con un gris amarillento y borroso, no hay contornos nítidos. Unos cubos de basura, una vieja bicicleta apoyada contra el muro. Siento frío en las piernas y las manos. Visto un fino pijama azul celeste, los zapatos marrones, de cordones. Mamá me llama desde lo alto de la escalera. «Entra, chiquilla —grita—, si no vienes ahora mismo te cierro la puerta y pasas toda la noche ahí fuera».

Pero no entro, pues espero a papá.

Luego oigo sus pasos, resuenan y se convierten en una muchedumbre de pasos; la puerta se abre a mi espalda y mamá me levanta de un tirón del brazo, cuelgo como una bayeta al aire. «Entra ya, chiquilla», grita y yo pataleo y me retuerzo para desembarazarme de ella y grito: «No, no, tengo que esperar a papá, va a venir pronto». «Mírame a la cara», ruge, pero yo aprieto los ojos. «Él no volverá nunca más —dice—, ¿es que no lo entiendes?». Luego arrastra a la niña escalera arriba y le golpea las piernas contra el suelo de piedra. En la escalera retumban ecos y estruendo al cerrarse la puerta.

Y eso es todo lo que recuerdo.

Lo poco que sabía de mi padre no se lo había contado a nadie

antes de conocer a Patrick. Él preguntaba todo el tiempo. Todo aquello le importaba. De dónde era uno, quién era uno.

«Quiero saberlo todo de ti —decía y me atraía a su lado—, exactamente todo».

«Y yo quiero más vino», le replicaba. La noche que empecé a hablarle de ese tema estábamos en su casa, sentados en un pequeño sofá que había incrustado entre la cocina y la cama. Fue antes de que derribáramos el tabique entre las habitaciones y yo me mudara allí. Aquellos primeros tiempos mágicos.

«¿Qué sabes tú de la primavera de Praga?», le pregunté.

Patrick descorchó una botella de tinto.

«Intentaron democratizar el país, iniciar una apertura, liberar a los presos políticos y todo eso —dijo—. Una especie de Glasnost veinte años anticipada que acabó cuando rodaron los tanques soviéticos en 1968».

«El aspecto político solo fue una parte —dije—. Por lo demás fue lo mismo que en París, en Estados Unidos y en todas partes: hippies y música *rock* y amor libre, había que fumar y follar cuanto uno quisiera».

Patrick sirvió el vino y volvió a sentarse a mi lado.

«Y no acabó porque los rusos entraran en el país —proseguí—. Continuaron tocando música *rock* y haciendo todo lo demás cuando los burócratas no miraban. Podría decirse que yo soy producto de un concierto clandestino y de mucha marihuana».

«¿Tu padre fue músico?».

«Fue miembro de una banda de *rock* que nadie recuerda, pero una vez le oí decir a mamá que entró como sustituto a formar parte de los Primitives. ¿Has oído hablar de ellos?».

«No creo…».

«Una de tantas bandas de la década de 1970 en Praga. Algunos de sus miembros formaron más tarde Plastic People of the Universe».

«De ellos sí que me acuerdo», dijo Patrick, y los ojos le brillaron. Como todos los periodistas, le parecía un honor saber un poco de todo.

Plastic People of the Universe fue una banda legendaria en el movimiento *underground* checo de la década de 1970. Perdieron

licencia para tocar en público, pero siguieron haciéndolo de forma clandestina, adaptaron aparatos de radio y altavoces y dieron conciertos en locales del campo. Inspirados por Zappa y The Doors, solían tocar bajo una bandera en la que figuraba el texto *Jim Morrison is our father*. Por eso, durante una época, me compré todos los discos de The Doors, fantaseando con que la música me unía a mi padre, con que en las letras podía encontrar rastros de sus ideas. Pero ese detalle no se lo conté a Patrick.

«Cuando los arrestaron, hubo violentas protestas —dije—. Václav Havel y otros intelectuales redactaron el documento *Charta* 77 sobre el derecho de todos a la libre expresión, que no se podía arrestar a la gente por querer tocar música y todo eso. Mi padre desapareció poco después de los juicios de febrero de 1977».

«¿Tu padre? ¿Qué sucedió, fue arrestado?». Patrick me tomó la mano.

«No lo sé. No volvió jamás».

«¿Qué hicisteis entonces?».

«Yo tenía tres años. ¿Qué querías que hiciera?».

«Tu madre, vuestros amigos, ¿no protestaron?».

«Ella tenía una criatura a su cargo —dije y bajé la vista—. No consiguió un empleo acorde con su formación, gracias a él. Tuvo que remendar ropa usada y ponerse a limpiar. Por supuesto que se sentía defraudada».

No le podía mirar a la cara. A sus ojos, que querían más y más de mí.

«Pero nunca has regresado e intentado dar con su paradero».

Negué con la cabeza.

En noviembre de 1989 yo tenía quince años. El muro de Berlín había caído y en la televisión vi a las muchedumbres recorrer la plaza Wenceslao de Praga, gentes que hacían sonar sus llaveros y que cada vez eran más, centenares de miles, y pensé que lo reconocería al verle la cara. Recordé la imagen de una toma que enfocaba un cobertizo gris de chapa ondulada, gruesas letras en negro garabateadas en la pared: *over. Czecks are free*
*It's*
!

Poco después leí que iban a abrir el archivo de la policía secreta.

Mamá se negaba a hablar del asunto. Desde luego, no pensaba volver. Y además decía que no iba a encontrar nada en esos archivos.

«Los controlaban a todos —dije—. Seguro que debía de haber muchas cosas».

«Esos archivos solo almacenan mentiras», dijo ella.

«No lo sabrás si no los lees».

«Lo sé muy bien».

Aún podía sentir el olor de su perfume cuando estaba cerca. Me parecía fea. Yo quería parecerme a mi padre.

«¿Y sabes por qué lo sé? —me gritó al oído—. Pues porque tu buen padre mintió. Mintió sobre lo sucedido. El amor es libre, decía y, claro, él iba a tener su libertad. No le preocupaba la política, quería tocar la guitarra y follar a diestro y siniestro. Durante años salió por el patio y corrió tras otras y todos lo sabían menos yo. No quería tener una criatura que gritara y se hiciera caca por la noche».

«¿Por qué me contaste lo de la cárcel? —grité—. Me dijiste que estaba encarcelado».

Di un respingo y me tumbé en la cama, temblaba ante todo lo que se resquebrajaba.

«Se largó —dijo mamá—. Nos abandonó. Y fui yo la que tuvo que padecer. Fui yo la que no obtuvo un trabajo y la que tuvo que quedarse con una criatura en aquella ratonera».

Ya no le hice más preguntas.

Patrick me acarició la mejilla. Me acogió en su abrazo. Un aroma cálido a olivo y loción de afeitado.

En cualquier caso, está muerta, pensé, y el pasado carece de importancia. No existe. El tiempo todo se lo lleva. Solo existen el presente y Patrick, que me ha pedido mudarme a su casa. Este es el año cero.

Siempre me sorprendió que él estuviera a mi lado. Que no me hubiese abandonado después de conocerme.

«Si fuera tú, volvería y lo buscaría —dijo—. Estaría obsesionado con averiguar mis orígenes».

«Estaba tan lejos, no teníamos recursos. Ella no quería. Por cierto, los últimos años perdió la memoria. —Bebí un trago de vino

—. Y en cualquier caso, ahora está muerta».

Patrick apartó el pelo de mi rostro y yo deseé que no me mirase de forma tan insistente. Esa mirada que me hacía querer ser auténtica.

«Poco antes de la caída del régimen comunista Plastic People empezó a tocar de nuevo —dije—, pero a condición de cambiar de nombre».

«¿Lo hicieron?».

«¿Por qué no lo iban a hacer? Nunca quisieron ser héroes, solo querían tocar música».

Había leído que hubo desavenencias dentro del grupo pero que al final decidieron llamarse Pulnoc, que significa «medianoche», puesto que a medianoche sale la gente rara, los que no se doblegan, la pesadilla de los burócratas, gente libre que recorre su propio camino y desafía todos los límites, que no obedece o se avergüenza, que no se adapta a las normas, los locos y fantasiosos, los *plastic people*, en definitiva.

«Pero después de la Revolución de terciopelo retomaron su antiguo nombre e hicieron giras valiéndose de su leyenda. Incluso llegaron a dar un concierto en Knitting Factory».

«¿Estuviste allí?».

Negué con la cabeza. Entonces ya tenía veinticinco años. Me quedé en casa, en la cama, vestida y maquillada, con una cerveza en la mano y el corazón en vilo, tratando de pensar en lo que les fuese a decir al acercarme hasta ellos tras la actuación. Lo único que sabía es que dos de los miembros habían tocado con mi padre. Tal vez. Hacía treinta años.

«No fui al concierto».

«¿Por qué?».

«Porque no sabía su nombre —dije y me miré las manos. Tragué saliva—: No sabía por quién tenía que preguntar».

# París jueves, 25 de septiembre

Un golpe de viento atrapó el mapa y casi me lo arrebató de las manos. Volví a meterlo en el bolso y anduve todo lo rápido que pude con zapatos nuevos. Era una zona sin planificación urbanística, con viejas casuchas de derribo y escasos edificios como índices al viento, señalando a Dios y al mundo entero. Hombres ociosos permanecían recostados en los muros de las casas y tuve que esquivar a un camello que me salió al paso farfullando su oferta.

En ocasiones así, si iba a adentrarme por esos barrios, habría llevado zapatillas y capucha, habría caminado agachada, a grandes zancadas, y a distancia nadie habría podido distinguir si yo era hombre o mujer. Pero ahora me había vestido como la señora Alena Sarkanova, con tacones y abrigo de entretiempo, dispuesta a almorzar en el restaurante Taillevent dentro de un par de horas. Había dedicado la mañana a comprar ropa en las tiendas más baratas de las inmediaciones del hotel. Casi fue como estar de vuelta en el trabajo, había que crear un personaje. Aún me quedaban varias horas cuando acabé y decidí husmear las direcciones de mi lista que quedaban más al norte.

El número 61 debía de quedar un poco más adelante, al otro lado de la calle. Iba arrebujada contra el viento cuando crucé el bulevar Michelet. Por eso no vi la casa hasta estar delante de ella.

Todos mis pensamientos se detuvieron en seco.

Frente a mí se erigía una ruina carbonizada, un espectro. Las ventanas eran orificios que apuntaban directamente a las tinieblas. Podía ver el cielo a través de la séptima planta, cuyo techo se había derrumbado arrastrando la fachada consigo. En la tercera planta se veía el esqueleto de una cama carbonizada. Aún seguía oliendo a

quemado, como una maldición que pendía en el aire.

Ardía, pensé, y el miedo me encogió el corazón. Ardía aquella noche. Patrick gritó en francés al teléfono y luego tuvo que salir. Aquí fue donde ardía. Y no volvió.

Anduve despacio a lo largo de una tarima que habían levantado alrededor del edificio incendiado. Ya lo habían garabateado a brochazos. Junto al edificio incendiado había un árido solar; al otro lado se inclinaba sobre un edificio más bajo. Por la parte trasera alguien había hecho un boquete en la tarima. Me agaché y entré. Todo era quietud. En medio del patio aparecieron los restos de un carrito de niño. La tela había ardido, solo quedaba el chasis de acero negro y retorcido. Una hilera de depósitos o casetas había ardido hasta los cimientos.

Me colé, sin reparar en peligros, por una abertura que había sido puerta. Pisé cristales y escombros. Tropecé con un tabique y me ensucié la mano. Había una pila de bolsas y ropas que habían ido a parar allí más tarde, estaban demasiado limpias para haber estado allí durante el incendio. En lo alto de la pared colgaban dos hileras de buzones hasta el suelo, los conté uno a uno. Veinticuatro. Uno por cada apartamento que había ardido. Apestaban a plástico y a residuos chamuscados, me subí el abrigo por encima de la boca y nariz, pisé escombros de la escalera derrumbada y salí a la calle por el portal.

En la planta baja había habido un restaurante. La barra estaba casi intacta, el resto eran paredes desnudas carbonizadas. El letrero había caído por fuera y estaba en la acera, casi sepultado entre cenizas y escombros. Pude distinguir las primeras letras: Resta…

Me cercioré de que no hubiera cristales en el suelo. Luego me arrodillé con cuidado y restregué el letrero con la manga del abrigo hasta que apareció el nombre completo. Restaurante Hôtel Royal.

Y todo lo que mi cabeza oía era la voz de Patrick, una y otra vez. «Pero qué es lo que está ardiendo… dime qué está pasando, ¡por el amor de Dios!».

En la puerta del café había un letrero escrito a mano que rezaba: *We speak English*. Pedí un café y un bocadillo de queso.

—¿Qué ha ocurrido en ese edificio? —pregunté al joven que atendía la barra señalándole las ruinas a un centenar de metros al otro lado de la calle.

El joven movió la cabeza mientras tiraba cerveza de barril.

—Terrible —dijo—. Un incendio, todo un escándalo.

Se recreó en la visión de mi vestido. El café parecía un antro de albañiles que comían tortilla y bebían cerveza mientras miraban los resultados de las apuestas en la pantalla del televisor. Algunos se acodaban en la barra para rellenar sus apuestas.

—Murieron diecisiete personas.

—¿Cómo? —Un escalofrío me recorrió el cuerpo desde los pies —. ¿Cuántas has dicho que murieron?

El joven asintió y alzó las manos. Diecisiete. Colocó el vaso lleno de cerveza en la bandeja y lo empujó por el mostrador hasta un hombre acodado al extremo.

El sabor amargo del café se intensificaba en mi boca mientras digería la cifra.

—¿Qué pasó? —dije—. ¿Por qué ardió?

—Inmigrantes, africanos. Ninguna salida de emergencia. —Movió la cabeza y dijo algo a una mujer sentada al lado, inclinada sobre su jarra de cerveza. Tenía los ojos muy pintados, el pelo le colgaba en largas greñas por encima de los hombros.

—*Une tragédie* —dijo la mujer con voz ronca y haciendo aspavientos. No entendí el resto de sus palabras.

—Hacían fuego dentro —prosiguió el barman—. No comprenden, imbéciles. Viven cinco, siete, ocho personas en una habitación y hacen comida dentro.

—El letrero que yo vi era de un hotel.

—Hotel —dijo mientras repasaba un vaso con el paño y lo ponía a contraluz—. Sí, claro. Cinco, seis, diez personas en una sola habitación. Mal sitio. También había niños, mujeres y niños.

Un hombre en mono de trabajo manchado de pintura y de grandes ojeras extendió sobre el mostrador unos cupones de apuestas y el joven de la barra se desplazó para registrarlos. La mujer, sumida en su jarra de cerveza, seguía hablando a solas de «*la grande tragédie, une catastrophe*».

El regusto a aire viciado por el humo del tabaco se me pegaba a

la lengua al respirar. Patrick había dejado el hotel el martes. El hotel se incendió la noche del viernes. Tuvo que haber cogido un taxi y atravesar París creyendo que podía salvar a esas pobres gentes, pero al día siguiente estaba vivo. Tres días después, según testimonio del personal del hotel, pidió la cuenta y se fue.

Tengo que llenar las lagunas, pensé. Entender los acontecimientos para saber adónde fue. Por qué no volvió a casa.

En un momento de confusión pensé que hubo varios incendios. Que no fue el mismo incendio. Que no fue este el que él había vivido. Tosí y sentí el sabor del humo del tabaco en lo más hondo de la garganta.

—¿Cuándo fue? —le pregunté al barman—. ¿Cuándo ocurrió?

—El viernes de hace dos semanas —dijo y desapareció tras la puerta de la cocina.

Suspiré aliviada y me arrepentí al instante, aun así habían perecido diecisiete personas. Desde la barra vi una parte de la silueta derruida y calcinada al otro lado de la calle. Eran las doce y cuarto.

—*Toilette*? —le pregunté a la mujer de al lado. La vieja levantó un poco la cabeza y me indicó con una mano temblorosa; de la manga del jersey sobresalía un fleco de encaje rojo, llevaba al menos tres prendas encima. Pensé que quizá no tuviera más de cincuenta años, pero carecía de dientes, y una persona sin dientes parece una persona acabada.

En el lavabo, me limpié una mancha de tizne que me corría por la frente. Después saqué el estuche de maquillaje.

Al tercer plato aún no había conseguido sacarle nada a un camarero que no fuera «está bueno» o «es su primera visita». Todo un enjambre mariposeaba alrededor de las mesas en la estricta jerarquía que marcaban los colores de sus chaquetas, con y sin corbata. En el escalón más bajo de la jerarquía había unos mozos en camisa de color beis. Su cometido, entre otros, consistía en hacer acto de presencia de forma discreta con cepillo de plata y recogedor para limpiar el mantel de las migas de pan desparramadas.

—Tiene que ser entretenido trabajar aquí —dije a un rostro

plagado de espinillas que se sonrojó—. Un conocido mío estuvo aquí hace un par de semanas, ¿tal vez fuiste tú quien le sirvió?

El mozo esbozó una tímida sonrisa, limpió el mantel hasta la última miga y desapareció. Bebí un trago de agua mineral y traté de ver lo que Patrick había visto.

El comedor del restaurante Taillevent no era mucho mayor que la suma de dos salas de estar normales. En medio del local había una orquídea clausurada en un fanal, por lo demás todo el decorado iba en marrón y beis. Como el poder, pensé. Una vez utilicé matices marrones para la escenografía de *Rey Lear* y tuve que pelear por mi versión, el cliché era magnificarle en tonos dorados y rojo aterciopelado, pero el poder absoluto, defendí yo, se pintaba en marrón, como en la Alemania nazi y en la antigua Europa del Este.

La mullida moqueta engullía la mayor parte de las conversaciones alrededor de las mesas. Si Patrick había venido para escuchar a escondidas, seguro que no oyó mucho.

—He oído decir que vienen muchos políticos a comer aquí —intenté pegar la hebra con el camarero de chaqueta roja que a los postres me trajo un sorbete de pera en forma de escultura. En ese punto yo estaba tan harta que prefería salir y meterme dos dedos en la boca. No estaba segura de lo que había comido, pero fueron muchos platos de nombres muy largos—. ¿Suelen conceder entrevistas aquí?

—Tenemos una clientela muy fiel —dijo y se alejó con una leve sonrisa.

La élite, me dijo Olivier en el hotel.

Dejé vagar la vista por las mesas que había junto a las paredes, chaqueta a chaqueta, cabellos canos, calvas relucientes. Las únicas mujeres del restaurante eran dos japonesas que fotografiaban entusiasmadas cada plato que les servían.

Estuve a punto de llevarme un pedazo de pera marinada a la boca cuando el señor mayor del día anterior dirigió sus pasos hacia mi mesa.

—Bienvenida, espero que todo sea de su agrado, ¿es su primera visita? —dijo y se dio palmaditas en el estómago.

No pareció reconocerme, pero también me había puesto hasta arriba de maquillaje. El vestido me quedaba ceñido y podía pasar

por elegante, había dado con una baratija plateada, con pedrería postiza garantizada, que colgaba a la perfección en el escote. Forcé una sonrisa deliciosa.

—Sí, es la primera vez, me lo recomendó un colega, un periodista americano que estuvo aquí hace dos semanas.

—¡Qué bien!

Ni una sola mueca en el rollizo y sonrosado rostro. Tuve el pálpito de tratarle de usted. Era el tipo de corbatas ajustadas al cuello y pliegues estirados bajo las mandíbulas. Y de repente le vi en todos los camareros que se movían por el comedor, en el orden estricto y la adulación cortesana hacia los clientes. La sonrisa que había visto transformarse en otra cosa cuando llegaba a casa y se aflojaba el nudo de la corbata.

Entonces sonó mi móvil. Todas las miradas se dirigieron a mí. Me agaché bajo la mesa, cogí mi móvil y lo encendí. Era Benji quien llamaba. Recordé que había llamado el día antes, cuando iba en aquel coche extraño. Había olvidado devolverle la llamada.

—¿Tal vez quiera llevarse el chocolate a casa? —me preguntó el primer camarero cuando después de tomarme el café había dejado las chocolatinas intactas.

Asentí con un gesto de cabeza.

—Voy a recomendar este sitio a Dan Brown para que escriba de él en su próximo libro. Entonces vendrán aquí muchos más norteamericanos.

Un último intento. Solo dio por respuesta una severa sonrisa.

—Pero he oído que usted tuvo problemas con un periodista americano un par de semanas atrás, con Patrick Cornwall. ¿Qué fue lo que sucedió?

—Tenemos muchos clientes americanos, todos muy amables.

—¿No es cierto que ya no es bienvenido al restaurante, molestó a otros clientes?

—En ese caso debería usted hablar con el jefe de sala.

Estaba convencida de que él y los demás miembros del personal sabían lo que había sucedido. Los escándalos corren en todos los lugares de trabajo, pero en el comedor nadie iba a decir una palabra.

Cuando recogí mi abrigo nuevo, la empleada de melena corta

me alcanzó con discreción una bolsita con cuatro chocolatinas dentro.

Mientras en Google buscaba enlaces con las palabras *incendio, hotel* y *París*, vi pasar riadas de turistas sin fin, el tráfico colapsado en ocho filas. Había encontrado un café de Internet en los Campos Elíseos y tuve que guardar cola durante veinte minutos para acceder a un ordenador carísimo con vistas a la avenida.

Una larga serie de titulares aparecieron en la pantalla. La mayoría de diarios franceses, pero también algunos en inglés en sitios informativos de la red.

AL MENOS 17 MUERTOS EN EL INCENDIO DE UN HOTEL EN PARÍS

> Al menos 17 personas perecieron anoche en el incendio de un hotel de París. Muchos de los huéspedes del Hôtel Royal, un sencillo albergue del barrio de Saint-Quen, al norte de París, eran inmigrantes africanos. Según la emisora de radio France Info, entre las víctimas hubo cuatro niños. La identificación de los fallecidos se ve dificultada por el hecho de tratarse de inmigrantes que se encontraban en situación ilegal en el país. Se cree que en el edificio de seis plantas había más personas, pero la policía no ha podido interrogar a ningún superviviente.
>
> «Solo había una escalera, el hotel era una trampa mortal», afirma el jefe de bomberos Jean-Marie Gilbert.
>
> Según la policía, hay testimonios que apuntan a que el incendio pudo ser provocado.
>
> El incendio comenzó poco antes de la medianoche, en la noche del viernes al sábado. Más de veinte coches de bomberos participaron en las labores de extinción. El trabajo aún seguía en la madrugada de hoy.

En una nota posterior desecharon las sospechas delictivas. El incendio, según la policía, había sido ocasionado por un fallo eléctrico o por descuido de los inquilinos. No obstante, el

propietario podía contar con una denuncia por falta de seguridad. Tampoco pudo exhibir una contabilidad aceptable de su actividad hotelera.

No era la primera vez que sucedía algo así. Seguí navegando entre los enlaces.

En abril de 2005 murieron veinticuatro personas en el incendio de un hotel barato del noreste de París. La mayoría de las víctimas fueron inmigrantes africanos que habían sido ubicados allí por los servicios sociales. En agosto del mismo año murieron nueve niños en un edificio en ruinas.

«Para conseguir un contrato de alquiler hay que tener papeles», dijo un inmigrante llamado Said, que no quiso dar su apellido a la prensa. «Sin papeles te ves encadenado a un mercado negro donde los caseros no vacilan en ofrecer peligrosísimas viviendas en ruinas en las que ningún ciudadano se atrevería a vivir».

Las autoridades municipales habían dedicado muchos esfuerzos a vaciar de inquilinos edificios que amenazaban ruina. Entre otros muchos, habían hallado una imprenta abandonada donde vivían setenta personas que compartían un solo retrete en condiciones.

Volví a Google, pulsé sobre enlaces relacionados y escribí en el casillero de búsqueda variantes de las palabras: *hotel, incendio, París, inmigración ilegal, sin papeles, Europa*.

Mientras navegaba de página en página, me parecía ir tras la pista de Patrick, de que vislumbraba un asomo de su espalda al pasar al siguiente enlace.

Solo en París había unos cuatrocientos mil inmigrantes sin papeles, hasta ocho millones en toda Europa occidental y las políticas se endurecían. En la actualidad, el control aduanero de Europa se extendía hasta Senegal, y las playas eran vigiladas con radares. Con todo, nuevos inmigrantes conseguían pasar a bordo de camiones y en barcazas llenas hasta los topes, exhibiendo documentación falsa en los aeropuertos. Unos compraban billetes con dinero prestado, otros eran transportados de contrabando para ser vendidos a la industria del sexo, una cantidad cada vez mayor era explotada en condiciones de pura esclavitud.

Me eché hacia atrás y estiré los hombros. *Esclavitud laboral* era una expresión que aparecía constantemente en la libreta de notas,

en la conversación con el portero del hotel.

La escribí en el casillero de búsqueda y me dio otra serie de enlaces.

Ahí aparecieron los chinos de los que me habló Richard Evans, los que fueron a recoger mejillones en una bahía cercana a Liverpool. Veintiuno perecieron ahogados cuando les sorprendió la marea. Los supervivientes contaron que les pagaban siete euros por canasta llena de mejillones, pero que luego el *gangmaster*, el contratista, aplicaba descuentos en concepto de vivienda en un inhóspito sótano y por deudas contraídas para viajar allí. El incidente tuvo lugar años atrás y de él se hizo un documental. Nada nuevo, pues. Seguí ojeando textos.

En la Toscana, en Italia, miles de chinos trabajaban en fábricas textiles clandestinas. *Made in Italy*, decía una muchachita china mostrando orgullosa una prenda de vestir. Las prendas eran transportadas a puestos callejeros y a lugares turísticos de toda Europa. El sueldo se pagaba en especies, comida y dormitorio en la misma fábrica, y los trabajadores tenían deudas acumuladas de hasta 20.000 euros que debían pagar a los *snakeheads* que habían organizado su viaje a Europa.

Buena idea, pensé. Una trata de esclavos en la que los esclavos pagaban sus desplazamientos. No era extraño que Patrick hubiera picado el anzuelo.

Seguí echando un vistazo a los artículos sobre niños que desaparecían en Rumanía para trabajar como ladronzuelos en Londres, París y Estocolmo, en peligrosos trabajos de la construcción, en trabajos de limpieza que solo se hacían por la noche y de jovencitas que eran vendidas como esclavas para el servicio doméstico.

Mi mirada se quedó ahí. El pulso fue en aumento, lo oía golpeándome los tímpanos.

Se trataba de una muchacha de quince años de Togo que había sido mantenido como esclava en dos familias de París, hasta que los vecinos dieron la voz de alarma. El tribunal les condenó a pagar el sueldo de la chica a posteriori, 30.000 euros por cuatro años de empleo esclavo, siete días por semana, quince horas diarias. Alrededor de un euro la hora.

La abogada que representó a la chica se llamaba Sarah Rachid. Había visto su nombre escrito con mucho esmero en la libreta de notas de Patrick.

«Está bien que haya ganado —decía Sarah Rachid—. Pero hay muchas más como ella y nunca conseguimos localizar a la mayoría».

La búsqueda con su nombre me dio once enlaces, casi todos en torno a la muchacha de Togo. Uno daba el nombre del despacho de abogados donde trabajaba Sarah. En el sitio de Internet del despacho de abogados figuraba una dirección de correo electrónico. Escribí diciendo que tenía unas preguntas relacionadas con Patrick Cornwall y, sin más, firmé el mensaje como Alena Sarkanova.

El tiempo de conexión iba tocando a su fin y me dirigí a caja para comprar una hora más y una
Coca-Cola
. Sentí un gran alivio en el estómago. A la salida del restaurante llegué a sentirme como una oca cebada.

El caso de la chica de Togo había pasado tres años atrás, apenas podía suponer una novedad en el reportaje de Patrick.

Me senté de nuevo ante la pantalla y me froté las sienes.

En medio de todo esto, Patrick había encontrado su reportaje. Un hilo a desenredar que conducía a algo más grande, algo que aún no se había contado. «Un punto de partida inédito, un ataque propio», dijo Richard Evans. «El reportaje del año», rezongó el propio Patrick al teléfono.

Pensé en los signos de admiración de su libreta de notas, en las cifras. El precio de un esclavo.

Escribí la palabra *esclavo* y unas cifras en el casillero de búsqueda y me salieron catorce enlaces *ipso facto*.

En el mundo había más esclavos que nunca, a pesar de que la esclavitud estuviera prohibida por ley en todos los países. De hecho, su precio nunca se había cotizado tan a la baja como ahora, una media de noventa dólares por esclavo. Incluso se podía obtener un buen esclavo de Mali a cuarenta dólares. Las cantidades coincidían con las anotaciones de Patrick.

En la década de 1880, durante la trata transatlántica hacia América, un esclavo llegó a costar 1.000 dólares. Ese monto, convertido al valor actual del dinero, sería unos treinta y ocho mil

dólares, lo que significaba que ahora se podían comprar cuatro mil esclavos al precio de uno a finales del siglo XIX, época que pasó a la historia como una de las más negras de la humanidad.

Fui pasando página hasta que di con la explicación de las demás cifras de Patrick.

La cifra de veintisiete millones era una estimación aproximada de la cantidad de esclavos actual. Él la había contrastado con los 12 millones de esclavos que fueron transportados por el Atlántico durante trescientos años. En el siglo XIX, la esclavitud estaba permitida, sin embargo ahora era una parte de la economía sumergida, una actividad criminal. Pero funcionaba, y las autoridades no parecían hacer mucho para detenerla.

Cerré los ojos y volví a ver ante mí las páginas de la libreta de notas. ¡Los barcos! Escribió.

Escribí *barcos* junto a algunas de las variantes buscadas antes y aparecieron en pantalla nuevos artículos. Esto no tenía fin, pero yo contaba con unas horas más para matar el tiempo y nada mejor que revisar a fondo todo lo que se me ofrecía.

Durante los últimos años, miles de inmigrantes habían perecido en el mar entre África y Europa. El fin de semana pasado, sin ir más lejos, se habían hallado once muertos a bordo de un pesquero en aguas de las Canarias. Seguramente habían muerto por deshidratación e hipotermia. La misma semana fueron rescatadas trescientas cincuenta personas de una embarcación que naufragaba frente a las costas de la isla de Lampedusa, en el Mediterráneo. Nadie supo cuántas perecieron ahogadas. No había lista de embarque, pero uno de los inmigrantes contó que dos mujeres embarazadas murieron y fueron arrojadas por la borda. En uno de los artículos se decía que era frecuente el caso de las mujeres inmigrantes embarazadas. Seguramente pensaban que, en ese estado, aumentaban sus posibilidades de quedarse en Europa y evitaban que las violasen durante la ruta.

A no ser, pensé, que precisamente huyeran por haberse quedado embarazadas y para ganarse una vida mejor para sus hijos.

Pulsé en otro documento relacionado. Una turista sueca había hallado muerto a un inmigrante africano en una playa de Tarifa, en el sur de España. Entrevistada, la muchacha contó el horror que le

produjo ver a una persona muerta. En el agua parecía que estaba vivo, llevaba un tatuaje, pero por lo demás apareció totalmente desnudo en una playa donde la gente solía bañarse y hacer surf, ¡qué susto! El padre de la muchacha también declaraba y decía estar indignado de que eso pudiera suceder, y que de la agencia de viajes no habían recibido información ni apoyo. Días después fueron hallados más muertos en las playas de Cádiz, no muy lejos de allí. La policía española creía que se trataba de una Zodiac naufragada. Las olas del estrecho que separaba España de Marruecos podían alcanzar alturas de varios metros.

Tuve que tragar saliva. La náusea estaba de vuelta. Aquella mañana había leído en Internet sobre el embarazo, a menudo era suficiente con comer algo, una zanahoria o un panecillo. Pese a que aún estaba llena, fui a comprar un par de galletas de almendra. Entonces caí en la cuenta de que había desatendido las llamadas de Benji dos días seguidos. Le llamé mientras pasaban artículos delante de mis ojos, por si aún surgía algún nombre que yo pudiera utilizar.

—¡Ally! —exclamó, por fin—. ¿Qué tal, cómo estás, qué pasa en París?

—Estoy bien —mentí.

—¿Has visto a…?

—¿Qué tal el estreno? —le interrumpí y me sentí tontamente emocionada al oír su voz.

—¿Pero qué pasa? Suenas rara. ¿Estás segura de que estás bien?

Su consideración me hizo un nudo en la garganta. No me preguntes por Patrick, me pedí, no digas nada de nada.

—Solo un poco resfriada —le dije—, pero París es maravillosa. ¿Qué dijeron los periódicos?

Oír su parloteo fue como una inyección relajante. Allí no paraba la bulla, solo faltaba yo. Las críticas de casi todos los periódicos más importantes de Nueva York eran fantásticas, cantaba Benji, hablaban de una profundidad innovadora que, sin dejar de ser clásica, rompía con todas las convenciones, excepto uno que consideraba que la función de danza era un asesinato del alma lírica en la dramaturgia de Chéjov. En la fiesta tras el estreno, Leia se había emborrachado y se había pegado a Duncan, quien a esas alturas había perdido el interés por la chica que interpretaba a

Masja.

—Y por fin llegamos a la pregunta de siempre sobre cuál es la profesión que depara más sexo en relación con el esfuerzo —prosiguió Benji—. ¿Habría que ser coreógrafo, cantante o debería uno apostar por convertirse en líder de una secta?

No escuché el resto. Un nuevo artículo apareció en pantalla y su texto atrajo toda mi atención.

—Oye, te llamo luego —dije y corté la llamada.

Se trataba de otra embarcación de inmigrantes que había llegado a las Canarias. A bordo había trece hombres y una mujer moribunda. La mujer llevaba consigo un niño de pecho que amamantaba. Cuando los tres días prometidos en el mar se convirtieron en cinco, seis y hasta una semana, y la comida y el agua se agotaron, los hombres fueron a por ella, el único alimento a bordo. Chuparon la leche de su cuerpo hasta que no le quedó nada. La Cruz Roja la llevó hecha jirones al hospital de Los Cristianos, donde confirmaron su muerte.

Corté la conexión y apagué el ordenador, pero el texto se demoró en la pantalla hasta que cesó el murmullo y quedó negra.

Doce de los supervivientes afirmaron que el niño de pecho estaba muerto cuando lo arrojaron al agua. Uno afirmó que estaba vivo.

El mozo con la cara plagada de espinillas fue uno de los últimos en salir. Lo hizo en compañía de uno de los mozos que llevaban chaqueta beis. Ahora vestían prendas de paisano y apenas los hubiera reconocido de habérmelos encontrado por la ciudad.

Caminaron cuesta abajo y torcieron a la izquierda para salir a la avenida Friedland. Me levanté del banco del parque donde me había sentado para controlar la entrada del restaurante. El Arco del Triunfo centelleaba frente a nosotros mientras les seguía en dirección a los Campos Elíseos.

Si me quedaba a solas con el de las espinillas, le haría hablar. Crucé rápida la calle para no perderlos de vista entre la muchedumbre y vi cómo sus espaldas desaparecían por la escalera mecánica de la boca del metro, hacia los túneles.

Había mucha gente a mi alrededor. Todos pueden hacerlo, pensé. Lo hacen a diario.

Me subí a la escalera mecánica y me dejé conducir abajo, al agujero, hacia los túneles, respirando hondo por boca y nariz para ahuyentar el pánico.

Me pareció que solo la gente sin fantasía viajaba en metro. Los que no pueden imaginarse lo que sucede cuando se apagan las luces y salta la alarma, y miles de personas deben dirigirse a la salida, por medio de túneles, al mismo tiempo.

El techo se arqueaba sobre mi cabeza, las paredes lucían un mosaico anaranjado, carteles publicitarios. La gente pasaba pero yo solo veía una chaqueta verde, un pelo ceniciento que se rizaba un poco en la nuca. Caminaba unos veinte metros por delante de mí. Más túneles, azulejos blancos. La ciudad está perforada por galerías subterráneas, pensé que iría a derrumbarse a través de la tierra.

Extraje uno de los billetes que había comprado con anterioridad. Valían tanto para el autobús como para el metro, pero yo solo me planteaba usarlos en el autobús. Lo introduje en una máquina automática, rogué en silencio y salió por la otra punta.

El mozo con el rostro plagado de espinillas estrechó la mano de su colega y prosiguió solitario hacia la línea 6. Lo seguí con la esperanza de que cuadrara el análisis que había hecho de su carácter. Joven, tímido y subordinado, de incorregible acné; arquetipo de joven inocentón y de escasa autoestima.

Ya en el andén me sacudió una corriente cálida de aire, sentía agobio y olía a quemado, como si alguien hubiera quemado goma. El tren llegó en medio de su estruendo y lo abordé justo donde se oía una especie de sirena y las puertas se cerraron.

—Pero a ti te conozco —dije y me senté enfrente de él, junto a la ventanilla—. ¡Tú trabajas en el Taillevent, tú eras mi camarero hoy!

—Yo no soy camarero —dijo y miró de lado, incómodo—. Solo soy ayudante de sala.

—Pues yo no vi la diferencia —dije—. Tiene que ser maravilloso trabajar en un restaurante tan bueno.

Me vi forzada a inclinarme hacia delante y detener el mareo. Mis rodillas rozaron sus rodillas, el compartimento era estrecho. Él

llevaba una bolsita de golosinas entre las manos, en la entrepierna.

—Pero también es bastante sacrificado —dijo y miró por la ventanilla. Un túnel a oscuras, garabateado de grafitis, tendidos que corrían a lo largo de los muros de piedra.

—¿Me invitas a uno? —le pregunté señalando la bolsita. El rubor se le subió a las mejillas. Rocé su mano aposta cuando extraje de la bolsita un cocodrilo de goma—. Pasa lo mismo en Nueva York —dije—, los ayudantes siempre cargan con los trabajos más duros.

—Es aún peor desde que la Guía Michelin nos quitó una estrella —dijo—. Todo ha de hacerse a la perfección, como si la pérdida de la estrella fuese culpa nuestra.

El tren daba bandazos, bramaba y frenaba. No podía haber más de un minuto entre las estaciones.

—Hablas muy buen inglés —le dije—, no son tantos los que lo hacen en París, pero vosotros tenéis que saberlo, con todos los extranjeros, clientes y conocidos que acuden a comer y tú les sirves a todos.

—No soy yo quien les sirve.

El túnel salió a la luz y el vagón tronó en el aire, vi el río y la torre Eiffel y, de golpe, pude volver a respirar.

—He oído que un periodista americano armó un lío de mil demonios el jueves pasado. ¿Trabajabas tú entonces?

—Trabajo todos los días laborables. Es decir, no abrimos los festivos.

—Una siente vergüenza ajena, por ser americana, cuando ocurre algo así.

—Pero usted no tuvo la culpa. —Ahora, por lo menos, sonreía.

—No, claro, pero lo siento así, como con la guerra contra Iraq, no fui yo quien se la inventó. —Me reí y él rio conmigo, con una risa nerviosa y estridente.

—Ese periodista no volvería a poner el pie en el restaurante, me dijo uno de los que trabajan contigo —proseguí al tiempo que hurgaba en la bolsita de golosinas—. Se portó muy mal, se peleó y qué sé yo.

—No se peleó.

—¿No? —inquirí—. ¿Qué hizo entonces?

El mozo se retorció un poco, pero lo único que consiguió es que

mis piernas le rozasen el otro muslo.

—Es cierto que importunó a uno de nuestros clientes —dijo—. Es importante sentirse a gusto, comen mientras celebran reuniones, están a lo suyo y por eso se armó el lío, es decir, por ser periodista. El señor Thery dijo que no debíamos dejar entrar a esos periodistas sensacionalistas, *paparazzi*, ya sabe.

Habíamos cruzado el río y volvíamos a entrar en el reino de los túneles, el sudor me empapaba los sobacos. Ese nombre lo había oído antes, ¿pero dónde?

—¿El señor Terri? —dije—. ¿Es un político o algo así, verdad? —Copié de forma automática las formas de expresión del mozo, era algo que sabía hacer. Imitar y adaptarme, esconderme en la multitud.

—No, no, el señor Thery es empresario, acude a menudo a nuestro restaurante.

—¡Ah, claro, te refieres a Maurice Terri!

—No, Alain, Alain Thery.

Una corriente de aire cálido recorrió el vagón en la siguiente estación y de golpe supe dónde lo había oído, la voz de una mujer: «¿Es Alain Thery quien te ha enviado?».

—¿Y qué fue lo que hizo el periodista? —dije.

—No lo sé. Yo estaba en la cocina. —Se levantó—. Me apeo en la próxima.

Le despedí mientras desaparecía abriéndose paso por medio del vagón. Cuando se abrieron las puertas, me abrí camino en dirección opuesta y me dio tiempo a saltar del vagón antes de que las cerraran.

Tan pronto como entré en la habitación, me quité los zapatos y el vestido, y me senté ante el ordenador solo con el sostén y las bragas. Olivier me había instruido acerca de la conexión
*wi-fi*
y en cinco segundos estuve conectada a Google. Aproveché para preguntar cómo deletrear el nombre de un señor llamado Terri.

Acerté a la primera conexión, la más sencilla posible. Wikipedia traía un artículo, aunque solo en francés, del empresario Alain

Thery, pero aun así conseguí entender algunos pasajes del texto.

Alain Thery había nacido en 1959 en Pas-de-Calais. Entre otras tareas, se dedicaba a labores de consultoría, desarrollo y economía. Las mismas palabras en la mayoría de los idiomas. Tenía varias empresas. Había un enlace a una de ellas. También aparecía un montón de artículos de prensa donde se citaba su nombre. Los primeros dieciocho estaban en francés, sin embargo el decimonoveno figuraba en un sitio informativo en varias lenguas.

Cinco años atrás, Alain Thery fue nombrado empresario revelación del año. Su empresa de consultoría había incrementado su volumen de facturación en un 400% en tres años. El siguiente paso era la expansión hacia más países de Europa con miras al mercado global.

Tuve una idea y escribí un mensaje a Benji adjuntándole los enlaces de los dieciocho artículos sobre Alain Thery en francés y pidiéndole que me los tradujera. No al pie de la letra, escribí, solo quería saber si contenían algo más que los elogios al uso.

Me levanté y fui al cuarto de baño, llené de agua el vaso de plástico. Me acordé de que aún tenía las tres chocolatinas del Taillevent en el bolso. Se habían derretido un poco y tenían un fuerte sabor a cacao y otro más dulce a vainilla.

Luego me conecté con Lugus, la página de Internet de la empresa de Alain Thery. Apareció toda en azul, con imágenes de cielos y nubes y una molécula flotante que ilustraba la idea comercial de la empresa. En la columna de la izquierda había cuatro banderitas. Pulsé la inglesa.

«Matar dos pájaros de un tiro es nuestro lema en todo momento y circunstancia», rezaba en lo alto de la página.

Y seguía: «Mediante la combinación del conocimiento técnico, la configuración estratégica y el análisis global, facilitamos la renovación de la actividad que exige el dinamismo del entorno mundial».

Maldita retórica, pensé.

Seguí navegando al tuntún por la página sin comprender qué interés podía tener Patrick en este hombre. ¿O no lo tenía? Quizá fuera lo que el mozo de las espinillas me había dicho, que lo tomaron por un *paparazzi*.

Pero la mujer del coche también había citado a Alain Thery.

Pulsé sobre el nombre de la empresa y apareció la imagen de una escultura con tres rostros y un texto que explicaba que Lugus era el nombre de una divinidad gala que regía sobre los negocios y el comercio, también era el dios de los viajantes y había descubierto las bellas artes. Típico de los consultores, siempre escogían nombres de recóndito significado que no decían ni jota.

«Tú eliges entre crear un futuro o reaccionar contra el pasado».

Me levanté y tiré los hombros hacia atrás para que me crujieran las articulaciones.

Patrick había tratado aspectos parecidos en sus reportajes sobre la nueva economía. La mayor parte sobre los perdedores, empleados cuyos trabajos desaparecían o se trasladaban a la India. Los ganadores eran, entre otros, consultores del más variado pelaje, agentes, intermediarios. Gente que, en resumidas cuentas, no producía nada. Eran suministradores de información y conocimientos, dinero, servicios, productos e inmuebles. No creaban valor alguno, pero formaban el sector donde se movían las grandes sumas de dinero. Él había mencionado el nombre de un escritor, creo que era Robert o Richard Sennett, quien había escrito un libro sobre cómo la nueva economía transformaba la moral y el razonamiento de los hombres, de modo que todo lo que había sido duradero se convertía en efímero y se evaporizaran los valores sólidos.

De esas cosas escribía Patrick. Maldije al mozo de las espinillas. ¿Fotografiar famosos a escondidas? Patrick nunca lo haría. Pero si realmente creyeron que era un *paparazzi*, debió llevar una cámara al restaurante. ¿Por qué? ¡Para fotografiar a escondidas a Alain Thery!

Di un puñetazo en la mesa. Naturalmente. Las fotos, las fotos anodinas y desenfocadas que Patrick me había enviado desde París.

El disco estaba en una carpeta con varios recibos y esbozos escenográficos que yo había arramblado en la maleta. Lo metí en el ordenador y, mientras esperaba a bajar las fotos, abrí la página de los artículos en francés sobre Alain Thery, uno tras otro.

En el quinto había una foto de él.

Pasé mucho rato con la figura delante de mí. Tenía una nariz

poderosa y llevaba gafas con monturas metálicas, ojos claros que casi parecían blancos, pero que también podía deberse a la exposición. La foto estaba cortada un poco por debajo del nudo de la corbata. No era feo, pero tampoco guapo, podía ser el tipo de la casa de al lado, el hombre del banco, uno de tantos con quienes te cruzabas por docenas en los alrededores de Wall Street.

Y parecía asquerosamente conocido.

Las fotos de Patrick saltaron a la pantalla, una tras otra, y no había duda.

Alain Thery era uno de los hombres que Patrick había fotografiado. Su rostro apareció en una foto y otra hasta que lo pude ver desde todos los ángulos imaginables. Patrick tuvo que sentirse obsesionado por atraparlo en fotos.

La pregunta era por qué.

Volví a levantarme y me dirigí a la ventana. Lucían las lámparas del techo de la Sorbona, las cortinas de puntilla le daban un aspecto agradable. Era cierto que allí vivía gente. Un niño montaba en bici entre las habitaciones, tal vez tuviera cuatro o cinco años. Aparecía corriendo por una ventana y desaparecía para reaparecer en la siguiente. Me pregunté si era el hijo del conserje o del rector… ¿En qué se convertía un ser que crecía en la buhardilla de una universidad? Luego caí en la cuenta de que quizá alguien me observara de la misma manera, como a un animal enjaulado, un ser de acuario, en bragas y sostén.

Me aparté de la ventana y tomé asiento, pulsé de nuevo en el sitio de Internet de Lugus y fui a dar con la versión francesa. Parecía algo distinta, con más extensiones, más encabezamientos. «Matar dos pájaros de un tiro» se decía en francés *Faire pierre deux coups d'une*. En la parte inferior de la página, un texto minúsculo rezaba *contacts*. Pulsé y apareció una dirección: 76 avenida Kléber. Me mecí en la silla y casi se volcó.

¡Por todos los diablos!

El número 76 de la avenida Kléber estaba marcado en el mapa. Una de las direcciones de Patrick.

La avenida estaba a un tiro de piedra del Arco del Triunfo, a un

elegante kilómetro del restaurante Taillevent, en el mismo barrio en que había pasado toda la tarde en un café de Internet. No podría merodear por los alrededores con tan incómodos zapatos, podría dejarlo para mañana. Había sido más importante enterarse del incendio.

Pulsé en la dirección electrónica de contactos. Empecé a formular una cumplida solicitud de cita. Pensé unos minutos y luego escribí que yo era la representante de una compañía norteamericana, lo que era totalmente cierto (aunque mi compañía solo se componía de mí misma y de un ayudante sin contrato y casi sin sueldo). Comprendí lo idiota que era cuando leí el texto por tercera vez consecutiva y levanté el dedo para pulsar en *Enviar*.

Alain Thery no había multiplicado sus beneficios por ser un idiota.

Reconocería el apellido Cornwall del mensaje y lo asociaría con el periodista de quien quiso deshacerse.

Me tiré de los pelos y me puse a pensar un rato.

Lo más simple del mundo era registrar una dirección ocasional, Benji lo hacía cada dos por tres cuando se ponía a ligar por la red, tenía diecisiete identidades digitales con romances digitales propios. Era un milagro que no los confundiera y que al final ligase con una versión de sí mismo.

Y con ese pensamiento llegó el siguiente: ¿cancelé mi antigua dirección electrónica?

Abrí el programa de
*e-mail*
y envié rápido, a modo de prueba, un mensaje a a.sarkanova@workmates.com.

Al volver del cuarto de baño mi buzón había recibido el mensaje, tintineaba alegre, como un buen amigo que llegaba de visita y rompía el aislamiento. Alena Sarkanova existía, nunca había desaparecido en el espacio digital. No me llamaba Alena a mí misma desde que era una adolescente, me gustaba Ally porque no despertaba curiosidad sobre mi origen. Además de figurar en el pasaporte, solo era Patrick quien usaba mi nombre real. Le parecía que era demasiado hermoso para ocultarlo, como «música y pureza, algo que Botticelli pudiera haber pintado».

Workmates era, pues, una dirección disponible, no revelaba nada. Si alguien quería seguirle la pista encontraría un colectivo compuesto por *free-lances* que alguna vez compartieron locales pero que en la actualidad solo tenían en común el nombre de un dominio.

Envié el mensaje con el nuevo remitente.

Luego dejé el ordenador en suspenso, se apagó y quedó en silencio. Me tumbé sobre la colcha con la manta encima. El niño había dejado la bicicleta.

# París viernes, 26 de septiembre

La abogada Sarah Rachid cruzaba la plaza a buen paso en dirección al restaurante donde yo esperaba. Enseguida adiviné que era ella. Algo relacionado con la prisa, con los pasos decididos.

—En realidad, no tengo tiempo para esto —dijo cuando le señale la mesa. Tomó asiento y se quitó un par de guantes finos, reparé en un escueto anillo de oro de casada.

—Has sido muy generosa al acceder a esta cita —dije.

Sarah Rachid me escrutó inquisitiva y luego desplazó la vista al menú del día que figuraba escrito en un pizarrín. Tampoco pareció que la entusiasmara.

Su respuesta a mi mensaje fue fría y formal. Escribió que no tenía tiempo. Que no podía hacer declaraciones por razón de secreto profesional. En caso de necesidad, se lo aclararía en el trascurso de un almuerzo. Realmente no tenía tiempo (era la segunda vez que lo escribía), pero aun así iba a almorzar en el restaurante
Patio's
de la plaza de la Sorbona, hoy viernes, a las 13.00 h. Tenga la bondad de confirmar acuso de recibo.

Escribí en respuesta que yo era reportera del periódico y que iba a someter algunos datos a doble control. Era bueno que me atuviera a una misma historia.

Sarah Rachid hizo señas al camarero.

—No entiendo por qué Patrick le ha dado mi nombre —dijo—. Le dije que no quería ser citada.

—¿Así que lo conoces?

—¿Por qué me lo preguntas?

El camarero vino con un canastillo de pan y dos botellas de

agua. Sarah Rachid pidió *cassoulet de maison*, el plato del día, y yo pedí lo mismo sin saber lo que era. Partimos cada cual su pedazo de pan en silencio.

—Leí sobre el caso de la muchacha empleada como criada en condiciones de esclavitud —dije para ablandarla un poco—. Me pareció fantástico que tú la ayudaras a ganar el caso.

—Nunca hablo de mis casos.

—Pero leí una declaración tuya en la prensa. Tuvo que ser un gran éxito.

—No supe que pensaban citar mi nombre.

Dos fuentes humeantes aterrizaron sobre la mesa, carne y verduras en una salsa pringosa.

—Soy jurista, me dedico a la abogacía —dijo Sarah Rachid mientras untaba el pan en la salsa—. No utilizo los medios de comunicación como plataforma para exponer mis argumentos, creo que los tribunales deben administrar justicia en este país y no la prensa, radio y televisión. —Me echó una mirada de pocos amigos —. Quizá te parezca un punto de vista anticuado.

—¿Le pareció a Patrick? ¿Quiso él que hicieras declaraciones?

—Él me entendió cuando le dije que no quería. Además, solo le ayudé con algunos datos. Me dijo que era totalmente *off the record*.

—¿El qué?

—¿Cómo?

—¿Qué era *off the record*? —dije—. Perdona que te pregunte todo esto pero por ahora no damos con Patrick.

Sarah Rachid se limpió la comisura de los labios con la servilleta y miró a otro lado. Tenía un rostro alargado y la boca caída, lo que le daba un aire de disgusto reforzado por el hecho de que estuviera realmente amargada.

Hurgué en la fuente y mordí algo que parecía un pequeño muslo de pollo de potente y marcado sabor.

—¿Qué clase de ave es? —le pregunté.

Sarah Rachid echó una rápida mirada al muslo grasiento.

—Conejo —dijo.

Hundí la carne en la cazuela y cogí una zanahoria.

—¿Te dedicas a la defensa de inmigrantes? —proseguí para intentar tirarle de la lengua.

—¿Por qué? ¿Lo dices porque yo soy inmigrante?

Apretó los ojos en finas rayas. Mala hebra, saltaba a la vista.

—No sabía que fueras inmigrante —dije.

—Tal vez tenga un nombre árabe pero nací aquí. Soy jurista, hago mi trabajo, eso es todo.

Sarah Rachid miraba fijamente la sopa mientras comía.

—Entiendo lo que dices —dije—, yo me llamo Sarkanova y al principio todos me preguntaban de dónde era *en realidad*.

Sarah Rachid me miró unos segundos en silencio.

—Así que ya no te lo preguntan —dijo.

—¿El qué?

—Has dicho que al principio te lo preguntaban.

Tosí de tal modo que la carne de conejo estuvo a punto de reflotar. Era una de las ventajas que acompañaban al matrimonio. Cuando empecé a presentarme como Ally Cornwall las preguntas que me hacían fueron otras, como en qué barrio de Nueva York crecí, a qué me dedicaba.

—Ya no le doy importancia —dije mirando a través del ventanal. La plaza daba una impresión de pulcritud y buen gusto, con una hilera de fuentes que chorreaban agua. Tres palomas peludas se lavaban las alas en el agua.

Hay una forma de acercarse a toda persona, pensé. Esta mujer era inaccesible, como un edificio en derribo del bajo Manhattan. Traté de imaginar cómo la había hecho hablar Patrick. Con su seriedad, pensé, y su compromiso total, esa facultad para hacer sentir importante y considerada a la persona que tenía enfrente. Se me encogió el estómago.

—Patrick no ha dejado ningún texto acabado —dije—, pero te prometo que voy a controlarlo todo y encargarme de que no se cite tu nombre. Él no suele faltar a su palabra.

El camarero se acercó a la mesa y yo aparté la cazuela de conejo, pedí un expreso doble y Sarah Rachid pidió un té.

—Le ayudé con ciertos datos acerca del funcionamiento de nuestro sistema jurídico en estos casos, eso fue todo —dijo cuando el camarero se retiró—. La justicia se complica, por supuesto, cuando se trata de individuos sin papeles.

—¿De qué modo?

Bebió un poco de agua mineral.

—No puedo darte una respuesta sencilla. También se lo dije a él. Todo depende del caso, de las condiciones en que el individuo vive en este país, si alguien garantiza sus ingresos y estancia, y si el individuo en cuestión es culpable de un delito además de residir en el país. Las normas también cambian, en especial bajo el gobierno actual.

Extraje del bolso papel y lápiz y empecé a tomar notas para parecer lo que dije ser. Las palabras le brotaban cuando hablaba de aspectos jurídicos.

—Por lo general se trata de expulsión, si se reside de forma ilegal en el país. A quien descubren lo arrestan de inmediato y lo conducen a la *garde à vue*, una especie de arresto provisional que hay en el Palacio de Justicia de la Île de la Cité, entre otros muchos. Si el individuo muestra un pasaporte válido y alguien le garantiza trabajo y vivienda, pueden soltarlo sin más, en otro caso es expulsado con efecto inmediato. Si resulta complicado determinar su identidad, le pueden mantener entre rejas durante dieciocho meses según una nueva directiva de la Unión Europea. La sección octava de la Prefectura de Policía se encarga de estos casos. Siempre puedes intentar hablar con ellos —dijo Sarah Rachid, y dobló la servilleta—, pero no estoy segura de que vayas a obtener respuesta.

—¿Te habló Patrick de las personas sobre las que escribía? —dije e intenté esbozar una sonrisa—. Tal vez pueda parecer extraño que no conozcamos el asunto. Antes podíamos pasarnos horas analizando reportajes desde todos los ángulos pero ahora no hay tiempo para eso. Y Patrick Cornwall es *free-lance* y funciona por cuenta propia.

La abogada enarcó las cejas, sacó un palillo de una funda y se quitó con esmero una tirita de carne de entre los dientes.

—Él contactó conmigo hace casi cuatro semanas —dijo por fin—. Me preguntó si podía ocuparme de la defensa de ciertas personas, pero yo no soy la que decide los casos que el despacho quiera asumir.

Contuve el aliento para no molestarla con nada que le hiciera ponerse de nuevo de puntillas.

—Luego me hizo preguntas sobre lo que sucede si un inmigrante

ilegal presta declaración contra una organización criminal. ¿Puede quedarse, entonces? Yo no vi reparo en responder a tales preguntas a condición, claro, de que no diera mi nombre.

—¿Y luego no lo viste más? —dije.

—No entiendo tus preguntas —dijo Sarah Rachid removiendo el té de su taza.

Pensé febrilmente y llegué a la conclusión de intentarlo con sus propias armas. Leyes y formalismos.

—¿El secreto profesional atañe a todas las personas que representas? —pregunté.

—A las que representa mi despacho —apuntilló.

—Pero nunca os hicisteis cargo de representar a las personas de las que os habló Patrick.

—Le dije que había que seguir el conducto oficial.

—Entonces no hay nada que te impida hablarme de ellas —dije y eché unas gotas de leche al café—. A no ser que yo te parezca una cotilla irredenta.

Un conato de sonrisa. Bebía el té a sorbitos.

—Fue mi hermano quien le dio mi nombre —dijo—, a sabiendas de lo que pienso de los periodistas. La prensa no asume responsabilidad alguna. Piensa que la justicia es muy embrollada, que es muy lenta. La prensa simplifica y mete prisa, quiere escribir antes de que empiece el proceso, juzgar antes de que se dicte sentencia.

—De modo que fue tu hermano… ¿Cómo dijiste que se llama?

—No dije su nombre.

—¿Pero también tenía contacto con Patrick?

—Trabaja para una organización. Prestan ayuda a inmigrantes sin papeles. Organizan campañas y todo eso. Le resulta difícil entender que yo sea jurista y no una de sus activistas. —Enarcó las cejas y miró a otro lado—. Tengo entendido que esos hombres estaban dispuestos a declarar, pero yo no quise saber ningún detalle de ellos, eso lo dejé bien claro.

—¿Qué hombres?

—Habían desertado de un patrón que los mantenía encerrados. Patrick argumentó que se trataba de trabajo esclavo, lo que en estrictos términos jurídicos no es constitutivo de crimen, sino que se

califica de delito. Es una inflación a la ley que es punible en grado más leve, comparable a *offense* en vuestro sistema jurídico. Pero si la historia era cierta, podía haber bases para dictar auto de procesamiento por maltrato, privación de libertad, quizás incluso por asesinato.

Le clavé la mirada.

—¿Asesinato? ¿Fue lo que él dijo?

—Yo le dije, por supuesto, que si tenía esas sospechas debería dirigirse a la policía.

—¿Lo hizo? ¿Fue a la policía?

—Seguro que mi hermano se lo desaconsejó —dijo—, no confía en la policía francesa, cree que es corrupta.

—¿Lo es?

—No se puede rechazar el sistema porque algunos individuos abusen de él. La sociedad se fundamenta en la ley. El matrimonio, por ejemplo, es ante todo una construcción jurídica —dijo señalando con la cucharilla del té el anillo que yo llevaba en la mano izquierda.

—Algunos aseguran que se trata de amor —dije.

Sarah Rachid hizo señas al camarero y pidió la cuenta mientras abría su cartera. Escribió un número de teléfono en un bloc, rasgó la hoja y la puso en la mesa.

—Te aconsejo que te dirijas a mi hermano, seguro que a él le gustará hablar contigo. Arnaud es un idealista. —Lo dijo como si fuera una perversión sexual.

—Solo una cosa más —dije—: ¿mencionó Patrick el nombre de Alain Thery?

—¿Por qué me lo preguntas?

—¿Y el de una empresa que se llama Lugus? ¿Josef K? ¿Te dijo algo del incendio de un hotel unas semanas atrás?

Ella contó el dinero justo más el diez por ciento de propina, exactamente su parte de la cuenta.

—Saluda a Arnaud de mi parte —dijo y se fue.

La vi atajando por medio de la plaza y desaparecer a la altura de la esquina del Boulevard Saint-Michel. El sol se había abierto paso y la gente colgaba sus chaquetas de las sillas de los cafés.

Llamé a Arnaud Rachid al salir del restaurante. Comparado con

su hermana, era un dechado de complacencia.

—Qué alegría —dijo—, ¿qué tal le va a Patrick Cornwall? Hace tiempo que no sé nada de él.

Me estremecí. Por fin alguien que sabía algo, alguien que quería hablar.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? —dije.

—Quizá un par de semanas atrás. ¿Se ha ido de París?

Tragué saliva y le propuse una cita. Me detalló el camino hasta el despacho de la calle Charlot, que quedaba en el barrio de Marais, y me dijo que estaría allí a partir de las seis.

Colgué y la ciudad en torno a mí me pareció más luminosa, más amigable. Las palomas acababan de bañarse y estaban alineadas sobre el borde de la fuente secándose las alas. Solo eran las dos y cuarto. Casi cuatro horas para matar el tiempo.

La Prefectura de Policía estaba en una isla en medio del río Sena que partía la ciudad en dos mitades. Eran enormes edificios de piedra y la luz del día apenas llegaba al suelo. Me dio por pensar que la calle tenía que haber permanecido medio en penumbra durante varios siglos, como si el crepúsculo estuviese entretejido en el corazón de la ciudad.

Pensé que iba, por lo menos, camino de la guillotina, y torcí a la derecha junto a las verjas de hierro del Palacio de Justicia, de unos treinta metros de altura. Los calabozos de la Conciergerie estaban justo al lado, donde las penas de muerte habían llovido durante la Revolución Francesa.

Por la mañana desperté con un sueño en la retina. Había vagado por blancas galerías en busca de Patrick, pero nadie sabía dónde estaba.

La policía podía saber si yacía inconsciente en algún hospital de la zona. No tenía por qué revelar nada sobre su trabajo.

—*Sorry, no English* —dijo la mujer de la recepción. Su peinado estaba tan lacado que podía haberlo moldeado con porcelana.

—Pero habrá alguien que hable inglés.

No había nadie. Juré a voces. El edificio de la policía solo estaba a una manzana de Nôtre-Dame, la zona era un hervidero de turistas

y ni siquiera podían emplear a nadie que hablase inglés. Por fin salió un hombre de la cola y se ofreció a hacer de intérprete. Le expliqué que se trataba de una persona desaparecida. Dio un paso al frente y se apretó a mi espalda mientras traducía. La mujer de la recepción me dio una nota con un número de teléfono. A mi espalda, el hombre suspiró hondo a mi oído: «Tiene que ser difícil para ti, tan sola en París». Le di un fuerte pisotón en el pie y le oí gritar cuando me iba: «Ahora entiendo por qué te ha abandonado el marido».

En el patio serpenteaban las colas para solicitar visados, la gente se sentaba en los bordes de piedra, se recostaba cansada en los muros y fumaba. Extendí la nota que tenía arrugada en la mano. «*Recherche dans des familles*
*l'intérêt*
», rezaba. Al parecer, los desaparecidos eran asunto familiar. Marqué el número mientras caminaba. Una mujer contestó a la primera señal.

—Quisiera hacerle unas preguntas sobre cierta persona —dije—, alguien que ha desaparecido.

—*Votre nom, vous plaît*
*s'il*
.

*Nom* significaba nombre, sin duda.

—Me llamo Ally Cornwall —dije—. Acabo de llegar a París y solo quiero…

—*Adresse*?

Le di el nombre del hotel. Dos policías me echaron una mirada somnolienta cuando crucé la verja y salí a la calle. La mujer me soltaba una larga retahíla al oído, *mari, fiss*… Entender francés era mucho más difícil al no tener a la persona delante.

—Perdone, ¿pero hay alguien ahí que hable inglés? —pregunté.

—*Vous êtes English*?

—American.

—*Call embassy, please* —dijo la mujer y colgó.

Llegué al otro lado de la manzana y dirigí los pasos hacia el muro

de piedra junto al muelle. Delante de mí corría el río, revuelto y verde. Aspiré el aire viciado y tuve la repentina impresión de haber estado antes en aquel sitio. Hacía mucho tiempo. Un lanchón pasó de largo cargado con carbonilla o brea. En la orilla opuesta, los edificios volvían sus fachadas hacia el agua. En la imagen había algo conocido, un *déjà vu* que no encajaba; los edificios eran más oscuros y el río más ancho, el agua era más negra.

Moldava. El río que cruzaba Praga.

Yo era pequeña, de eso estaba segura, porque no alcanzaba por encima del borde y alguien me había aupado, alguien me había tomado con sus fuertes brazos alrededor de mi cintura y me levantó para que pudiera ver pasar de largo los barcos sobre el río. Fue él, de eso estaba segura, aunque no pude verlo ni oír su voz, era un recuerdo de mi padre. También hubo una risa, o el eco de una risa. Traté de recordar si me había dado la vuelta, pero la impronta de sus manos contra mi cuerpo desapareció y ya no estuve segura de si aquello ocurrió en realidad.

Unos metros más allá el muro se abría y una escalera conducía abajo, al río. Me senté allí y saqué la guía turística del bolso, busqué el número de teléfono de la embajada americana. Un olor a orina subía desde el muelle.

—Perdone, ¿cómo dijo que se llama?

El funcionario que tenía a su cargo los casos de americanos desaparecidos tosió al otro extremo de la línea.

—Alena Cornwall. No sé si a mi marido le ha pasado algo, solo pregunto si ustedes han recibido alguna información…

—¿Y cuánto tiempo hace que desapareció?

Esto resultaba más complicado que hablar con la policía. El nombre de Patrick podía ser conocido en la embajada, quizás incluso leían *The Reporter*.

Se lo expliqué con brevedad, sin mencionar el trabajo de Patrick.

—¿Llevan mucho tiempo casados? —preguntó.

—¿Qué tiene que ver eso con el caso?

—Por lo que se refiere a mí, llevo trece años casado. No todos aprecian la misma comida toda la semana, no sé si entiende a lo

que me refiero.

Dio un bocado a algo que masticaba junto al auricular. Me sujeté a la barandilla para mantener la calma.

—El problema es que yo no hablo francés y me resulta difícil hablar con la policía. Y ustedes deben de saber si le ha sucedido algo a un ciudadano americano. Accidente o algo por el estilo.

—Voy a mirar aquí, espere a ver… Aquí tenemos algo…

El corazón me saltó y dio un vuelco, pero tuvo que caer rodando en algún lugar del estómago.

—Tuvimos el caso de un jubilado de Illinois que el último viernes se quedó sin cámara fotográfica a la entrada de la torre Eiffel. La dejó en el suelo para marcar su turno en la cola mientras se fue a mear. Había guardado cola durante dos horas y no quería perder su turno.

—Patrick tiene treinta y ocho años. —Se acercaba una barca que parecía una tortuga enorme y los turistas enristraban sus cámaras al aire. Agaché la cabeza para evitar eternizarme en álbumes con Nôtre-Dame en primer plano.

—Oiga esto: anteanoche una pareja se adentró en el cementerio Père-Lachaise, se escondieron en una capilla funeraria hasta la hora del cierre. Iban a honrar a Jim Morrison bebiendo burbon y haciendo cosas obscenas en su tumba a la luz de la luna. El muchacho dijo, lo cito, que «el espíritu de Jim levantaría el vuelo en el momento del orgasmo». Supongo que no se trata de él.

—A Patrick no le gusta Jim Morrison.

Se oyeron ruidos en el auricular, él volvió a toser. ¿O ahogó la risa?

—Yo, en su caso, me iría a casa y esperaría pacientemente una semana más —dijo en tono de regodeo—. Si aparece algún mister Cornwall le diré que llame a casa *a.s.a.p.* ¿De acuerdo?

El dinero no me iba a alcanzar si seguía cogiendo taxis en aquella ciudad, constaté al apearme de uno.

En todo caso, no había duda sobre las posibilidades de Alain Thery para ir tirando.

El 76 de la avenida Kléber era un antiguo palacio de piedra que

había sido remozado con cristaleras de tono oscuro a lo largo de toda la planta baja. Estaba a una manzana del Arco del Triunfo, pegado a dos embajadas y a un concesionario de Ferrari.

Como nadie de Lugus había contestado a mi mensaje electrónico, me daba igual visitar directamente a Alain Thery antes de que se esfumara durante el fin de semana. De llamadas telefónicas ya estaba hasta el gorro. Además quería mirarle a la cara cuando le preguntase por Patrick.

Lugus no era una empresa que incitara a visitas espontáneas. El portal solo podía abrirse por dentro o por código. No había timbre. Intenté mirar a través del oscuro cristal pero solo me vi a mí misma contra el reflejo de la calle. Al mirar hacia arriba, la impertérrita cabeza de un león me miraba desde una balaustrada.

De los edificios vecinos entraban y salían oficinistas de vez en cuando, pero el portal del número 76 permanecía cerrado.

Estaba a punto de tirar la toalla cuando se detuvo una motocicleta. El motorista sacó un grueso sobre de su cartera, avanzó hacia una columna y marcó un código. Unos segundos después el portal se abría con el ruido de un suspiro acompasado.

Rápidamente me puse tras él.

—Vaya suerte la nuestra, con el tiempo que hace hoy —dije pegada a sus talones cruzando el portal.

En el interior sonaba música pop de inspiración caribeña a bajo volumen y una gruesa alfombra gris acallaba los pasos. En la recepción había un joven rubio que recogió el sobre.

—¿Ha concertado cita? —El rubio se concentraba en desenroscar la tapa de un pequeño bote de cristal rosa. A su espalda, una amplia escalera de mármol conducía a la planta de arriba.

—No, pero estoy segura de que quiere verme —dije—. Represento a una empresa norteamericana y queremos desarrollar nuestra competitividad para manejar con mayor eficacia la interacción con nuestro entorno.

—No está aquí —dijo el joven y empezó a lubricar sus cutículas. Brotó un aroma a almendra y miel. Una nueva canción dio comienzo, una cantante que se lamentaba en francés a ritmo ligero.

—¿Puedo hablar con la secretaria de Alain? —dije mirando la

escalera a su espalda. Acababa en otra pared acristalada.

—Envíe un mensaje electrónico —dijo el joven y sacó una lima de uñas de un estuche minúsculo.

—Ya lo he hecho —dije, pero no se dignó mirarme.

Está bien, pensé y di dos pasos atrás. Luego apunté a la escalera, bordeé rápido la recepción y subí los escalones de dos en dos.

—¡Espere! ¡Oiga! ¡No puede… Deténgase!

Le oí cambiar de idioma a mi espalda, ahora hablaba en francés. *Merde* y *putain* eran palabras que entendía a la perfección. En el rellano de la escalera abrí una puerta de cristal y entré en un inmenso paisaje de oficinas que se extendía a lo largo y ancho de toda la planta. La historia del edificio era visible en los macizos muros de piedra y las molduras del techo, pero el resto parecía calcado de una revista de decoración de oficinas modernas. Los escritorios de aluminio y cristal y los ordenadores con pantallas sobredimensionadas, proyectores. Me quedé de pie en medio de aquel espacio.

Allí no había nadie. Estaba completamente desierto. Las pantallas descansaban a oscuras. Los escritorios relucían. No había carpetas, ninguna ristra de clips, ningún bloc de notas de alegres colores o cualquier objeto que perteneciera a un puesto de trabajo. Fui hacia una papelera de metal brillante y miré dentro. Ni una sola nota arrugada, ni siquiera un corazón de manzana.

Esto es una tramoya, pensé. Aquí no hay nada. Es el reflejo de una empresa, una imagen de una oficina perfecta.

Entonces advertí un leve cambio en el aire a mi espalda y un segundo después una mano me atenazó el brazo. Grité y me revolví. Clavé la mirada en la pechera de una camisa. Camisa de manga corta, músculos henchidos. El hombre me sacaba una cabeza de altura y exhibía un rostro descuidado, con una nariz que parecía demasiado pequeña, ojos de cerdo. Cabeza rapada.

—Busco a Alain Thery —dije sintiendo endurecerse la presa—, pero no parece que esté aquí, así que ya me iba… Suélteme, caramba.

Pero el guardia de seguridad, o lo que fuese, mantuvo su presa hasta que me devolvió a la recepción.

—¿Quién eres? ¿Qué te propones? ¿Para quién trabajas? —El

rubio tradujo las preguntas. El guardia, por lo visto, no hablaba inglés.

Pensé rápido y de forma caótica.

—Buscaba los servicios. Creí sentirme obligada a… vomitar. No sé si me entienden. —Me esforcé en sonreír—. Estoy… encinta.

No debería haberlo dicho pero fue lo único que me vino a la cabeza. El rubio tradujo. *Enceinte* se decía en francés. El guardia aflojó la presa y me dio un empujón en la espalda indicándome la salida con toda la mano.

—Llama el lunes —dijo el rubio.

El portal se abrió y volvió a cerrarse como un mejillón cuando estuve de nuevo en la calle.

—¿Eres la que tiene cita con Arnaud?

La chica que estaba fuera del portal llevaba los vaqueros llenos de sietes y el pelo rapado. En la pared de al lado alguien había pintado: *zone antipatriotique*.

—Me pidió que te acompañara —dijo y apagó el pitillo en un bote de hojalata.

Me presenté y la seguí hacia dentro. La lámpara de la escalera estaba estropeada y solo penetraba una tenue luz solar a través de una ventana sucia.

—Son muchos los que arrojarían algún objeto por la ventana si anunciáramos la dirección —dijo la chica que se llamaba Sylvie, y abrió una pesada puerta metálica.

Por primera vez, durante los días que llevaba en París, supe que había acertado la dirección. Allí había estado Patrick. Se sentía en los olores a papel y tinta, energía y lucha, los afiches de la pared, puños levantados y emblemas. Aunque Patrick fuera ahora un periodista bien vestido, en sus entrañas seguía albergando al rebelde de su época universitaria.

—¿Tú también trabajas con inmigrantes ilegales? —dije.

—Eso suena a lenguaje de políticos —dijo y miró airadamente —. Ningún ser humano es ilegal.

Entramos en el interior de una vieja nave industrial donde, bajo el techo, tubos y cañerías corrían en todas direcciones, había

ordenadores y estanterías por todas partes, pilas de periódicos y libros.

—Trabajo bajo el lema de justicia y diversidad colectiva. Somos varias las organizaciones que compartimos gastos, pero en realidad todos trabajamos por los mismos objetivos. Justicia entre géneros, países y pueblos oprimidos del mundo.

—¿Conociste a Patrick cuando estuvo aquí? —le pregunté.

—Sí, claro —dijo—, entrevistaba a Arnaud todo el tiempo. —Miró de reojo a un joven alto con un chal de colores vivos alrededor del cuello y de pelo negro alborotado que se dirigía hacia nosotras sorteando cajas de cartón y pilas de periódicos.

—Hola, tú debes de ser Helena —saludó Arnaud Rachid.

—Alena —corrigió Sylvie—. Arnaud es un desastre para los nombres —añadió y le dedicó una sonrisa espléndida.

El despacho de Arnaud quedaba en lo más recóndito de la inmensa nave. Cuatro metros por encima corría una serie de ventanas llenas de polvo, toda la luz procedía de unos fluorescentes que parecían colgar del techo desde los días de gloria de la Revolución Industrial.

—Bienvenida al paraíso de los hipócritas —dijo, y tomó asiento en su sillón—. Este país no podría funcionar un solo día sin todos los indocumentados que realizan las peores labores, limpiadores, albañiles y recolectores de manzanas. Nuestros ancianos, cada vez más viejos, morirían sin tener a nadie que les limpiara el culo. Entonces, si no antes, Europa tendrá que oler el hedor de su propia mierda.

Aparté una pila de correspondencia y me senté sobre el escritorio.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Patrick? —dije.

—Hace unas dos semanas, creo. —Se atusó el pelo—. ¿Qué tal le va con los artículos?

—Aún no los he leído.

—¿Así que está en casa, en Nueva York?

—No, primero tenía que resolver otro asunto.

Recorrí con la mirada las dobles filas de libros de las estanterías, de autores como Karl Marx, Malcolm X y Che Guevara, mientras Arnaud seguía perorando de políticos que querían poner tachuelas

en las fronteras mientras querían tener donde escoger entre la población del mundo. Al grano, pensé, en otro caso esto se queda en retórica y proselitismo.

—Patrick entrevistó a unos jóvenes que habían desertado de trabajos en condiciones de esclavitud —dije, y saqué mi libreta de notas—. ¿Estabas involucrado en eso?

—Eso no puedes escribirlo. No es un cometido oficial de nuestra actividad.

—Yo no escribo, me dedico a investigar.

Arnaud se soltó el chal y se lo volvió a enroscar alrededor del cuello.

—Los escondimos —dijo—. Yo llevé a Patrick a su escondite.

Se recostó en el respaldo del asiento y le observé mientras hablaba. Me pareció que estaba nervioso, se llevaba la mano al chal todo el tiempo, el pie repicaba contra el suelo.

Se trató de tres jóvenes de Mali que entraron de contrabando en el país y que fueron explotados como esclavos en la construcción, en una empresa de mudanzas y en pesadas labores de carga y descarga, sin sueldo. Cuando no trabajaban, los mantenían recluidos en una *safe house*, un antiguo almacén, y los amenazaban con violencia. Arnaud se puso en contacto con los muchachos cuando lograron huir.

—¿Es eso lo que mantenía ocupado a Patrick, una especie de red criminal que opera con contrabando de hombres en Francia?

Él suspiró a fondo y puso los pies en el escritorio.

—No malinterpretes las cosas —dijo, y se atusó el pelo hasta alborotárselo más aún—. No estamos en contra del contrabando de personas, estamos a favor de una Europa de fronteras abiertas. Si la inmigración estuviera permitida, los contrabandistas se quedarían sin mercancía. Lo único que hacen es ofertar un servicio que la gente demanda. Después, claro que hay canallas, que cobran precios de escándalo y arriesgan vidas, pero eso es otra cosa.

—¿Conocían esas redes criminales lo que hacía Patrick?

—¿Cómo, le ha ocurrido algo? —Arnaud Rachid bajó los pies de la mesa y unas cuantas cartas se cayeron al suelo. Se agachó y recogió los sobres.

—¿Adónde se dirigió al abandonar París? —pregunté.

—No lo sé. —Me miró con ojos inquisitivos—. ¿No lo sabéis en la redacción?

No tuve que meditar la respuesta porque entonces oí la voz de Sylvie a mi espalda.

—¿Queréis tomar un café? —dijo.

—Yo lo hago —dijo Arnaud, levantándose.

La cafetera estaba en un cuchitril. Arnaud rescató de un cajón pequeños envases de plástico de diversos colores, escogió uno negro y lo metió en un agujero encima de la máquina. Bajó una palanca y apretó un botón. No pasó nada.

—¿Quién es Josef K? —dije.

Dio un respingo y se quedó mirándome.

—¿Qué Josef K? ¿Te refieres al personaje de Kafka o a quién?

—No sé —dije—, fue Patrick quien mencionó algo… —El cuchitril era estrecho y su cadera me rozó al moverse. Me callé y retrocedí hasta quedar junto a la puerta.

—¿Qué ha sido de esos muchachos? —proseguí—. ¿Seguís escondiéndolos? ¿Puedo verlos?

—*Merde* —dijo Arnaud y dio un puñetazo a la cafetera—. No entiendo por qué nunca funciona. ¡Y mira! —Agitaba el pequeño envase de plástico que contenía alguna dosis de café—. ¿A santo de qué este despilfarro de recursos para una simple taza de café?

Arnaud volvió a apretar el botón y brotó un chorro de agua.

—Vamos a la calle —dijo apagando la máquina—. Voy un momento al lavabo.

Cuando desapareció por una estrecha escalera arriba se me acercó la chica de los vaqueros plagados de sietes.

—Tómate a Arnaud con calma —dijo colocándose muy cerca de mí—. ¿Sabías que conocía a algunos de los que ardieron en el incendio? No se le nota, pero le ha afectado mucho.

Me quedé fría.

—¿Te refieres al incendio del hotel? ¿El que ardió hace un par de semanas?

Por el rabillo del ojo vi que Arnaud venía hacia nosotras, cruzando la habitación y con la chaqueta echada al hombro.

—Por cierto, te oí preguntar por Josef K —dijo Sylvie en voz baja.

El corazón me dio un salto mortal.

—¿Qué sabes tú de él? —dije.

—Creí que lo sabías —dijo y me miró de forma interrogante—. Josef K es un negrero, un nombre fingido, claro, un gánster de Ucrania. Había sido miembro de la KGB, pero después de la glasnost, se hizo capitalista como todos los demás, un tipo realmente deleznable.

Me apoyé en el marco de la puerta. El último nombre de la libreta de notas de Patrick, ¿habría ido a su encuentro? Vi ante mí el retrato estándar de un gánster del este, bien afeitado y picado de viruela, muerte en la mirada. «Solo me queda un asunto que resolver… este es un viaje a las tinieblas…».

No, pensé, amor mío, amor mío…

—Os acompaño, si vais a salir a tomar un café —dijo Sylvie.

Arnaud movió rápido la cabeza.

—Ahora no —dijo y empezó a andar. Conseguí sonreír a Sylvie. Era obvio que estaba irremediablemente enamorada de su camarada de revolución.

—Si te interesa de veras, regístrate en la red —dijo ella dándome una octavilla que aplasté y tiré a una papelera al salir a la calle.

—Sylvie es increíblemente entusiasta —dijo Arnaud—. Me recuerda a mí mismo al principio, cuando abrí los ojos, yo también podía trabajar día y noche. Ella siempre está aquí.

Caminaba a zancadas y yo tuve que ir al trote para seguirle el paso.

—Me ha dicho que conocías a alguno de los que perecieron en el incendio —dije—. ¿Fue el incendio del hotel del Boulevard Michelet?

Arnaud se detuvo en seco y me miró.

—¿Qué sabes tú del incendio? —dijo.

—Perecieron diecisiete personas —dije— y creo que Patrick estuvo allí esa noche.

Arnaud continuó la marcha sin responder.

—¿Era allí donde los escondíais, en el hotel? —dije mientras intentaba entender cómo encajaban los hechos—. La razón de que Patrick se echase a la calle en plena noche. Los muchachos de Mali

estaban entre los muertos, ¿verdad?

Arnaud Rachid torció a la derecha por la calle Bretagne y se abrió paso entre puestos de verduras y cajas de mariscos. Tuve que seguir corriendo para ponerme a su altura. Era una zona de viviendas donde la gente iba en bicicleta, compraba comida y ordenaba la basura en contenedores de vivos colores. Me recordaba al East Village.

—Entremos aquí —dijo abriendo la puerta de un bar—. ¿Qué quieres tomar?

Pedí un bocadillo y zumo y me senté en un rincón. La mayor parte de la clientela eran maricas. Arnaud hizo el pedido y luego se sentó, sacó tabaco de un bolsillo de la chaqueta y empezó a liar un cigarrillo.

—Pensamos que era un lugar seguro —dijo—. En otro caso, no lo habríamos usado.

El recuerdo del edificio incendiado me hizo temblar. Las manos de Arnaud también temblaron para que cuantiosas hebras de tabaco cayeran en la mesa.

—Tenían que compartir habitación —dijo—. No era gran cosa, pero contaban con techo sobre la cabeza y camas. En el pasillo había un cuarto de baño con agua caliente.

—Era una trampa mortal —dije.

—Ya no quedan muchos sitios así en París, donde no piden documentación. Nadie sabía que vivían allí excepto yo y algunos más.

Arnaud sacó un mechero, pero en seguida tuvo que guardárselo junto al cigarrillo.

—¡Mierda!, siempre me olvido. Nunca creí que lograrían hacer de Francia un país libre de tabaco. —Se llevó la mano al pelo y miró, nervioso, a su alrededor—. Patrick estuvo allí varias veces y habló con ellos —prosiguió—. La última vez fue aquella misma tarde, entonces todo parecía en orden. En otro caso, los habríamos mudado de inmediato, ¿comprendes?

El camarero dejó una tostada doble ante mí, el queso se salía del plato.

—Alguien llamó a Patrick por la noche y le dijo lo del incendio —dije—. ¿Fuiste tú?

—Yo tenía el móvil desconectado. Dormí en otro sitio.

¿Dónde?, pensé, pero no me incumbía saber dónde pasaba sus noches Arnaud Rachid. Sacó una cajetilla de chicles de nicotina y se llevó una pastilla a la boca.

—Nos vimos el sábado después del incendio —prosiguió—. Fuimos a ver el edificio. Patrick habló con la policía. Estaba convencido de que el incendio fue provocado.

—Pero la prensa dijo que no había sospecha de delito.

—La policía levantó acta de su testimonio. Después sobreseyeron el caso. —Tensó su mirada—. Esa gente tiene contactos en todas partes.

—¿Pero cómo supo Patrick que el incendio fue provocado? ¿Sabía también quiénes lo provocaron?

Arnaud se acarició el chal.

—Hay cosas que no puedo decir —dijo—, primero tengo que pensar en las personas que protegemos.

Conseguí llevarme la tostada a la boca y darle un bocado mientras le observaba. El queso fundido se había petrificado. Arnaud apuró su cerveza.

—Por cierto, ¿qué te dijo Sarah? —preguntó.

—Que eres un idealista —dije.

Hizo una mueca.

—Sarah cree que ella imparte justicia, que todos somos iguales ante la ley. Pero en esta ciudad hay casi medio millón de personas que viven sin papeles, que carecen de derechos. Lo que la ley hace por ellas es expulsarlas del país.

—¿Por qué enviaste a Patrick a ella?

Volvió a mirar, preocupado, a su alrededor, y bajó la voz.

—Esos muchachos tenían miedo, en realidad Salif era el único que quería dar la cara y hablar. Los otros exigían garantías, permiso de residencia, protección, en otro caso no comparecerían ante la prensa. Yo le hablé de Sarah. Ella puede parecer esquiva pero sé que se preocupa. Creo que hasta se enamoró un poco, mi hermanita.

—¿De Patrick?

Le clavé la mirada, pasmada. Conque era eso lo que estaba *off the record*.

—Pero está casada —dije, controlando todo atisbo de

sentimiento en mi voz.

Él empezó a reírse a carcajadas.

—No, nunca lo ha estado. El anillo lo usa para exhibirlo en los tribunales, así la respetan más.

Miré a otro lado, vi a un hombre besar a otro, gentes que bebían y comentaban el tiempo.

—Tengo que irme —dijo levantándose—, pero puedes llamarme si hay algo más. Por cierto, ¿dónde te alojas en París?

—Al lado de la Sorbona —dije—, en el mismo hotel que Patrick.

Me quedé en el bar y le vi salir por la puerta. De todo lo dicho, una oración retumbaba más alta que todas las demás. «Creo que hasta se enamoró un poco, mi hermanita».

—¿Quieres algo más?

Harry agitó la botella de salsa Worcester y echó unas gotas al enésimo *bloody mary* de la noche.

Yo incliné el vaso de whisky. Uno más. Y un vaso de agua.

Bebí cuanto creí que Patrick bebió y se emborrachó la noche anterior a su última llamada. El whisky sabía a ceniza. El local estaba abarrotado y el calor se convertía en vaho y niebla. De las paredes colgaban fotos en blanco y negro, dibujos de clásicos cabarés parisienses y banderines deportivos americanos. Todo era muy
*pre-war*
, un local que vivía de sus recuerdos.

Puse una foto al alcance del barman.

—¿Reconoces a este hombre? —pregunté.

—¿Por qué lo preguntas? —Echó una ojeada a la foto.

—Porque le echo mucho de menos.

Harry se secó las manos, alzó la foto de Patrick y contempló su rostro a la luz de las lámparas *art nouveau* de las paredes.

—¿No estuvo aquí hace un par de semanas? —Frunció el ceño —. Sí, me acuerdo de él. Me habló de su mujer.

Tosí hasta que el whisky se me subió y me picó la nariz.

—¿De su mujer?

—Decía que tenía una esposa maravillosa. —Harry sonreía

mientras exprimía en un vaso rodajas de lima y hojas de menta. Machacaba el hielo poniéndolo en la palma de una mano y batiendo el mortero como si fuera un bate de béisbol—. No quería seguir viajando, echaba de menos Nueva York. Iban a tener hijos, decía, deseaba una familia propia. —Añadió ron y soda, echó unos cubitos de hielo y puso la copa sobre la barra donde la recogió un camarero —. Le dije que apretara fuerte. Los hijos son lo mejor que le puede ocurrir a un hombre, cuando llegan, todo lo demás palidece. Yo tengo cuatro, mellizos los dos últimos.

Volvió a secarse las manos y me devolvió la foto.

—Ahí no tienes nada que hacer, mujer.

Bajé la mirada y me encontré con la de Patrick, dejé que el pelo me cayese delante de la cara a modo de telón echado a nuestro alrededor. Ya estaba bien. No podía seguir al acecho de su sombra. Podía hablar de mí en un bar, pero si realmente me amaba, ¿iba a arriesgarlo todo por un simple reportaje? Yo quería volver a mi vida, a construir mundos de ficción que se desmontaban tras la última función.

«Lo sé —le dije quedamente, acaricié con el dedo la línea de su barbilla—, sé que has vuelto a tomar el camino más difícil y ¿sabes por qué lo sé? —Acompañé cada palabra con un golpe en la barra —. Por ser tan jodidamente complicado».

Apuré el whisky. Al levantar la vista empezaron a tambalearse las botellas de la pared.

—Imaginemos lo siguiente —dije inclinándome hacia delante, quedando casi medio tendida sobre la barra—. Un hombre viaja a París. Echa de menos su casa. Asegura que va a volver, estamos hablando de Nueva York, es decir, Nueva York de América. Explícame tú, que estás casado, ¿por qué un hombre actúa así?

—Difícil de responder —dijo Harry estirándose para coger una botella de ron.

Lógicamente, no se llamaba Harry, fue una idea absurda que se me ocurrió después de dos o tres whiskies. Que fuese inmortal como el bar que abrió hacía casi cien años, el primer bar de Europa, rezaba al dorso de un librito con recetas de combinados que había enfrente del mostrador y que alardeaba de que aquí se había inventado el *bloody mary*.

—Me dijo que había hecho algo mal —prosiguió el barman que no se llamaba Harry.

—Lo sé, lo sé, por eso vino aquí, para hurgar en el caso de la esclavitud laboral, para redimir a este puto mundo, pero qué va.

El barman batía nuevas copas con una varilla.

—Pensé que había sido infiel o algo por el estilo, de lo triste que estaba. ¿Pero sabes lo que hizo?

Moví la cabeza y la sala empezó a tambalearse más aún. El barman sonreía.

—Se había llevado prestado *the baby money*. Me dijo que era como si hubiera hurtado el futuro a su hijo y tenía que restituir el dinero, tenía que concluir el trabajo antes de regresar a casa.

Me atraganté, tosí y tragué saliva mientras las palabras revoloteaban dentro de mí. El dinero solo lo había prestado. Pensaba volver. *No me había estafado*.

Luego, el resto cayó por su propio peso: por eso no había vuelto a casa. No podía mirarme a los ojos y decirme que se había gastado el dinero de nuestro hijo en un reportaje que no había concluido.

—Le dije que se lo tomara con calma —prosiguió el barman—, que el dinero no contaba para esos diablillos, era el amor, amarlos hasta la muerte, lo único que importaba.

Fui a coger el vaso pero fallé, el vaso voló y fue a estrellarse entre los pies de unos hinchas británicos de fútbol.

—*Sorry* —balbucí.

El barman barrió las trizas de cristal a mis pies.

—¿Quieres un consejo? —Señaló la foto de Patrick—. Olvídate de ese hombre. Está casado, va a tener un hijo. No tienes nada que rascar.

Cogí la fotografía en la que se había derramado mi vaso, pasando por el rostro de Patrick y formando un riachuelo sobre la madera oscura, hasta desembocar en mis rodillas.

—Me parece que va siendo hora de llamar a un taxi —dijo el barman que no se llamaba Harry.

La puerta estaba entreabierta y dejaba pasar un hilo de luz a ras del suelo. La abrí del todo y salí a un pasillo que conducía a otra

habitación mucho mayor que la habitación del hotel que había sido, ahora lo entendía, mi sala de espera. La luz del día fluía desde una serie de claraboyas. Patrick estaba inclinado frente a su ordenador, en un escritorio que ocupaba el centro de la habitación.

«¿Pagamos por todo esto? —dije—. ¿Supiste todo el tiempo de la existencia de estas habitaciones?».

«He de tener un lugar donde pueda trabajar», dijo Patrick.

«¿Por qué no me dijiste que estabas aquí?».

«Han encontrado al niño», dijo, y supe que se refería al bebé cuya madre había muerto en el hospital de Los Cristianos.

«¿Está vivo?», quise preguntarle, pero Patrick había desaparecido. Fui en su busca de habitación en habitación y la alarma empezó a sonar porque el edificio estaba a punto de precipitarse al río. Volví a correr escaleras arriba porque había olvidado algo. Benji y Duncan, el coreógrafo, estaban allí, el trabajo seguía, aunque estábamos a punto de hundirnos y el agua inundaba el edificio planta por planta mientras ululaba la alarma.

Me desperté de golpe, enredada entre las sábanas. La colcha había caído al suelo y era noche oscura al otro lado de la ventana. El sueño me produjo una sensación que quise atrapar. Había olvidado algo y tenía que recordarlo. La alarma siguió sonando y reparé en que era mi teléfono móvil lo que parpadeaba y zumbaba en la mesilla de noche. La hora en pantalla: 01.23.

—Ya era hora de dar con uno de vosotros. No entiendo por qué no se deja oír. —Era la voz de la madre de Patrick—. ¿Es que os hemos hecho algo? ¿Ha sido otra vez su padre? ¡Que tenga que resultar tan difícil organizar nada!

—Pero ¿eres tú? Hola —dije, y me quedé sentada, tiesa como un palo.

Tenía que haber ocurrido algo para que mi suegra llamase en mitad de la noche. En seguida comprendí que desde donde llamaba no era noche. Ante mí, vi el sofá de cuero claro del salón donde se sentaban a comer cuando estaban solos. La mesa del salón solo la ponían si tenían invitados. Candelabros de plata, servilletas bordadas y cuatro platos. Eleonor Cornwall siempre se esmeraba demasiado.

—Tengo que saberlo ya, ahora que no puedo valerme para

cocinar sola, tengo que encargar la comida y siempre quieren contar con tiempo de sobra.

Me incliné hacia delante, recogí la colcha del suelo y me la eché encima. La cabeza me tronaba y la boca me sabía a pescado pocho. ¿Para qué iba a encargar comida? Entonces recordé que iban a celebrar su aniversario de boda dentro de unas semanas… ¿El cuarenta?

—Por el hecho de que él y su padre tengan opiniones distintas, no tiene que distanciarse de la familia, no es esa la clase de educación que le hemos dado.

—Por supuesto que iremos —le dije cansada.

—No es que sea un aniversario muy ortodoxo y no va a ser nada especial.

—¿Cuántos años hace que os casasteis?

—Cuarenta y siete. Y ya somos viejos para divorciarnos.

Tuve un destello y vi ante mí cómo Patrick y yo, sentados en el sofá, comíamos en silencio mirando la televisión, como si ya nos tuviéramos muy vistos. Había sentido pánico ante un momento así y ahora no deseaba nada mejor que creer en ello.

Mientras Eleonor peroraba del menú que había pensado para la celebración, solo vendrían los más allegados y no dejaría de ser una celebración sencilla, es decir, alrededor de catorce parientes más unos cuantos vecinos y antiguos colegas de hospital de Robert, yo sopesé la posibilidad de contarle cómo estaban las cosas. Patrick no hubiese querido. Probablemente quería volver a casa y enseñarles el premio Pulitzer, pero no tenerlos en vilo. Veía a su padre ante mí, sentado en su biblioteca, leyendo literatura médica. Tenía unos dos mil volúmenes. «Esto —decía— es ciencia sin concesiones. Tiene su importancia en este mundo». «A diferencia de lo que yo hago», apuntillaba Patrick, y volvían a empezar.

Salí a rastras de la cama y corrí al cuarto de baño con el móvil en la mano.

—Os llamamos en cuanto Patrick regrese de París —dije y apagué el móvil sin esperar respuesta.

Luego vomité. Me enjuagué la cara con agua fría durante un buen rato. Cuando volví a la cama, el eco de la conversación se había esfumado. Me abracé a la colcha, que estaba hecha un bulto,

y la estreché con fuerza entre mis brazos. Cerré los ojos y pensé en el cuerpo de Patrick junto al mío.

«Idiota —farfullé—. No entiendes que yo me cago en el dinero, que lo único que quiero es que estés aquí, conmigo».

Después, de repente recordé un detalle del sueño: tenía un niño en brazos. Lo había dejado en algún lugar de la casa, pero no sabía dónde.

# Tarifa sábado, 27 de septiembre

La habitación tenía una ventana tapada con cartón y una tela basta. El día se colaba a través de una rendija y el sol extendía un rayo a lo ancho de la manta. Estaba en la cama y oyó dar las siete a la campana de la iglesia. La siete y cuarto. Las siete y media.

Al compás de las campanadas, todo se hundía cada vez más en el abismo. El tiempo le arrebataba sus recuerdos. Pronto olvidaría su nombre. Pensó que se habría quedado en el mar, quién sabe si como una perla en su concha, en un anillo de la mano de Owu, la diosa del mar.

Se agarró la pierna y la puso sobre el borde de la cama, se quedó sentada con los pies en el llano y frío suelo.

La mujer de los collares le preguntaba una y otra vez.

—¿Cómo te llamas?

—¿De dónde eres?

Y a cada pregunta miraba al suelo, como si estuviera muda.

Echó mano del fino albornoz que colgaba de la silla junto a la cama y se lo puso encima. Era de Jillian. Mantenía su aroma. En la habitación, todo olía como la mujer de los collares. La primera noche se despertó a oscuras, ardiente de fiebre y con el perfume, pesado como una manta, a rosas y almizcle. Pensó que era el aroma del paraíso. Que era la muerte.

Luego oyó las campanas al vuelo. El rumor de pasos fuera. El pomo de la puerta girando hacia abajo con un sonido chirriante y luego la luz que invadía la habitación y la figura que allí apareció, una sombra vacilante. Y otra más. Se acurrucó contra la pared, les oyó hablar en voz baja en lengua extranjera.

Vienen para recogerme, pensó, pero aquel aroma se extendió por toda la habitación y alguien se sentó al borde de la cama. Entornó

los ojos y las olas le rociaron los párpados. En la oscuridad quedaban el mar y los gritos eternos. Volvió a abrir los ojos. Vio una blusa verde de algodón y siete collares trabados de perlas, piedras y aretes plateados.

—Te traigo una taza de té —dijo la mujer. Ahora hablaba en inglés. El té sabía a humo y ceniza, estaba dulce y amargo, caliente, con unas gotas de leche y miel.

La taza le temblaba entre las manos.

—Me llamo Jillian. —La voz era ronca—. No sé si recuerdas cómo llegaste aquí. —Jillian se levantó, anduvo hacia la puerta y encendió la luz de la habitación.

Ella se estremeció y derramó el té entre las manos. Le escoció una herida en la palma de la mano izquierda, donde el cabo la había rozado cuando trató de sujetar el barco mientras soltaban amarras.

—No tengas miedo —dijo la voz ronca de mujer—. Estás entre amigos. —La lámpara volvió a apagarse y se quedó sola.

La noche se despedía del día. Por la noche no entraban rayos de luz a través de la ventana. De día oía el ruido de los coches, voces que no entendía.

—No digáis vuestros nombres.

—Dadnos vuestros papeles.

—No habléis del dios en que creéis, de quién os ha traído aquí ni de dónde sois.

A veces aparecían en la habitación. Los contrabandistas que silbaban como serpientes en la noche, *hurry, hurry* y *shut up*, empujándoles por la espalda a través del camino pedregoso cuando fueron dando traspiés hacia el mar y ella pudo oír, por primera vez, el estruendo del mar. Su forma de montar en cólera, batirse y sublevarse contra las rocas.

—Tienes fiebre —dijo Jillian—. Tenemos que pedir que alguien te examine el pie. ¿Entiendes lo que te digo?

Ojalá que no fuera infección, pensó. Así empieza.

El primer hombre la violó en medio del desierto. Dios mío, pensó, cuando la sacó del campamento y la introdujo en el coche, protégeme contra la infección.

Ahora tenía la pierna vendada. Se pasó la mano por la venda.

Habían transcurrido tres días. La fiebre había bajado.

—Estás en mi casa —dijo Jillian. Era otro día—. Mis vecinos no deben saber que estás aquí. No podemos confiar en ellos. Por eso no puedes salir. No tienen que verte a través de la ventana. Si no, podría venir la policía. Te enviarían a un centro de internamiento, *detention camp*, ¿entiendes? Si te encuentran en mi casa tendré problemas, *problem*, ¿me entiendes?

Había guardado silencio durante tres días.

Había dormido.

Cuando cerraba los ojos, desaparecían los objetos fijos a su alrededor y el mar la envolvía de nuevo. La fiebre se precipitaba y sentía escalofríos, el barco zozobraba a merced de las olas, el hedor del vómito contra el viento.

Se detuvo en seco cuando pudo ver la embarcación que cabeceaba al borde de la playa. Ni siquiera era un barco de verdad. Era una embarcación neumática, plana como una balsa, de bordas bajas. Carecía de asientos. No tenía un toldo para guarecerse y ponerse a cubierto. Solo había cabos por los flancos para sujetarse a ellos. Aquella noche, doce personas iban a hacer la travesía. Uno de los contrabandistas le golpeó la espalda con un garrote. *Hurry, hurry*. Estuvo dando golpes hasta que todos subieron a bordo y se sentaron con las rodillas a la altura del mentón, muy apretados, para que nadie se moviera. Tres hombres empujaron la embarcación hasta que se hizo al agua. El cielo estaba oscuro, sin luna, sin estrellas, solo nubes suspendidas en las cimas de los cerros.

Ella se sentó a un extremo con las rodillas dobladas contra la espalda de un muchacho que se llamaba Taye. Saber su nombre era un delito. El viento azotaba los cabos. Ya tenían las manos mojadas. La embarcación se mecía hacia la noche. Dos de los contrabandistas iban al lado del motor, a popa. El tercero iba a proa. Llevaban chalecos salvavidas que les hacían parecer globos inflados. De pronto empezaron a quitarle la ropa a la mujer que iba a su lado. El reloj, dame las alhajas. El dinero. Tu bolsa.

Ella no entendió lo que ocurría. La noche anterior, antes de ser recogidos y escondidos cerca de la playa, todos habían pagado la travesía por adelantado. Ahora uno de los hombres le golpeaba la cabeza con el garrote. Ella trató de cubrirse con los brazos. No le

quedaba dinero.

Qué me importa, pensó cuando se desabrochaba el reloj. La cadena colgada al cuello. La bolsa de tela donde guardaba algunas prendas extra y una pastilla de jabón. Si llego viva, al menos habré llegado.

Uno de los pasajeros no pudo controlarse. Se levantó e imprecó a los contrabandistas en yoruba, le respondieron a gritos en una lengua que ella no entendía y el remo silbó por el aire, golpeó el costado del hombre y este cayó. El contrabandista pasó por encima de los que estaban en medio, agarró al hombre por las piernas, lo arrojó por la borda y golpeó a los que estaban al lado, quienes se agazaparon entre murmullos y rezaron mientras los gritos del hombre callaban y desaparecían en la oscuridad.

Ella cerró los ojos y se abrazó las piernas con fuerza. «Dios de los cielos, rezó para sus adentros, aplaca a estos locos, haz que la mar se calme, permíteme vivir. Deja que Taye viva, añadió para complacer a Dios, llévame contigo pero deja que el chico viva, no tiene más de dieciséis años y es el único hijo de sus padres». Luego farfulló en silencio los nombres de todos los demás pasajeros, uno a uno, contra el piso de la embarcación donde podía sentir el revuelo del mar a sus pies, los nombres verdaderos, secretos, que se habían dicho al oído durante la noche en el cobertizo donde les habían ordenado mantenerse en silencio.

La mujer a su lado vomitó directamente a la oscuridad y a su alrededor se elevaron rezos y plegarias, un coro de lamentos al conjuro del oleaje. Metió la frente entre las rodillas y también oró a Owu, la diosa del mar, aunque no creyera en las viejas divinidades, en los duendes, la magia y la superstición de las aldeas y ancianos que mantenían a África en el pasado. Tenía que haber sido Sefi, pensó y vio ante sí el rostro de su hermana la noche en que le confió su decisión, que era ella, en lugar de Sefi, la que iba a viajar. Alguien tenía que enviar dinero a casa. Los hermanos ya estaban en South-South, buscando trabajo en la industria petrolífera, pero desde allí no llegaba el dinero.

Entonces ocurrió el milagro. El mar se calmó. Cuando levantó la vista, le pareció ver luces al otro lado y dio las gracias a Dios y a Owu, a quienquiera que hubiera amainado el viento. Entonces, los

contrabandistas volvieron a moverse a lo largo de los flancos de la embarcación. Agarraron a un hombre que estaba en una punta, gritó e hizo aspavientos, pero le golpearon la cabeza y tiraron de sus brazos. «Salta, salta», le gritaron.

Todo sucedía rápido en la oscuridad. De repente, un hombre agitó los brazos en el agua, gritó y sucumbió. Fue uno de los que nunca habían visto el mar, de tierra adentro, de donde el río engullía el barro y lo convertía en arena. «Ayúdenlo —gritó alguien —, ayúdenlo». Mas los contrabandistas reían y gritaban, las olas volvían a erizarse y el mar arremetía contra ellos cuando el siguiente hombre fue arrojado al agua, y el siguiente. Dios santo, nos van a matar, pensó cuando vio cómo levantaban a Taye delante de ella. «Es solo una chiquilla», gritó y al segundo siguiente sintió que uno de los hombres la agarraba del brazo y la arrastraba hasta la borda. Se asió al cabo pero la tiraron de las piernas y la golpearon con los remos, y al final la arrojaron por la borda, el cabo se desprendió y la acompañó. El mar la arrojó lejos de la embarcación, entre brazos que se agitaban, que la golpeaban y la agarraban, se libró de ellos pataleando, querían hundirla en el abismo, gritó, pero el agua salada le entraba a raudales. Recordó que cerró la boca y que se aferró al cabo. Que se hundía y se quedaba sin aire.

—Me pregunto si conoces a alguno de estos. —Al tercer día Jillian llegó con un periódico en la mano. Todas las mañanas, al dar las ocho, venía con el desayuno. Los jugos gástricos se le alborotaban pensando en el pan y el queso, en el pequeño cuenco de maíz, almendras y leche. Se levantó y fue renqueando hasta la ventana. El día antes había hecho un agujero en el cartón para mirar fuera. Vio casas blancas y bajas, y plantas que trepaban desde un jardín, flores rojas contra el blanco de las casas. El cielo azul con nubes blancas. Había una motocicleta apoyada contra un muro.

Jillian dejó el periódico en la cama mientras empujaba la mesilla donde depositó la bandeja.

—Han encontrado muerto a un inmigrante africano aquí, en Tarifa, y a dos más en las playas de Cádiz. Una patrullera marroquí ha informado de más muertos en el estrecho.

Debía echar una ojeada al periódico. Inmigrantes hallados

muertos en la Costa de la Luz, rezaba un titular, era un periódico en lengua inglesa. Había una foto de gente en la playa y un pequeño mapa con un círculo alrededor de Tarifa. El corazón le golpeaba. Cádiz no quedaba tan lejos.

—Creen que trataron de cruzar el estrecho con una embarcación neumática que zozobró la noche del sábado —dijo Jillian mientras removía su taza de té.

Los ojos buscaron en el texto. Un testigo había observado una embarcación neumática zarpando por la noche desde una playa al oeste de Tánger, pero nada indicaba que hubiese llegado a la otra costa. Los guardacostas marroquíes tampoco tenían información de que hubiera vuelto. Ella pensó en los contrabandistas. ¿Habrían perecido ahogados? Oyó el arranque del motor y luego desaparecieron. Pensó en Taye y buscó en el texto un indicio de que él no fuera uno de los perecidos. Habían encontrado a dos hombres y una mujer. La mujer estaba embarazada. Ella cerró los ojos. Escuchó el murmullo a su alrededor, en medio de la oscuridad. Zaynab. Catherine. Toyin. ¿Quién decidía quién iba a sobrevivir y quién debía morir? Que ella se hubiese aferrado a un cabo. Cuando no pudo más y se hundió, el cabo la retuvo. Tiró y tiró con todas sus fuerzas y salió a la superficie llenando los pulmones de todo el aire frío de la noche. El cabo estaba sujeto a una boya. Tuvo que arrancarlo de la embarcación cuando luchaba para asirse a cualquier cosa. La boya se mecía en el agua y se aferró a ella con todas sus fuerzas, flotando en las negras olas. No volvió a ver la embarcación. No vio a los demás pasajeros. Solo la rodeaba el mar. Una luz que parpadeaba en algún lugar y se apagaba. Dejó de sentir sus piernas en las frías aguas. Logró atarse a la boya con el cabo. No iba a soltarse ni muerta porque entonces se iría al fondo y sería pasto de los peces y su madre nunca podría saber lo que le había ocurrido a su segunda hija.

—Conque sabes leer en inglés —dijo Jillian—. Entonces creo que entiendes lo que digo.

Echó un poco de leche en la taza de té.

—Yo no puedo esconderte aquí todo el tiempo —dijo.

A última hora del día, el hombre a quien llamaban Nico entró en la habitación trayendo un pequeño televisor. Era más joven que

Jillian, casi un muchacho, tenía el pelo largo y calzaba sandalias. Pensó que quizá fuese el hijo de Jillian, pero no vivía en la casa. Quizá fuera un joven amante.

El televisor descansaba ahora sobre una cómoda, en el rincón. No se atrevió a encenderlo antes de que llegase Jillian con el desayuno. Podía sintonizar la BBC. A última hora de la noche había visto una película sobre un comisario de policía en un pueblo de Inglaterra. Ella repitió las réplicas en silencio, para sus adentros, tratando de remedar la elegante melodía de la lengua, pero le resultó prácticamente imposible. Se entretuvo con ensoñaciones. Pensó que alguna vez, en el futuro, se casaría y viviría en uno de esos pueblos, aunque le parecieran aburridos. Los años en la universidad de Nsukka le habían enseñado a apreciar la libertad. No quería volver a un pueblo. No se casaría, al menos por ahora. Era Sefi la que debía casarse. Pensó en el acierto de haber tomado el lugar de su hermana. Sefi no se hubiera salvado en el mar. Era miedosa, frágil y presumida.

—Conque ya te has levantado. —Jillian entró por la puerta con la bandeja en la mano—. Se te ve más espabilada. Déjame que te toque la frente.

La mano que le puso en la frente era fría, con muchos anillos. Uno de los anillos tenía forma de serpiente enroscada alrededor del dedo.

—Decididamente, creo que ya no tienes fiebre.

# París sábado, 27 de septiembre

Me incliné sobre el lavabo, me enjuagué las muñecas en agua fría y bebí mucha agua. La toalla se impregnó de marcas negras del maquillaje cuando me la froté con fuerza para despertar de una vez. El rostro del espejo estaba tan descolorido como una bayeta. La máscara se prolongaba como un ala negra hacia la sien.

Tengo que hacerlo, pensé mientras buscaba la cajita de analgésicos. Tenía que aguantar.

«Además —dije en voz alta a mi sombría imagen del espejo— si ingirió el uno por ciento de lo que bebí ayer, también va a necesitar su porción de esto».

Me tragué la tableta (contraindicada en casos de embarazo y lactancia) y me llevé la mano al vientre. La existencia en mis entrañas de alguien que ingería con fruición todo lo que yo comía y bebía era un hecho. Por primera vez percibí una honda sensación de no estar a solas conmigo misma. Fui a la habitación y abrí las ventanas de par en par, la lluvia me traía sin cuidado. Puse el ordenador en marcha y abrí mi bloc de notas. Todavía no eran las ocho pero el tiempo volaba ahí fuera.

Para entender lo ocurrido durante los días anteriores a su desaparición, elaboré una especie de calendario anotando lo que sabía de los pasos dados por Patrick y de las personas con quienes se había citado. Un esquema lógico empezó a tomar forma.

El jueves fue expulsado del restaurante Taillevent por incordiar a Alain Thery y a su excelsa compañía. Tracé una raya desde el nombre de Alain Thery hasta las anotaciones sobre esclavitud laboral. La empresa de consultoría era un decorado. Estaba segura de que Alain Thery era el quid de la cuestión, el objetivo de las investigaciones de Patrick.

El viernes había entrevistado a los jóvenes del hotel. Luego, por la noche, se emborrachó y me llamó muy nervioso.

Después ardió el hotel. Alguien le llamó por la noche. *¿Quién?*, escribí entre signos de interrogación y subrayado.

El sábado vio a Arnaud Rachid. Entonces ya le había dicho a la policía que el incendio fue provocado. Diecisiete personas perecieron, él conocía a tres de ellas. La policía archivó el caso. Supe que eso iba a sacar a Patrick de sus casillas. La cuestión era saber qué hizo y adónde viajó. Tal vez se vio con un tratante de esclavos llamado Josef K. A mí me amenazaron cuando hice preguntas sobre Josef K, alguien quería que me alejase de la ciudad. ¿Quién?

Interrogación, interrogación.

Levanté la vista y me topé con la mirada de una paloma. Se había posado en el alféizar de la ventana. Gris como el cielo, como el día, como toda esta maldita ciudad.

Volví al ordenador. La cifra siete lucía en rojo en el buzón del correo. Me acordé de que solía recibir dos mensajes seguidos de Patrick. *By the way*, podía figurar en el asunto y dos sucintas palabras en el mensaje: «Te quiero. Solo eso».

No había recibido respuesta de Alain Thery, pero tenía dos de Benji esperando. «Socorro», rezaba el asunto del primero.

«¿Es un deber?», escribía en su nota. Había leído dos de los diecisiete artículos en torno a Alain Thery y apenas entendió la mitad. Palabras como sinergias y diseño estratégico no las entendía ni en inglés. Ese tipo era todo un éxito, escribía, el empresario en boga que se codeaba con los famosos y que patrocinaba competiciones de vela, el sueño de toda suegra, sin duda. Me preguntaba si quería saber lo que decían los demás artículos o si debía dedicarse a la escenografía. Teníamos una cita concertada con el Cherry Lane Theatre el lunes a las dos de la tarde. Parece que están a la espera de los bocetos, escribía.

Le contesté que por ahora podía dejar los artículos sobre Alain Thery. Y que ya volvería sobre el asunto del Cherry Lane Theatre.

El resto de mensajes era basura y una invitación a un estreno la semana próxima en Broadway. Lo borré todo y me metí bajo la ducha dejando que el agua caliente me rociara el cuerpo mientras

pensaba.

El hombre llamado Alain Thery parecía escurrirse tan pronto como le dirigía la mirada, una figura que no se dejaba atrapar. Sus fotos borrosas aparecían delante de mis ojos. Con todo, quizá no fuera él la persona clave, pensé, sino los otros hombres de las fotos, las personas con las que se codeaba. Políticos, famosos, decía Benji. Yo no sabía nada de unos ni de otros, puesto que siempre me dormía con las películas francesas de Patrick. El presidente era el único político a quien podía reconocer en foto.

Nada más salir de la ducha caí en la cuenta. Richard Evans me había dicho algo de una corresponsal de política. Buscó su nombre, las tarjetas se le cayeron.

Me sequé deprisa y me vestí mientras escribía la dirección de Internet de *The Reporter*. «… una especie de corresponsal en París de quien nos servimos a veces… corresponsal de política, también le di su nombre a Patrick».

En Nueva York era medianoche y además festivo, no valía la pena enviarle un correo a Evans.

Pensé durante unos segundos, después escribí el nombre del presidente francés en el casillero de búsqueda de *The Reporter*. Aparecieron once artículos. Dos eran telegramas anónimos de AP, pero los demás eran comentarios extensos sobre las últimas elecciones presidenciales, la presidencia francesa de la UE y los incendios de hacía unos años en los arrabales de París. Actualmente, el presidente era ministro del Interior y había hablado de limpiar de gentuza las calles de París. Como presidente de la UE, había trabajado para endurecer las políticas de inmigración. Los textos los firmaba Caroline Kenney.

Pulsé en su nombre y me salió su dirección de correo electrónico. Escribí un texto breve, formal, y firmé como Alena Sarkanova. Después lo borré todo y empecé de nuevo. Escribí que me llamaba Alena Cornwall, que Richard Evans me había dado su nombre y que necesitaba verla lo antes posible.

La certeza parecía insólita, pero Evans podía haberle hablado a esa mujer de mí. Además, el nombre del redactor le daba cierto peso a la carta. Lo más seguro es que Kenney también fuera una *free-lance* que necesitara llevarse bien con su jefe.

Bajé al comedor donde se servía el desayuno y tomé copos de maíz y zumo. La respuesta parpadeaba en la pantalla cuando volví. Iba a trabajar todo el día, escribió, pero me proponía tomar una copa en Les Deux Magots a las cinco de la tarde.

Saqué el CD de fotos del ordenador. Caroline Kenney podía ayudarme a identificar a los hombres anónimos.

Todo está aquí, pensé mirando el croquis extendido en el suelo. Podré entenderlo si lo ordeno y relleno los últimos espacios en blanco.

El lunes 15 de septiembre, el día antes de dejar el hotel, era un espacio vacío en la línea del tiempo. «¿Mercado?», escribí encima. Y luego nombres, como si fueran los personajes de un drama.

Luc: vendedor de bolsos.

Josef K: tratante de esclavos.

Me puse un jersey extra bajo el anorak y salí a la calle.

La lluvia caía racheada. Bajo los toldos, el aire se impregnaba de hierbas e incienso, la música se mecía al fondo. Seguí la calle Jean-Henri Fabre y pude contar a siete vendedores de bolsos. La cola más larga desembocaba en un puesto que exponía té norteafricano.

Cuando el mercado se fue haciendo cada vez más inexistente y las prendas y cachivaches parecían ser más usados, me di la vuelta y volví al último puesto que vendía bolsos.

—¿Es imitación, verdad? —Alcé un bolso que aseguraba ser un Louis Vuitton.

—*Oh yes, very good old new copy* —dijo el joven con gorro acercándose con parsimonia—. Cuarenta y dos euros por ser para ti.

—¿Tú eres Luc?

El chico ordenó una hilera de monederos.

—¿Quién pregunta? —Di un paso adelante bajo el toldo y le mostré la foto de Patrick.

—¿Lo reconoces? —dije—. El americano.

Echó un vistazo rápido a la foto y negó con la cabeza, se dio media vuelta y empezó a liar un pitillo. En el puesto de al lado, dos chicas se probaban guerreras militares.

—Estuvo aquí hace dos semanas —dije—. Me parece que

preguntaba por Luc.

El joven encogió los hombros y se llevó el pitillo a la boca.

—Si te decides pronto, es tuyo por cuarenta euros.

—Vino aquí para preguntar por ti —dije—. El domingo o el lunes de hace dos semanas. Piénsalo.

—Okey, de acuerdo, hoy te haré un precio especial, treinta y cinco euros —dijo señalando el bolso.

—Sin problemas —le dije y saqué el teléfono móvil—. Entonces voy a llamar a la policía. Seguro que ellos te tiran de la lengua.

—Déjame en paz.

—Pero primero querrán ver tus papeles. ¿No es acaso la sección octava de la Prefectura de Policía la que se encarga de casos como el tuyo?

Marqué un número al tuntún.

—Deja eso, demonios. Acaba.

—No te preocupes, Luc, amigo mío, vas a tener comida y techo en una bonita celda de la Île de la Cité antes de que te expulsen del país. A menos que tus papeles te acrediten como ciudadano legal de la República francesa, claro.

—Ni siquiera sé de lo que se trata. Solo hice lo que me dijeron.

—¿Quién te dijo qué?

Luc se quitó la gorra y se llevó la mano al pelo. Yo señalaba con el dedo índice los botones del teléfono móvil.

—Míralo desde el lado bueno —dije—. Te vas a librar de estar vendiendo bolsos aquí, bajo la lluvia.

—De acuerdo, me pagaron. Un tipo dijo que me daba doscientos euros si hablaba con él cuando viniese, eso fue todo. —Llevaba el paso cambiado al ritmo de la música caribeña del puesto de al lado —. Debía venir aquí y preguntar por Luc, era una especie de contraseña.

—¿Y tú qué tenías que decirle a su llegada?

—Solo tenía que darle un número de teléfono y decirle algo así como «Llama aquí, di esto y tendrás lo que necesitas». —Luc rio—. Creí que se trataba de una broma, parecía como si quisiera, bueno, ya te lo imaginas. —Hizo unos movimientos de vaivén con las caderas. Le clavé la mirada.

—Sección octava —dije.

—Era raro, no significaba nada. —Dio una patada a un montón de colillas que volaron hasta el borde de la acera—. Quiero hablarle de Josef K.

—¿Y es todo lo que debía decir al hacer la llamada?

Luc encogió los hombros.

—Ya dije que no significaba nada.

Una adolescente teñida de rubia y su madre se abrieron paso hasta quedar a mi lado y empezaron a levantar bolsos, hablaban ruso entre ellas.

—¿Quién te pagó? —dije.

—Venga ya, que tengo trabajo. No le conocía. —Luc miró a su alrededor.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Negro, blanco, alto, delgado, gordo, rico?

Sonrió a la adolescente.

—Es tuyo a cambio de treinta euros —le dijo señalándole un bolso de piel de gato. Luego se dirigió a mí.

—Blanco, un tipo trajeado, no me preguntes.

—¿Tenía los ojos muy claros, casi blancos?

—Acaba, por favor, parecía un tipo del montón.

Las rusas ya se encaminaban al siguiente puesto. Luc movió la cabeza y volvió a ponerse la gorra.

—Cierto, no sé nada más.

Crucé el Boulevard Michelet y continué en dirección este hacia un polígono industrial. Llevaba en la cabeza los datos relativos a la secuencia del tiempo. «Solo un asunto que resolver», me escribió. ¿Verse con el tratante de esclavos?

Torcí a la izquierda y seguí por un extenso apeadero ferroviario donde los tendidos eléctricos corrían a lo largo y ancho del aire. El hotel siniestrado quedaba a dos kilómetros de allí. En la libreta de notas de Patrick figuraba una dirección más de la zona.

Me detuve y me recosté en un muro de piedra. La lluvia había cesado.

En aquella noche, cuando el hotel ardió, había algo que no acababa de entender.

Las fuentes de Patrick, los tres jóvenes de Mali, ardieron dentro y fallecieron. Pero casi nadie sabía, a excepción de Arnaud Rachid, dónde se escondían. Este negó que él llamase a Patrick, había apagado su móvil aquella noche. ¿Por qué iba a mentir sobre algo así? Pero el autor o los autores del incendio del hotel tampoco iban a llamar y contarlo a un periodista. Entonces, ¿quién más sabía del incendio?

Extraje el móvil del bolsillo y marqué el número de Arnaud Rachid. Contestó a la séptima señal. Hora de despertar, pensé.

—¿Se llamaba Salif? —le pregunté—, ¿el muchacho que escondiste en esa ratonera de hotel?

—Sí, ¿por qué? —La voz era ronca y espesa.

—¿Sigue vivo? ¿O alguno de los otros? ¿Cuál llamó a Patrick la noche del incendio?

Un gruñido al otro extremo de la línea me dio a entender que había acertado.

—¿Qué fue lo que Patrick le dijo a la policía? —continué—. ¿Cómo supo que el incendio fue provocado? Debía de estar completamente calcinado cuando llegó allí. —Vi a Patrick ante mí, cómo se acercaba en taxi al hotel, las llamas contra el cielo de la noche. Era la única explicación. Alguien que se encontraba allí, cuando empezó a arder, le contó a Patrick lo sucedido.

—¿Por qué me preguntas eso ahora? —dijo Arnaud Rachid.

—¿Sigues escondiéndolo?

Se hizo silencio al otro lado de la línea.

—Ya te dije que en primer lugar debía proteger a esas personas —dijo por fin.

Me dejé caer en el asfalto. Un tren daba marcha atrás por el apeadero, desenganchó un vagón contenedor. El hierro tronó contra el acero.

—No estoy en París para verificar datos —dije con calma—. Estoy buscando a Patrick. No sabemos lo que le ha podido ocurrir. Dejó el hotel el martes de hace dos semanas y desde entonces no ha dado señales de vida.

—¿Cómo, ha desaparecido? —La voz de Arnaud Rachid entonó un falsete al otro extremo de la línea. Parecía asustado.

—¿Sabes dónde está? —pregunté.

—¿Cómo podría saberlo? No le he visto desde entonces.

—Tengo que ver a Salif —dije—, o a quienquiera que escondas.

Otros cuantos segundos de silencio al otro lado de la línea.

—No puedo hablar de estas cosas por teléfono —dijo Arnaud Rachid y me dio el nombre de una estación de metro—. Ven dentro de un par de horas, junto a la escalera de salida.

Después colgó.

Estaba a un centenar de metros de la dirección del mapa. Tenía tiempo suficiente para realizar la tarea que me había llevado hasta allí.

Un camino conducía por detrás del muro al lugar donde un vetusto polígono industrial permanecía oculto al mundo. Eran cuerpos de edificio en piedra y hormigón, talleres, garajes y almacenes, desguaces de coches. No vi a nadie trabajando. Los edificios estaban marcados con letras y cifras y yo busqué el señalado como E3, un almacén de casi cien metros de largo. Me acerqué a un portalón doble de madera y llamé con el puño. No había timbre, ni señales de vida.

Rodeé el edificio. Un bidón de basura estaba volcado y alguna alimaña habría desparramado el contenido por el asfalto. A un lado había un camión rojo de doble remolque y con el rótulo MPL Express a un lado. MPL significaba Marseille-Paris-Le Havre según el letrero en cursiva en la puerta trasera. Seguí rodeando el almacén y a lo lejos vi una puerta abierta. Dos hombres fumaban fuera. Cogí el mapa para hacerme la despistada y me acerqué a ellos. Uno cerró la puerta a toda prisa. El otro tenía un perro atado, una bestia poderosa con la corpulencia de un buldócer agazapado.

—Perdón, seguro que me he perdido —dije—. ¿Qué edificio es este?

El hombre farfulló algo en francés. El perro se movió en mi dirección, la correa se tensó. Di un paso atrás. No corras, pensé, entonces me tomará por su presa.

—Busco el mercado —dije—, pero he debido tomar un camino equivocado.

El perro gruñía y me miraba con ojos lacrimosos, con el morro arrugado. De repente no supe lo que hacía allí. Un edificio más o menos no tenía la menor relevancia. Esos hombres no iban a hablar,

lo mismo que el perro o el edificio.

—Lo siento, soy una turista americana —dije dirigiéndome con pasos cortos al camino que conducía desde allí. Cuando alcancé la esquina y el bulldog quedó fuera de mi vista, empecé a correr y no me detuve hasta que vi a una pequeña mujer que caminaba al otro lado de la calle, con un chal negro y bolsas de comida en ambas manos.

—Salif era una especie de líder para ellos —dijo Arnaud Rachid en voz baja, mirando por encima del hombro mientras la escalera mecánica nos conducía lentamente hacia abajo—. Lo de huir fue idea suya.

—¿Y fue el único que sobrevivió?

Arnaud asintió.

—Yo le conseguí un móvil. Se subió al tejado. Desde allí llamó a Patrick Cornwall. Se rompió una pierna al saltar al edificio de al lado.

Llegamos abajo y recorrimos una lúgubre galería comercial por pasillos grises de techo bajo. Yo intentaba ignorar el hecho de que íbamos camino del metro. Tras una columna había tres personas apoyadas entre sí. Oí un leve murmullo, mercancía que cambiaba de manos.

—Acogedor —dije señalando con la cabeza el comercio que se ejercía en la sombra.

—Las Halles han sido un mercado desde la Edad Media —dijo Arnaud—. Aquí puedes comprar lo que quieras, hierba, heroína, pasaporte…

Aspiré hondo cuando pasamos las barreras, reconocí el olor a quemado, la cálida corriente de aire.

—Conque es aquí donde puedes conseguir un pasaporte falso en caso de necesidad —dije, para pensar en otra cosa.

—Ya no es tan sencillo falsificar pasaportes. —Arnaud dirigió sus pasos a un nuevo túnel—. Hay decenas de miles en circulación, quizá centenares de miles. Siempre se puede encontrar a alguien que se te parezca.

—¿Son robados?

—Una parte. Hay quienes venden sus pasaportes y luego los denuncian como extraviados y obtienen uno nuevo.

—Que vuelven a vender —añadí—. No parece mal negocio.

—Los contrabandistas suelen apropiarse de los pasaportes de las personas que meten de contrabando en el país. Luego se revenden, diez o veinte inmigrantes pueden viajar por distintas rutas con un solo pasaporte.

Cuando entramos en el vagón, se cerraron las puertas, la señal sonaba en los altavoces y el tren bandeaba, me dijo adónde nos dirigíamos.

—Vamos a hacer trasbordo en Gare de
l'Est
—dijo y me indicó la línea que figuraba, con todas sus estaciones, encima de la ventanilla. Grafitis, pintadas y lemas grabados en los muros del túnel—. Después cogeremos la línea 5 hacia Bobigny.

Me miró.

—No sé qué vas a sacar de todo esto. Patrick Cornwall no ha visto a Salif desde que le encontramos otro escondrijo. Él no sabe nada.

No le respondí porque no sabía qué podía esperar. Lo único que sabía es que quería verle. Patrick había acudido a salvar a ese hombre en medio de la noche. Quizás él pudiera, a cambio, ayudarme a mí. O algo por el estilo.

Después del trasbordo, las vías salieron a la superficie y fue más fácil respirar. Al detenerse en una estación de nombre tan absurdo como Stalingrad no pude contener la risa, seguro que fue la tensión.

—¿Qué es lo que te divierte? —dijo Arnaud, ofendido. Iba perorando acerca de que la economía europea entraría en quiebra sin la inmigración.

—Perdona —dije, y le indiqué el nombre de la estación a través de la ventanilla. No creía que aún existiera Stalingrado. Creía que Stalin había sido borrado de la faz de la tierra.

—Es en memoria de la batalla de Stalingrado —dijo Arnaud—. Sería raro que lo cambiaran. —Se quedó callado y me miró, curioso —. ¿Eres de allí?

—¿De dónde, de Stalingrado? No, ni por asomo.

—Tu nombre, Sarkanova, suena ruso.

—Por Dios, ¿por qué se obsesionan todos en saber de dónde es una?

Las alarmas empezaron a sonar. ¿Pudo haberle hablado Patrick de mí? Y en ese caso, ¿cuál sería la relevancia de ser descubierta?

—Soy checa —dije—, pero no me preguntes por mi infancia bajo un régimen marxista-leninista. Tenía seis años cuando nos fuimos de Praga.

Una luz se encendió en la mirada de Arnaud.

—Entonces, tú lo entiendes —dijo.

—¿El qué? —repliqué—. No fue una huida heroica. Mamá se casó en segundas nupcias con un hombre veinte años mayor para poder viajar al oeste. Pasamos la frontera en coche. A mí me dijo que me mantuviera callada. No abrí la boca en varios años. Era una niña obediente.

Me lo quedé mirando.

—¿Y tú?

—Argelia —dijo—. A mi abuelo lo reclutaron para el ejército francés. Querían que los norteafricanos fueran los primeros en entrar en los pueblos.

—Sarah me dijo que sois franceses.

—Sarah cree que se es francés por pura lógica *jurídica*. —Hizo una mueca y me escrutó durante unos segundos.

—¿Sigue tu padre viviendo allí?

—¿Dónde?

—En Checoslovaquia.

—Checoslovaquia ya no existe —dije, y volví la vista a su imagen en la ventanilla.

Los edificios pasaban a toda prisa. Grises cubículos, viviendas de extrarradio. «Tú reaccionas con agresividad cuando alguien se te acerca —me dijo la psicóloga del colegio a quien me obligaron a visitar—. ¿Te hicieron algo cuando eras muy niña?». Me reí delante de sus narices. «¿Te refieres a los comunistas? ¿Qué me hicieron? ¿Te refieres a guarrerías leninistas?».

Cuando salimos del metro las nubes se habían disipado y el cielo brillaba azul. Casi tuve que saltar por encima de una pordiosera, una chica joven vestida de negro con la cabeza tapada. Tenía un perro durmiendo en sus rodillas.

—Bienvenida a *la banlieue* —me dijo Arnaud Rachid. Un grupo de viviendas altas, amarillentas de suciedad, se erigía delante de nosotros. De la autopista de al lado se oía el estruendo del tráfico pesado.

—¿Fue aquí donde incendiaron coches? —dije.

—Eso empezó en Clichy-sous-Bois —dijo Arnaud camino del edificio más próximo—, pero luego se propagó rápido por todo Seine-Saint-Denis y a otras ciudades de Francia. En una sola noche, solo en Bobigny, quemaron o arrojaron bombas incendiarias a ciento cincuenta coches.

Se detuvo y miró la lúgubre fachada.

—Cualquiera puede fabricar una bomba incendiaria —dijo—. Lo único que se necesita es suficiente rabia.

Los balcones estaban desiertos y en algunas ventanas había antenas parabólicas. Las cortinas de los pisos más bajos estaban completamente echadas.

—Por lo menos aquí está seguro —dijo Arnaud y abrió el portal. La cerradura estaba estropeada. El ascensor no funcionaba.

—Son diez plantas.

Yo subí los escalones de dos en dos.

Nadie respondió a la llamada del timbre. Arnaud abrió la puerta y entró delante de mí.

El recibidor era un pasillo beis. Agujeros y manchas en la pared delataban que la gente se había mudado a otro sitio, llevándose consigo cuadros y objetos de decoración. El suelo estaba lleno de ofertas publicitarias. De un perchero colgaba una chaqueta de deporte, y eso era todo. Una luz azul brillaba desde una habitación más adentro. Oí el ruido de la televisión, un partido de fútbol.

Arnaud me hizo señas de que esperase mientras él entraba. Después de unos minutos, me indicó que podía pasar.

El joven llamado Salif estaba medio tumbado en la cama frente al televisor, envuelto en sábanas. Tenía escayolada una de sus piernas y los vaqueros cortados para hacer sitio a la escayola. Tenía vendadas ambas manos. La televisión retrasmitía un partido de la liga francesa de fútbol. Se me quedó mirando sin abrir la boca y luego se dirigió a Arnaud. Su francés tenía otra melodía, las palabras eran más suaves, más pegadas a la boca. Se refregaba las

vendas de las manos.

—Me pregunta si le vas a ayudar —dijo Arnaud—. Dice que Patrick prometió ayudarle. Me pregunta si te lo vas a llevar a América.

Me recosté en la pared. Aparte de la cama y una mesilla, no había más muebles en la habitación. Las persianas estaban echadas.

—¿Le has explicado por qué estoy aquí?

Arnaud se sentó al pie de la cama. Se llevó la mano al pelo.

—Le he dicho que eres colega de Patrick Cornwall. No he dicho nada más.

—Dile que necesito saber todo lo que sepa del trabajo de Patrick. Dile que ha desaparecido. ¿Estuvo Patrick en contacto con las personas que amenazaron a Salif y sus amigos? Pregúntaselo.

Arnaud alzó las manos al aire en gesto de rechazo. Salif no apartaba la vista de la pantalla del televisor. Arnaud cogió el mando y quitó el volumen, tradujo a grandes rasgos lo que le dije. Salif se enderezó como una vela y me clavó la mirada. Traté de esbozar una sonrisa, pero la mirada del muchacho me golpeaba el pecho. Era una mirada exenta de todo excepto miedo.

Arnaud puso una mano en el hombro de Salif. Este dijo algo y volvió a decirlo, repetía cuatro o cinco veces la misma frase y, aunque me resultaba difícil entender su francés, cogí sus palabras antes de que Arnaud las tradujese.

—Dice que en otro caso es hombre muerto.

Di unos pasos hacia él y me puse en cuclillas mirándole a los ojos. Era más joven de lo que había imaginado, poco más de veinte años, veinticinco a lo sumo.

—Salif —dije—. Sé que has presenciado cosas horribles, pero necesito tu ayuda.

Arnaud tradujo.

—Sé que Patrick Cornwall te ayudó y ahora te ruego que me ayudes. No sé dónde está y me temo que le haya pasado algo.

Salif esquivaba la mirada.

—Sé que te entrevistó. Creo que quizá por eso ha desaparecido. Por favor, piénsatelo, ¿adónde podría haber ido?

Salif miró a Arnaud y empezó a hablar a toda prisa.

—Los otros corrieron escalera abajo —tradujo Arnaud—. Yo les

grité que no debían bajar, ardía mucho y la escalera era estrecha, así. —Salif dibujó un metro entre las manos—. Pero siguieron bajando, al interior del fuego, era un estruendo de fuego y gritos, no pude detenerlos. —Salif miró al techo.

—Tú sobreviviste —le dije—. No fue culpa tuya que los otros perecieran. Tú le contaste a Patrick Cornwall que el incendio fue provocado, ¿verdad? ¿Cómo lo supiste?

—Les grité que no corrieran escalera abajo. Les grité, pero ellos solo corrieron. Directamente a las llamas.

Cambié de postura y me senté en el suelo. Uno de los jugadores vestidos de rojo sacó un córner en completo silencio. El balón rebotó y salió fuera del terreno de juego. Me dirigí a Arnaud.

—¿No hay nada aquí que podamos comer? —dije.

—Por supuesto que sí —dijo Arnaud. Sacó una barra de pan y una
Coca-Cola
de su bolso que pasó a Salif. Salif abrió la botella. Yo busqué en mi bolso, y saqué una tableta de chocolate que puse en la cama.

—Dile que me cuente lo que le dijo a Patrick.

Salif dio un buen bocado al pan. No parecía muy fresco, la costra apenas crujió. Salif empezó a hablar después de haber engullido media barra. Arnaud tradujo cada vez más a prisa una vez que Salif se puso a hablar.

—¿Has oído a Salif Keita, el cantante de la voz de oro? Le dije al americano que se comprase un disco suyo. Fue marginado por sus gentes por ser albino, a pesar de ser descendiente de Sundiata Keita, el fundador de mi país. Ahora ha vuelto a Bamako y allí ha montado un buen estudio de grabación, es un hombre rico. Yo me llamo como él, Salif. Voy a ser un hombre de negocios, soy bueno en matemáticas, como Checkna, que tiene cabeza para los números. Sambala no era buen alumno, solo tenía fútbol en la cabeza. Checkna no era aficionado al fútbol.

La mirada de Salif volvió a ensombrecerse y quedó vacía.

—Son los que perecieron en el incendio —dijo Arnaud en voz baja—. Los tres eran de Mali, de la misma aldea.

—No todos pueden marcharse, el dinero no alcanza, esa vez fui yo el único de mi familia. Entre todos juntaron dinero para el viaje.

Era Salif quien volvía a hablar con un tono mecánico en la voz, como si ya hubiera contado esa historia muchas veces.

—Los viejos de la aldea también ayudan a reunir dinero, más para Sambala porque su familia es más pobre. Lo mejor es viajar a Francia, es lo que todos quieren. Senegal no es tan bueno. Allí se obtiene trabajo en la cosecha del algodón. Yo quiero ser hombre de negocios. Mi padre emigró a Costa de Marfil, pero ya no se está tan bien allí, expulsan a todos los musulmanes.

Salif guardó silencio y comió el resto del pan. Arnaud tomó el relevo.

—Mali es uno de los países que no intervienen contra el contrabando de personas —dijo Arnaud—. ¿Por qué iban a hacerlo? Durante el periodo colonial pertenecieron a Francia. Durante decenios enviaron a sus hijos aquí y entonces fueron bienvenidos. Hay aldeas que pudieron construir dispensarios médicos y escuelas con las remesas de dinero enviadas desde Francia, además de llevar la electricidad y excavar pozos para obtener agua fresca para todo el pueblo.

Salif interrumpió a Arnaud, gesticuló y levantó la voz.

—Los he traicionado —dijo. Arnaud tradujo—. Cuando huimos y entramos en una mezquita, el imán nos ayudó a llamar a casa, teníamos que avisar a nuestras familias, nos amenazaron a nosotros y a nuestros hermanos pequeños, iban a matarnos a todos. Mi madre dijo que debía volver al trabajo. Otros han emigrado y han retornado y construido casas para sus padres. Una parte no regresa. Al cabo de unos años no se habla más de ellos, son traidores que han olvidado a sus familias. —Salif se frotaba la cabeza con las manos, una cabeza rapada. Me pregunté si había tenido pelo antes del incendio.

—Soy un hombre muerto —se lamentó.

—Quiere decir que ha muerto para sus parientes —dijo Arnaud —, nadie debe saber que vive. Si está muerto, nadie lo buscará. Quizá entonces su familia esté a salvo.

—¿Sabe él quiénes son? —pregunté—. ¿Habló de ello con Patrick?

—No puedes pedir que lo sepa —dijo Arnaud—. Tienes que entender lo que ha pasado, el muchacho está conmocionado.

—Pregúntale —dije.

Salif seguía frotándose la cabeza, pero el tono de su voz era menos mecánico. Empecé a acostumbrarme a su curioso acento. Sonaba como si recortase las palabras de las frases y las expulsara como pompas.

—No fueron los mismos que nos recogieron, fueron sustituidos varias veces camino del norte. Los tuaregs se hicieron cargo en la frontera de Argelia, luego desapareció nuestro *trolley*, nuestro acompañante, un hombre emparentado con la familia de Checkna, un primo de su primo. Llegó un nuevo *trolley*, un *connection man*. Tuvimos que entregarles nuestros pasaportes y más dinero, decían que para sobornar a guardias y policías de fronteras y también a las partidas del desierto. Llegamos a Marruecos en un remolque entoldado. Permanecimos tres semanas en Rabat, no sé lo que falló. Una noche, la policía hizo una redada en el edificio que ocupábamos y nos devolvieron a la frontera de Argelia, cerca de Oudja, en pleno desierto. Allí había varios centenares de personas a la espera. Tres días después llegamos a Libia con un transporte. Nos dijeron que desde allí se podía pasar a Italia y que luego no era difícil esconderse en un camión y llegar a Francia. En París hay mucha gente del norte de Mali que ayuda a buscar trabajo y vivienda. Sambala decía que él iba a buscar trabajo en el Paris-St. Germain, el equipo de fútbol.

—Pregúntale lo que ocurrió en París —dije, queriendo ahorrarme los preámbulos. Arnaud hizo gestos de rechazo y Salif continuó hablando sin pausas para respirar. Posponía la inminencia de la muerte como la Scheherezade de *Las mil y una noches*, pensé, el relato lo mantenía entre los vivos.

—Se llamaba *Ariadne*, era un carguero enorme. Lo vi desde tierra el día antes. Nuestro *connection man* nos lo señaló. Tuvimos más suerte que la soñada. El *Ariadne* iba a zarpar directamente a Francia, al puerto de Marsella. Por la noche, nos introdujimos con sigilo en un contenedor. Había niños, pero les dieron somníferos para que durmieran durante toda la travesía. Llevábamos un bidón con agua y otro para hacer nuestras necesidades. Un hombre estaba nervioso. Empezó a aporrear el contenedor; una vez dentro, nos sentamos a lo largo de las paredes. Tuvimos que maniatarlo para

que dejara de dar golpes y no nos descubrieran a todos. Apenas pudimos llevar alimentos. Nos explicaron que era para que no hiciéramos todas nuestras necesidades, era por nuestro propio bien. Conté hasta cuarenta y dos personas dentro del contenedor. Luego lo cerraron y todo quedó a oscuras.

Cambié de postura en el suelo. La retrasmisión del partido de fútbol había cesado, era el descanso y daban anuncios. Salif se recostó en la pared, su rostro cambiaba de color según las imágenes del televisor.

—Era de noche cuando abrieron el contenedor. Resultaba difícil respirar, me dolía la cabeza y me sentía muy cansado pese a haber dormido a ratos. Algunos no se despertaron, se los llevaron. No sé qué hicieron con ellos. Nos dirigieron a un camión. Llevaba las iniciales MPL Express. Era de color rojo.

Di un respingo. Era el nombre que había visto aquella mañana en Saint-Quen, en la parte de fuera de los almacenes.

—¿Qué pasó cuando llegasteis a París? —dije.

Salif se rascó con fuerza la pierna en el borde de la escayola. Me acordé del picor infernal cuando a los quince años me escayolaron el brazo.

—En el contenedor acordamos organizar una fiesta a nuestra llegada —prosiguió—. Checkna tiene un tío en París, lo buscaremos y lo celebraremos con un buen banquete. Pediremos dinero prestado y después lo devolveremos.

Salif se calló de repente y su cuerpo se estremeció.

—Ya ves que no se encuentra nada bien —dijo Arnaud y puso una mano en el hombro de Salif. Salif no reaccionó, y siguió contando:

—Llegamos temprano, de madrugada, el sol se levantaba. Abrieron la puerta trasera del camión y nos dijeron que íbamos a ir a una *safe house*. Era un almacén grande, había talleres, no había nadie fuera.

—Me parece que sé dónde está —dije, viendo al perro enfurruñado frente a mí.

—Nos hicieron entrar —prosiguió Salif—. Dentro olía a mierda, a excrementos. Todas las estancias estaban a rebosar de gente, enormes espacios donde la gente estaba tumbada en filas, en el

suelo. «¿Qué es esto?», pensé. «¿Adónde he ido a parar?». «Parece una concentración de fútbol», dijo Sambala. Le reímos la ocurrencia. Pensé que solo iban a ser unas noches hasta que consiguiéramos una vivienda para nosotros. Pero ellos cerraron la puerta. Nos metieron en una sala. Era una especie de despacho con mesas y sillas y una foto de chica en traje de baño colgada de la pared, un almanaque de 2001. Allí pudimos ver a ese hombre, al que llamaban Boss Maillaux. Nos dijo que teníamos deudas que debíamos pagar. El viaje había sido caro. Incluían los intereses. Deberíamos pagarlas con nuestro trabajo. Nos pareció justo. Pero un muchacho, ninguno de nosotros, empezó a protestar, dijo que había acordado vivir en casa de un amigo de su tío. Lo golpearon. Lo golpearon a palos hasta que fue acallado. Eran tres. Uno de ellos tenía una barra con la que golpeaba. Lo sacaron de la sala. No lo vi más. Boss Maillaux preguntó después si alguien más tenía algo que decir. Nadie lo hizo. Si intentábamos escapar, añadió, recibiríamos el mismo trato. Se apropiarían de las casas de nuestros padres. Nuestros padres lo pasarían muy mal. También cogerían a nuestros hermanos pequeños, se follarían a nuestras hermanas menores.

El aire de la habitación empezó a agobiarme. Me pregunté por qué tenían las persianas echadas, estábamos en un noveno piso. No parecía probable que nadie fuera a mirar dentro.

—A menudo les basta con amenazas —dijo Arnaud—. Al cabo de un tiempo ni siquiera necesitan cerrar las puertas. Todo este comercio se basa en el miedo. Si uno consigue escapar, explota toda la burbuja.

—Pero vosotros escapasteis —dije dirigiéndome directamente a Salif—. ¿Cómo lo hicisteis?

—Trabajábamos todos los días, haciendo mudanzas y luego en una obra, un edificio que iba a ser derribado. Una noche hubo una riña en la *safe house*. Un senegalés, que llevaba allí mucho más que nosotros, gritaba que lo habían engañado. Quería su dinero, quería irse de allí. Lo apalearon y empezó a sangrar. Nosotros le vendamos pero se puso enfermo. Tenía mucha fiebre, deliraba con que iba de excursión y sus hijos no podían caminar. Dije que nosotros trabajaríamos más, que haríamos su trabajo. Dije que tenía que verle un médico. Una noche se lo llevaron. Dijeron que no había

sitio para alguien que no trabajara. Pregunté si lo iban a llevar a un hospital. Me dijeron que cerrara el pico y que me olvidase de él.

Me levanté. Me dolían las rodillas.

—¿Puedo levantar esto? —dije mientras cogía la cinta que tiraba de las persianas. Arnaud asintió.

Al entrar la luz del día en la habitación, vi la delgadez extrema del joven negro, los codos sobresalían de las vendas como puntas afiladas. Pensé que debía de haber estado en buena forma y condición al emprender el viaje, un futbolista, cómo podía desaparecer un ser de sí mismo. Permanecí recostada en la repisa de la ventana.

—Éramos más de diez los que trabajábamos en el derribo del edificio —prosiguió Salif—. Y había unos capataces blancos que nos controlaban. Nos acompañaba un vigilante de la *safe house*. Yo pensé: «No podrá dispararnos en pleno día, mientras otros miran. Alguna vez tendrá que ir a hacer sus necesidades». Yo no le perdía la vista. Les dije a Checkna y Sambala que debíamos escoger el momento oportuno. Les haría una señal y entonces tendríamos que correr, todos a la vez. Deberíamos avisar a nuestras familias y escondernos después, tal vez acudir a la policía, encontrar gente de nuestro país que pudiera ayudarnos. Pasábamos las noches hablando en voz baja de que debíamos socorrer a todas estas personas que permanecían encerradas, que Alá nos había enviado allí por algún motivo y que luego teníamos que ganar dinero y enviárselo a nuestras familias. Un día, cuando el vigilante se dirigió a las casetas donde quedaba el retrete, les di la señal silbando. Corrimos cuanto pudimos. Sambala era el más rápido, Checkna y yo íbamos detrás. Saltamos el vallado de tablones y salimos a la calle. Nunca la habíamos visto porque siempre nos llevaron allí en una furgoneta con las ventanas pintadas de negro. Gritaron a nuestras espaldas, pero no nos volvimos ni una sola vez, solo corrimos, primero había naves industriales y luego altos bloques de viviendas. Después de siete calles vimos a una mujer musulmana. Le pregunté por la mezquita más cercana. Nos miró como si fuéramos locos. «Tenemos que ir a la mezquita», le grité y ella nos la indicó, no quedaba lejos. El imán nos hizo pasar. Nos ofreció té. Le pedimos que llamara al tío de Checkna, quien regentaba un café y tenía

teléfono, para que les contara a nuestros padres que tuviesen cuidado y buscasen protección. El imán fue a llamar desde otra sala. Volvió y nos dijo que había hablado con ellos y que deberíamos volver a llamar al cabo de dos horas, entonces podríamos hablar con nuestras madres.

Salif ocultó el rostro en el vendaje, se enjugó los ojos con la sábana. Luego carraspeó y prosiguió:

—Nos dijo que también había llamado a alguien que podía ayudarnos. —Dirigió la vista a Arnaud—. Arnaud nos recogió más tarde, en medio de la noche, en plena oscuridad. Nos llevó al hotel.

—Era una situación de emergencia —dijo Arnaud—. No había tiempo para buscar algo mejor.

—Y después llegó Patrick Cornwall para entrevistaros —añadí.

Llevábamos más de una hora en el apartamento y aún no había podido averiguar nada nuevo de Patrick, empecé a sentirme dispuesta a coincidir con Arnaud. Fue un error ver a Salif y verme involucrada en su historia.

—El americano iba a ayudarnos. Iba a escribir sobre nosotros en la prensa. Después pondría a esos canallas en su sitio, a Boss Maillaux y los demás.

Salif golpeó una mano contra la pared. Debían dolerle las quemaduras bajo el vendaje.

—¿Sabes quiénes eran los otros? ¿Lo sabe Patrick?

Salif asintió.

—Nos preguntó por la *safe house*. Cuál era el número del inmueble. Y por los letreros de los coches. Nos preguntó por todo. Dónde estaba el edificio en derribo. Le expliqué sobre el mapa el recorrido que hicimos a la carrera. Lo recordaba con exactitud porque yo había contado las calles. Quiero saber dónde estoy.

—¿Cuándo fue eso?

Salif movió los pies en la cama y miró a Arnaud, buscaba apoyo. Pensé que había perdido la noción del tiempo.

—La primera vez fue hace casi un mes —dijo Arnaud.

—¿Y la última, qué dijo Patrick entonces?

—Allí estábamos bien, con cama propia —dijo Salif. No pareció haber oído la pregunta, su relato tenía un rumbo propio y definido.

—Yo estaba tumbado, leyendo. El americano me había

conseguido unos cuantos libros. Oí ruidos en el pasillo y una explosión. Después sentí tufo y calor, ¿comprendes? Sentí ambas cosas al mismo tiempo. El fuego explotaba. Salí corriendo al pasillo y la escalera estaba completamente en llamas. Grité, claro, y corrí adentro y tiré de los otros. Volví a salir al pasillo y golpeé las puertas para despertar a todos los que vivían allí. No pude echar a correr escalera abajo, las llamas lo invadían todo. Tras la escalera había un descansillo con grandes ventanas y pensé que, de llegar allí, podría romper las ventanas y saltar, la familia que vivía en el piso de abajo podía arrojar a los niños para que yo los cogiera, la niña que acababa de aprender a andar y el chico de seis años que decía ser Zidane, habíamos jugado al fútbol en el pasillo, él, Sambala y yo, pero no alcanzo el descansillo ni la ventana porque el fuego es allí más vivo. Me arden las manos. Hay montones de basura que arden, bolsas y sillas. Sé que aquella tarde no hubo nada allí porque Sambala, Checkna y yo estuvimos sentados en el descansillo, con la ventana abierta, oliendo el aroma a tierra del parque y hablando de mujeres. Estoy viendo las sillas arder y comprendo que alguien ha prendido fuego. Entonces siento cómo Sambala y Checkna me apartan en su huida, gritando y corriendo escalera abajo, directamente a las llamas. —Salif se acarició la cara con las palmas de las manos—. Yo les grité pero no se dieron la vuelta y el fuego se extendía hacia mí, no pude hacer nada. Corrí a lo alto remontando los últimos escalones. Sabía que se podía salir por el tejado. —Dirigió la mirada desde Arnaud hasta mí—. Lo había calculado. No me gusta estar encerrado. No duermo bien. En la *safe house* apenas dormí nada, porque estaban todas las puertas cerradas.

—Te entiendo perfectamente —dije.

Salif siguió hablando de cara al televisor, como si la mirada se le hubiese pegado durante las semanas que había pasado en el apartamento donde no había nada más.

—No vi coches de bomberos en la calle. Tenía el móvil que me había dado Arnaud, le llamé desde el tejado pero no respondió. —Miró a Arnaud que contemplaba sus manos—. Luego llamé a Patrick Cornwall. Me había dado dos números, los tenía en el móvil. El primer número comunicaba, pero contestó en el otro. Le grité

que debía ayudarnos. Después salté. —Salif hizo una mueca, recuerdo del dolor al caer en el edificio más bajo y romperse la pierna.

—En el otro edificio había una escalera. Me escondí en la parte trasera entre dos cobertizos. Llegaron los bomberos. Yo seguí allí, escondido mucho tiempo, sin atreverme a salir. Luego oí a alguien gritar mi nombre, era el americano. Lo llamé en voz baja cuando estuvo cerca de mí. Temía que alguien más me viera, la policía o aquellos hombres. El americano me oyó. Estaba indignado, tenía el rostro bañado en lágrimas.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos.

—Perdón, perdón —dijo mezclando francés e inglés—, yo no entiendo inglés. No fue culpa suya. No fue él quien provocó el incendio. Dijo que iba a hablar con la policía, no se iban a salir con la suya. Lloraba. Iba a escribir sobre nosotros, contar nuestra historia al mundo. Me ayudó a salir de allí y luego se puso en contacto con Arnaud, que vino y nos recogió. Fuimos a un médico.

—Uno que trabaja para nosotros —apuntó Arnaud.

—¿Qué sabes de los que provocaron el incendio? —pregunté.

—Patrick Cornwall dijo que lo hicieron para darnos un escarmiento. Fue culpa nuestra, nosotros fuimos los culpables del incendio.

—Patrick no lo diría así.

—Es lo que pienso. —Salif miró a otro lado, a la pared.

—¿Mencionó Patrick alguno de los nombres de esos canallas?

Salif asintió.

—Nos enseño fotos. Dijo que iba a ponerlos en su sitio, que iban a pagar por esto.

Arnaud tradujo:

—Él no tenía ningún nombre.

Oí dos versiones de la misma respuesta. No tardé mucho en entender que había comprendido lo dicho por Salif. Arnaud intentaba engañarme, ¿por qué?

—¿Cómo se llaman? —le pregunté y escuché, distraída, la traducción que hacía Arnaud de mi pregunta al francés:

—No necesitas contar más cosas.

Entonces metí la mano en el bolso y saqué el sobre de las fotos.

Había hecho copias en una tienda de fotos del mercado.

—¿Qué es eso? —preguntó Arnaud y trató de arrebatarme las fotos, pero yo las tenía bien sujetas. Salif no podía barajarlas, así que yo se las fui enseñando.

—¿Reconoces a alguno de estos hombres? —dije.

Él meneó la cabeza.

—No miras —le dije.

—Ya las he visto —dijo—. Él me las mostró el día del incendio. Le dije que no reconocía a los otros, solo a uno de ellos.

—Uno de ellos —repetí como una tonta y sentí la sangre detenerse en el cuerpo—. ¿A quién?

—Uno que vino a la *safe house* en dos ocasiones. No habló con nosotros, solo con Boss Maillaux. Era una foto borrosa, mala cámara. Ignoro su nombre.

Pasé las fotos deprisa.

—Ese —dijo Salif.

El hombre de la foto aparecía de lado, a espaldas de Alain Thery. Resultaba imposible decir dónde se había tomado. El muro de un edificio al fondo, un trozo de ventana. Un tercero estaba junto a ellos. Entonces me di cuenta de que lo reconocía. Cabeza rapada, la nariz que parecía demasiado pequeña. Era el hombre que me había echado de las oficinas de la avenida Kléber.

—Creo que debemos irnos —dijo Arnaud—. Ya ves que no sabe nada más.

Respiré tan hondo que inundé mis pulmones con todo el aire que había en el cuarto sin dejar oxígeno.

—¿Mencionó Patrick el nombre Alain Thery? —dije.

No necesité esperar la traducción de Arnaud. Noté la reacción de Salif al oír el nombre. Asintió.

—Sí, sí. Patrick Cornwall dijo que era el jefe. Yo no lo conocía.

—¿Josef K? —dije—. ¿Dijo algo de él?

—¿Josef? —Salif negó con la cabeza y pareció triste—. Ningún Josef.

Arnaud se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Deberíamos irnos ya —dijo.

—¿Por qué? —le espeté—. ¿Tienes miedo de que Salif desvele algo más que tú no quieres que yo sepa?

—Este es un asunto complicado, él no lo tiene claro —dijo Arnaud dando vueltas al chal con los dedos. Yo había notado que lo hacía cuando se ponía nervioso. El chal era una especie de peluche para adultos.

—Sé que Patrick no tira la toalla, sé que haría todo lo que estuviese en su mano para meter a esas personas en la cárcel —dije—. Pregunta a Salif lo que Patrick le dijo aquella noche antes de despedirse.

Arnaud se detuvo en la puerta y tradujo. Salif asentía lentamente.

—Iba a hablar con la policía —dijo Salif—. Iba a contarles lo que yo vi. Arnaud dice que cuando la policía los detenga podré salir de aquí como un hombre libre.

Arnaud Rachid no tradujo lo último, pero yo entendí el sentido. Salif no sabía que la policía había archivado el caso.

—Gracias por querer hablar conmigo —dije.

—¿Cuándo volverás? —preguntó Salif.

—No lo sé —dije—. No sé si voy a volver.

Salif no pareció ver mi mano tendida. Su mirada vagaba por las paredes desnudas de la habitación.

Jugaba a ser Zidane.

—No te acompaño de vuelta —dijo Arnaud cuando salíamos por el portal—. Estoy preocupado por Salif.

—¿Por qué no quieres hablar de Alain Thery? —dije.

Arnaud me miró por encima del hombro.

—¿A qué te refieres?

—No tradujiste todo lo que dijo, ¿por qué?

—Creí que no sabías francés.

—Viví aquí unos años de pequeña, en el campo —dije—. ¿Qué te une a Alain Thery?

—Nada —escupió Arnaud—. Solo que no quiero implicarte en algo cuyas consecuencias no entenderías.

—Ahórrate las atenciones para tus pobres refugiados.

Sus ojos oscuros brillaron negros.

—Tú no sabes nada —dijo—. Tú te presentas aquí y crees que

todos deben ayudarte a buscar a tu colega americano. Aquí desaparecen personas a diario, personas que nadie encuentra.

—Conque una más o menos no tiene importancia, ¿no?

Una mujer llegó llevando dos bolsas pesadas y Arnaud le abrió la puerta. La mujer le miró airadamente y entró.

—Yo le facilité el contacto con esos jóvenes —dijo Arnaud—. Le di datos, eso es todo. Y si me permites, voy a ayudar a esa pobre mujer a subir la escalera, porque el ascensor, como sabes, no funciona.

Soltó la puerta y se dirigió a la escalera. Di una patada a la puerta con todas mis fuerzas. Ese muchacho, Salif, debía ser protegido a toda costa, pero Patrick había desaparecido sin que a nadie le importase. ¿Por qué eran más importantes todos los demás seres de la tierra? Y a las señoras, desde luego, había que ayudarlas a llevar la compra.

Empuñé el pomo que casi colgaba de la puerta para abrirla, subir la escalera a la carrera y poner a Arnaud contra la pared, decirle que era un cobarde que solo ayudaba a los más débiles, los que le hacían sentirse generoso, quería golpearle la cabeza contra la pared, pero en vez de eso solté la puerta y dejé que se cerrara. Tres jovencitos pasaron a mi lado para llamar mi atención, solo vi sus pantalones caídos, sus deportivas y sus andares cansinos. Miré el reloj. Eran casi las cinco.

A las cinco debía encontrarme con Caroline Kenney.

—¿Y qué estás haciendo en París? ¿También eres reportera?

—No —dije y me senté a la mesa de la terraza acristalada—. No, en realidad, me dedico al teatro.

Caroline Kenney tenía casi sesenta años y vestía totalmente de lila, desde el charol de los zapatos hasta el pelo y el chal que llevaba sobre los hombros. Me había esperado una francesa, pero era de Boston y llevaba más de treinta años viviendo en París.

—Pues eso, ya sabes que ocupas asientos legendarios, aquí se sentaron todos, Verlaine, Oscar Wilde…

Jean-Paul

Sartre pasaba horas aquí, escribiendo, venía todas las mañanas en

compañía de Simone…

Reconocí el café por la foto que colgaba de una pared de la habitación del hotel. El decorado original estaba retocado para que pareciera nuevo y del techo del interior colgaban dos chinos de tamaño natural. Lógicamente, pensé que serían *les deux magots* y por eso estaban condenados a colgar de allí eternamente.

—Creo que voy a tomar un zumo y algo de comer —dije—. No bebo alcohol.

Caroline Kenney cerró la carta de golpe.

—Si yo hubiera sido tan sensata a tu edad, no estaría sentada aquí. —Hizo una seña al camarero y pidió.

—¿Conociste a Patrick mientras estuvo aquí? —pregunté—. ¿Te habló de su trabajo?

—Sí —dijo y sonrió para que se le viera toda la dentadura—. Pero nunca contesto a preguntas que no sepa adónde conducen. Ya sabes cómo son los reporteros, estás casada con uno.

El camarero dejó dos vasos de zumo recién exprimido y toda una serie de platos con jamón y ensalada, tortilla, foie y pan y queso.

—Yo tampoco bebo, ya no bebo más —dijo Caroline Kenney—. Ahora hay que apostar por la comida.

Cogió un poco de queso y lo untó en un pedazo de pan.

—¿Cómo le va a tu marido? Un hombre muy guapo, la verdad.

Entonces empecé a llorar. Apreté los puños y me contuve cuanto pude, pero fue como si cediera una presa, me enjugué la cara con la servilleta, me soné la nariz y traté de pedir perdón a la mujer que tenía enfrente, pero no pude contenerme, era como un torrente de dolor y pánico que había retenido las últimas semanas, acaso toda mi vida, y cuando se desbordó lloré a moco tendido viendo a través de la niebla cómo me miraban los clientes del café. Caroline Kenney me alcanzó su servilleta.

—Perdón —dije cuando el torrente se retiró y dio paso a un leve chapoteo. Me soné la nariz con la servilleta—. No he podido hablar con nadie de esto.

—¿Te ha abandonado? —dijo Caroline Kenney—. Sé que en este momento puede ser terrible, pero créeme que pasará. —Untó un poco de foie en el siguiente pedazo de pan—. Mi marido me abandonó después de veintidós años de matrimonio y aquí me

quedé, sola, en París. Entonces empecé a escribir. Tuve que ganarme la vida. Ahora no puedo imaginarme volver. América se ha vuelto vulgar, sin finura, aunque quizá sea yo quien se ha vuelto francesa con los años.

Traté de sonreír entre lágrimas.

—No creo que me haya abandonado —dije—, temo que sea algo peor.

Y entonces le conté toda la historia, de principio a fin, la última llamada de Patrick y el encuentro con Richard Evans, la carta enviada desde París y lo que había podido averiguar al cabo de tres, casi cuatro, días siguiendo sus pasos. Caroline Kenney comía con buen apetito y me hizo alguna pregunta de vez en cuando. Cuando le conté el encuentro con Salif de aquel mismo día, puso sus cubiertos en la mesa y me alcanzó un pañuelo de papel. Mis lágrimas habían convertido las servilletas en trapos mojados.

—Patrick Cornwall me llamó hace casi tres semanas —dijo y sacó un calendario del bolso—. Nos vimos el martes nueve de septiembre a la una y media. —Me señaló con un gesto de cabeza —. Estuvo sentado en la misma silla en que tú te sientas ahora.

—Una semana antes de dejar el hotel —apunté.

—Quería que yo viese unas fotos —prosiguió—. Me preguntó si podía ayudarle a identificar a algunas personas de las fotos.

Saqué el sobre y se lo alcancé.

—¿Eran estas?

Caroline Kenney se calzó un par de gafas con monturas de oro. Mientras escrutaba las fotos, aproveché para comer lo que quedaba en los platos.

—No los conozco a todos, pero sí a algunos —dijo—. Pésima calidad, le dije que sería un *paparazzi* inservible.

—A Alain Thery lo reconozco —dije entre bocados—, pero ¿quiénes son los otros?

Ella repicó con la uña larga, pintada en lila, en la primera foto.

—Marcel Defèvre, un político y diputado del Parlamento Europeo que no ha hecho mucho ruido, pero era otro hombre el que más interesaba a Patrick. —Cogió otra foto y la puso encima.

—Guy de Barreau —dijo.

—No me dice nada.

Miré la foto del hombre mientras ella hablaba. Frisaba los sesenta, tenía una tupida cabellera gris y recordaba un poco a un Hugh Grant que hubiera envejecido con dignidad.

—Es un lobista —dijo Caroline Kenney—. Eso le convierte en un ave rara de la política francesa. Aquí no existe nuestra tradición de grupos de presión profesionales.

Sacó un libro de su bolso con el nombre del escritor en la cubierta. Guy de Barreau.

*de convaincre*

*L'art*

—leyó Caroline Kenney en voz alta, «El arte de convencer»—. Me picó la curiosidad después de hablar con Patrick y compré un ejemplar.

Hojeé un poco el libro mientras ella me explicaba. Guy de Barreau había fundado una especie de fragua de ideas, *La ligne française*, «La línea francesa», a comienzos de la década de 1990. Ejercía su influencia para reducir la inmigración pero sin ser abiertamente racista. Hablaba, en cambio, de preservar la cultura y los valores franceses y obtuvo un éxito increíble. Se consideraba que *La línea francesa* estaba detrás de la nueva legislación de los últimos años. Entre otras cosas, los inmigrados nacionalizados no iban a tener derecho a la reagrupación familiar a no ser que todos tuvieran trabajo a jornada completa, hablaran francés con soltura y entonasen la Marsellesa en sueños. Difundía la importación de mano de obra, pero solo con carácter estacionario. Iba a ser más difícil la obtención de la nacionalidad. Quienes entraran y permanecieran en el país por su propia cuenta serían delincuentes a quienes habría que expulsar en el acto.

—Ha conseguido poner en circulación ideas que hace veinte años habrían sido imposibles —dijo Caroline Kenney—. Los franceses, pese a todo, se han tomado muy a pecho aquello de libertad, igualdad y fraternidad.

Se interrumpió cuando el camarero se acercó a retirar la mesa.

—Tenemos que celebrarlo con café y postre —dijo.

Me eché hacia atrás mientras ella hacía el pedido, y miré a través de la cristalera que se extendía a lo largo de la terraza. El ataque de lágrimas había sido como un baño de purificación, tenía

la cabeza despejada, lo que no me sucedía desde hacía mucho tiempo.

—¿Dijo Patrick algo acerca de lo que estos dos se traían entre manos? —dije y le enseñé una de las fotos en la que aparecían Barreau y Alain Thery sentados a la mesa de algún café o restaurante. Podía ser el Taillevent, pensé, por el fondo marrón.

Caroline Kenney sonrió y movió la cabeza.

—No, estaba removiendo algo grande. Se movía dentro de mis dominios, seguro que temía que yo le robase su *story*.

—Si he entendido bien, este Alain Thery no está implicado en actividad criminal alguna. —Me daba igual si alguien le robaba el reportaje a Patrick—. Se trata de comercio de esclavos y hasta de asesinato de quienes intentan escapar… Pero no veo cómo encaja con *La línea francesa*.

—Quizá solo sean viejos amigos —dijo Caroline Kenney, sacando un pintalabios y mejorando su
*make-up*
mientras pensaba—. Aunque lo dudo. Alain Thery es un advenedizo. Es de Pas-de-Calais, una ciudad del norte de Francia que dijo adiós a sus fábricas textiles, a su industria metalúrgica y al resto del mundo.

—Estoy impresionada —dije.

—Ganó sus primeros cien millones en el ramo de la informática.

—No por él, sino por ti. ¿Tanto sabes de todos los que se mueven en las altas esferas empresariales y políticas?

—No, qué va, empecé a leer después de conocer a tu marido. —Caroline Kenney rio—. Sé mucho más de los romances de los famosos. Los chismes son más rentables que la política, pero su combinación es imbatible. Los romances del presidente me han hecho económicamente independiente para el resto de mi vida, aunque bajo seudónimo, claro.

Se enderezó de nuevo e hizo sitio al camarero para poner a cada cual su taza de café y su copa con helado y sorbete de diferentes colores, ornadas con fruta, barras de chocolate y virutas de almendra.

—Además, Alain Thery suele aparecer entre la farándula —prosiguió Caroline Kenney—. Todos los domingos, cuando los

actores y actrices se retiran de sus funciones, ocupa su mesa habitual del Plaza Atenée y descorcha botellas de champán contra el techo, y cuando el invierno llega a París, viaja a alguno de sus yates. Tiene dos, según la prensa del ramo, uno en Saint-Tropez y otro en Puerto Banús, en la Costa del Sol española. Son viviendas flotantes de lujo, donde se invita a fiestas con lo uno y lo otro en el menú, pero que nunca salen más allá de cien metros del puerto y ¿sabes por qué?

No pude decir nada porque tenía la boca llena de helado de vainilla.

—¡No sabe nadar! —exclamó Caroline Kenney.

Sonreí pero fui incapaz de echarme a reír.

—En Nueva York también hay un Plaza Atenée —dije—. Vistosos combinados, gente cara.

Caroline Kenney tomó un pellizco de la bola de un sorbete de color anaranjado.

—Maracuyá, especialidad de la casa —dijo y me sonrió. Lamió la cucharilla y entornó los ojos antes de seguir.

—Si he hecho bien mis deberes, Alain Thery vive obsesionado con la cuestión de estatus. No quiere ser el muchacho de los vertederos de carbón de Pas-de-Calais, pero en Francia no basta con ganar dinero. Hay que ser de buena familia, haber ido a buenos colegios.

Golpeó con la uña el reverso de la foto.

—Este, sin embargo, tiene amigos en todos los estamentos del poder, el Gobierno, las autoridades, el Tribunal Supremo. Su parentela se remonta al siglo XVIII, monárquicos que sirvieron en la corte de Luis XVI. Él ha ido a los mejores colegios.

Los sabores del sorbete se mezclaban en la boca mientras ella daba cuenta de los colegios de postín. Toda la élite política habían sido compañeros de clase, de la Facultad de Ciencias Políticas de la universidad. Hace unos años se modificó el sistema de ingreso para que alumnos peor dotados, procedentes de las barriadas, también pudieran tener acceso a la universidad. La clase alta fue todo un clamor de indignación, porque ¿cómo se iba a distinguir a la gente de la gente? Preferiblemente, también había que tener un título de la ENA, la Escuela Nacional de Administración, fundada por De

Gaulle. El presidente actual se apartaba brutalmente de la tradición por no haber sido alumno de la ENA. Por otra parte, tenía la esposa más bella. Ahí perdí el hilo.

—Nada de eso conduce a ningún sitio —dije—. Es como caminar en círculos, recoger hilos sueltos, pero nada encaja. Y el tiempo pasa…

Me llevé la mano al vientre y miré a través de la cristalera, había una plaza y una iglesia fea. Una pareja abrazada estaba contemplando una estatua. La estatua era la representación cubista de una mujer. La pareja no hacía nada. Solo miraban, abrazados. Sentí el llanto brotar de nuevo del pecho, pero me contuve. Me dolía la nostalgia de hacer algo con Patrick, mirar cosas. No tenía que ser una estatua de Picasso, podían ser las noticias del tiempo.

—Los últimos años han fijado la atención en la Unión Europea —dijo Caroline Kenney.

Me miró de reojo mientras rebañaba con parsimonia el último resto de helado y sorbete derretidos.

—En la frontera exterior de la Unión Europea —prosiguió— es donde se libra la batalla. Si los inmigrantes siguen llegando a través de Italia y España, por no decir de Turquía, la policía francesa va a tener difícil dar abasto y expulsar a todos los que lleguen. Es cierto que muchos entran de forma legal, como turistas, y después se quedan pero *La línea francesa* y sus acólitos prefieren hablar de los que entran en embarcaciones y escondidos en camiones, porque ofrecen una imagen que aterroriza a Dupont.

—¿Dupont?

—El ciudadano francés de a pie, el empleado con ingresos medios que no es racista, pero que quiere que sus hijos crezcan en un país que reconozcan desde su infancia.

—¿Sabes si Patrick entrevistó a alguno de estos hombres? —le pregunté.

—Me contó que vio a Alain Thery una vez, pero que no le fue muy bien. Thery interrumpió la entrevista cuando Patrick empezó a hacerle preguntas interesantes.

—¿Qué preguntas?

—No se las iba a revelar a la competencia…

—Trabajáis para la misma publicación.

Caroline Kenney rio y bebió las últimas gotas del helado.

—Yo me ofrecí a entrevistarle en su lugar. Al parecer, Alain Thery se había hecho inaccesible, no contestaba los mensajes y las llamadas de Patrick ni siquiera llegaban a la secretaria. Patrick me agradeció el ofrecimiento y dijo que ya me diría algo.

—¿Lo hizo?

Caroline Kenney sonrió pesarosa y negó con la cabeza. Lo entendía. Patrick nunca iba a compartir su trabajo con otra reportera.

—¿Podrías intentarlo ahora? —dije—. ¿Concertar una entrevista con Alain Thery?

—¿Alguna novedad del marido? —preguntó Olivier cuando regresé al hotel aquella tarde.

Meneé la cabeza.

—Y tú, ¿has recordado algo? —dije—. Cualquier cosa, alguien con quien se vio, alguna llamada más…

Olivier esquivó mi mirada.

—¿Cómo? —dije y me incliné sobre el mostrador—. Es algo, ¿verdad?

—Me dijo que iban a ir al Louvre… Yo pensé…

—¿Quiénes? —Miré fijamente a Olivier, que se tiraba nervioso de la corbata—. ¿Por qué no me lo dijiste? —Las piezas empezaban a encajar—. Fue una mujer, ¿verdad? Fue con ella al Louvre y tú te lo has callado creyendo que era una maldita amante. —Golpeé con la mano en el mostrador. Allí se sentía seguro, callaba y era discreto.

Olivier se quitó las gafas y volvió a ponérselas.

—Fue uno de los últimos días, bueno, el día antes de dejar el hotel, porque acababa de llegar del mercado y le pregunté si había comprado algo, pero no me respondió y subió directamente a la habitación… y, sí, ella llegó al poco rato, esa mujer, y preguntó por él.

Me quedé helada cuando comprendí el contexto.

Patrick obtuvo un número de Luc en el mercado y llamó: «Quiero hablar con Josef K».

Y luego se presentó una mujer y lo recogió, igual que me recogieron a mí a la salida del restaurante Taillevent. Esa mujer vio a Patrick el lunes, el día antes de viajar, y sabía algo de Josef K. Me puse a andar por la recepción. Eso significaba que ella sabía adónde había viajado.

—¿Qué aspecto tenía? —dije mientras notaba un temblor en la voz—. ¿Puedes describirme a esa mujer?

Olivier miró a otro lado y se llevó la mano al pelo.

—Sí, es decir, una de esas a la que los hombres se quedan mirando.

—¿Guapa?

—Morena, bajita, ojos grandes.

Lo único que yo le vi fueron los ojos. Y la anchura. El portero era tan alto como Patrick. Estaba claro que, comparada con los dos, era baja.

Olivier sonreía algo nervioso.

—Pensé que se parecía a Juliette Binoche y así se lo dije, pero no le hizo mucha gracia, seguro que debía oírlo muy a menudo, claro.

—¿Pudiste oír de dónde era?

—Parisiense, sin duda, y no precisamente de las que hacían la calle.

Cogí la llave y marqué el número en el móvil mientras subía la escalera. Lo tenía programado con el nombre de Josef K.

Dio una señal. Dos. Abrí la puerta y entré en mi habitación.

A la quinta señal se cortó la línea.

Cuando volví a llamar sonó el contestador automático de la compañía telefónica. Una señal más a la hora de dejar el mensaje.

—Quiero hablar de Patrick Cornwall —dije—. Sé que iba a entrevistar a Josef K.

Colgué y me senté ante el ordenador, pasé un buen rato a la luz de la pantalla mirando la imagen de una actriz francesa mientras la ciudad callaba afuera. Así que era ella.

# París domingo, 28 de septiembre

—¿Diga?

Número privado, rezaba en la pantalla.

—Te dije que debías mantenerte al margen.

Era ella. La mujer del coche. Me incorporé en la cama. Esa voz la reconocería entre millones de voces.

—¿Quién eres tú? —dije—. ¿Adónde viajó Patrick cuando dejó el hotel?

—Tú deberías haber vuelto a casa —dijo.

—Fue a ver a Josef K, ¿no es cierto? ¿Dónde está?

Un suspiro al otro extremo de la línea, un segundo de silencio. El corazón me golpeaba como si quisiera salirse del pecho y aterrizar en mi regazo como una bola palpitante.

—Ayer fuiste a ver a un hombre que se llamaba Salif —dijo la mujer al otro lado de la línea.

—¿Cómo lo sabes? —Me eché la manta encima. Aquella llamada me había despertado—. ¿Qué sabes tú de Salif?

—Ha muerto —dijo la mujer—, le han disparado un tiro en la cabeza. ¿Estás contenta ahora?

Luego se oyó un clic y la línea enmudeció.

La palabra permaneció como un titular colgado en mi cabeza.

Muerto.

No era posible. No pudo haber sucedido.

Además, era culpa mía. Fui yo quien les condujo directamente a él. Me levanté envuelta en la manta y fui hasta la ventana, miré abajo, a la calle. Allí no había nadie.

Volví la cabeza y vi las cifras del despertador. Las nueve y cuarto. Sol resplandeciente sobre los tejados de las casas. Fragor de tráfico.

Soy un hombre muerto, había dicho. Salif. ¿Cuántos años tendría, veintitrés, veinticuatro?

Busqué el número de Arnaud Rachid. Me temblaban las manos. Las señales progresaban. Sin respuesta. Luego me vestí. La parálisis remitió. Cogí el bolso y la chaqueta y, sobre la marcha, tomé un bocadillo del comedor, bebí café y un trago de zumo y salí a la calle, pasos ligeros hasta el río, sobre los puentes, hasta la otra orilla. Me volví en tres ocasiones, deteniéndome tras las esquinas, para comprobar si alguien me seguía, pero no vi a nadie. El último trecho lo hice casi corriendo, por medio de Marais, y me detuve en seco cuando llegué a la calle Charlot.

La entrada estaba acordonada. Me metí dentro de un portal y respiré hondo.

En la calle, fuera del edificio donde Arnaud Rachid tenía su oficina, había dos coches de policía y una ambulancia. Habían acordonado toda la entrada hasta el patio donde estaba el portal. La gente se había congregado alrededor de los cordones policiales. Vi a Sylvie, la activista, que estaba un portal más allá, junto a otros con las mismas ropas holgadas. Me dirigí a ella.

—¿Qué ha ocurrido? —dije.

—Asesinato —dijo Sylvie y abrió los ojos como platos—. Lo encontraron esta mañana en la escalera, fuera de la oficina, con un tiro en la cabeza.

—¿Le dispararon aquí? —dije, estúpida de mí, y no me cuadraba —. Salif no podía salir del apartamento de Boligny.

—Fue Arnaud quien lo encontró. Está totalmente desquiciado, claro. Es él, el joven que escondía Arnaud, el que fuisteis a visitar ayer. Fuisteis allí, ¿verdad?

Me miró con gesto inquisitivo. Le devolví una mirada airada, ya era tener estómago ponerse celosa estando muerto Salif.

—¿Y dónde está Arnaud ahora? —dije.

—No lo sé. Le entró pánico y se largó de aquí.

—¿Sabe la policía lo que ha ocurrido? ¿Saben quién es el muerto?

Sylvie me dedicó una mirada que revelaba lo idiota que yo era.

—Claro que no. No llevaba papeles, ese es el problema. Y no parece que Arnaud vaya por ahí corriendo y pregonando ser él

quien lo escondía. Si lo hiciera, tendría a la policía tras sus talones y toda la actividad se iría al carajo.

El personal de la ambulancia cerró las puertas traseras de golpe, parecía que iban a ponerse en marcha. Sopesé la idea de avanzar hasta allí y pedir ver al muerto, pero desistí. Anduve en dirección contraria, me detuve tras la primera esquina y marqué el número de Arnaud. Le dejé recado de que me llamase.

Alcancé a andar diez metros.

—¿Eres tú la que se ha ido de la lengua?

Lo negué y pareció creerme.

—¿Cómo pudieron encontrarlo? —dije—. ¿Nos siguieron?

Arnaud se lamentaba al otro extremo de la línea.

—Estaba en la escalera cuando llegué esta mañana, con un orificio en la cabeza. ¿Entiendes? Le dispararon. ¿Qué había hecho ese pobre hombre?

Conseguí sonsacarle que estaba fuera de la ciudad, en *la banlieue*, donde estuvimos ayer, dijo.

—Voy para allá.

La puerta estaba entreabierta. Arnaud estaba mirando la pared, sentado en la cama que Salif había ocupado. Las sábanas estaban revueltas.

—Me pregunto si le dispararon aquí o si antes lo llevaron a la calle Charlot —dijo Arnaud. Enterró el rostro entre sus manos. Le temblaba la espalda—. Maldita sea, solo aspiraba a una vida mejor.

Me senté al borde la cama. La penumbra de la habitación era la misma de ayer. Como si el tiempo se hubiera detenido. Solo Salif se había movido.

Quedaba su olor. Sudor, miedo y clausura.

—Fue como si me clavara la vista y sus ojos estuvieran vacíos y el orificio en la frente… —Arnaud se golpeó la frente con el puño—. Y luego vi que le habían roto la escayola y le habían arrancado las vendas de las manos, el cuerpo retorcido de forma extraña como si… como si…

—¿Cómo qué? —le pregunté aunque no quería oír más.

—Le rompieron ambos brazos.

Arnaud prorrumpió en sollozos, un dolor prolongado y quejumbroso que me impedía pensar.

—¿Te parece prudente que nos quedemos aquí? —dije—. Quizá vuelvan.

—La puerta estaba abierta. Tuvo que abrirla él. Le dije que no abriese a nadie.

Arnaud sorbió los mocos. Deja de berrear, pensé, si lloras no tienes posibilidad alguna. Entonces te cogerán. Y caí en la cuenta de que era la voz de mi madre rondándome por la cabeza.

—¿Cómo dieron con él? —dije.

—He hablado con algunos vecinos —dijo Arnaud manoseando el mando del televisor.

—¿No es el trabajo de la policía? —dije.

—La policía no sabe que vivía aquí.

Me quedé mirándole.

—Pero tienes que contárselo. Ahora es un asesinato, no peligro de expulsión.

Arnaud se levantó y se dirigió a la ventana. Se enjugó la cara con la punta del chal y se volvió hacia mí.

—La policía no va a investigar este caso —dijo—, ¿o es que aún no lo entiendes?

Acompañé a Arnaud Rachid cuando fue a llamar a la puerta del resto de vecinos. De algún modo, el destino de Salif estaba entrelazado con el de Patrick. Yo estaba atada aquí.

El primer timbre estaba estropeado. Arnaud llamó con los nudillos. A duras penas se abrió la puerta y asomó el ojo de una mujer pequeña envuelta en un chal.

Arnaud habló con ella en árabe. Al cabo de un minuto abrió la puerta un decímetro más. Unos ojos recelosos me examinaron.

—La policía la visitó ayer —dijo Arnaud cuando la mujer volvió a cerrar la puerta—. Buscaban a un inmigrante ilegal.

—La policía no pudo dispararle, maldita sea.

Arnaud se dirigió decidido a la siguiente puerta. Nadie abrió. Lo mismo en la siguiente. Me pareció oír ruido dentro.

—La gente tiene miedo —dijo Arnaud—, saben que la policía

trae malas noticias.

El siguiente que abrió era un hombre en leotardos que hablaba francés y que me desnudaba con la mirada mientras hablaba con Arnaud.

—Mostraron su placa —dijo—, preguntaron por un inmigrante ilegal en situación de búsqueda y captura.

—¿Dijeron su nombre? —preguntó Arnaud.

—Sí, pero no lo recuerdo. —El hombre se rascó la entrepierna.

—¿Salif? —dije yo.

Su cara resplandeció.

—Pues sí, ese sería, y además un apellido algo enrevesado. Son un hervidero, ni el demonio puede llevar cuenta de todos.

De vuelta al apartamento, subí la persiana, que en seguida volvió a caer hasta quedar a media altura, y dejé que entrara un amplio rayo de sol. Luego fui a la cocinilla y saqué un tazón roto, bebí agua y esperé a que Arnaud saliera del lavabo.

—¿Cómo supieron que estaba aquí? —dije cuando él salió al recibidor—. ¿Crees que me están siguiendo a mí? ¿O a ti?

—No lo sé.

Se apoyó contra el fregadero y se tiró del pelo.

—No entiendo por qué abrió la puerta. No debía abrirla a nadie, ni a la policía.

—¿Podían estar comprados?

—O habían comprado las placas. Nadie podía saber su nombre a excepción de los tipos de quienes huyó. Yo no he dado su apellido a nadie.

Arnaud manoseaba un teléfono móvil.

—Encontré esto —dijo—. Estaba en el lavabo.

—¿Es el teléfono de Salif?

Asintió.

—Contiene algo que tú, sin duda, quieres saber.

Dio un paso hacia mí con el móvil en la mano. En la pantalla había un nombre.

Patrick C.

Un temblor me recorrió todo el cuerpo.

—Por supuesto que él tenía el número de Patrick —dije y le arrebaté el teléfono, miré el nombre—. Le había llamado.

—Sí, claro —dijo Arnaud Rachid—, es el último número que saqué al comprobar las llamadas recibidas.

Cogí el teléfono y el mundo se encogió a mi alrededor, una sensación de que ahora solo existíamos aquel pequeño artefacto y yo.

—Según esto, Patrick llamó ayer a Salif a las diez de la noche —continuó Arnaud—, una hora y media antes de que empezaran a llamar a las puertas.

Pulsé con cuidado el botón de «llamar».

Contuve el aliento.

Las señales progresaban, me pareció que había eco en todo el apartamento. Cuatro, cinco, seis. Ningún contestador automático. Nadie que dijera «Has llamado a Patrick Cornwall…». Luego una voz al auricular. La voz de un hombre. «Aló».

—Patrick —susurré—. ¿Eres Patrick?

—¿Quién es? —dijo la voz al otro lado de la línea, no era Patrick.

—¿Dónde está? —dije—. ¿Qué habéis hecho con él?

Pero al otro extremo de la línea se hizo el silencio. Dejé caer la mano con el teléfono y miré a Arnaud Rachid.

—¿Qué significa esto? —dije—. ¿Dónde está Patrick?

Tomó mi mano agarrada al teléfono y sentí cómo empezaba a temblarme el cuerpo. Brotaba desde lo más hondo de mis entrañas.

Arnaud me miró con asombro.

—¿Estás muy enamorada de él, verdad?

Me di la vuelta. Mantente fría, pensé, y me di un fuerte pellizco en el brazo.

Ninguna jodida llorica.

—Solo quiero saber lo que le ha ocurrido —dije mientras toqueteaba el teléfono.

Alguien había llamado desde el teléfono de Patrick. Debieron de robárselo.

Mientras lo pensaba, me di cuenta de lo que pudo haber pasado. Podían haber utilizado el móvil de Patrick para localizar a Salif. Si tenían acceso a placas policiales, seguro que también podían rastrear llamadas en la red de telefonía móvil. Eso explicaba por qué Salif abrió la puerta. Creyó que era Patrick quien iba a ir, o un

amigo suyo. Tal vez le prometieron llevárselo a América.

Saqué un pañuelo y me soné.

Luego le expuse el razonamiento a Arnaud. Él miraba al vacío a través de la ventana, donde grises barriadas de hormigón se sucedían hasta donde alcanzaba la vista.

—No encajan las piezas —dije—. Si supiera lo que pensó esos últimos días…

Arnaud Rachid volvió lentamente la cabeza y se encontró con mi mirada.

—Josef K había desertado —dijo—. Estaba dispuesto a revelar el entramado del negocio, las personas que lo gobernaban, tenía nombres. Patrick iba a entrevistarlo.

Las palabras se asentaron, ocuparon su lugar.

—¿Dónde? —dije—, ¿dónde iban a verse?

—No lo sé. Solo sé que se fue de París el martes de hace dos semanas. —Miró al suelo—. Yo no debía decir nada. De haberse sabido que iba a ver a Josef K…

—¿Eso te dijo Patrick? ¿Que no debías decir nada?

Arnaud no respondió. Me dio la espalda y empezó a enjuagar unos platos que había en el fregadero. Movimientos torpes.

—Salif ha muerto —grité—, ¿qué maldita misión sagrada es más importante ahora? Ya no tienes a nadie a quien proteger.

—No fui yo quien lo escondió.

—¿Cómo? Aquí no hay nadie más.

—No hablo de Salif, sino de Josef K. Había pasado a la clandestinidad. Yo no sabía dónde lo escondían. No estaba implicado en ello.

Me senté en una desvencijada silla de rejilla. Como en una sala de espejos, pensé, donde siempre se esconde alguien detrás de otro y no se sabe dónde está la salida. De niña detestaba las salas de espejos de los parques de atracciones. No saber dónde estaban las personas, cuál era la versión real. Rostros deformados.

—¿Así que no sabes adónde fue Patrick? —dije.

—Lo siento —dijo Arnaud.

Y nos quedamos en silencio. Una mosca revoloteaba bajo el ventilador. Las paredes palidecían.

—Tenemos que irnos —dijo por fin.

—Creo que sé de alguien —dije.

—¿Quién?

—Una de las que andan detrás de todo esto.

Y le hablé de la mujer que me había llevado en coche, que me había amenazado si no volvía a Nueva York. Que casi estaba completamente segura de que era la misma mujer que había recogido a Patrick el día antes de desaparecer. Y que tenía que ver con Josef K.

—Fue ella la que me llamó esta mañana y me dijo que Salif había muerto —añadí—. Tiene que estar implicada. Si no, ¿cómo sabía que era él?

Miré a Arnaud pero él apartó la vista.

—Tal vez tenía razón —dijo—. Quizá deberías haber vuelto a Nueva York. En ese caso, quizá Salif seguiría vivo.

—No me eches la culpa —grité—. Eras tú, el encargado de protegerlo.

—Lo sé —gritó Arnaud Rachid de vuelta—, no necesito que me lo recuerdes.

Y luego nos quedamos en silencio. Quizá pensábamos lo mismo.

Que ya nada importaba.

Regresé al hotel a última hora de la tarde.

—Tienes visita —dijo René en la recepción y me indicó con un gesto hacia los sillones.

El corazón se detuvo una décima de segundo. Durante el tiempo que me llevó darme la vuelta creí que Patrick iba a salir sonriendo a mi encuentro. Fue Sarah Rachid, en cambio, la que se levantó del asiento.

—¿Quién eres en realidad? —dijo con voz afilada—. No hay ninguna Alena Sarkanova en *The Reporter* de Nueva York. Tampoco hay ninguna aquí, en el hotel, conque la pregunta es: ¿quién eres?

Caí como una piedra en el sofá. No había nada que decir. Me acurruqué tras el cansancio y el sopor y la oí hablar en la distancia.

Arnaud la había llamado después de que yo le visitara por vez primera. Estaba mosqueado y le había preguntado a Sarah si sabía qué buscaba yo realmente.

—Así que llamé a Nueva York, al periódico donde dices que trabajas. Nunca habían oído hablar de ti.

—Los de la centralita no tienen remedio —dije, desfallecida.

Arnaud le dijo que yo me alojaba en el mismo hotel que Patrick.

—Así que llego aquí, pregunto por una tal señora Sarkanova y resulta que nunca han oído hablar de ella. Pero cuando repito el nombre y digo Alena, entonces el conserje reacciona. —Sarah Rachid señaló a René, que fingía estar ocupado en otra cosa—. «¿Buscas a Alena Cornwall?», me dice. Me quedé asombrada, pero me presenté y dije que era abogada y entonces me dijo que podía sentarme aquí, en el vestíbulo, y esperar. —Levantó la barbilla—. ¿Por qué mientes?

—Era mi apellido de soltera.

—Así que estás casada con Patrick Cornwall. —Sarah Rachid se retrepó en el sillón de enfrente y movió la cabeza—. Y vas por ahí diciendo que eres reportera. Qué locura.

—Necesitaba hacer preguntas —dije—. Tu hermano te habrá contado que Patrick ha desaparecido.

—¿Cómo? ¿Le ha ocurrido algo?

La observé. El asombro era auténtico. Su rostro se transformó en inquietud, su mirada fue al encuentro de la mía.

—Pensé que no te interesaban los periodistas —dije fríamente.

Me miró. No dijo nada. Le señalé su mano izquierda.

—Le contaste a Patrick que solo era apariencia, que tú te habías comprado el anillo.

Sarah Rachid se levantó de golpe, pero se quedó de pie, indecisa.

—De haber sabido que tú eras… su esposa, entonces…

—Entonces ¿qué? —La miré fijamente—. De haber sabido que yo era su esposa le habrías dicho que te gustaba, ¿o qué? —La rabia me abrasaba el cuerpo. Por primera vez en varios días volví a ser yo misma.

Sarah Rachid cerró su cartera, un chasquido irritante.

—¿Podemos hablar en otro sitio? —dijo en voz baja.

Se habían visto más de una vez. Fue lo que le sonsaqué. Estábamos en mi habitación. Sarah se había acomodado en la silla del

escritorio, ovillada como una niña pequeña con las piernas juntas y las manos sobre las rodillas. No me gustó que ocupara el sitio de Patrick, pero no había más muebles que elegir a excepción de la cama, y esa no era la mejor alternativa.

Ella le había ayudado con cosas que no podían publicarse.

No necesité preguntarle por qué lo había hecho. Se le notaba en la voz cuando pronunciaba su nombre, una dulzura que no existía cuando hablaba de leyes.

Patrick le pidió ayuda para dos cosas más. Acudió a ella porque conocía la legislación francesa, sabía dónde obtener información y tenía contactos.

Lo primero tenía que ver con el registro de fincas. Quería que ella le consiguiera datos sobre el propietario de un edificio de la avenida Kléber.

—El número 76 —apunté—. Una empresa que se llama Lugus.

Sarah Rachid levantó la mirada y asintió.

—La otra era un almacén de la barriada de Saint-Quen, al norte de París —dijo, se agachó y saco una libreta de notas de la cartera —. En realidad no pude averiguar mucho. —Pasó unas hojas y leyó en voz alta—: El edificio de la avenida Kléber número 76 es propiedad de una empresa inmobiliaria llamada Epona. La empresa forma parte de una entidad que también es propietaria de la consultoría Lugus, que alquila los locales. Todo el consorcio está controlado a su vez por una fundación registrada en la isla de Jersey. —Sarah levantó la vista—. De Jersey no se puede obtener ningún dato.

—En resumen —dije.

—El almacén es propiedad de otra empresa inmobiliaria que forma parte de otra entidad controlada por la fundación de Jersey.

—¿La misma fundación?

Sarah Rachid asintió y cerró su libreta. Eso es todo lo que pudo conseguir.

Me levanté y me dirigí a la ventana, la abrí. Consistencia. Eso buscaba Patrick. Lo que pudiera atar a Alain Thery con los esclavos encerrados en el almacén. Me pregunté si había hecho suficiente acopio de material para publicarlo. Salif había identificado a uno de los hombres cercanos a Alain Thery. Pero ahora Salif había muerto.

Recordé los locales vacíos con tabiques acristalados y mullidas alfombras de la avenida Kléber. Tras la fachada de próspera consultoría se escondía algo muy distinto.

Me volví.

—¿Con qué más te pidió ayuda Patrick?

Sarah Rachid se ajustó la chaqueta.

—¿No crees que deberías cerrar la ventana?

—No —respondí.

Volvió a consultar su libreta.

—Se trataba de un instituto de opinión, o como quiera que se llame. *La Ligne Française*. Quería saber quiénes financiaban su actividad. ¿Los conoces?

Asentí y volví a sentarme en la cama.

—¿Lo conseguiste?

—No es que sea precisamente un documento público.

—¿Pero te esforzaste un poco, verdad, por tratarse de Patrick?

Se sonrojó.

—No pasó nada —dijo.

—¿Con qué, con *La línea francesa*?

—Entre Patrick y yo —dijo, y el sonrojo se le extendió hasta los lóbulos de las orejas—. Quiero que lo sepas.

Hundí los dedos en la colcha que había alisado la limpiadora, el mismo ser invisible que extendía un aroma de espliego en su estela.

—¿Sabías que le dieron una paliza? —dijo Sarah Rachid.

Di un respingo. Y al instante me enfurecí.

—¿Qué más sorpresas guardas? —dije y me levanté. Di unos pasos en su dirección—. Te refugias tras tus malditas leyes y crees que tienes derecho a callar, pero estamos hablando de mi marido, ¿lo entiendes? —Me recosté en la pared con los brazos en cruz—. ¿Cómo que le dieron una paliza?

Sarah Rachid se frotó las manos.

Patrick le había llamado la noche del 11 de septiembre, a última hora.

—Es una fecha que siempre se recuerda. También hablamos de eso. De lo sucedido en Nueva York.

Sarah Rachid se retorció un poco en la silla.

—Yo estaba en la cama, leyendo una novela de Maryse Condé.

Siempre me acuesto a las once. Dijo que necesitaba ayuda. No sabía a quién llamar. Le dije que podía venir a casa. Vivo en Belleville. Vino en taxi.

Sarah Rachid se levantó y se dirigió a la ventana.

—Lo metieron dentro de un portal no lejos de aquí, un poco más abajo, en la calle Saint-Jacques. —Señaló a la izquierda, calle abajo, hacia el río—. No sangraba, pero le habían dado un fuerte golpe en la cabeza y vomitaba, podía ser una conmoción cerebral. —Cerró la ventana y se volvió hacia mí—. Fue un aviso, querían que volviera a casa.

—¿Quiénes? —fue todo lo que me salió.

—No lo dijo.

Yo seguía sentada en la cama, pasmada y temerosa en medio del desconcierto. Los celos me reconcomían. Me llamó al día siguiente, el 12 de septiembre, ¿por qué no me lo contó?

«Que no crean que pueden taparme la boca», dijo mientras yo estaba en medio de aquella imposible escalera de Boston. Y luego algo que no podía decir por teléfono.

Sarah Rachid intentó convencerlo para acudir a un hospital, pero Patrick se negó. Solo quiso tomar unas aspirinas y ponerse una bolsa de hielo en la nuca.

—Imbécil —dije en voz alta.

Ella dio un respingo.

—No tú, Patrick —dije—. Aquel aviso le alertó, le convenció de que estaba sobre la pista correcta. Créeme, lo conozco, no tira la toalla antes de haber hurgado a fondo y rebuscado en toda la basura.

Ella me miró en silencio.

—A la mañana siguiente estaba despierto y vestido, iba a salir y *aterrizar su reportaje*, como él dijo.

—¿Durmió en tu casa?

—En el sofá.

Sarah Rachid me dio la espalda. Yo miraba por la ventana hacia la cúpula del Panteón y me imaginaba el péndulo que demostraba el movimiento de rotación de la Tierra y el paso del tiempo. Día a día.

Jueves, 11 de septiembre. Patrick almuerza en el Taillevent y

Alain Thery hace que lo echen a la calle. La misma noche le dan una paliza.

Viernes por la mañana, 12 de septiembre. Patrick sale del piso de Sarah Rachid en Belleville. Yo no sabía dónde estaba ese barrio, tampoco quería saberlo. En cualquier caso, acude más tarde al Hôtel Royal para hablar con Salif y los otros, el hotel se incendia por la noche.

Apenas le había afectado el aviso.

—No te enfades con Arnaud —dijo Sarah Rachid esquivando la mirada—. A veces roza la ilegalidad pero solo por ayudar. Y además siente debilidad por Nedjma, hace de él lo que quiere.

—¿Quién? —dije. No la estaba escuchando, seguía pensando en Patrick.

—Una que se ve con Arnaud. No me fío de ella.

Sarah se retorcía y parecía disgustada. Le clavé la mirada. Los asuntos amorosos de Arnaud no me interesaban.

—¿Viste a mi marido alguna vez más? —le pregunté poniendo énfasis en *mi marido*.

Ella negó con la cabeza. Se arremangó las mangas de la blusa, primero una y luego la otra. El domingo por la noche llamó a Patrick, le sonsaqué. Había sabido del incendio del hotel por la prensa y Arnaud le contó que Patrick había estado allí por la noche.

—Solo quise saber cómo se encontraba —dijo Sarah Rachid en voz baja.

—¿Y cómo se encontraba?

—Me dijo que los iba a poner en su sitio, gritaba que la policía había archivado el caso. Se puso aún peor que Arnaud. Dijo que los políticos estaban conchabados. Yo me asusté. Estaba tan indignado… Llamaba desde un bar, no sé si bebido. Pensé que era extraño irse a un bar después de un suceso tan horrible.

—¿Te dijo el nombre del bar?

—El Plaza Atenée, un sitio que está junto a los Campos Elíseos. Yo no frecuento esos sitios.

Recordé el nombre en seguida. Caroline Kenney lo había mencionado. «Todos los domingos ocupa su mesa habitual…».

Y Patrick estuvo allí un domingo, furioso e indignado. Hoy hacía exactamente dos semanas.

—Gracias —le dije—, ahora quiero que te vayas.

Salí del taxi y me topé de frente con un mundo de lujo ilimitado. Los escaparates de Prada y Chanel competían en esplendor y el hotel Plaza Atenée era un palacio blanco como sacado de un cuento. Una luz cálida me envolvió cuando entré en el vestíbulo bañado en el color dorado de las arañas que brillaban en lo alto. En el guardarropa me topé con una rubia de enormes tetas que miró mi vestido con desdén antes de coger a su septuagenario acompañante del brazo y caminar sobre tacones de diez centímetros de altura.

En cuanto a mí, me había puesto el vestido negro que compré para ir a almorzar al Taillevent. Tuve que dedicar veinte minutos a buscar la baratija de imitación que tan bien me quedaba en el escote y por fin la encontré en la maleta, dentro de una media usada.

Eché el ojo a un taburete de estilo rococó que había junto a la barra. El mostrador del bar era de cristal puro, como tallado en un bloque de hielo. Los candelabros, que ardían con llamas azules, parecían flotar en el aire. Podía ser una escenografía de Harry Potter.

Había una veintena de clientes, la mayoría ubicados por parejas, y un grupo de chicas que bebían combinados de vivos colores. Ningún señor que se pareciera al Alain Thery de la foto. Pronto iban a dar las diez y media. Pedí un combinado sin alcohol. El barman puso un platito con almendras y aceitunas.

En aquel instante entró un grupo de cinco hombres acompañados de tres mujeres jóvenes con faldas que acababan justo debajo de las bragas. Alain Thery iba en medio. Había examinado sus fotos tantas veces que no me cupo duda alguna. Los ojos que casi parecían blancos, por lo demás un aspecto tan corriente que apenas podría recordarse. El traje era caro, italiano, la corbata rojo carmesí. «No quería ser el chico de los vertederos de carbón de Pas-de-Calais».

El grupo se acomodó en torno a una mesa baja y alargada en la parte tranquila del bar. Su llegada había hecho crecer la actividad tras la barra, ya se aprestaban dos camareros con botellas de

champán. Thery se sentó en un sofá desde el cual yo podía verle la cara. El fondo era un lienzo clásico grabado en tela y rodeado por un enorme marco que convertía a los clientes en detalles de la obra de arte. A espaldas de Alain Thery, un galeón atracaba en un muelle del Sena, muy concurrido y envuelto en la niebla, de principios del siglo XIX, y a su lado, sobre un almohadón plateado, una de las rubias estaba medio tumbada con las piernas recogidas en el sofá.

Las copas rebosaban de champán y Alain Thery metía mano al muslo de la chica. Todos brindaron. Yo me puse a pensar en la divinidad de tres rostros que había prestado su nombre a la empresa de Alain Thery. ¿Qué era necesario para que mostrara un rostro más, para que cayeran las máscaras? ¿Qué hizo Patrick mientras estuvo aquí? ¿Dirigir el objetivo de la cámara hacia él o darle un puñetazo en los morros, acusarle de utilizar a personas como esclavos, culparle de los diecisiete muertos en el incendio provocado de un hotel? Me pregunté cómo habrían reaccionado los clientes del bar ante una escena así. ¿Tal vez la confundieran con el rodaje de una película, con un incidente extravagante? A fin de cuentas, estaban en un escenario donde los candelabros parecían flotar en el aire.

Uno de los hombres que estaban sentados de espaldas a mí se levantó, le dijo algo a Alain Thery y se dio la vuelta. Al verle la cara, el corazón se me subió a la garganta. Tosí y, rápidamente, aparté la vista.

Ya había visto a ese hombre. Un rostro ancho con nariz que parecía demasiado pequeña, ojos de cerdo. Era el que me había echado de las oficinas de la avenida Kléber. En aquella ocasión lo tomé por un conserje, pero si ahora estaba allí brindando con champán, tenía que ser algo más, alguien cercano a Alain Thery.

Traté de mirar hacia fuera, pero no pude ver la calle, solo el negro cielo de la noche. El cortinaje de las ventanas hacía borrosa e irreal la realidad de afuera, como si transcurriera en otro tiempo, en una película en blanco y negro.

Cuando me atreví a mirar de nuevo al bar, el hombre de los ojos de cerdo había desaparecido. Quizás hubiese ido al lavabo, tal vez a casa.

Deduje que era mi mejor oportunidad, me bajé del taburete y

me dirigí con pasos vacilantes hacia la mesa de Alain Thery. El grupo había aumentado con la presencia de dos mujeres que vestían modelos en blanco y negro y que llevaban grandes joyas, tal vez algunas de las famosas que, a decir de Caroline Kenney, tanto le gustaba adular. Recordé la imagen de Juliette Binoche y constaté que estas dos no se le parecían.

Alain Thery había apartado la mano del muslo de la rubia y servía champán a una de las chicas en blanco y negro. El champán burbujeaba y destellaba. No me vio cuando me acerqué a la mesa.

—Oh, Alain, qué alegría verte —dije en voz alta.

Él levantó la vista, interrogante.

—Ahora estoy confuso —dijo y esbozó una leve sonrisa. Dientes parejos, la voz un poco estridente.

—¿Pero es que no te acuerdas? Fue en Saint-Tropez —dije y me senté a su lado.

—Pues no, pero conozco a tantas… —Sonrió a la chica a su derecha—. Tengo un yate allí. Sesenta y nueve pies.

Me incliné hacia delante para rozar su rodilla con la mano.

—Y ahora tienes que contarme qué fue de nuestro amigo, ¿cómo está? ¡He oído que os habéis visto en París!

Alain Thery siguió sonriendo y mirando impaciente a las mujeres a su lado. Una bostezó en voz alta.

—¿A quién te refieres? —dijo.

—A Patrick Cornwall, claro, al periodista.

Alain Thery se quedó petrificado, pude oír las vibraciones de sus músculos cuando se tensaron. Apartó a la rubia a un lado.

—No sé de quién me hablas.

—Te estoy hablando de Patrick Cornwall —dije en voz alta para que todo el grupo lo oyera. Iba a entrevistarte acerca de tus negocios y ahora ha desaparecido. ¿Dónde está?

—¿Cómo voy a saberlo yo? No sé de quién me hablas.

Hizo una señal al hombre que se sentaba enfrente. Le clavé la mirada, no le perdí la vista.

—Sabía demasiado de ti y de tus negocios, ¿no? ¿Qué has hecho con él?

Alain Thery se levantó.

—Esta mujer está loca. ¿Es que nadie puede sacarla de aquí? —

Miró en todas direcciones e hizo señas a los hombres que se sentaban a su lado—. ¿Pero es que no vais a echar a esta puta loca de aquí? ¡Está borracha!

Al instante me izaron unos brazos fuertes que me atenazaron las manos y el cuello.

—Sé a lo que te dedicas —grité y pataleé de modo que dos copas de champán salieron por los aires. Las chicas del sofá se echaron a los lados para no verse salpicadas de burbujas.

—Está completamente loca —dijo una de ellas en francés—. ¿Es que dejan entrar a cualquiera?

—¿Quién de los tuyos ha asesinado a Salif? —grité mientras me arrastraban. Por el rabillo del ojo vi que el hombre que había a mi lado era el que me había echado de las oficinas. Frunció sus ojos de marrano y me soltó al oído: «Ya te conozco, putilla».

Lo último que vi fue que Alain Thery echaba el brazo alrededor de una de las chicas del sofá mientras ambos se difuminaban en la imagen de un imponente galeón. Su mirada gris y helada me quedó grabada cuando me sacaron del local.

# París lunes, 29 de septiembre

Catorce metros calle abajo había un viejo Peugeot. Lo reconocí nada más salir del hotel. En el asiento delantero había alguien que me miraba de frente.

Me acerqué con el corazón desbocado.

Olivier estaba a punto de salir del hotel, había prometido acompañarme a la policía para poner una denuncia en toda regla. Pensé que Sarah Rachid tenía razón. La sociedad se fundamenta en un sistema de derecho y sucumbe si no se confía en él.

Di los últimos pasos hasta el coche y me incliné hacia la ventanilla. Reconocí las llantas oxidadas, la manilla un poco desencajada.

Ella bajó la ventanilla lentamente. Parecía una mujer muy guapa. Un rostro bien modelado, el pelo negro y corto. No me cupo duda alguna de que era ella la que recogió a Patrick en el hotel. «Una de esas a las que los hombres se quedan mirando». Vestía un abrigo azul con elegancia y parecía fuera de lugar en aquel cochambroso asiento.

—¿Quién eres? —le pregunté.

La era de los cumplidos había pasado.

—Toma asiento. —Hizo un gesto indicándome el asiento de al lado.

—No, nunca —dije. Si estaba implicada en lo que le habían hecho a Salif, no pretendía salir con ella a dar una vuelta en coche.

Pareció dudar unos segundos, luego abrió la puerta y salió del coche. Nos quedamos cada cual a un lado del coche. Éramos de la misma estatura.

—Alena Cornwall —dijo en un tono de desdén que me dio la sensación de no ser nadie—. Casada con Patrick Cornwall, ¿por qué

no me lo dijiste desde el primer momento?

—Y tú, ¿cómo te llamas?

Ninguna respuesta. Nuestras miradas vagaron por la calle, a la expectativa. Cómo podía saber, pensé, en qué había hurgado para enterarse de quién era yo y de lo que hacía.

—Te propongo un trato —dijo.

—¿Y?

—Podemos hablar caminando —dijo y empezó a caminar. Nos cruzamos con Olivier que acababa de salir del hotel, le insinué que pronto estaría de vuelta. Él hizo unas muecas y señaló la espalda de ella.

La misma mujer. Gracias, ya lo había yo entendido.

La mujer me dedicó una mirada carente de emoción.

—Deberías haber vuelto a Nueva York —me dijo.

—Me importa un bledo quién seas —dije—. Solo quiero saber lo que le ha sucedido a Patrick.

—Puedes llamarme Nedjma —dijo.

Me detuve en seco. Ese nombre ya lo había oído. Tardé unos segundos en recordarlo. Sarah Rachid lo había mencionado la noche anterior. La mujer que se veía con Arnaud. Un camión de la basura frenó y un estruendo de cubos metálicos se propagó entre las fachadas de piedra. Me daba vueltas la cabeza. ¿Arnaud habría hablado con ella? ¿Por qué quería que abandonase París? ¿Qué relación la unía a Josef K?

El abrigo azul dobló una esquina y tuve que correr para no perderla de vista cuando se espesó la muchedumbre.

—Así que Arnaud te ha hablado de mí. —Respiré hondo después de haberle dado alcance a la altura de un paso de cebra.

Nedjma me dedicó una sonrisa desconfiada.

—Arnaud es naïf —dijo y cruzó la calle—, cree que todo se resuelve siendo bueno con la gente.

—En realidad, ¿de qué parte estás tú? —dije.

No respondió, sino que dirigió sus pasos hacia un parque al final de la calle. La gente pasaba, rostros que no veía. Tuve que apartarme a un lado para no tropezar con un carrito de niño. Si en el carrito no llevan un niño, qué llevarán, solía preguntarme. ¿Una muñeca? ¿Un cachorro? ¿Una carga explosiva?

—¿Por qué querías que yo volviera a Nueva York? —pregunté.

—Por tu propio bien. —Cruzó las altas verjas y el parque nos envolvió en su verdor, en el incipiente dorado de los bordes de las hojas. Estatuas entre árboles. Nedjma se detuvo y me miró fijamente.

—Fue Patrick quien se puso en contacto conmigo. Un día llamó a mi número y quiso hablar de Josef K.

—¿Quién se lo dio?

—¿Por qué no se lo preguntas a él? Cornwall se negaba a revelar sus fuentes. Pero tú no eres periodista, aunque te hagas pasar por ello.

Pensé febrilmente. Si el vendedor de bolsos iba a correr algún riesgo, no era mi problema.

—Un tal Luc, un joven que vende bolsos en el mercado de Saint-Quen —dije—. Le pagaron por decirlo.

—¡Maldita sea! —La maldición la soltó en francés. Frunció el ceño y se quedó un rato mirando el verdor.

—Tiene que haber sido una estratagema —dijo al cabo de un rato.

—¿A qué te refieres?

—Sentémonos allí. —Señaló en dirección a un gran estanque donde cabeceaban veleros de juguete de vistosos colores.

—¿Qué sabes tú de Josef K? —me preguntó mientras se sentaba en un banco desvencijado.

Yo me senté a su lado.

—Traficante de personas —dije—, originario de algún país de Europa del Este, que al parecer ha desertado y se esconde de sus antiguos compinches.

—Todos tenemos un punto débil —dijo Nedjma y se quedó mirando a los chiquillos que dirigían sus veleros con largas varas—. Josef K tenía una ahijada que lo era todo para él. Era su princesa, pero creció y se hizo mayor. Hace un año que viajó al oeste para hacerse fotomodelo y desapareció.

La observé de perfil mientras me contaba que Josef K se había vuelto loco buscando a la chica durante meses por toda Europa, en Ámsterdam, Londres y París. Al final descubrió que fue su propia red la que había engatusado a la chica.

—Nadie muy cercano a él, claro, sino una rama que operaba en paralelo con base en Bratislava. Así funcionan esas organizaciones, como una multitud de islotes en apariencia totalmente autónomos.

Nedjma cogió la vara que había dejado uno de los niños y dibujó con ella en la tierra. Islotes separados unos de otros.

—Si la policía detiene a uno de ellos, ahí queda la cosa. Ese grupo no tenía la menor idea de que habían vendido a un burdel de Colonia a la ahijada del jefe.

—Así que se volvió buen chico de buenas a primeras —dije—. Quiso contárselo a la prensa y ser perdonado, ¿verdad?

Nedjma me miró irritada.

—Poco después murieron dos traficantes en Bratislava, en circunstancias violentas. Y luego Josef K se dirigió al máximo jefe que conocía y le amenazó con revelar toda la actividad si no le devolvían a su ahijada.

—¿Y quién es el jefe supremo?

Miró a su alrededor, en todas direcciones, antes de responder.

—Se llama Alain Thery —dijo en voz baja—. Francés, dirige una famosa consultoría, pero es solo pura fachada. La verdadera actividad la desarrolla a la sombra, donde corre el dinero.

Temblé al recordar los despachos desiertos.

—La tapadera perfecta —dijo Nedjma—. Nadie reacciona si la empresa factura un millón a la semana en concepto de aire.

Hizo una pausa y me miró fijamente.

—El hecho es que tu marido descubrió toda la trama.

—¿Cómo? —Al menos, en medio de todo, una difusa sensación de alegría. Por el buen trabajo que había hecho Patrick. Era lo que más le importaba.

Me contó que Patrick había seguido la pista de ciertas personas, fisgoneando por todas partes. Una empresa de construcción, que empleaba a indocumentados sin sueldo, afirmó que solo alquilaba mano de obra a una empresa de contratación. Patrick les amenazó con ir a la policía y les obligó a presentar facturas.

—Lugus —dije.

Nedjma asintió. Señaló con la punta del palo el círculo que había dibujado en el centro.

—Aquí están las grandes sumas de dinero —dijo—. Imagínate

los beneficios del trabajo de miles de personas, día a día, año tras año, si no tienes que pagar salarios ni seguridad social.

Caí en la cuenta de que el dibujo en la tierra reproducía el croquis de cualquier empresa actual. Recordé la serie de reportajes que Patrick había dedicado a la nueva economía. Tenía la misma estructura, o la ausencia de la misma, que él había esbozado. Empresas despedazadas que se reagrupaban en unidades más pequeñas, organizadas como grupos de proyectos o pequeñas empresas. En apariencia, constaban como entidades autónomas e independientes, pero eran dirigidas desde el centro con mano de hierro. Los cometidos se exponían con nítidas directivas. El grupo que no colmaba ni cumplía con los requisitos, quedaba prácticamente relegado. Nadie era insustituible.

—La trata de personas es un delito atractivo —dijo Nedjma—, porque es muy rentable y está exento de riesgos. Siempre hay gente que busca trabajo a cualquier precio. Cuanto más altas se erigen las barreras, mayor es la posibilidad de que cunda el silencio. Todos quieren tener mano de obra barata, pero nadie quiere saber de dónde procede. Y a estos nunca los detienen porque tienen amistades por todas partes, amigos muy influyentes.

—Guy de Barreau —dije.

Ella asintió.

—Patrick sospechaba que Alain Thery era uno de los que financiaban su actividad. —Ella dirigió la mirada a una pareja de ancianos que realizaban juntos ejercicios de
tai-chi
, siguiendo cada cual los movimientos de una danza muda.

Restregó la bota encima de la tierra y el círculo se borró.

—Quiero lo que Patrick te envió —dijo—. Teníamos un trato.

—Si tú me dices adónde ha ido.

Nedjma me estrechó la mano. Yo saqué del bolso la libreta y el sobre de las fotos. Repasó el material en silencio.

—¿Esto es todo? —dijo. Y luego pronunció las palabras que hicieron que todo se detuviera—. ¿No te envió nada desde Lisboa?

Me volví lentamente hacia ella. ¿Lisboa? ¿Había viajado a Lisboa? Se me saltaron las lágrimas. ¿Por qué no me lo dijo nadie? Llevaba allí casi una semana dando vueltas en su búsqueda.

—¿Viajó a Lisboa? —La pregunta me salió junto con la rabia. La reduje con la mirada, en el instituto había hecho papilla de tías como ella—. Si lo habéis sabido todo el tiempo, ¿por qué diantres no ha podido decírmelo el que te folla?

Nedjma enarcó una sola ceja.

—Arnaud no tenía esa información —dijo.

—Vaya, así que por lo menos decía la verdad.

Nedjma me devolvió la libreta de notas.

—Esto no me sirve —dijo y siguió examinando las fotos de Alain Thery en compañía de Guy de Barreau.

—Pero me quedo con las fotos —dijo y se las metió en el bolsillo del abrigo.

—Háblame de Lisboa —dije tragando saliva.

Ella sacó una pitillera de plata y cogió un cigarro.

—Allí escondimos a Josef K, es una ciudad que queda fuera del alcance de sus redes. —Encendió el pitillo y echó el humo hacia el cielo—. Josef K fue un precavido agente de la KGB en su día, que siguió documentándolo todo, transacciones, nombres, direcciones. Tenía trazado con todo detalle el mapa de sus amistades.

—¿Así que Patrick fue a Lisboa para entrevistarlo?

Nedjma asintió.

Así fue, Patrick la había llamado el lunes de dos semanas atrás. Ella sabía, por Arnaud, que él era periodista. Ella y Arnaud se conocían desde hacía mucho tiempo, pero políticamente habían recorrido senderos muy distintos. Arnaud quería ayudar a la gente tanto como fuera posible, pero Nedjma hablaba de reventar el sistema desde dentro. Ahí entraron en juego tanto Josef K como Patrick.

Hicieron un trato.

Patrick tendría una entrevista en exclusiva. A cambio, debería redactar el testimonio de Josef K y sacar los documentos a la luz. Josef K podía contar con un pasaje a Brasil cuando todo hubiera acabado. Las fotos de Patrick y el testimonio de Salif eran una bomba que iba a estallar dentro del sistema jurídico, reventar las redes de trata y derrocar el poder político para que pudiese darse un cambio.

Sus ojos chispeaban al hablar de la explosión que iba a oírse

hasta en el palacio presidencial.

—¿Y dónde está Patrick ahora?

—No lo sé —dijo Nedjma mirando a otro lado—, no ha dado señales de vida desde que se fue.

Me quedé helada.

—De eso hace ya dos semanas —dije. Como comprenderás, algo ha tenido que pasar.

Nedjma arrojó el pitillo al suelo, donde siguió ardiendo.

—¡Pero dime lo que pasó en Lisboa, joder! —rugí. Uno de los chiquillos miró asustado desde la orilla del estanque, su velero navegaba sin control.

—No lo sabemos —dijo Nedjma—, ignoramos lo que ha pasado en Lisboa.

Le clavé la mirada.

—En todo caso, tú tendrás contacto con tu notable desertor. ¿Sigue allí?

—Josef K ha muerto.

—¿Cómo? —Algo empezó a tronarme en la cabeza, una sirena de ningún sitio—. ¿Cómo murió? ¿Cuándo?

—El miércoles de hace dos semanas —dijo—. Cayó desde una terraza. La policía cree que fue un suicidio. —Enarcó las cejas para indicar lo que pensaba de esa teoría. Yo la miré desconcertada y no pude sacarle una palabra. Fue al día siguiente del viaje de Patrick a Lisboa.

—Sus viejos compinches tuvieron que enterarse de que yo le escondía —prosiguió Nedjma—. Y entonces le pasaron la información a Patrick, para que fuera él quien les llevase hasta Josef K. Contaron con que yo iba a fiarme de un periodista americano. —Se levantó, miró alrededor y empezó a caminar hacia la balaustrada que rodeaba el parque—. No sé nada de él desde que salió de París. Cornwall sabía dónde se metía. Viajar a Lisboa fue decisión suya.

Le di alcance y le tiré del abrigo.

—Así es que a ti te traía sin cuidado, maldita…

—Así que te has quedado sin marido —replicó con parsimonia —. En estos asuntos muere gente a diario y aún así solo cuenta tu pérdida, ¿por qué? ¿Te crees mejor?

—¿Quieres saber lo que le pasó a su princesa? Al final se la devolvieron a casa, dos meses después, en un ataúd.

Sentí frío y me ceñí la chaqueta.

—Tengo que ir a Lisboa —dije.

—Tienes una reserva para el vuelo de la mañana, a las 06.25, desde el aeropuerto Charles de Gaulle —dijo—. Alguien va a dejar un sobre con las instrucciones del viaje en la recepción de tu hotel. Tienes una habitación reservada en el hotel donde se alojó Cornwall. —Se me acercó más aún—. También hay un apartado de correos a donde deberás dirigir los documentos, si los encuentras. Supongo que cumplirás el trato.

Luego giró sobre sus talones y se marchó. Una mancha azul desapareció entre la arboleda.

—Espera —grité—, maldita sea, no tenemos ningún trato.

Corrí tras ella y la vi bajar por una escalera al lado de un café. Un letrero informaba de que eran unos urinarios.

Los bajos estaban sorprendentemente limpios y aseados para tratarse de unos urinarios públicos, con macetas de flores situadas al borde de los escalones. Esperé cinco minutos pero Nedjma no salió; me dirigí a la señora que se sentaba junto a la entrada, pequeña y rolliza, con un velo negro en la cabeza y una caja para monedas delante de ella.

Rescaté de la memoria palabra por palabra y por fin logré construir una oración en francés.

—Perdone, busco a una mujer con abrigo azul, ¿está ahí dentro? *Excuse-moi, je cherche une femme*…

La encargada de los urinarios encogió los hombros. Puse en la caja una moneda de dos euros y repetí la pregunta.

Ninguna respuesta.

—¿Hay otra salida? —dije—, *une autre sortie*?

La mujer movió la cabeza.

—No entiendo francés —dijo.

Los cordones policiales habían desaparecido y todo parecía haber vuelto a la normalidad fuera del portal de la calle Charlot.

Ni rastro del hombre que allí había aparecido, muerto y

apaleado, la mañana anterior. Me preguntaba si la familia de Salif iba a enterarse de lo que le había ocurrido, en caso de que alguna vez lo identificaran.

Arnaud Rachid me abrió el portal. Le había llamado para anunciarle que iba de camino, estaba sobre aviso.

—Ella me prohibió decir nada, ¿qué podía hacer yo? Escapaba a mi control.

Le hice trizas con la mirada y crucé el portal con él a mi espalda, escalera arriba, como un perro callejero arrepentido.

El número del pasaje electrónico me esperaba, en efecto, en la recepción del hotel junto a la confirmación de la reserva de una habitación de hotel para dos noches. Eso era lo único que quería aclarar antes de abandonar París para siempre.

—Por cierto, podías haberme dicho que estabas casada con Patrick Cornwall. ¿Cómo iba a adivinarlo?

Me detuve en el rellano de la escalera y me volví hacia él.

—Y tú podías haberme dicho que tu novia embaucó a Patrick para viajar a Lisboa.

—Ella no es mi novia —replicó Arnaud.

Él se retrepó en el sillón de su abarrotado despacho.

—Además, yo no sabía que él había viajado a Lisboa. —Se llevó las manos a la cabeza y se atusó el pelo—. Ella no me lo cuenta todo. Ya te he dicho que no quiero saber.

—En realidad, ¿quién es ella? —pregunté.

Arnaud sonrió y una sombra recorrió su mirada.

—La mujer amada por muchos hombres pero que ninguno consigue —dijo despacio—. Aparece y desaparece como las estaciones del año.

—Ahórrame la lírica —dije.

—Es una cita de *Nedjma*, una gran novela argelina. Nedjma es la heroína, pero es también un nombre simbólico, significa «estrella».

Me quedé medio sentada sobre el escritorio y empujé, sin intención, una pila de periódicos que se fue al suelo. No me importó.

—Así que también es de Argelia.

—No, qué va, es el nombre que ha escogido, un alias. —Arnaud toqueteaba un lapicero y lo golpeaba contra el escritorio—. Ella se

ha criado en Neuilly-sur-Seine, ¿lo conoces? Es donde vive el presidente. —Esbozó una sonrisa—. Pero Nedjma, a diferencia de él, sí que ha cursado estudios en la Facultad de Ciencias Políticas. Su padre la obligó a estudiar y dice que lo único que aprendió fue a odiar todo lo que su mundo representa.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Será mejor que no lo sepas. Ella ha cortado todos sus vínculos, nunca emplea su verdadero nombre. Además, ha pasado a la clandestinidad más extrema. Ni siquiera yo sé dónde vive.

—¿Después de lo ocurrido en Lisboa? —dije.

—Solo sé que ocultaba a Josef K y que ahora este ha muerto. Alguien ha filtrado información sobre ella. —Arnaud miró a su alrededor, desesperado, nervioso. Bajó la voz—. Son los mismos que encontraron a Salif, al final también darán con ella.

—¿Cómo sabes que no es ella la que se presta a un doble juego, también contigo?

—Yo no comparto sus métodos, pero sé quién es cuando nadie más mira, cuando solo es ella… —Se topó con mi mirada—. Es la persona más sincera que he conocido.

—¿Estabas con ella, en su casa, la noche del incendio del hotel?

Arnaud parecía apesadumbrado. Me pregunté si sufría por haber estado en el sitio menos indicado o si su pesadumbre se debía a estar enamorado de una mujer como Nedjma.

—Estar con ella —repuso— es como estar en los confines del cielo y el infierno, un lugar al que la mayoría nunca llega.

El pecho me ardía. Miré a otro lado, no quise saber más de su vida amorosa, de la maldita vida amorosa de nadie, al mismo tiempo que reparé, de sopetón, en que el sitio que ocupaba Sylvie estaba vacío. Seguro que se le había acabado el entusiasmo, acaso perdido la esperanza en Arnaud. La competencia, cómo no, era dura.

—¿Dónde anda tu otra admiradora? —dije—. Creía que siempre estaba aquí.

—¿Te refieres a Sylvie? No sé dónde está, no la he visto desde ayer por la mañana.

Guardamos silencio. Sus palabras flotaron en el aire.

Ayer por la mañana. Fue cuando él encontró muerto a Salif en la

escalera de esta casa.

Pero entonces fue Sylvie, no él, quien estaba frente a mí. Y una idea empezó a tomar cuerpo poco a poco, una pieza suelta en la que no había reparado entre todas las que flotaban a mi alrededor.

La joven de cabeza rapada y sietes en los vaqueros que siempre aparecía allí donde Arnaud estuviera, tan celosa y entrometida.

Por todos los demonios, pensé. ¿Puede ser que todo esté relacionado?

Fui al sitio que ella ocupaba esquivando cartones llenos de afiches y demás basura. Intenté recordar lo que me había contado: me había hablado de Josef K y me había revelado que Arnaud conocía a los jóvenes que perecieron en el incendio del hotel. Nada excepcional, pero la sospecha era cada vez más firme.

Sobre el escritorio había panfletos desparramados. No había lazas sucias ni pertenencias personales, ninguna foto, ninguna caria ni nada que llevara su nombre. Ni siquiera un calendario. Arnaud me había dicho que ella era nueva. Levanté montones de revistas y de libros al uso: Che Guevara y Malcolm X.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Arnaud desde su asiento. Levanté la vista y pude constatar que desde allí podía ver todo lo que él hacía. También podía oír lo que decía aunque no hablara en voz alta. En la otra punta del local, un muchacho con cola de caballo jugaba a los videojuegos. El espacio y los muros de piedra amplificaban todos los sonidos.

—¿Qué sabes tú de Sylvie? —Saqué varios cajones. Estaban vacíos.

—Le ha entrado miedo después de lo de Salif —dijo Arnaud—, en otro caso suele estar siempre aquí.

—O ha cumplido su cometido —dije.

—No, no hay ningún riesgo —dijo—, van a tener que pasar generaciones hasta que el mundo sea un lugar justo y todas las personas iguales.

Volví y me senté sobre el escritorio, enfrente de él. Recordé cómo apareció ella por la espalda cuando hablamos de Josef K.

—¿Sabes quién es, dónde vive, a qué se dedicaba antes de empezar aquí?

—¿Cómo? La verdad es que no solemos investigar a la gente que

trabaja aquí. —Su voz adquirió un tono más tajante—. Estamos muy satisfechos con los esfuerzos desinteresados de los que disponemos.

—Eso quiere decir, en otras palabras, que es muy fácil colocar a alguien aquí —dije yo con calma—, alguien que quiera enterarse de lo que hacéis y, por ejemplo, de dónde y a quiénes escondéis.

—¿Qué insinúas? —Empezó a tocarse el chal, se lo quitaba y volvía a echárselo al cuello, me clavó la mirada—. Ella puede ser un poco pesada pero tú estás loca si la acusas de…

Le interrumpí.

—¿Cómo pudieron saber que Salif estaba vivo? —dije—. ¿Quién pasó la información de que Nedjma escondía a Josef K?

—Estás loca de atar. —Se levantó de un salto y el sillón rodó contra la pared. Se dirigió al puesto de Sylvie y empezó a sacar cajones y a revolver montones de revistas. Se detuvo y se quedó mirándome con un gesto de desesperación en la mirada—. Joder, creí que solo estaba…

—Enamorada de ti —completé—, lo cortés no quita lo valiente.

Arnaud se tiraba de los pelos y parecía desesperado. Miré el reloj, aún me quedaba tiempo antes de salir para el aeropuerto.

—¿Le dijiste a ella que Salif estaba vivo?

Negó con la cabeza.

Las piezas iban encajando una tras otra.

—Quizá creían que había muerto hasta que te llamé el otro día, cuando te pedí conocerlo —dije—. Sylvie estaría escuchando, por supuesto, y aunque tú no dijeras literalmente nada, ella entendió que algo pasaba con Salif.

Arnaud se derrumbó en su sillón.

—Y luego se pusieron tras su rastro —dijo y se le cayó la cara, perdió todas sus fuerzas—. No recuerdo todo lo que dije delante de ella, uno habla…

—¿Pudiste mencionar algo acerca de que Nedjma encubría a Josef K?

—No sé —repuso con una voz a punto de romperse—, tal vez, no directamente, no me acuerdo. —Ocultó el rostro entre las manos y le oí cuando le asaltó la evidencia, y yo me di la vuelta para no tener que verle derrumbándose.

—No —gimió—, no, no…

Tuvieron que pasar unos minutos antes de que pudiera decir algo inteligible.

—Sylvie me ayudó a llevar alimentos allí. —Trabucaba las palabras—. Ella sabía que los ocultaba en el hotel.

—Pero no sabía una cosa —dije—. No podía saber dónde se ocultaba Josef K porque Nedjma no te lo dijo, ¿no?

Perdido en su propia culpa y remordimiento, ni siquiera levantó la vista. No tenía la menor importancia, yo misma podía deducir el resto.

Para dar con el paradero de Josef K se sirvieron de Patrick. Compraron al confidente del mercado que les puso tras su pista. Como se compran bolsos, pensé, todo puede comprarse.

Pero había algo que no encajaba. Patrick nunca se hubiera dejado comprar. Tampoco pudieron amedrentarlo. Siguió importunando a Alain Thery como un moscón irritante que no ceja. No les dejó escabullirse.

Recordé un dicho francés: *Faire pierre deux coups d'une*. Me tuve que apoyar en la barandilla cuando salí a la escalera en penumbras. Matar dos pájaros de un tiro, significaba. El refrán existía en distintos idiomas bajo apariencias diferentes, pero venía a significar lo mismo. Dos al precio de uno.

Josef K, que iba a testificar contra sus antiguos compinches.

Patrick, que iba a denunciarlos en un reportaje, que sabía demasiado.

La luz del día se desparramó sobre mí cuando salí al patio interior, un haz de sol, y recordé dónde había leído ese refrán, tanto en francés como en inglés. En el sitio de Internet de Lugus. Matar dos pájaros de un tiro es nuestro lema en todo momento y circunstancia.

Y eché a correr calle arriba, como una loca, por la atascada calle Bretagne, donde salté a un taxi en marcha.

Como si hubiera otra manera de llegar antes a Lisboa.

# Tarifa lunes, 29 de septiembre

En el Blue Heaven Bar tocaban música *reggae* como aquella otra noche.

Terese oyó la música al doblar la esquina y ver el letrero más abajo, en un pequeño callejón. La piel le escocía de sol y de expectativas, el cuerpo le ardía cuando pensaba en la posibilidad de que él estuviera allí.

Era su última noche en Tarifa. Mañana debía regresar a casa, a Estocolmo, y no volvería a verlo. Alex de Ipswich.

Si solo pudiera verlo una vez más.

Dio un traspié y tuvo que concentrarse para no pisar mal entre los adoquines. Los zapatos nuevos, regalo de papá, eran de tacón alto. Además, llevaba el vestido amarillo que le hacía parecer más delgada y que realzaba el bronceado de su piel. Lo había comprado en una tienda de Puerto Banús durante una de sus excursiones. Todo el conjunto le había salido por 140 euros, pero eso no era nada comparado con lo que costaba la ropa en las tiendas del puerto, Donna Karan y Versace, nunca había visto tanto lujo. Y a papá le gustaba que ella fuera elegante. Hacía cualquier cosa para que ella se sintiera a gusto.

Terese llegó a sentirse guapa cuando entró por la puerta del Blue Heaven Bar. Tal como lo recordaba, había poco sitio y hacía calor, olía a pizza, crema solar y humo. Un leve aroma de hachís desde algún rincón.

Ya dentro, se quedó de pie y se meció al ritmo de la música. Trató de parecer tranquila. Había mucha gente alrededor de las mesas del centro del local: surfistas en pantalones cortos o vaqueros arremangados y chicas en holgados pantalones y camisetas cortas. Algunas llevaban faldas cortas y un anillo en el ombligo. Una

camarera teñida de rubio y con un lagarto tatuado en el hombro pasó de largo con una bandeja llena de bebidas de colores rosa y azul turquesa. Terese estiró el cuello y echó un vistazo a los sofás del rincón del fondo.

No lo veía.

—Una cerveza, por favor —pidió a la chica de perlas prendidas al pelo y flequillo cortado en diagonal que atendía la barra.

Los días posteriores al terrible suceso solo quiso esconderse, desaparecer de la faz de la tierra. Hacer lo que su madre le dijo por teléfono: coger el primer avión de vuelta a casa, meterse en su cama, llorar y tomar chocolate caliente. Pero a papá no le pareció un buen método, tal como dijo, para superar la crisis.

Huir no era la solución. El mundo era cruel, pero la vida debía seguir. Así que alquiló un coche y se la llevó de excursión. Visitaron Gibraltar y una ciudad vieja en lo alto de las montañas llamada Ronda. Se pasó las noches llorando y pensando en los dos hombres: Alex, que la había abandonado en la playa, y el muerto en el agua. Los dos se confundían en sus sueños y eran una misma persona.

Los últimos días empezó a pensar que todo había sido un error. Lo ocurrido podía tener múltiples explicaciones. Alex, por ejemplo, podía haber despertado por la noche y encontrarse mal, y no quiso que ella le viese vomitar. Quizá estaba tan bebido que no se acordaba de lo que hizo. Tenía otra chica y le entraron remordimientos por estar con Terese sin haber terminado antes, definitivamente, con la otra.

Terese había fantaseado las últimas noches con que él la buscaba. Él no tenía su número de teléfono ni sabía en qué hotel se alojaba, ni siquiera su apellido. Por eso acudía noche tras noche al Blue Heaven Bar con la esperanza de encontrársela allí.

Terese se recostó en la barra y se quedó mirando uno de los televisores del techo que pasaba películas de playas de todo el mundo, *kitesurfistas*, surfistas a vela, surfistas de toda clase y de élite mundial que cabalgaban sobre las olas y volaban al viento. Le mareaba. Le sirvieron su cerveza. Se sintió algo más cómoda con algo en la mano. Se acordó de que Alex había bebido cerveza aquella noche.

Pudo sentir el deseo en el vientre, la ardiente oleada que le

recorrió el cuerpo cuando él se inclinó sobre ella. Allí estuvieron, en el mismo sitio en que ella estaba ahora. Alex de Ipswich. Bronceado, maduro y con el pelo rizado.

«Una vez que has experimentado la sensación de ser elevada por el viento, ya no quieres bajar nunca a tierra —le dijo—. Entonces solo contáis tú, el mar y el viento, no existen otros pensamientos. Tienes que probarlo, Tes, es la libertad total. ¿Te puedo llamar Tes?».

Ella recordó sus ojos. Ni azules ni verdes. Como el mar, pensó, libres como el mar. Se había pasado todo el verano en Tarifa haciendo surf.

«Paso los inviernos en Australia, siguiendo los vientos. Es una forma de vivir. Pero no en Sidney sino en la costa oeste, cerca de Perth, donde hay mejor oleaje».

«Ipswips —le dijo ella cuando se sentaron en uno de los sofás junto a la pared. Entonces ya estaba bastante bebida—. ¿No es el lugar de origen de un asesino en serie?».

« *worry*
*Don't*
. No fui yo», dijo Alex y simuló estrangularla en broma, pero la mano se demoró acariciándole levemente la línea del cuello. La estremeció el recuerdo. La entrepierna le palpitaba entre ardores.

«¿Sabías que los aborígenes trabajaban, a lo sumo, cuatro horas al día? —le dijo con la sonrisa pintada en su rostro, con sus ojos chispeantes—. Después se dedicaban a cantar, follar y contar historias. ¿Y sabes por qué funcionaba?».

«No», dijo Terese sintiéndose imbécil. Acababa de decirle que ella quería ser peluquera, algo tan vulgar y aburrido.

«Porque nadie les ha dicho que deben tener un chalé y dos coches —dijo Alex y se le acercó aún más, con el aliento en su oreja —. Y porque es más divertido hacerlo bajo las estrellas».

Bebía su cerveza a sorbos y mantenía la mirada fija en la entrada por si aparecía. Un nuevo grupo accedió al bar. Terese encogió el estómago hasta quedarse plana. Él no estaba. Respiró de nuevo. Dos chicas suecas se habían colocado a su lado. Una de ellas llevaba pantalones verdes y un anillo en el labio. El Blue Heaven Bar estaba lleno de chicas así, tan seguras de sí mismas. «Y de

pronto reflotan en las playas, entre turistas, qué terrible». «Y todos se quedan mirando». A las chicas les sirvieron sus bebidas. «Yo no sabía que habían empezado con vuelos chárter aquí», dijo la del anillo en el labio. «Me parece que mañana nos vamos a Portugal. Esto empieza a estar muy explotado». Su amiga asintió. «Al norte de Lisboa todavía quedan poblaciones genuinas».

Terese empezó a moverse en dirección a los lavabos. Sentía ganas de contar que fue ella quien encontró al muerto en la playa, pero no quiso correr el riesgo de quedarse con dos chicas suecas más guapas que ella.

Alex entró en el local cuando ella pasaba junto a la puerta. Terese dio rápidamente un paso atrás y se ocultó tras una columna. Alex llevaba unos pantalones de algodón arremangados, con cinta elástica en la cintura, y una camiseta azul turquesa. El corazón le dio un vuelco. Era tan guapo como lo recordaba. Él se detuvo en una mesa y habló con un par de chicos. La camarera del lagarto tatuado pasó a su lado. Alex le dio un beso en la frente y le pidió una consumición. Terese fue presa de un pánico repentino. Quizá estaba con otra. No tenía que haber esperado tanto para volver allí.

Terese le vio la nuca alborotada y sus manos recordaron la sensación que la embargó al acariciarle el pelo, cerrar los puños alrededor de su cuerpo cuando la besó por primera vez, en serio, en un portal de la calle principal, en plena noche, cuando todos los demás desaparecieron dentro del bar Vampire.

Aquello tuvo que significar algo. Tuvo que hacerlo.

Se preguntó qué sería mejor: si ir a la barra y hacerse la encontradiza al pasar junto a él o ponerse a la vista para que fuera él quien la reconociera. En ese instante él se volvió. Terese encogió el estómago y le sonrió, levantó su copa de cerveza en gesto de saludo. Alex se la quedó mirando. Se volvió de nuevo hacia su amigo y le dijo algo. A Terese se le subieron los colores a la cara. Le temblaba la mano que sujetaba la copa y la cerveza se mecía. Entonces él se acercó. Tomó al vuelo una cerveza de la bandeja de la camarera del lagarto tatuado.

—Hola —dijo—, conque sigues por aquí.

—Mañana me voy —dijo Terese.

—Fiesta de despedida, pues. —Alex reía y movía la cabeza. Algo

tenían los chicos de pelo rizado. Sentía debilidad.

Terese se llevó la copa a la altura del pecho para que la mano no le temblara. Para que le mirara las tetas.

—Y tú, ¿cuándo marchas a Australia?

—Pronto, si no cambia el viento. Este jodido poniente lleva ya varias semanas soplando. —Daba pequeños saltos. Terese creyó que estaba nervioso por verla allí—. Ya empiezo a hartarme de esperar al levante —dijo mirando a su alrededor.

—Sí, claro —dijo Terese—. Ha hecho mucho viento.

Él frunció el ceño y rio con uno que estaba a su lado.

—Me refiero —dijo— a que el poniente solo sopla del oeste, con el Atlántico a la espalda. Claro que forma grandes olas, pero carecen de elegancia. Con el levante es muy distinto.

Tomó un trago de cerveza y dirigió sendas ojeadas a los lados. Eran varios, los que escuchaban.

—Se trata de un anticiclón procedente de África. Cuando se encuentra con las bajas presiones sobre Andalucía, se forman poderosas corrientes de aire que penetran por el estrecho de Gibraltar y que forman olas de mayor de altura que en ningún otro sitio. —Se valía de los brazos para mostrar el flujo de las altas y bajas presiones y cómo se comprimían a su paso por el estrecho—. Dicen que el levante vuelve loca a la gente.

—Qué va, es solo un mito —dijo un chico a su lado.

—¿No lo has sentido nunca? Ese viento, tórrido y cálido, afecta de alguna manera a la gente cuando sopla una semana y otra, a veces durante meses en verano. Hay gente que se quita la vida. Aquí, en la Costa de la Luz, se cometen más suicidios que en ninguna otra parte de España. La cantidad de esquizofrénicos en Tarifa es inusualmente elevada. Lo provoca el levante, saca a la gente de sus casillas.

Alex estiró el cuello e hizo señas a alguien que estaba a espaldas de Terese. Ella se volvió. En los sofás había una pandilla sentada.

—¿Son amigos tuyos? —dijo ella.

—Aquí los conozco a casi todos —dijo Alex, y levantó su copa en dirección a la pandilla, indicándoles con la mano que iba a su encuentro.

—Me topé con un hombre muerto en la playa —dijo Terese.

Alex se la quedó mirando.

—¿A qué te refieres? —dijo.

—La otra noche, ya sabes.

—¿Qué noche? ¡Ah! ¿Te refieres a cuando tú y yo…?

—Hmm.

—¿Qué noche fue? —dijo y se quedó mirando la pantalla del televisor. Un surfista daba un triple salto y aterrizaba sobre la cresta de una ola gigante—. La verdad es que no sé lo que ocurrió. Bebí mucho esa noche.

—Entiendo —dijo Terese. Ella observó la mudanza de colores en los ojos de él, el brillo de dentro. Los ojos en que podría ahogarse. Él se echó a reír—. Espero no haber estado tan borracho como para… —Hizo un gesto declinante con la mano.

—No, no es eso. —Terese se inclinó hacia adelante y dejó que sus dedos le acariciaran la cadera—. Estuviste la mar de bien.

Alex dio un trago largo a su cerveza y retrocedió un paso de modo que la mano de ella quedó colgando en el aire.

—¿Qué hombre muerto? —dijo él—. No estarás refiriéndote…, Dios mío, fue aquella noche. Oí que encontraron un muerto. ¿Fuiste tú?

Terese asintió.

—Fue atroz. Estaba en el agua. Yo solo fui a refrescarme la cara.

—¡Oh, hay que joderse, hay que joderse!

Él se dirigió a uno de los chicos que estaba a espaldas de Terese y levantó la voz.

—La has oído, Ben, fue ella… la chica que encontró al inmigrante en el agua la semana pasada.

Terese percibió la atención centrada en ella, los rostros a su alrededor, las preguntas que revoloteaban al viento y le caían encima.

Por Dios, pobre chica, tuvo que ser terrible, ¿verdad? ¿Cómo lo encontraste? ¿En qué lugar de la playa? ¿Tuviste miedo? No entiendo que no hagan nada al respecto. ¿A qué te refieres? A las autoridades, a la Unión Europea. Los inmigrantes solo desean tener lo que nosotros tenemos. ¿Por qué no van a tener derecho a ello? Las fronteras son solo un invento de los políticos. Antes estaba completamente permitido entrar desde Marruecos pero bajaron el

telón, pum, cuando España ingresó en la Unión Europea. Yo creo que todos pueden ir a donde quieran y vivir donde les plazca. Eso no funcionaría. Pero con nosotros funciona. Tú vives aquí. No puedes compararlo con que la mitad de África venga aquí. Creo que hay que ayudarles antes de que vengan. Combatir la miseria. Para que no tengan que desplazarse. Pero la gente quiere viajar.

Entre nubes de humo, vio cómo Alex desaparecía hacia la mesa de sus amigos, hacia todos esos surfistas y turistas de acampada. Estaba segura de que él no recordaba su nombre.

Se echó al buche el resto de la cerveza y dejó la copa a un lado. Luego se dirigió despacio hacia él, la boca reseca, el corazón latiendo. Se habían besado, habían follado. Tenían, pues, que poder hablar.

Alex se había sentado en un puf de cuero con la espalda hacia fuera y hablaba alegremente con una de las chicas del sofá. Había estirado sus largas piernas hacia ella y se rozaban los tobillos. Calzaba los pies con playeras, con una cadena de plata alrededor del tobillo.

Terese le tocó el hombro. Él se volvió.

—¿Podemos salir un rato? —dijo Terese.

—¿Por qué? —Alex miró a la chica que tenía las piernas junto a las suyas. Llevaba unos vaqueros muy cortos y ceñidos y una perla en el ombligo.

—Necesito hablar contigo —dijo Terese.

Alex manoseaba su copa. Se inclinó hacia la chica y le dijo algo. La chica miró a Terese.

—¿Es cierto? ¡Qué horror, yo me hubiera muerto del susto!

Alex apartó la copa y se levantó. Empujó a Terese en dirección a la puerta, por delante de él.

—¿No irás a hacerme una escenita, verdad? —le dijo cuando salieron al callejón. La tomó del brazo y se la llevó un poco más allá de la puerta—. Pasamos un buen rato, eso es todo. Míralo como un suvenir de vacaciones. —La soltó, se recostó en un muro y extrajo un pitillo arrugado del bolsillo del pecho.

Terese se frotó el antebrazo. El agarrón le había hecho daño.

—Dijiste que no recordabas nada —dijo ella.

—Estuviste espléndida. —Se sacó una hebra de tabaco de la

lengua—. Pero eso no quiere decir que me haya enamorado de ti.

Ella tragó saliva y sintió el aire de la noche sobre sus hombros desnudos, sintió frío. Alex miró a otro lado, callejón abajo, dio una calada al pitillo y espiró el humo que se disipó rápidamente en el aire.

—Siento lo del hombre ese que encontraste muerto, lo siento de veras. De haberlo sabido…

—¿No te hubieras marchado?

Él se agachó y se rascó el pie. Terese vio la cadena de plata alrededor del tobillo.

—Mi pasaporte desapareció esa noche —dijo—. ¿Crees que me lo ha robado alguien?

—¿Por qué tendría que creerlo?

—Tú estuviste conmigo.

—¿Cuál es el problema? Tú no necesitas pasaporte para volver a Suecia. Tú eres ciudadana europea. ¿No has oído hablar del Acuerdo de Schengen?

Terese se lo quedó mirando, los labios que se deshacían en torno a la boca, los dientes torcidos, las palabras que salían.

—¿Fuiste tú quien me quitó el pasaporte? —dijo y dirigió la vista hacia la calle. Esperaba su negativa. Escarbó con la puntera blanca del zapato un pedazo de chicle que se había pegado al adoquinado.

Alex se rio.

—Tranquilízate. Puedes conseguir un pasaporte nuevo cuando vuelvas a casa. Incluso quizá puedas conseguirlo aquí, seguro que tenéis consulado tanto en Sevilla como en Málaga.

—¿También me quitaste el dinero? —Terese no le perdía la cara, dio un paso atrás y se recostó en el muro—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Hurgaste en mi bolso mientras yo dormía? Y yo que… —se llevó la mano a la boca. Prorrumpió en sollozos y todo el cuerpo le empezó a temblar.

Él tendría que contenerla entonces y decirle que no era cierto.

—Sí, pero cálmate. —Pisó la colilla y, de una patada, la envió hasta el bordillo de la calzada—. ¿Cuánto era, veinte o treinta euros? Me dijiste que estabas con tu padre, él te los podrá dar. —La camiseta azul turquesa se le subió cuando se rascó el estómago. Él

miró a ambos lados, se acercó a ella—. Y ahora no se te ocurra ir por ahí hablando de esto, porque si lo haces también van a oír cosas de ti. —Las luces del bar se apagaron a su espalda y cesó la música *reggae*, empezaron a sonar ritmos eléctricos, música de discoteca. Algunos bailaban.

—El pasaporte era mío. —Terese forzó las palabras—. ¿Qué ibas a hacer con él? El dinero era mío. ¿Te llevaste también mis zapatos?

—Déjate de lamentos. —Su rostro cada vez estaba más cerca—. ¿Sabes cuánta gente hay aquí que necesita un pasaporte, que anda desesperada por hacerse con uno? Esa gente no puede acudir a papá o al consulado para obtener otro. No seas tan consentida, eres la típica niñata de clase media, tan asquerosamente tacaña y estrecha de miras. Ni siquiera te hace falta.

—¿Se lo has dado a otro? Eso es ilegal.

Alex soltó una sonora carcajada.

—Mira, pequeña, yo no se lo doy a nadie. En ese caso nunca podría viajar a Australia. No tengo un papá que me pague el viaje.

Dio un par de pasos hacia ella y sintió su presa alrededor del cuello. La boca pegada a su oreja.

—No vayas a contarle nada a papá porque entonces yo diré a la policía cómo me pedías más y más a voces. Que me pagaste por follarte una y otra vez.

Ahora va a golpearme, pensó, y se acurrucó. No quiero que me golpee.

—Tuviste lo que querías —dijo él y se la quitó de encima.

Cuando él iba a entrar en el bar, se dio la vuelta. Terese seguía temblando junto al muro, al otro lado del callejón.

—Estás completamente loca —dijo Alex y se rio en voz alta—. ¿Por qué iba yo a llevarme tus zapatos?

# Lisboa martes, 30 de septiembre

Lisboa, a la tenue luz de la mañana, era como encontrarse con una puta veterana y con resaca que hubiese pencado mucho. De las fachadas revestidas de azulejos habían caído multitud de placas, las ventanas anunciaban abandono y el tendido eléctrico colgaba en el vacío por fuera de las casas; una belleza marchita que atraía con aromas de alguna delicia del pasado.

Estuve dentro del hotel dando vueltas. La mujer de la recepción meneó la cabeza cuando le pregunté por Patrick Cornwall y me remitió al jefe del hotel, que no se encontraba allí.

Bajé la cuesta hasta la avenida da Liberdade, la arteria principal del centro urbano. Al caminar, la acera se ondulaba bajo mis pies, como si el suelo se revolcara en señal de protesta al ponerle el adoquinado. La humareda de los pequeños puestos que vendían castañas asadas olía a quemado.

Esta vez no iba a esperar, no iba a dudar, posponer ni reconsiderar la opinión de Patrick para dirigirme directamente a la policía. Josef K se había caído desde una terraza. Aunque la policía creyese en el suicidio, tenía que haber una investigación.

—Tengo datos acerca de un asesinato —dije cuando me tocó el turno en la recepción de la comisaria de policía—. Se trata de un hombre, de Ucrania, que fue asesinado aquí, en Lisboa, hace un par de semanas.

La recepcionista enarcó las cejas y me hizo unas preguntas rutinarias, nombre, dirección, etc. Luego levantó un auricular y siete minutos más tarde vino a recogerme un policía de uniforme que me condujo de aquí para allá a lo largo de cinco pasillos y por medio del edificio para llegar por fin a la tercera planta del flanco opuesto, con vistas al río Tajo.

Comisario Helder Ferreira, rezaba el letrero de la puerta. El hombre que me recibió era un cuarentón vestido de civil, camisa y corbata, y con una barriga que había empezado a desparramarse por encima del borde de los pantalones.

—De modo que tienes datos sobre la muerte de Michail Jetjenko —dijo en un inglés excelente y me estrechó la mano con un fuerte apretón.

—Vaya, así que ese es su verdadero nombre —dije.

El comisario me indicó una silla de madera con asiento de cuero al tiempo que él se sentaba tras el escritorio.

—¿Y qué es lo que sabes de Jetjenko? —dijo.

Yo me senté.

—Sé que era de Ucrania —dije. Decidí contarle lo que sabía. Lo que la fugitiva Nedjma pensaba que no era mi problema—. Se refugió en Lisboa por haber desertado de una red criminal que se dedica a la trata de personas y al comercio de esclavos. Estaba dispuesto a conceder una entrevista a un periodista americano.

El comisario sacó un bolígrafo del escritorio. Se retrepó en su asiento y golpeó el bolígrafo en la palma de la mano.

—Jetjenko no se quitó la vida —dije—. Había renunciado a su pasado, tendría una vida nueva. Cayó en una trampa.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—El hombre que le iba a entrevistar era mi marido.

—¿Y tú, también eres periodista? —dijo y me señaló con la punta del bolígrafo.

—No, no lo soy. —Miré a través de la ventana, sólidos edificios de piedra, una estatua ecuestre, caballo y caballero vueltos de espaldas hacia nosotros. Más allá el estuario del río, ancho como un mar que desembocaba en el Atlántico, el océano que separaba mi otra vida de la extraña vida en la que me veía sumida.

—Soy escenógrafa —dije—, me dedico al diseño de decorados.

—¡Qué bien! —El comisario Ferreira sonrió—. Yo adoro el teatro. Mi madre fue actriz.

—¿Qué saben ustedes de lo que le ocurrió a Jetjenko? —dije—. ¿Siguen alguna pista, tienen testigos?

Helder Ferreira daba golpes con el bolígrafo.

—Hay un sospechoso —dijo—, pero no lo hemos encontrado.

—¿Quién es?

—Buscamos a un hombre negro.

Le clavé la mirada.

—¿Por qué?

Él frunció el ceño y me miró con gesto interrogante. Las mejillas me ardían.

—Los testigos lo vieron en el lugar del crimen —dijo el comisario—. Algunos están seguros de que fue él quien empujó a Jetjenko.

Me agaché despacio y abrí el bolso. Busqué la fotografía. Me topé con la mirada de Patrick antes de enderezarme y poner la foto sobre el escritorio. La foto se había doblado por dos esquinas y una mancha grande sobre la parte izquierda del pecho me recordó la noche pasada por agua del
Harry's
New York Bar.

Noté un espasmo en el rostro del comisario cuando se inclinó hacia delante y aterrizó su mirada en el rostro de Patrick.

—¿Quién es?

—¿Puede haber sido él? —dije.

Él levantó la foto, enarcó las cejas.

—Es mi marido —dije—. Patrick Cornwall, periodista neoyorquino.

Helder Ferreira escrutó la foto y levantó la vista, me miró y volvió a mirar a Patrick, como si comparase y sopesara nuestros rostros.

—No fue él quien lo hizo —dije—. También van detrás de él.

Miré fijamente al comisario, me esforcé en no perderle la vista. *Un hombre negro*. Testigos, tócame el culo. Vieron lo que quisieron ver.

Pero Patrick estuvo allí. Podía ser él a quien vieron, aunque malinterpretaran lo que hizo. Tuvieron que malinterpretarlo.

Ferreira se estiró para alcanzar sus gafas y leyó en voz alta el documento que tenía en pantalla.

—«Joana Rodrigues, 27 años. Estaba en la terraza del café junto a Largo das Portas do Sol leyendo un libro de texto. —Golpeó la pantalla con el lápiz—. Es estudiante de psicología y a menudo

acude a un café o a un parque cuando hace calor. Comparte habitación con una compañera de clase, pero se trata de un cuarto minúsculo que carece de vistas al exterior… —Saltó unas líneas—. Son las tres y diez, poco más o menos, cuando ella oye un ruido y alguien que grita, luego levanta la vista del libro. Entonces un hombre se la queda mirando, ella cree que se trata de un loco. Aquí aparece».

El comisario me miró por encima de la montura de sus gafas.

—El hombre era negro —dijo.

Sentí cómo el pulso me golpeaba el cuerpo. La boca se me había quedado seca. El comisario volvió a ponerse las gafas y siguió leyendo:

«El hombre negro está junto al puente que conduce a la terraza. Al instante ha desaparecido, declara Joana Rodrigues, estudiante de psicología».

Se echó hacia atrás y señaló el ordenador con el lápiz.

—Lago das Portas do Sol es un lugar muy concurrido de Alfama, turistas que admiran el panorama, estudiantes, parejas de enamorados. Tenemos tres testigos más que declaran haber visto a un hombre negro en el lugar. Uno de ellos asegura que fue él quien arrojó a Michail Jetjenko por encima de la barandilla.

—Eso no es cierto.

Cerré y volví a abrir los ojos, pero la pesadilla proseguía.

—«Antonio Nery, 72 años de edad, jubilado, nacido, criado y residente en Alfama. Había sacado su perro a pasear y se encontraba en lo más alto de la escalera, junto al mirador, cuando Michail Jetjenko se precipitó veinte metros abajo en el callejón, a su espalda. El hombre negro corre después hacia él y tiene que echarse a un lado justo donde el perro ha…».

Me levanté bruscamente de la silla.

—Patrick es periodista, por Dios santo. Iban a verse allí. Llame a Nueva York, a sus jefes, si no me cree.

El comisario Ferreira se quitó las gafas y las dobló. Su mirada adquirió cierta dureza.

—Tu marido tenía que odiar a personas como Michail Jetjenko, ¿no? —dijo y se inclinó sobre el escritorio—. Hemos sabido de él por medio de la Interpol, un canalla despiadado que se dedicaba a

la trata de personas, al comercio de esclavos. ¿Acaso no odia a los tratantes de esclavos?

No pensé decirle nada más. Me mordí la lengua. El comisario se echó contra el respaldo de su asiento y me observó.

—Jetjenko tal vez lo amenazó —prosiguió—. Quizá le llamó *negro*. Seguro que eso no le gusta.

—Les siguieron —dije muy despacio—. Fue una emboscada. Le dieron una paliza en una calle de París porque iba a revelar la trama. Iban detrás de ambos, de Jetjenko y Patrick, dos pájaros de un tiro, eran un incordio para sus negocios.

—Es posible —dijo Ferreira—. Pero mi trabajo consiste en indagar todas las posibilidades.

Él se levantó. Miré a través de la ventana, nubes que recorrían el cielo.

—¿Me permite hacer una copia? —dijo y cogió la foto.

Yo cerré el pico, asentí. Él salió del despacho, me dejó en paz. Se me cayeron las lágrimas. Di tal patada al escritorio que el dolor me recorrió la pierna.

Hay que joderse. La cosa no tenía arreglo. Un negro, era todo lo que habían visto. Si había algo de Patrick que me importaba un rábano era el color de su piel. Que él fuese negro y yo blanca era una diferencia nimia, ridícula, un dato inexistente, tan importante como la longitud de las uñas del pie. Lo decidí en el momento en que me enamoré de él.

Lo único que significa algo somos tú y yo.

Si es que me quieres.

Te quiero.

¿Tal como soy? Tal como eres.

La vista se me nubló.

Me repuse cuando el comisario estuvo de vuelta.

—Tal vez le parezca ridículo —dije mientras él me devolvía la foto y se dirigía a su escritorio—, pero había una cosa que Patrick quería más que nada en el mundo. Quería ganar el premio más prestigioso que un periodista puede obtener en Estados Unidos, quería demostrar al mundo que era tan bueno, si no mejor, que los *brokers* de Wall Street que obtienen sueldos millonarios por escribir pronósticos bursátiles amañados, y que tal vez tuviera que ver con

el abuelo y bisabuelo de Patrick, o tal vez no, porque se trataba de demostrar al periódico, a sus colegas, a su padre y a todo el mundo que era posible, que tenía que ser posible un periodismo que no estuviera a merced de sus anunciantes, propietarios y grandes abonados, sino simple y llanamente al servicio de la verdad.

Helder Ferreira se echó a reír.

—*Yes we can* —dijo y levantó el puño—. Todos ustedes suenan como Barack Obama.

Luego se retrepó en su asiento y guardó un minuto de silencio.

—Pensé dictar una orden de búsqueda y captura, bajo sospecha de asesinato, contra ese negro misterioso, pero mi jefe me dijo que no. Íbamos a naufragar entre datos de negros que iban bien vestidos. Todos y cada uno de los honorables funcionarios de las colonias serían señalados como sospechosos.

Una gaviota volaba al otro lado de la ventana. Percibí su vuelo por el rabillo del ojo. Por lo menos habían reparado en que Patrick vestía bien.

—Así que Patrick Cornwall, periodista americano. —El comisario garabateó algo en un papel sobre el escritorio—. En tal caso ya tenemos una posible identificación.

—¿Entonces ya no es sospechoso?

Volví a caer en la silla, exhausta y con la cabeza vacía.

—Tenemos otro testigo. —Helder Ferreira se inclinó sobre la pantalla. El ordenador tenía diez años, por lo menos, y zumbaba sordamente.

—«Marlene Hirtberger, 52 años, turista alemana, que acaba de llegar a la terraza para divisar el panorama. Declara que dos hombres blancos se dirigieron hasta el mirador y se produjo tumulto. A continuación oyó gritos».

—Tuvieron que ser ellos. —Me incliné hacia delante para ver el texto—. ¿Qué más declaró?

Ferreira entornó los ojos. Había olvidado ponerse las gafas graduadas y tuvo que arrimar la nariz a la pantalla.

—«Jorge Mauricio, trece años, que iba en monopatín por el muro de al lado, chocó contra un hombre blanco que corría por la calle. Mauricio no vio cuando Jetjenko cayó, pero oyó gritos cuando puso el monopatín en marcha y perdió el equilibrio, tuvo que

echarse a la derecha para no precipitarse diez metros abajo del otro lado. —Jovenzuelos alocados que desafían a la muerte, espero que se haya llevado un buen susto para que nunca más vuelva a hacerlo. Jorge Mauricio chocó de frente contra ese hombre. Declara que el hombre, cito sus palabras— "pasó de mí" y salió corriendo, cruzando la calle en dirección a Mouraria. Era blanco y llevaba traje, asegura Jorge, cuyos padres son de Angola».

Traté de imaginarme la escena ante mis ojos, gentes que se movían por el lugar como actores con papeles asignados, pero no entendía en qué lugar exacto se había situado Patrick.

—Hirtberger, la alemana, dice que también vio a un hombre negro —prosiguió el comisario—, pero camino de la terraza poco antes de que se produjera el tumulto. Nunca llegó hasta la terraza donde estaba Jetjenko. Estaba segura de ello porque le había seguido con la mirada. Afirma, cito sus palabras, que «era un verdadero tipazo». —Ferreira me dedicó una leve sonrisa—. ¿Sabes cómo vestía tu marido cuando desapareció?

Me llevé las dos manos a los cabellos. *Un verdadero tipazo*, valiente arpía.

—Casi siempre lleva chaqueta —dije—, camisa, colores oscuros. Buenos pantalones, chinos tal vez, rara vez vaqueros.

Ferreira me apuntó con el dedo de la mano en forma de pistola.

—Es, en efecto, lo que declara Marlene Hirtberger. Chaqueta marengo y camisa gris, pantalones en un tono más oscuro. También llevaba corbata, pero se la había soltado y la llevaba colgada del cuello, era un día caluroso.

—Pues entonces —dije exhausta— ya sabes que él no lo hizo.

—Es la hora del café —dijo Ferreira y levantó el auricular, apretó un botón y habló a quien contestara. El portugués sonaba como una variante más fluida y altisonante del español.

—Los testimonios son una fuente incierta de pruebas —dijo después de haber colgado el auricular—. La gente recuerda mal, confunde los días. Algunos no saben distinguir entre negro y blanco.

—¿Han podido saber quiénes eran los otros dos hombres?

Hizo aspavientos con las manos.

—No tenemos recursos para barrer las calles de Lisboa en busca de dos tipos del montón, vestidos con trajes comunes y corrientes,

así nos los describieron. Este caso no tiene prioridad y eso me irrita. No quiero ajustes de cuentas en mis calles. —Se levantó y se dirigió a la puerta—. Según la autopsia, pudo tratarse de un caso de suicidio, las heridas habrían sido las mismas al golpearse contra los adoquines veinte metros más abajo. —Abrió la puerta al tiempo que sonó un timbre y cogió una pequeña bandeja con café y un plato de pasteles. Ni siquiera vi a quien lo trajo. Ferreira cerró la puerta con el tacón del zapato y dejó la bandeja ante mí.

—¿Has dicho que tu esposo ha desaparecido? —dijo.

Di un bocado a un pastel de un dulzor insoportable. Luego le conté toda la historia mientras él engullía pasteles confitados.

—En todo caso —dijo cuando acabé—, no hemos dado con él. Todos los distritos saben que buscamos a un hombre negro que estuvo en la escena del crimen. De haber aparecido en Lisboa ya lo sabríamos.

—¿Está usted seguro? —dije.

Se sacudió un montón de migas de las perneras de los pantalones.

—Por mi mesa pasan todas las muertes sospechosas que se producen fuera del hogar. Si se trata de ciudadanos extranjeros, son de mi competencia. Soy el único del departamento que habla inglés. —Ferreira miró de reojo la foto de Patrick que había frente a él—. Y tras el asesinato de Jetjenko hemos llevado nuestras pesquisas hasta los hospitales.

Me eché hacia atrás. Dejé que las palabras se remansaran pero no sentí alivio. El comisario se limpió los dedos en los pantalones e hizo un gesto hacia el bloc donde había garabateado parte de lo que le había contado.

—Trataré de controlar esto —dijo—, pero dudo que avancemos. A no ser que la viuda de Jetjenko venga con datos nuevos. Un nombre o dos, por ejemplo.

—¿Su viuda? —Miré a Ferreira. Nunca pensé que Josef K estuviera casado, que existiera alguien que le echara de menos—. ¿Está en Lisboa?

Él asintió.

—Ella lo identificó. Iban a hacer un largo viaje, dijo ella, a Brasil. Por eso hicieron escala aquí. Su esposo fue a aquel lugar para

admirar el panorama, es todo lo que le hemos sacado.

—¿Sigue en la ciudad?

—Por lo que sé, supongo que sí. —Ferreira encogió los hombros—. Quiere celebrar un funeral, pero el viejo por ahora sigue en la morgue.

—¿Sabe dónde se aloja?

—Eso, por supuesto, no se lo puedo decir.

—Solo quiero hablar con ella. Quizá sepa algo de Patrick.

Él cruzó los brazos y meneó la cabeza.

Yo recuperé aliento.

—Estoy embarazada —dije y miré a otro lado. Fue como si el contenido de mi vientre adquiriera unos contornos un poco más definidos. Deberá tener un nombre, pensé. Algún día dejará de ser «eso».

Los ojos del hombre se ablandaron y me contempló con una especie de paternalismo en la mirada que se extendía por dentro de la piel. Me agaché y recogí el bolso que estaba en el suelo, me lo eché al hombro y me levanté para salir. Debería haber cerrado el pico.

—Tal vez quieras ver el lugar donde murió Jetjenko —dijo Helder Ferreira a mi espalda.

Me detuve camino de la puerta y me volví. El comisario señalaba al norte con el lápiz, si aún recordaba cómo se interpretan los puntos cardinales en un mapa.

—Coge el tranvía 28 hacia Alfama y apéate en Largo das Portas do Sol. Si bajas la escalera que hay al lado del mirador pasarás por el sitio donde cayó Jetjenko. —Echó una ojeada a sus papeles—. En la parte más baja de la callejuela hay un portal sobre el que figura el número 62. Apenas se sabe el nombre de la calle y sería raro hablar de calles en Alfama. Ni siquiera existen en los mapas.

—Gracias —dije.

—En lo más alto. —Indicó con el lápiz hacia las alturas—. Y si menciona nombres…

—Te lo diré —dije.

—Dile a Vera Jetjenkova que pronto podrá celebrar el funeral.

—¿Patrick Cornwall? —El director del hotel se levantó de su asiento después de teclear mis datos en el registro—. ¿Se refiere usted al americano?

Está aquí, pensé. Tiene que estar aquí. Y sentí un vuelco en el pecho. En realidad, era lógico. Aquí se había escondido todo el tiempo, en un mugriento hotel de tercera de Lisboa, donde las casas trepaban por la pendiente y los bares hacían su reclamo con espectáculos privados.

—Sí —dije y sonreí—. Es mi marido.

El jefe del hotel agachó la cabeza y fue lentamente hacia mí, como si fuera un boxeador dispuesto al ataque.

—¿Ha venido usted para pagar la cuenta? —dijo.

Retrocedí de forma instintiva.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere?

—Se fue sin pagar. —El hombre señaló la llave en mi mano—. No puedo darle una habitación si no abona la cuenta.

Me llevé la mano al pecho y respiré y respiré sin coger aire. Era una sensación física, la esperanza que me arrancaban. El vacío que permanecía.

—No nos dimos cuenta de que se había largado, así que en total son cuatro noches.

El conserje extrajo un texto impreso y señaló la cifra de abajo, 144 euros. Yo fijé la vista en el nombre que figuraba arriba. Patrick Cornwall. Seguía la dirección de Nueva York. Las fechas: de martes 16 a viernes 19 de septiembre. Los días pasaron delante de mis ojos.

—En otro caso, llevamos el caso a la policía —dijo el conserje y tamborileó sobre el mostrador de imitación de chapa.

Me di la vuelta. Desde la recepción, miré directamente al bar. Una pintura cubría una de las paredes, naves y cañones en el puerto de Lisboa. El bar estaba vacío: ningún cliente, no había música, solo un silencio sin tiempo, pesado como los muebles, como las gruesas cortinas nunca cambiadas de las ventanas. Manchas en el techo, polvo. Un abatimiento, un tiempo pasado, instalado por doquier.

Patrick nunca se habría ido sin pagar la cuenta del hotel. Era demasiado hijo de su madre para eso, bien educado y siempre actuaba correctamente. Pero era el Patrick que yo conocía, el que viajó desde Nueva York lleno de expectativas. Todo había ocurrido

desde aquel momento hasta que se registró en este hotel de mierda.

—¿Dónde están sus cosas? —pregunté—. ¿Se las llevó o aún siguen aquí?

El jefe del hotel no respondió. Tamborileaba sin parar con los dedos sobre el mostrador.

—Claro que le pago la cuenta —dije—. Estoy segura de que él pensó hacerlo, pero…

Extraje la cartera y puse doscientos euros sobre el mostrador. En el aeropuerto había sacado mil euros. Solo me quedaban unos 3.500 dólares.

El conserje cogió el dinero y el pasaporte. Caí en la cuenta de que había cosas de las que cuidarse y llevar consigo adonde quiera que una fuese o pensara hacer.

—¿Tienen ustedes su pasaporte?

—No, se lo devolvimos. Solo lo retenemos mientras hacemos el registro y controlamos los datos.

—¿Y el resto de sus pertenencias? ¿Su ropa, su ordenador?

El conserje sacó un llavero de un cajón, levantó la tapa a un extremo del mostrador y salió.

—Sígame —me dijo y bajó de golpe la tapa del mostrador.

Me condujo a lo largo de una galería, pasamos por delante de pilas de cajas y, finalmente, por una escalera abajo. Abrió una puerta.

—Aquí guardamos todo lo que dejan los clientes.

Giró un interruptor y se encendió la luz de una bombilla colgada del techo. Un almacén para todo lo que quedaba abandonado, sillas rotas y botes de pintura. En un rincón había una pila de maletas abandonadas, una mochila y bolsas de plástico llenas de ropas. Reconocí al instante la maleta marrón con decoración metálica de Patrick. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Tengo que seguir en recepción. Cuando acabe, apague la luz. —Sus pasos resonaron al subir la escalera de piedra, se amortiguaron contra la ajada moqueta de la galería y desaparecieron.

Yo me quedé inmóvil, mirando la maleta. La recordé abierta en nuestro apartamento. A Patrick, mariposeando a su alrededor y doblando su ropa, la tapa al cerrarla.

La maleta no estaba cerrada. La puse en el suelo, levanté la tapa y allí aparecieron sus prendas apretujadas y arrugadas, sus chinos grises y un par de vaqueros casi nuevos, la camisa azul y el jersey rojo de cachemir de marca que le regalé cuando cumplió treinta y siete años, todo revuelto y desdoblado. Me llevé el jersey a la cara y hundí la nariz en la suave lana, en sus aromas. Jabón de olivo y leve loción de afeitado, acaso un atisbo de sudor. No distinguía lo que percibía en realidad, el recuerdo de sus aromas, y aspiré despacio para que su rastro no se perdiera del todo. Y recordé la imagen de Patrick al despedirse de mí, su espalda desapareciendo en una niebla blanquecina donde solo existían el olvido y la soledad, las lágrimas brotaron y no me preocupé por controlarlas.

Patrick nunca dejaría tal revuelo tras de sí. Era el tipo de chico que ordena los calcetines por colores en el armario. No se había marchado por voluntad propia. No había vuelto. Y ya no pude detener el peor de los pensamientos. Que tal vez hubiera muerto.

No sé cuánto tiempo pasé asustada sobre el frío suelo de piedra, sujetando su jersey entre mis brazos. Cinco minutos, diez minutos, una hora y toda una vida pasan y luego se acaban. Maldita la mentira que afirma que hay algo más que soledad.

Y los aromas de Patrick a cada suspiro, su suave jersey pegado a mi rostro.

«Solo quería darte las buenas noches… te echo mucho de menos».

Al cabo de un rato me incorporé. Doblé el jersey con esmero y saqué todas las demás cosas de la maleta, una a una. La guía de París. Un libro sobre el poeta Rimbaud entre calzoncillos y calcetines usados que olían a sudor mientras los iba sacando. Faltaban un par de chinos negros que casi siempre llevaba puestos, una camisa gris y la chaqueta marengo. Las prendas que llevaría al desaparecer. Me di cuenta de que tampoco estaban allí su ordenador ni documentación alguna sobre el caso.

Bajé la tapa y eché el cierre. Nadie más iba a hurgar entre sus pertenencias. Luego devolví la maleta a su sitio, apagué la luz y cerré la puerta.

Continué escalera arriba y di con mi habitación.

Me golpeó un leve olor a moho, la moqueta parecía que la

habían puesto en la década de 1960. Las paredes tenían el mismo color amarillento, sucio, que el resto del hotel. Abrí un par de puertas acristaladas y salí a un pequeño balcón que daba a la calle. De la barandilla colgaba una hilera de banderas de rayas descoloridas y espacios coloridos. Una maleta de ruedas repicaba sobre los adoquines.

En algún lugar de ahí fuera hay una explicación, pensé.

Y algún desgraciado que lo va a pagar, que arderá en el infierno.

—¿Dónde está su ordenador? —pregunté cuando bajé a la recepción veinte minutos más tarde. Me había enjuagado la parte superior del cuerpo y me había puesto un jersey casi limpio—. Él llevaba un portátil y no está en el sótano.

El conserje me extendió un recibo que yo firmé sin controlar la suma.

—Todo lo que había en la habitación está en la maleta —dijo y examinó mi firma con una mueca de sospecha—. El servicio de limpieza tuvo mucho trabajo cuando llegó a la habitación.

—No le creo —dije—. ¿Quién afirma eso?

El conserje cerró los ojos.

—Todos los que trabajan en este hotel son de confianza —dijo.

Alguien tuvo que dejarlo manga por hombro, pensé. Alguien que no era Patrick.

—Sé que tenía un ordenador. ¿Lo llevaba cuando salía?

—No, yo no lo vi.

—¿Cuándo fue la última vez que usted le vio?

—No me acuerdo.

—Escúcheme ahora —dije e imité su gesto, agachar la cabeza y fijar la vista como un toro o como un boxeador al ataque—. Usted quizás esté furioso por haber perdido, veamos, ¿cuánto era? —Saqué el recibo y lo examiné—. 144 euros. —Aplasté el papel en mi mano—. Pero mi marido ha desaparecido y su portátil también. Mañana por la mañana iré a la policía. Si usted no me lo cuenta todo, me ocuparé personalmente de poner su hotel patas arriba y de que todos los canales de la televisión americana estén presentes cuando eso suceda.

Levantó los brazos al aire en gesto de rechazo.

—Le digo que no había ningún ordenador. Yo estuve presente cuando decidimos entrar y vaciar la habitación. Él mismo debió de llevarse la llave consigo y entrar y salir a hurtadillas.

—¿Por qué cree usted eso? —Es curioso cómo una simple amenaza con la prensa hace hablar a la gente, era como en los cuentos infantiles: «Ten cuidado de que no te pille el lobo». O el ruso.

El conserje me explicó clara y concisamente que la señora de la limpieza había limpiado la habitación el martes, como de costumbre.

Cuando Patrick se dirigió al encuentro con Jetjenko, pensé.

Al día siguiente, miércoles, todo estaba patas arriba, de cualquier manera, pero volvió a limpiar y luego no pasó nada. Pero él no volvió a aparecer. La señora de la limpieza estaba segura de que él no había dormido en la cama. El viernes entraron y vaciaron la habitación.

—¿Pudo haber entrado alguien más en la habitación? —dije.

—La recepción siempre está atendida.

—Usted mismo me acompañó al sótano. Entonces quedó desatendida.

—Me refiero, claro está, a que siempre hay alguien de servicio.

Él frunció el morro y cogió su recibo, me dio la espalda y se sentó al ordenador. Un reloj de pared marcaba las dos menos diez. Las tripas me sonaron y me di cuenta de que tenía hambre. Todo transcurría como si nada hubiera pasado.

Me agarré con fuerza a la correa del techo. El tranvía era una antigualla, retumbaba, gemía, tosía y se lamentaba en las curvas como si fuera un ser vivo. Llegamos a un alto y el trazado se allanó y se convirtió en plaza. Me apeé en compañía de tres turistas escandinavos y de una joven morena que llevaba un caballete bajo el brazo.

El panorama que se divisaba se extendía por leguas a la redonda. La ciudad trepaba por la ladera en un revoltijo de casas blancas, muros derruidos y tejas rojas acanaladas. Vi patios llenos

de plantas y gatos, ropa colgada y a lo lejos, a mis pies, el río que abría a lo ancho su desembocadura en el Atlántico.

Dentro de un quiosco había un bar donde pedí un café y me senté en una silla coja. Una pareja veinteañera se magreaba mientras se bebían sus cervezas, y la joven morena empezaba a montar su caballete. Era un lugar que cualquiera, a excepción de mí, hubiera llamado romántico. Tampoco es que Michail Jetjenko apreciara mucho romanticismo al caer de cabeza en una calle adoquinada.

Miré la hora, las tres menos diez. Veinte minutos aún para el momento exacto. Las hamburguesas dobles del Hard Rock Café, en la avenida da Liberdade, me habían hecho un nudo en el estómago.

Me puse a pensar: aquí está Joana Rodrigues leyendo su libro de psicología. Allá, al otro lado de la plaza, aparece Marlene Hirtberger caminando en dirección a la terraza para admirar el panorama, pero ve algo que llama su atención. «Un verdadero tipazo».

Vi a Marlene Hirtberger, vi a Joana Rodrigues, vi al chaval del monopatín que había venido a desafiar a la muerte, coloqué a cada cual en su sitio. Era importante llegar en el momento exacto, cuando las sombras caían como es debido. Cuando todas las posiciones estuvieran cubiertas, Patrick haría su entrada.

Bebí el café y me levanté, caminé más cerca. Un puente de unos dieciocho metros de longitud, bordeado de muretes blancos, conducía al mirador. Por ellos se deslizaba en monopatín el temerario Jorge Mauricio. Miré de reojo a la izquierda. De haber caído a ese lado habría aterrizado entre ortigas o se habría matado diez metros más abajo contra la escalera de piedra.

La terraza medía unos doce metros de anchura por veintitantos de longitud y estaba rodeada por una barandilla.

Constaté que no era difícil tirar a una persona por encima de la barandilla y crucé la superficie enlosada de piedra hacia el ángulo que daba al sur, donde se había quedado Jetjenko. La barandilla tenía un metro de altura, me llegaba hasta el ombligo.

Aquí estoy, pensé. Michail Jetjenko. A la espera de un periodista americano. Mi pasaje a Brasil, a la libertad y a mi nueva vida, Espero impaciente su llegada, pero no miro en esa dirección porque

aquí la vista vuela hacia al río, al fenomenal panorama de esa vía marítima que empieza en Lisboa, por la que conquistadores y colonizadores navegaron hacia América, y si respiro hondo puedo percibir el Atlántico como un eterno aroma de sal y sueños.

Me asomé por encima de la barandilla y allí estaba la callejuela, veinte metros más abajo. Adoquines. Temblé y di un paso atrás.

Él ni siquiera notó que habían llegado, pensé. Tuvieron que quedarse aquí, a un metro de él, como mucho. Jetjenko, le llaman, y él se vuelve. ¿Le saludan de parte del jefe? ¿Le dicen que el señor Thery le envía saludos antes de empujarlo por encima de la barandilla?

¿Qué ve Patrick cuando se acerca hacia aquí para verse con el hombre que él llama Josef K?

Volví en seguida a la acera donde estaba el bar. ¿Cómo llegó Patrick hasta aquí? Seguro que en tranvía, para confundirse con la gente, pero tiene que andarse con cautela y se baja una parada antes. Camina el último tramo a lo largo de la angosta acera que corre pegada a una fachada encalada. La excitación le golpea sordamente el cuerpo, los sentidos en máxima alerta. Husmea el aire, escucha y se acerca. El ruido del tranvía y el olor a pescado frito, la sombra fresca y la música que proviene de algún bar del lugar, ahora está cerca del objetivo. ¿Pero mira hacia atrás con el rabillo del ojo? ¿Sospecha que le van siguiendo?

Miré hacia la cuesta por la que avanzaba otro tranvía y un anciano subía con la cabeza gacha.

De haberlo seguido hasta aquí, le hubiese dado tiempo a llegar a la terraza antes que los agresores.

Tuvieron que estar esperándolo.

De alguna manera, sabían dónde iban a encontrarse Patrick y Jetjenko. Al ucraniano lo tenían en la terraza, encerrado como animal en su jaula, pero no podían esperar a que Patrick llegara antes que ellos. Empujar a un hombre por encima de la barandilla era sencillo. A dos, era un riesgo mayor.

Me coloqué al principio del puente, donde Jorge había puesto su monopatín en marcha. Allí estuvo Patrick cuando los hombres empujaron a Jetjenko. Tuvo que haber visto lo sucedido. Me imaginé la conmoción que le sacudió, como la de una onda

expansiva. Seguramente se quedó quieto los segundos necesarios para que los hombres se dieran la vuelta y salieran corriendo, se tropezasen con el chico del monopatín y desaparecieran. Patrick se volvió para seguirles el rastro y se topó con la ávida mirada de Marlene Hirtberger.

Seguro que los hombres también le vieron. Sabían que iba a estar por allí. Sabían que podría identificarlos, si los reconocía de París. No podían dejarle escapar.

Debían tener un plan.

Jorge vio a uno de ellos huir en dirección a Mouraria, la barriada que empezaba al otro lado de la colina.

¿Pero y el otro?

Un tipo normal, con un traje normal.

Me apoyé en el muro y vi que la joven artista trataba de atrapar los tejados de tejas en su lienzo.

¿Qué hace Patrick? Segundos después del tumulto en la terraza, todos los testigos intentan esclarecer qué ha sucedido, por qué grita la gente, quién es el muerto. Patrick lo sabe, no necesita seguir a la gente que se dirige a la terraza. Él tiene que echar a correr en otra dirección y opta por la primera vía de huida: la larga escalera que conduce desde Largo das Portas do Sol hasta las serpenteantes callejuelas de Alfama. Allí mismo, al pie de la escalera, se cruza con el anciano del perro, un jubilado nacido y criado en la barriada que piensa que hombre negro que corre siempre es culpable.

Pero Antonio Nery, de 72 años de edad, no se da cuenta de que le persigue un hombre blanco con un traje normal.

Descendí despacio la empinada escalera. ¿En qué pensó Patrick cuando vio muerto a su confidente al pie de la escalera? ¿Tuvo tiempo de agacharse? Sabía que los asesinos de Michail Jetjenko estaban cerca, podían ser más. Seguro que corrió hacia aquel enjambre de callejuelas.

Me agaché en el último escalón. Allí no quedaba ni rastro de sangre. Me imaginé el desconcierto de Patrick, perdido en el laberinto de callejuelas, sin dar con la salida, como un espectro, atrapado entre la vida y la muerte. Me incorporé y miré por última vez a lo alto, hacia la terraza.

Continúa recto a lo largo de la calle, me había dicho el

comisario.

El número 62 quedaba junto a una plazoleta, o mejor dicho, en un espacio donde la callejuela se ensanchaba. Por las fauces de un león de una fuente empotrada en uno de los muros manaba agua a cuentagotas. Una mujer se asomaba a la ventana de arriba y colgaba ropa de una cuerda. Podía ser un lugar idílico si no fuera porque un par de casas estaban a punto de derrumbarse. El número 62 era una de ellas.

En el portal había dos timbres, ninguno indicado con algún nombre. Pulsé los dos a un tiempo y oí la señal a través de las persianas echadas de las ventanas de la segunda planta. Percibí un movimiento entre los resquicios. Pasaron unos minutos. Luego la cerradura hizo un clic y la puerta se abrió unos centímetros.

—¿Quién eres? —gruñó una mujer en inglés con acento. Vi un ojo y un pedazo de boca de gruesos labios. A su espalda, la escalera interior estaba a oscuras—. ¿Has venido para llevarme contigo?

—¿Eres Vera Jetjenkova? —dije.

—¿Por qué preguntas?

—Quiero hablar de tu esposo.

—¿Se trata del alquiler?

Brotó un fuerte olor a perfume.

—Me llamo Ally Cornwall. Jetjenko iba a verse con mi marido cuando murió.

—Mi esposo, tu marido —dijo Vera Jetjenkova—. ¿Y quién es tu marido?

—Se llama Patrick Cornwall, es periodista americano.

—Muy bien, si tú lo dices…

—Solo quiero hablar contigo.

—Pues yo no quiero hablar contigo. —Ella tosió—. Díselo a ellos de mi parte. Y vete de aquí antes de que le diga a alguien que te eche.

—Sé que tu esposo ha sido asesinado.

Me pareció oír su respiración o un ventilador en algún sitio.

—Creo saber quiénes lo hicieron —dije.

La puerta se abrió unos centímetros más. Ella iba en envuelta en

una bata. Calzaba las enormes pantuflas que su esposo le había dejado.

—No voy vestida —dijo y se dio la vuelta.

La bata flameó escalera arriba. Al cerrar el portal a mi espalda se hizo la oscuridad. Los ojos se acostumbraron poco a poco a la falta de luz. Traspuse una puerta sin cerradura ni pomo y seguí subiendo una escalera retorcida. La puerta del apartamento de Vera estaba abierta y se hizo la luz. En un descansillo había una pequeña nevera que sonaba como si hiciera gárgaras.

—La policía afirma que Micha se quitó la vida. Como si yo no lo conociera. —Vera Jetjenkova estaba en el recibidor con las manos a los lados. Llevaba el pelo recogido en rulos. Supuse que tendría unos sesenta años. La piel tersa alrededor de los labios, se habría hecho una o dos operaciones.

—Entonces, ¿quién envió al americano? ¿Fue el eslovaco? ¿O fueron los rusos?

Yo seguía en la escalera tratando de entender lo que me decía.

—No fue Patrick quien mató a tu esposo —dije—. Fue a entrevistarlo. Tenían una especie de trato.

—¡Trato! —Vera Jetjenkova levantó la mano amagando una bofetada pero golpeó al aire—. Los negocios iban a ser liquidados y nos iban a traer los billetes, y ahora soy yo la que está aquí como un pájaro enjaulado. ¿Adónde voy a volar? Contéstame.

Me señaló con toda la mano.

—Cierra la puerta —dijo.

Entré en el recibidor. La mujer era más baja que yo, algo rolliza. Como una muñeca rusa, pensé, y me vino a la cabeza la imagen de esas muñecas rusas que se esconden unas dentro de otras. Pero recordé que Vera Jetjenkova era de Ucrania y no quería que la confundieran con una rusa.

—Voy a vestirme —dijo y cruzó los brazos—, pero antes quiero saber por qué vas por ahí hablando de Micha.

—Solo quiero saber lo que le ha ocurrido a mi marido —dije y eché un vistazo a mi alrededor.

A la izquierda había un baño con una diminuta ducha empotrada al lado del retrete. Enfrente había una cocina en ángulo, alicatada. La puerta de lo que debía ser el dormitorio estaba

entreabierta, dentro estaba a oscuras. Escuché con atención pero no oí nada que indicara que había alguien más dentro. Al lado había otra apertura, el cuarto de estar. En conjunto, el apartamento no era mayor que nuestro dormitorio de Gramercy.

—¿Conoces a un hombre llamado Alain Thery? —dije.

—Te refieres al francés —dijo Vera Jetjenkova. Tiró del cinturón de la bata y se ciñó la cintura. No era tan gorda como creí al principio, pero tenía un enorme busto bajo la bata.

—Creo que es quien anda detrás de esto —dije y le conté una versión rápida y escueta de lo que yo creía que había pasado.

Vera Jetjenkova me interrumpió en medio de una frase.

—¿No le dije que iba a acabar mal? ¿Por qué tuvo que empezar a estropear los negocios? Marchaban sobre ruedas. Nos iba muy bien. —Entró en el cuarto de estar, los muelles de una butaca chirriaron cuando ella se sentó—. ¿Adónde voy a ir ahora? Dímelo tú, si puedes.

La seguí y me coloqué en la entrada del cuarto.

—¿Sabías que iba a verse con Patrick Cornwall?

—Solo me dijo algo de un periodista, un americano. —Vera Jetjenkova se encogió de hombros—. Después nos llegarían los pasajes y los pasaportes. Me prometió viajar a Brasil, ¿qué iba a hacer yo allí? Teníamos una casa maravillosa. Pero no volvió. Fue la policía quien golpeó la puerta al anochecer. —Meneó la cabeza y miró al techo—. Pobre Micha, qué tonto, llevaba la dirección en el bolsillo, siempre se olvidaba de los números y se perdía entre las calles.

Hizo un gesto indicándome la otra butaca, di unos pasos y me senté. En la mesa había una pila de libros, por lo demás era un espacio impersonal amueblado por alguien que no vivía allí. Una lámpara extendía una luz dorada que volvía gris el color de la piel.

—Mi esposo era poeta, ¿me entiendes? Tenía alma de poeta.

—Ya —dije y prescindí del comentario: y yo que creía que era tratante de esclavos…

—Leía a todos, Dostoïevski, Chéjov, Nikolaj Gogol, incluso a Pasternak y hasta Kafka aunque no fuera ruso. —Pasó la mano por la pila de libros, los caracteres cirílicos de los lomos, y se rio para sus adentros—. Bromeaba con la idea de que, en adelante, iba a

llamarse Puskin. ¿Conoces a Puskin?

Le dije que sí, un poeta ruso, una especie de rapsoda nacional. Ignoraba su estilo de escritura pero seguro que lo hizo de forma magnífica y melancólica.

—Nosotros somos rusos, ¿comprendes? —proseguía—. No nos resulta fácil. Los ucranianos quieren ocuparse de sus asuntos y lo que más desean es deshacerse de nosotros, ya nada es como antes.

—Tu esposo iba a llevarle unos documentos a Patrick —dije—. ¿Los llevaba consigo cuando fue a verse con él en la terraza?

Vera Jetjenkova se levantó de golpe.

—Fue culpa mía —dijo y se golpeó la cabeza con las manos—. Fue idea mía que se vieran allí. —Se tiró de los pelos, un rulo se desenganchó y cayó en una vieja alfombra descolorida—. Le dije que debía escoger un lugar fácil, para que mi pobre Micha no se perdiese. Ni siquiera en Kiev encontraba las calles. No tenía sentido de eso, ¿cómo se dice…?

—Sentido de la orientación —dije.

Vera Jetjenkova meneó la cabeza y me señaló con toda la mano la plazoleta de afuera.

—Solo tienes que torcer a la derecha, escalera arriba, todo recto.

Sollozó y ocultó el rostro entre sus manos.

—Ha tenido que ser horrible para ti —dije.

Vera Jetjenkova me miró.

—¿Qué sabrás tú? —dijo y salió del cuarto.

—Bastante —repuse en voz baja a su espalda.

Mientras ella trajinaba en la cocina, aproveché para acercarme a la ventana. La luz del día dibujaba haces entre los resquicios de la persiana, eran casi las seis. No pude ver una escalera de emergencia por fuera, seguro que no había ni una en toda aquella barriada medieval.

—¿Te parece bien que suba la persiana? —dije cuando ella volvió.

Traía una botella de Oporto y dos copas en las manos.

—Bueno —dijo—, no pienso en eso. Salgo cuando oscurece. Duermo de día. Eso me pasa desde… —Puso las copas y echó un chorrito de vino a cada una—. Vuelvo en seguida —dijo y volvió a desaparecer.

Subí la persiana. El marco de la ventana estaba gris de hollín y suciedad. La mujer de la casa de enfrente se dirigía a voces a un hombre que cruzaba la plazoleta, quien devolvió una respuesta a gritos. Había un televisor en algún sitio, ruido de un partido de fútbol. ¿Por qué sigue aquí?, pensé. ¿Por qué no se aleja de este lugar unido para siempre a la callejuela donde su esposo cayó aplastado contra los adoquines?

—Quiero que se cumpla el trato —dijo Vera Jetjenkova cuando estuvo de vuelta. Se dirigió directamente a la copa de Oporto y la vació de un trago. Vestida, se había transformado en una dama chic, como recortada de una revista del corazón sobre fincas y haciendas de Inglaterra. Se había puesto un traje chaqueta a cuadros pequeños y vistosos, pantalones largos y un chal a dos colores por encima de los hombros. Podía jurar que el pasador del pelo era de oro.

—Quiero cien mil dólares. O euros, ¡qué más da!

Se estiró para alcanzar la botella y volvió a servirse una copa. El vino presentaba un color leonado, denso, que hacía juego con el traje.

—Me has entendido mal… —Di un sorbo al vino, una caricia en el paladar, roble viejo y dulzor—. Yo no tengo nada que ver en el asunto, solo busco a mi marido.

Vera Jetjenkova se agachó hacia delante y bajó la voz.

—Ellos piensan que hemos muerto —dijo—. Yo no puedo volver a mi país, no se puede jugar con la muerte, bien lo supo mi pobre Micha, pero voy a burlarme de todos ellos, ¿lo oyes? —Bebió su segundo vaso—. Ahora que Micha ha muerto van a desenterrar todo lo que puedan en su contra, patrañas que guardan en sus archivos. Debo decirte que él solo hizo su trabajo. Que fue un hombre entregado.

Vera Jetjenkova agarró la botella por el gollete y volvió a servirse.

—Él lo anotaba todo. Cualquier cifra. Nombres, todo. Con eso ellos no habían contado, je, je. —Puso la botella en el suelo—. Él sabía documentar, mi pobre Micha.

—¿Llevaba los documentos cuando fue al encuentro de Patrick? —le pregunté de nuevo.

—Pues claro que los llevaba. —Vera Jetjenkova me miró como si yo fuera completamente idiota—. El periodista iba a tener sus papeles. Micha recibiría a cambio los pasajes y nos largaríamos de aquí. —Batió los brazos como alas para subrayar lo último. Luego se recostó contra el respaldo de la butaca—. Y ahora tengo que viajar sola. ¿Tú crees en el destino?

—La policía no dijo nada sobre haber encontrado algún documento —dije—. Los que le empujaron por encima de la barandilla tuvieron que hacerse con ellos, a no ser que…

Acallé mi reflexión y miré de nuevo afuera. El sol había empezado a ponerse y los colores adquirían densidad. De alguna de las callejuelas de abajo pude percibir un canto quejumbroso, como si alguien tratara de expulsar su corazón por la garganta.

A menos que Jetjenko no quisiera entregarles los documentos, pensé, y todo pasó ante mis ojos a cámara lenta, el hombre que se precipitaba por los aires y sujetaba los documentos apretándolos desesperadamente contra su pecho, hasta la muerte. Y segundos después a Patrick que corría escaleras abajo hasta su cuerpo. Él pudo llevarse los papeles. Estaba obsesionado con el reportaje. Tan obsesionado como para arrancar los papeles de la mano de un muerto.

Luego siguió corriendo, pensé y miré abajo, a la plazoleta donde desembocaba la calle que proseguía quince metros más allá, más abajo, se estrechaba de nuevo en otra escalera donde torcía y se perdía de vista, serpenteando y enredándose en otras miles de callejuelas a lo largo de la ladera. No existían ni en los mapas, le había dicho el comisario.

Tuvieron que haberle seguido.

*Faire pierre deux coups d'une*

.

Pero Patrick los burló, cogió los documentos y huyó.

—La policía ha llamado —dijo Vera Jetjenkova—. Dicen que ya puedo enterrar a mi Micha. —Se llevó la mano al pecho—. ¡Treinta y seis años! ¿Y aún quieren que lo entierre en tierra extraña?

Qué más dará dónde, pensé.

Y después la siguiente reflexión: un hombre no desaparece.

De haber matado a Patrick en las calles, la policía habría encontrado su cuerpo.

Me dirigí hacia mi bolso, que lo tenía en la silla.

—Patrick huyó cuando tu esposo hubo… tuvo que haber corrido en esta dirección —dije y saqué la fotografía—. ¿Lo viste? ¿Le dejaste entrar aquí?

—¿De qué hablas? Aquí no viene nadie. —Vera Jetjenkova se inclinó hacia delante y entornó la vista ante la imagen de Patrick. Prorrumpió en una ronca carcajada.

—¿Estás casada con un negro? —La copa salpicó vino en su mano.

Yo me mordí la lengua y metí la foto en el bolso.

Su sorpresa parecía auténtica. Aquí no había estado.

—Quiero mi pasaje —dijo Vera Jetjenkova—. Voy a irme de aquí. —Cuando giraba la copa, la declinante luz del sol se reflejaba en una piedra carísima que llevaba en un dedo y contemplaba el vino como si acabase de descubrirlo. Tawny de diez años, rezaba la etiqueta de la botella. Yo no sabía nada de vinos generosos, aparte de que se solían beber en copas más pequeñas.

—Primero murió Anna, y después Micha. Nunca volveré a casa.

—Anna, ¿era su ahijada?

Ella se levantó y se dirigió hacia la ventana. Se puso a un lado, contra la pared. Para que no la vieran, pensé.

—Nuestra ahijada —dijo y cerró los ojos. El canto subía y bajaba como una ola entre las casas, una voz de mujer que envolvía la noche en un lamento azulado.

—Escucha —dijo—, es la música de la noche. Un fado. Cantan todo lo que han perdido. —Dejó que su mano se meciera al compás del canto, tonos menores que se retorcían unos tras otros—. Es la música de los esclavos liberados, de los rateros y de las putas, la música de los callejones. Habla a mi alma rusa. Micha no estaba de acuerdo conmigo. Ese canto quejumbroso, decía. Dicen que la melodía la ha traído el oleaje del mar, ¿sabes? —Doblaba el chal hacia atrás y adelante, meciendo sus robustos pechos—. Es el destino, ¿sabes?, el destino que separa a los amantes.

Un destino, pensé, en forma de los antiguos compinches de tu esposo. Y al momento comprendí que el destino me unía a la

apesadumbrada Vera Jetjenkova.

—Treinta y seis años de matrimonio. —Me golpeó con la mano y derramó más vino—. ¿No iba a saber yo lo que decían esos papeles?

—¿Qué decían? —dije.

—Ah, no me acuerdo, léelos tú misma.

Le clavé la mirada. Tenía que haber bebido mucho.

—Él los llevó consigo —dije—. Me has dicho que los llevaba cuando fue a encontrarse con Patrick.

—Sí, por supuesto, claro que los llevó. —Enseñaba los dientes cuando reía—. Pero no las copias, je, je.

—¿Quieres decir que te quedaste las copias? ¿Y las tienes aquí, en el apartamento?

De repente entendí por qué Vera Jetjenkova no quería ser vista. Di unos pasos rápidos hacia el centro de la habitación, apartada de la ventana.

—Micha no se fiaba de ese americano. Decía que tal vez él se largara con los papeles y cobrase el dinero. —Vera Jetjenkova hizo un gesto con la mano—. Los americanos solo piensan en dinero.

Desapareció en su dormitorio. No me digas, pensé, que los guarda bajo el colchón.

Los tenía bajo el colchón.

Era una carpeta marrón. Vera Jetjenkova la apretó contra su pecho.

—Cien mil —dijo y entornó los ojos—. Euros.

—Yo no tengo tanto dinero.

—Entonces tendré que acudir a otro.

—Vale, pues hazlo —dije y me dirigí al recibidor—, no me importan esos documentos.

No era verdad.

Vera Jetjenkova llegó tras de mí al recibidor.

—Hay muchos que pagarían por esto.

—Pues bien, siéntate a esperarlos. Quédate aquí, púdrete a oscuras y espera a que vengan y te empujen por algún precipicio como hicieron con tu esposo.

—Cincuenta mil —dijo Vera Jetjenkova.

Eché la mano al pomo de la puerta y lo giré para que quedara entreabierta.

—Me importa un bledo lo que digan los documentos —dije—. Lo único que quiero es encontrar a mi marido y aquí no está.

Hundió sus uñas en mi brazo.

—Llévatelos por veinte mil. No quiero guardarlos aquí. Sueño con que llegan y llaman a la puerta y me liquidan como liquidaron a Micha.

—Quinientos —dije—, te prometo que no volverás a verlos.

—Mil.

Saqué diez billetes enrollados que llevaba en el bolsillo delantero de los vaqueros. El resto lo tenía en la cartera y en el hotel.

—Es todo lo que tengo —dije.

Vera Jetjenkova farfulló algo en ruso, alargó la mano y cogió los billetes. De la misma manera, cogí la carpeta y la abrí. Largas series de cifras, cierto tipo de contabilidad. Pese a haber dirigido una empresa durante ocho años, yo no tenía ni idea de contabilidad. Se trataba de transacciones, lugares. Nombres. Hojeé los documentos, saqué papeles. Años 2004, 2006, 2008. Nombres y localidades, largas series de fechas. Anotaciones del tipo: Hombre, Sudán, Mujer, Kiev, Cantidad: siete. Cantidad: ocho. Había sumas de dinero que cambiaban de titularidad. Varios centenares de miles de euros en una sola transacción. La tinta negra del nombre de Alain Thery me salpicó en la cara. Había más nombres franceses. Nombres británicos y alemanes, nombres polacos. Cerré la carpeta. La apreté en la mano, sentí que me quemaba.

Ese hijo de puta iba a pagar lo que le hubiese hecho a Patrick.

Vera Jetjenkova metió los billetes en su cartera. Mantenía un bolso pequeño y elegante entre sus brazos, un Dior, constaté. Auténtico. Sacó de la cartera una pequeña tarjeta de visita y me la extendió. Bordes dorados y letras de imprenta, papel de seda.

—La dirección ya no sirve, claro —dijo—, pero conservo el número del móvil por si quieres llamarme.

Miré fijamente la tarjeta sin comprender. La dirección era la de una perfumería en Kiev.

—Creí que te hacías pasar por muerta —dije.

Vera Jetjenkova sonrió.

—¡Sí, imagínate! Me pregunto adónde enviarán la cuenta.

Un perro lanudo cruzó la callejuela, el verdulero metía sus cajas en un pasadizo. Llevaba la carpeta pegada al pecho, mirando por encima del hombro. Allí no había nadie. Cuando llegué al mirador, el sol se ponía tras las colinas y miles de tejados reflejaban una luz dorada.

Montada en el tranvía, llamé a Benji. Pensé: voy a hablar con él durante todo el trayecto. Para que alguien sepa que soy yo cuando me encuentren.

—¿Lisboa? ¡No me digas! —dijo a voces—. Oh, por Dios, qué romántico, no me digas que escuchas fados. Amalia era una diosa.

Pude sentir el dolor que le producía morderse la lengua.

—Perdona —dijo—. Lo olvidé. ¿Has…?

—No —dije—, no le he encontrado.

Una curva y a punto estuve de caer rodando, busqué a tientas la correa del techo. Oír su voz, una inyección de mi anterior vida a través del oído. No recordé la última vez que había hablado con él, parecía muy lejana. ¿Hacía dos días? ¿Tal vez tres? Antes de dejar París, recibí varios correos electrónicos suyos. Eran referentes a una reunión de trabajo. Ni siquiera los recordaba.

Los frenos chirriaron cuando el tranvía enfiló el morro hacia abajo y empezó a descender la cuesta.

—¿Qué es eso que hace tanto ruido? —dijo Benji. Su voz, tan real y luminosa, hizo que me concentrara de nuevo en mí misma. Ally, su patrona, una amiga.

—Si lo vieras, no me creerías —dije—. Esta ciudad es un museo sin servicio de mantenimiento.

—¿Por eso no tienen Internet? Te he enviado miles de correos.

—Deberías haberme enviado un telegrama —dije—. ¿Qué querías?

—Oh, tonterías, como que el Cherry Lane Theatre quiere contratarte para montar *Medea* la próxima temporada y tal vez también para una gala en otoño. Deben tener tu respuesta esta semana.

—¿Eso es todo? —dije.

—¿Les respondo que sí o llamas tú misma?

El tranvía tomó una pronunciada curva alrededor de la catedral y yo eché de menos calles rectas con numeración ordenada. Traté

de recordar quién era el director del Cherry Lane Theatre. Cómo se llamaba. No lo recordé.

—Nos ocuparemos más tarde —dije—. ¿Tienes un ordenador a mano?

—Sí, claro.

—¿Puedes buscarme la oficina de correos de Lisboa? Necesito su dirección.

—Por supuesto, ¿para qué otra cosa necesitas un ayudante de escenografía? —Oí el tamborileo del teclado—. Por cierto, en el Joyce, la obra se representa con aforo a rebosar. Duncan amenaza con desertar de todos sus encargos contratados, atraviesa una crisis vital. Nunca había tenido tanto éxito de público, de modo que tiene que largarse a la India y buscar un sentido más profundo. Y Leia ha firmado contrato con el Ballet Americano, pobrecitos.

Dejé que su cháchara me resbalara por la cabeza, eché un vistazo en torno al vagón del tranvía. Turistas pertrechados con guías y cámaras digitales, unas jovencitas de compras, dos ancianos muy viejos, tan viejos que podían haber construido el tranvía, y un par de portugueses que parecían volver a casa del trabajo, una mujer negra con trenzas. Estaba bastante segura de que nadie me seguía. ¿Se sintió Patrick tan seguro?

La calle se aplanó y llegué a Baixa, el barrio llano entre las colinas de Lisboa donde tenían su sede las autoridades y las tiendas internacionales de ropa.

—Supongo que quieres la dirección de correos más céntrica —dijo Benji—: Praça dos Restauradores, avenida da Liberdade, ¿te suena?

—Perfecto —dije—. Ahí está el Hard Rock Café. ¿Sabes su horario de apertura?

—Cierran a las siete.

Uno de los viejos me guiñó un ojo en ademán de flirteo. Miré la hora.

—Vaya. ¿Y abren?

—A las nueve.

Los documentos me rozaban bajo el pecho. Aquella noche debería guardarlos en el hotel.

La campanilla sonó en la parada donde iba a apearme. Desde allí

había un paseo de diez minutos hasta el hotel. Calles plagadas de gente. El parloteo de Benji a mi oído cuando torcí por Via Augusta, la arteria comercial que recorría Baixa. Letreros rojos en los escaparates anunciaban rebajas. Pensé que dramatizaba en vano. Nadie podía seguirme porque nadie sabía que había copias de los documentos. Nadie que no fuera Vera Jetjenkova sabía dónde estaban.

—Te envidio —dijo Benji.

—¿Por los fados? —dije—. ¿O por ser mejor escenógrafa?

—Por Patrick —dijo Benji—, por tener a alguien.

—Ha desaparecido —dije.

—Lo encontrarás —dijo Benji.

Cogí el teléfono y me lo llevé al pecho. Oí que Benji seguía hablando y me lo puse al oído en medio de una frase.

—… nunca he tenido a nadie que perder —oí que decía…—, atreverse a querer y a ser querido, pero no es un consuelo, por supuesto.

—Sigue hablando —le dije—. Cuéntame cosas totalmente triviales.

—¿Algo de mi vida amorosa? —dijo Benji.

Me eché a reír y sentí el calor de las lágrimas.

—Con mucho gusto.

# Lisboa miércoles, 1 de octubre

Corría por medio de un laberinto de callejuelas y sombrías escaleras con la criatura en brazos. Desde un bar oí el canto, el lamento de una mujer que me miraba con los ojos como platos, con la boca desdentada, y que aullaba directamente contra la noche. Son esclavos liberados, dijo un hombre entre el público, ellos son los que cantan. Luego desapareció el bebé. Corría, y las sombras tiraban de mi ropa. Llegué al río donde acababan de atracar naves abarrotadas de gente que se asomaba por la borda, encadenada. Entonces pude ver a Patrick en la punta del muelle y grité, pero la voz naufragaba entre el estruendo de carros y las sirenas de los vapores, y le vi caminar en sentido opuesto donde una mujer, pequeña y morena, con un abrigo azul, se arrimó a Patrick y juntos desaparecieron entre el gentío, y yo corriendo tras ellos, abriéndome paso a empujones para decirle que nuestro hijo había nacido, y pude ver la espalda azul de la mujer y la agarré del brazo, pero al volverse era la madre de Patrick la que pegó su rostro contra el mío. «Él no necesita a una como tú», dijo mientras el edificio se derrumbaba a nuestras espaldas. Me arranqué la sábana enrollada entre mis piernas y comprendí que los ruidos provenían de las puertas abiertas del balcón que daba a la calle. Vidrio aplastado. El sordo estruendo del camión de la basura. Chatarra contra el pavimento de la calle.

Tiré de la manta que se había caído al suelo y me ovillé. La noche, fresca e iluminada por las farolas de la calle, penetraba en la habitación. Había dejado abiertas las puertas del balcón para huir a toda velocidad en caso de necesidad. Nadie podría entrar por ese lado. Era más fácil hacerlo por alguno de los pasillos del hotel.

Cuando volví al hotel, escondí la carpeta en el sótano,

pidiéndole al conserje que me dejase ver de nuevo la maleta de Patrick. Los documentos de Michail Jetjenko estaban bajo el jersey rojo de cachemira. Cuando abriera la oficina de correos, los metería en un sobre y los enviaría al otro lado del Atlántico.

Las imágenes del sueño persistían en la cabeza, el puerto se parecía al cuadro del bar del hotel, con las naves repletas de esclavos del pasado. Di un respingo y me quedé sentada en la cama. Fijé la mirada en un edificio apagado al otro lado de la calle, un letrero ajado anunciaba habitaciones de alquiler. El corazón me golpeó el pecho.

¡Los barcos! El mar y los barcos, gentes que perecían y reflotaban en tierra.

Era algo que había visto en pantalla cuando había leído artículos sobre el comercio de esclavos y la inmigración ilegal.

Un mar, una playa.

Me levanté sin reparar en que quizás alguien podía verme a través de la ventana, me puse la ropa que estaba apilada en el suelo y reparé en que el reloj marcaba las cuatro de la madrugada. El conserje estaba durmiendo en un sofá del bar.

—¿Tienen ustedes una conexión de Internet que funcione? —dije.

Se sobresaltó, se quedó sentado en el sofá y se restregó los ojos.

—Un momento —dijo y desapareció dentro de la recepción. Volvió con una tarjeta en la mano.

—Hay un código dentro. Tres euros la hora. —Me indicó un oscuro atril de madera en el rincón más apartado del bar—. El ordenador —dijo y regresó a la recepción.

—Perdone —grité a su espalda—. ¿Puedo pedirle un café a estas horas? Y si tiene, un bocadillo.

Abrí la tarjeta y escribí el código en el casillero reservado para la contraseña. Luego me conecté a Google.

Escribí inmigración ilegal. Barcos. Muerte.

Me respaldé contra el asiento y esperé.

Lo había tenido varios días delante de mis ojos y aun así no había caído en la cuenta. No me di cuenta. Me había engañado a mí misma con tal de no verlo. La esperanza era una mentira, una maldita mentira.

Los primeros titulares eran recientes, sucesos de última hora. Una embarcación se había ido a pique frente a la costa de Malta, unos cadáveres habían reflotado en una de las Islas Canarias. Seguí bajando la página pero no encontré lo que buscaba.

El conserje puso una taza de café en la mesa, junto al ordenador.

—*Obrigada* —dije, la única palabra portuguesa que había aprendido. Hombre-muerto-playa-inmigrante, escribí y pulsé de nuevo en el buscador.

Bebí a sorbos el café amargo mientras el vetusto ordenador se abría paso a través de una conexión lenta. Además de la luz de la puerta entreabierta de la cocina, la pantalla era la única fuente de luz en el bar cerrado. Las ventanas estaban cubiertas, forradas, de cortinas de terciopelo de cuatro metros de altura, desde el techo hasta el suelo.

Reconocí directamente el tercer enlace.

Pulsé y el bar desapareció de mi vista.

Se trataba de una playa en España, en un pueblo de la costa Atlántica que se llamaba Tarifa. Una turista sueca había encontrado a un hombre muerto en la playa. Ponía que se trataba de un inmigrante africano.

«Fue horrible», decía Terese Wallner, de veinte años, que se había llevado un buen susto. «En el agua casi parecía vivo, solo tenía un tatuaje, por lo demás estaba completamente desnudo».

Me llevé la mano al hombro izquierdo y lo agarré con fuerza. Un tatuaje. Ese era el vago recuerdo, inconsciente, que llevaba asentado en la cabeza.

Cotejé la fecha. El artículo fue publicado el miércoles 24 de septiembre. Hacía una semana. Siete días después de que alguien viera por última vez a Patrick en la terraza de Alfama.

Leí el escueto artículo una vez y otra. ¿Cómo sabían que era un inmigrante africano? No se deducía del texto. Por otro lado, fueron varios los cuerpos que reflotaron en tierra días más tarde en las cercanías de Cádiz. La policía española creía que se trataba de una embarcación zozobrada con inmigrantes ilegales a bordo.

Busqué España y apareció un mapa. Con el corazón latiendo, hice un zoom sobre el sur del país y encontré la localidad de Tarifa en la punta de un cabo, un poco al oeste de Gibraltar. La distancia

con el continente africano no era mayor que la punta de mis uñas comidas, diez o veinte kilómetros a lo sumo. Y, desde Tarifa, el Atlántico se abría hacia el oeste, hacia la frontera de Portugal, donde el litoral trazaba un recodo hacia el norte y el mar se adentraba en el estuario donde estaba Lisboa, junto a la desembocadura del río Tajo.

Podía encajar.

Me costaba respirar.

Dios mío, pensé. *Podía encajar*.

La cabeza me golpeaba cuando busqué más información sobre el hombre de la playa, pero el escueto texto era todo lo que había. Nada sobre su identidad. Nada más sobre el tatuaje. Volví de nuevo al texto.

«Fue una terrible conmoción», decía Terese Wallner. «La gente se baña y practica el surf todos los días en esa playa».

Miré la hora. Me quedaban cuatro minutos de conexión. Busqué Suecia, direcciones, y escribí el nombre de Terese Wallner. Parecía que solo había una, un número de teléfono móvil registrado en la dirección calle de Hemmansvägen de un lugar llamado Järfälla.

Eran las cinco y tres minutos de la madrugada. Suecia quedaba más al este, casi a la altura de Rusia, lo que en la práctica suponía otro huso horario. Allí, por lo menos, debían de ser las seis.

Apagué la conexión y subí a la habitación. Dejé que el agua caliente de la ducha me rociara el cuerpo hasta que la piel me ardiera y se encogiera. Contemplé un buen rato cómo el agua formaba pequeños remolinos y era absorbida por el desagüe.

Cuando eran las seis en Lisboa y posiblemente las siete en Estocolmo marqué el número de Terese Wallner. Dio ocho señales antes de que alguien contestara. Una voz turbia.

—Perdón por llamar tan temprano —dije y deseé en lo más íntimo que la persona hablara inglés.

—¿Quién es? —dijo ella.

—Tú estuviste en España hace una semana. Lo leí por Internet.

—¿Cómo, se trata del pasaporte? —De pronto parecía interesada y bajó la voz hasta un susurro—. ¿Lo ha encontrado usted?

—No, pero tú encontraste a un hombre que yacía en la playa. Porque fuiste tú, ¿verdad?

—Sí. —Oí que la muchacha se sonaba la nariz al otro extremo de la línea—. Perdón, estoy un poco resfriada —dijo—. Papá dice que se debe al aire. O tal vez al susto. No sé.

Su inglés era decente, con una saltarina melodía sueca.

—En la entrevista dices que él tenía un tatuaje. ¿Correcto?

—¿De dónde dices que llamas?

—Desde Lisboa.

—¿Es que trabajas para un periódico?

La chica se sonó la nariz con un estruendo que crepitó en el teléfono.

—¿Cómo era el tatuaje? —pregunté.

—Lo llevaba en el hombro.

—¿En qué hombro?

—En el del muerto, claro. —Se echó a reír—. Yo estaba sentada en un rompeolas, cuando fui a trepar… —Calló de repente—. Tú no conoces a Alex, ¿verdad?

¿Quién coño era Alex?

—No, no conozco a ningún Alex —dije. Tragué saliva—. Pero quizá conozca al hombre que tú encontraste.

—Pero si era de África.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues claro que lo era. He soñado con él. Con que sale del agua y me atrapa. Es espantoso y aun así no tanto. Parecía casi vivo. ¿Para qué periódico trabajas? —Terese parecía definitivamente despierta. Parecía contentarla la notoriedad—. No entiendo por qué se hacen tatuajes, tiene que hacer daño. Yo misma me desmayé cuando me hicieron agujeros en las orejas, aunque entonces solo tenía trece años, claro.

Hundí las uñas en la colcha.

—¿Qué tipo de tatuaje era?

—Muy bonito. Bonito de verdad. Eran dos flores trenzadas. No eran rosas ni nada de eso, sino más bien flores de fantasía, un diseño precioso.

Un precioso diseño, resonó en la habitación y el trenzado de flores me golpeó delante de los ojos, podía verlas extenderse sobre un hombro negro hacia los músculos del antebrazo y me mordí la mano que no sujetaba el teléfono, me mordí cuanto pude y el dolor

me retuvo.

—Pero la policía no parecía interesada. Tenían más interés en saber lo que yo hacía en la playa y cosas por el estilo. —Terese volvió a sonarse la nariz—. Perdona —dijo—, pero no me resulta fácil hablar de eso, es como si volviera de nuevo. Papá cree que me va a llevar su tiempo superar un suceso así.

—¿Ponía algo? —susurré.

El teléfono chirrió, la chica cambió de postura.

—¿Has dicho algo?

—¿Ponía algo en el tatuaje? —dije casi a gritos.

—Ah, te refieres al hombro. Perdón, es que no se oye muy bien. No sé lo que significaba. No conozco esos idiomas.

—Entonces ponía algo. —Oí mi propia voz reverberar en el aparato, todo lo que decía se repetía con un microsegundo de demora—. ¿Un nombre?

Nombre, nombre, reverberó la línea.

—No sé si era un nombre. Dijeron que era subsahariano y que eran muchos los que perecían en el mar. Imagínate si me hubiera bañado allí el día anterior, quizá estaba ya allí, pero me pareció que hacía frío y que había grandes olas.

—¿Qué ponía en el tatuaje?

Escuché la respuesta de la chica a lo lejos.

Y me escoció el hombro izquierdo. El tatuaje que yo tenía, el nombre de Patrick en mi piel en recuerdo de la noche alocada en Chinatown, la noche en que nos prometimos grabando nuestros nombres, ¡mucho mejor que alianzas! Fue un acto de eternidad, algo que nunca perderíamos, una alocada provocación contra sus padres, una idea que me golpeó de repente al ver la luz de un salón de tatuaje en el sótano de una calle transversal a Mott Street. No creí que él fuera a atreverse. Quererme tener de forma tan definitiva. Para la eternidad. Para la eternidad.

La voz de la muchacha se abrió paso a través de la línea.

—Ponía *solo*, ¿no te parece raro? Así se dice en sueco. Allena. Aunque ponía Alena, con una *ele*. Casi como *alone* en inglés. Fue un tanto espantoso porque él allí estaba solo. Y yo también estaba sola, porque Alex… pero eso no te lo puedo contar, todavía estoy muy dolida.

Solté el teléfono y la voz estaba en algún lugar de la oscuridad que me rodeaba. Quise gritarle que parara, pero seguía y seguía:

—Y luego pensé que debía significar otra cosa en su lengua. ¿Sabes lo que significa? He pensado muchísimo en ello. Creo que nunca voy a superar un suceso así. La vida ya no es la misma. ¿Aló? ¿Me sigues? ¿Es él? ¿El que tú conoces?

# Tarifa jueves, 2 de octubre

Ante mí se extendía el último tramo de carretera como un solitario trazo a lápiz dirigido directamente hacia el mar. Un letrero de zona militar apareció y desapareció. En una esquina había un cobertizo de ovejas medio derruido.

Aquí acaba, pensé. Ningún camino conduce fuera de aquí.

Me removía en el asiento, cambiaba de postura. De nada me servía. Me dolía el cuello y la columna vertebral, tenía el culo entumecido después de una noche en varios autocares, primero desde Lisboa hasta la frontera española, después hasta Sevilla, donde cambié a un autocar más viejo y destartalado que se dirigía a Algeciras, y ahora a este autobús local de asientos duros para el último trayecto. Si me dolía el cuerpo, todo estaba en orden, había deseado ese dolor. No me enteré de los lugares por los que pasamos. Había cerrado los ojos aunque apenas durmiera, suscitado imágenes de Patrick una tras otra, recuerdos que debía guardar y retener porque nada me quedaría si perdía la sonrisa en la comisura de sus labios, el calor de su mirada, la sensación de sus manos, su tono de voz; si no guardaba todos y cada uno de esos detalles.

Sentía náuseas. Pan blanco y jamón desde la noche de ayer, podía imaginarme los revolcones de la criatura entre hidratos de carbono desperdigados, pero tampoco me importó. Yo no había pedido a ningún intruso que me reclamara alimento y me obligara a seguir viviendo.

Una anciana se apeó en medio de un paisaje estéril, amarillento, lomas de pasto marchito y matorrales calcinados. A lo largo de la cima de un monte había una hilera de molinos de energía eólica. Sus aspas rotaban desaforadamente contra el cielo, como náufragos que trataban de salir a la superficie.

Cerré los ojos y volví a hundirme en las imágenes de Patrick.

En vida.

Cuando venía al sofá del cuarto de estar con una taza de café. La cantidad exacta de leche en mi taza. Los labios suaves contra mi frente. *American Idol* por televisión. Una disputa leve y divertida sobre quién debería salir del programa. Amanda Overmyer llevaba todas las de perder y Patrick apostaba por Carly Smithson, siempre encaprichado con lo europeo mientras yo sentía debilidad aquella temporada por la perita en dulce de David Archuleta y él me recriminaba que empezara a hacerme vieja y sentir debilidad por los adolescentes. Habíamos comido lo que nos trajeron del chino de la calle Diecinueve y luego nos sentamos cada cual a su extremo del sofá, yo con un periódico y Patrick con un libro mientras seguía el programa, las voces se integraban y el tiempo era infinito. *Así tenía que ser*.

El autobús torció varias veces y frenó, y, aunque no quise, tuve que abrir los ojos.

Tarifa.

Lo primero fue el viento. Me zarandeó con todas sus fuerzas nada más apearme del autobús, a punto estuvo de tirarme al suelo, un viento seco y ardiente e implacable que me desbarataba el pelo y lo enredaba en torbellinos, me azotaba el rostro.

Pensé que era el fin del mundo.

La estación de autobuses era un barracón de chapa ondulada en medio de un páramo azotado por el viento. Entre escombros y matorrales había una excavadora volcada y abandonada. A lo lejos había módulos cuadriculados de apartamentos con la colada meciéndose en los balcones. Entorné los ojos a la blanca luz del sol. Un asomo de mar se divisaba tras las casas.

El cuartel de la Guardia Civil era un complejo de piedra parda que ocupaba toda una manzana. Por la parte de atrás corría una alambrada de espino sobre la cresta de los muros.

España contaba con tres cuerpos de policía. Lo había leído en Internet el día antes en Lisboa. A la Guardia Civil le competía la protección de las fronteras y también se la mencionaba en artículos

de prensa sobre inmigración ilegal.

En la sala de espera, una mujer vestida de negro sostenía contra su hombro, envuelto en una manta, a un bebé que gemía y, a su lado, un par de hombres que se habían dejado caer en sus sillas y dormitaban.

—¿Así que es usted ciudadana americana? —El agente se sentaba tras un escritorio que estaba en medio de una habitación pelada—. A este lado de Gibraltar no recibimos a muchos turistas americanos.

—No soy turista —dije y tomé asiento sin que me lo indicara.

—Vaya. —El agente se echó hacia atrás y me miró con una mueca de indiscreción en la mirada. A su espalda había una imagen de la Virgen María.

—El lunes pasado apareció un hombre muerto aquí, en la playa de Tarifa —dije.

—¿Es usted periodista? —preguntó en tono receloso.

—No —dije y recuperé aliento—. Soy su esposa.

El agente se echó a reír, una risa alta y desenfadada que se extinguió al instante.

—No, no, usted se equivoca, señora. Se trataba de un inmigrante ilegal, un subsahariano. Pretenden hacer la travesía en barcas, comprende, *pateras* ingobernables para cruzar el estrecho. Pensábamos que habíamos puesto coto a esa ruta, pero siempre hay alguien que intenta pasar desapercibido.

Saqué del bolso la foto de Patrick y la puse en el escritorio, delante de él.

—¿Era este?

El agente se inclinó sobre la foto y luego volvió a mirarme. Una mirada incrédula. Desaprobatoria. Levantó la foto y la dejó caer de nuevo.

—¿Quién es?

—Se llama Patrick Cornwall, periodista americano, residente en Nueva York. Estamos casados. —Había repensado las frases en español con anterioridad para utilizar palabras del diccionario y no las que se estilaban en las calles de Loisaida.

El agente me escrutó de arriba abajo.

—Usted no parece americana.

—Me crie en la barriada puertorriqueña de Nueva York —dije—, allí se aprende de todo un poco.

—¿Y tiene que ser su esposo?

Golpeó la foto con el lápiz.

—Desapareció en Lisboa hace un par de semanas. Fue asesinado.

—Vamos a ver si nos lo tomamos con un poco de calma —dijo. Se levantó e hizo una reverencia a la santa imagen de la Virgen María antes de dirigirse de nuevo a mí—. Sabemos que una embarcación zarpó de la costa de Marruecos la noche antes. —Señaló en dirección al mar—. Sabemos que zozobró o que saltaron al agua. A veces les dicen que tienen que hacerlo para que a los que comandan la embarcación les dé tiempo a volver y ocultarse en Marruecos antes de que les cojamos. Quizás esta vez saltaron demasiado pronto. —Dio un rodeo al escritorio y se dirigió hacia un mapa que había en la pared—. Un cuerpo reflotó aquí —dijo golpeando el lápiz en un punto del mapa donde se juntaban el mar y la tierra—. Y al día siguiente aparecieron dos más en Cádiz, un hombre y una mujer. Ella estaba embarazada de seis o siete meses. En resumen, entre nosotros y la policía marítima de Marruecos hemos recogido siete cadáveres la última semana.

Me quité la chaqueta.

—Tenía un tatuaje en el hombro —dije y me bajé el jersey por el hombro izquierdo. La mirada del hombre trepó por mi piel cuando exhibí el tatuaje, los dos zarcillos en flor que se unían y se enzarzaban entre sí, un nombre grabado para la eternidad. Patrick.

—En su tatuaje figura Alena —dije—. Sé que el hombre hallado en la playa tenía un tatuaje así.

El agente se acercó a mí. Se agachó. Puso un dedo sobre mi tatuaje, lo acarició un poco. Su aliento en mi oído.

Temblé pero no me moví. Se dirigió hacia el escritorio y volvió a sentarse.

—¿Solía su esposo dedicarse a los deportes de playa? —dijo al fin.

—¿Cómo?

—Tarifa es popular entre surfistas. —Se respaldó y se meció en el sillón—. Vienen surfistas de todo tipo de Inglaterra, Escandinavia y de toda Europa. No le tienen respeto al viento ni al mar, creen

que es un juego. Seguro que entre ellos también hay algún americano.

Patrick practicando surf. La idea era tan estúpida que al principio no fui capaz de responder. Si había algo a lo que temía era al agua. Meneé la cabeza.

—Apenas sabía nadar.

El agente se echó hacia delante y apretó un botón al lado del escritorio. La puerta se abrió y entró un hombre más joven.

—Saque la carpeta del subsahariano del lunes pasado.

Cuando la puerta se cerró, volvió a inclinarse sobre el escritorio con ojos como lapas, pegados a mí, penetrantes.

—Llevo catorce años en el cuerpo —dijo—. Conozco esta frontera, sé lo que pasa. Los nuevos métodos se extienden rápidos como llamas al otro lado. Durante un tiempo tuvimos pateras atiborradas que llegaban a nuestro territorio todas las semanas, y luego, cuando nos pusieron vigilancia por radar, se popularizó la idea de pasar escondidos en las carrocerías de los coches a bordo del transbordador de Tánger, después en buques cisterna, he visto de todo. —Se echó a reír y se llevó las manos a la nuca—. Pero esta es la primera vez que alguien me asegura que un americano intentó hacer la travesía del estrecho.

—Yo no he dicho que intentó hacer la travesía del estrecho —dije—. He dicho que fue asesinado.

El subordinado entró con una carpeta que alcanzó a su jefe. Me miró de reojo. Me subí el jersey que aún me caía por el hombro.

El agente abrió la carpeta y extrajo unas fotografías. Sentí que un temblor helado me recorría el cuerpo y me incorporé. Me acercó las fotos.

La primera mostraba a Patrick de cuerpo entero, tendido en la playa. Estaba desnudo. Gritó, pensé, gritó cuando lo arrojaron al agua. La cabeza me daba vueltas. Cerré los ojos y volví a abrirlos. Me obligué a mirar, puse los dedos en la foto. Superficie esmaltada. Muerte.

La siguiente foto era un primer plano. La descarté sin más. Ya lo sabía. No quise que fuera mi última imagen de Patrick, la imagen que se interpusiera al beso de despedida cuando bajó corriendo hasta el taxi que lo llevaría al aeropuerto de Newark y al avión de

París. Me enjugué el rostro con la manga y me obligué a mirar la última foto.

Mostraba el tatuaje del hombro, los zarcillos en flor que se engarzaban alrededor de mi nombre, *algo que Botticelli podía haber pintado*. Lucía en rojo y verde. Tras la primera visita al chino, tuvo que acudir a otra casa de tatuaje para que le rellenaran los colores. El chino tenía una experiencia limitada de tatuajes en piel negra. Los colores más luminosos se disipaban contra los tonos de la piel, pero funcionaban el rojo y verde intensos. Alena en rojo, en verde los zarcillos en flor.

Se me revolvió el estómago y murmuré algo, me llevé la mano a la boca y me levanté, corrí por medio de la sala de espera, donde la mujer y su criatura se recortaban como un bulto negro al límite de mi campo de visión y entré dando traspiés en el servicio de señoras.

Me volqué sobre la taza del retrete y vomité, pan blanco, jamón y zumo, todo el cuerpo me temblaba cuando el estómago se revolvía, y la última pizca de esperanza se fue por el sumidero con todo lo demás.

Me lavé con agua fría durante un buen rato. Me sacudí los mofletes con la palma de las manos. Me sequé la cara con papel higiénico.

El agente había cambiado de gesto cuando estuve de vuelta. Permanecía sentado en su asiento, grave.

—¿Cómo se encuentra?

Solo moví la cabeza. Las piernas me temblaban cuando fui a sentarme.

—Necesitamos una identificación —dijo y reunió las fotos ante sí. Ya no las volví a ver.

—Es él —dije y me llevé las manos a las piernas para que no me temblaran—. Es Patrick Cornwall, 38 años de edad, ciudadano americano.

Él se rascó el cuello.

—No basta, claro está, para declararle muerto, estas rutinas tienen su importancia.

—¿Qué chorradas dice?

Caí en mi español vulgar de joven.

—Cualquiera podría presentarse aquí y afirmar que ese es mi

marido y hacerse con la herencia, no digo que usted lo haga pero los hay.

—Le digo que es él.

El agente enarcó las cejas, le crecían muy pobladas desde el puente de la nariz.

—Necesitamos una identificación segura —dijo y sacó unos papeles de la carpeta.

—¿Y eso qué quiere decir?

Me ceñí la chaqueta.

—Si se trata de un inmigrante marroquí en nuestro poder, entablamos contacto con la policía marroquí y ellos se ocupan del resto. Pero si se trata de un inmigrante subsahariano la cosa no resulta tan sencilla.

—¿Pero es que no me entiende? —Me salió un gallo al forzar la garganta—. No es ningún jodido subsahariano, es americano de siete generaciones.

El agente agitó unos papeles que tenía en la mano y los puso ante sí.

—No podemos identificar a los que reflotan en tierra. Ni siquiera sabemos de qué país proceden, Nigeria, Ghana, Sierra Leona, Senegal… ¿Por dónde íbamos a empezar?

Crucé los brazos y me metí las manos en los sobacos para templarlas.

—Se toman huellas dactilares y pruebas de sangre, luego se llevan los cuerpos a custodia. Nunca he oído hablar de que se proceda a identificación alguna.

Le miré a los ojos, pero él seguía emperrado, dale que te pego, con sus jodidos inmigrantes. Aquí, ni la lógica ni el sentido común valían para nada y tuve el pálpito de que Patrick fuera a desaparecer una vez más en una especie de burocracia kafkiana entretenida con la muerte. Mi mirada se quedó pegada a la Virgen María y al niño Jesús en sus brazos, una idea absurda en medio de todo: de haber tenido ADN por aquel entonces, habrían podido probar la paternidad de la criatura.

—¿Dónde queda el consulado americano más próximo? —pregunté.

—En Sevilla.

No quiero verlo, pensé. No quiero permanecer en una fiambrera al descubrir el velo de su rostro y decir: «Es él» y prorrumpir en llantos. No quiero sentir frío la última vez que lo vea.

—¿Pueden enviar esos datos, huellas dactilares y todo, por correo electrónico, al consulado americano? —pregunté.

—No —repuso el agente—, eso no lo hacemos.

—¡Cojones! —Di un puñetazo en la mesa y estuve a punto de llamarle hijo de puta cuando abrió la boca y sonrió de modo que le viese las muelas de oro.

—Pero podemos, naturalmente, enviar un fax.

Una vez fuera del cuartel marqué el número del consulado de Sevilla.

Un hombre me contestó, Tom McNerney, con acento del medio oeste.

—Se trata de algo más que un trámite de pasaporte —dije.

—De acuerdo. Cuente para ver lo que puedo hacer.

Le conté la historia de forma breve y concisa, como si ya no tuviera que ver conmigo. Miré los sólidos muros de piedra del cuartel. En uno de ellos alguien había hecho una pintada de signo anarquista.

—Ahora tranquilícese —dijo Tom McNerney cuando hube acabado—. La llamaré cuando reciba el fax de Tarifa, y luego iremos paso a paso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —El pecho me dio un calambre, una persona se preocupaba.

—Por cierto, en Tarifa puedo recomendarle el Café Central del barrio viejo, un sitio agradable para un almuerzo sin pretensiones. Lugar histórico, buenos precios.

—Gracias —dije—, lo tendré en cuenta.

Doblé la esquina y el viento me zarandeó con toda su fuerza. La arena pinchaba como agujas cuando me azotó la cara. Ante mí la playa y el mar, un horizonte abierto hacia la infinitud.

Allí, en algún lugar, lo habían encontrado.

Me senté en un banco de hormigón. Repasé los números de las últimas llamadas.

Ella contestó a la segunda señal.

—Soy Ally Cornwall de nuevo —dije.

—Vaya, eres tú —dijo Terese—. La llamada del otro día se cortó. ¿O fuiste tú quien colgó el teléfono?

Me incliné hacia delante y me subí la chaqueta para protegerme del viento.

—Solo se trata de algo más que necesito saber.

—Papá me dice que no hable con periodistas. Lo único que hacen es tergiversar y enfocar de mala manera lo que una dice.

—Yo no soy periodista.

—¿De qué se trata entonces?

—Es un poco difícil explicarlo —dije y barrí con las plantas de los pies la arena de grano fino que cubría las losas de piedra—. Te conté que quizá conocía al hombre que encontraste en la playa y ahora sé que es así. He visto fotos suyas.

Terese recobró el aliento.

—¿Es cierto? —dijo y permaneció unos segundos en silencio—. No he pensado en él en ese sentido. Me refiero a que alguien lo conociera.

—Tengo que saber —la interrumpí— dónde estaba exactamente.

—¿Por qué lo quieres saber? —dijo Terese.

—Dímelo, por favor.

Segundos de silencio. Las gaviotas sobrevolaban en círculo a lo alto, encima de mi cabeza.

—No he podido contárselo a nadie —dijo Terese y empezó a llorar.

Lloraba e hipaba. Y mientras yo caminaba por las dunas de arena, ella se sacaba de dentro el trauma que había pasado y el hecho de haber estado en la playa aquella noche con un chico que había conocido por la tarde, un surfista llamado Alex de algún lugar insignificante de Inglaterra, que le había partido el corazón. Conseguí sacarle ciertos datos antes de que la voz al otro extremo de la línea se ahogara en un llanto descontrolado.

Un rompeolas negro se adentraba unos metros en el mar.

—Ahí fue donde estaba —dijo Terese entre sollozos—. ¿Puedes

imaginarte que lo pisé?

Trepé por las rocas y me senté. El oleaje elevaba y hundía la superficie del mar, de modo que la tierra también parecía moverse, nada había firme ni estable. Una cometa de color naranja volaba por encima de mi cabeza con un surfista en traje de goma sujeto a una cuerda, saltaba sobre la tabla y caía al agua. El aire era cálido y salino.

—No comprendo cómo pudo tratarme así —sollozó Terese.

Me quedé mirando al teléfono en mi mano, casi había olvidado que ella seguía allí.

—¿Quién? —le dije, desconcertada.

—Alex. Me refiero a que habíamos…

El agua me salpicó cuando una nueva ola rompió contra las rocas y siguió rodando hacia la playa. Espuma en la superficie. Tuvo que haber estado en algún punto del rompeolas, atrapado entre las rocas. No fui capaz de mirar hacia abajo.

—No debí haberlo hecho, ¿verdad?

—¿El qué?

—Pues eso, follar con él.

—¿Qué tiene eso que ver?

Los ojos me escocían de arena y luz afilada. Entorné la mirada hacia el oeste, hacia el horizonte, y no pude distinguir dónde acababa el mar y empezaba el cielo.

—Si aun así le hubiera dicho que no —gimió Terese—, quizá le hubiera gustado más.

—Pero corta ya —dije y mi pensamiento voló hasta la primera noche en que arrastré a Patrick por el portal de mi casa en East Village, su mano en mi mano cuando le conduje escalera arriba, a oscuras porque nunca cambiaban las bombillas—. A veces hay que apostar.

Aparté el pelo de los ojos pero el viento me los cubrió de nuevo.

—Se llevó mi pasaporte —gimió Terese—. ¿Puedes creer que me lo quitó para venderlo, solo para sacar algún dinero. Y yo, que volví al Blue Heaven Bar para verlo de nuevo?

—¿A qué lado del rompeolas se encontraba?

—Pero si te lo he dicho. A la derecha, casi a medio camino.

Y yo me obligué a ladear la cabeza y mirar hacia abajo. Terese

no aparecía en la imagen, solo la representación del cuerpo de Patrick. El agua fría. Una ola rompió en un torbellino de espuma, removió la arena del fondo y dejó unas conchas tras de sí cuando el mar la retiró. Y rompió la siguiente ola y borró las huellas de la anterior.

# Tarifa viernes, 3 de octubre

—¿Qué tiempo hace en la costa?

Era Tom McNerney, del consulado, que llamaba poco después de las diez de la mañana.

—Supongo que sopla el viento —dije.

Había desayunado una ración doble y estaba sentada junto a uno de los ordenadores de la recepción. Era una humilde residencia en una calle trasera construida al estilo árabe, con un patio interior alrededor del cual se ubicaban las habitaciones. Las paredes estaban alicatadas en azul y blanco, pintadas con pequeños querubines regordetes que flotaban por todas partes.

—Tengo en mis manos un fax con un par de huellas dactilares.

—Bien. —Borré deprisa el correo electrónico de Benji y me levanté. Él hojeaba documentos al otro lado de la línea.

—Así que la cuestión radica en cómo avanzamos a partir de aquí —dijo—. Para empezar, necesito huellas dactilares con las cuales cotejarlas.

Me llevó unos segundos entender el significado. Lógico, tan lejos no había llegado.

Tom McNerney tosió.

—ADN en caso alternativo, claro, pero eso es otra historia, más complicada.

No ADN, pensé y me senté en un sillón de mimbre. Fijé la vista en un grupo de tres flamencos de color rosa, de plástico y de tamaño natural, que eran parte del decorado.

Huellas dactilares era algo menos… íntimo.

Las había en casa, por supuesto. Y entre sus pertenencias en Lisboa. Dejé la maleta en la consigna del hotel y veinte euros de propina para que la enviasen después.

—Lo más sencillo, claro, es si constan en algún registro —prosiguió Tom McNerney.

Registro. ¿Podía imaginarme a Patrick en el registro de la policía?

¡Pues claro! ¿No le había echado la bronca su padre precisamente por eso? Por ir a parar al registro de la policía y arruinar su futuro por ir al acecho de una exclusiva.

—Estuvo arrestado una vez, hace un par de años —dije—. En un distrito policial de Washington DC.

—Bien —dijo McNerney. Presentí un leve cambio en su voz—. Entonces solo nos queda establecer contacto con casa…

—No es un delincuente —dije yo rápido—. Estuvo llevando a cabo unas pesquisas y se infiltró como topo en una banda de delincuentes para escribir un reportaje sobre racismo en el cuerpo de policía, sobre el trato discriminatorio contra los negros, corrían rumores de maltrato sistemático y confesiones bajo amenazas.

—Me suena de algo —dijo McNerney.

—Estuvo a punto de conseguir el premio Pulitzer —dije—, además de una costilla rota.

—Washington DC, entonces. —Oí el repiqueteo de un teclado y me imaginé cómo compulsaban las huellas dactilares de Patrick, líneas que coincidían a la perfección.

—Hay otro aspecto que acabo de conocer —dijo Tom McNerney.

—¿De qué se trata?

—Tienen ciertas rutinas cuando se trata de estos casos. —La voz era rasposa, se aclaró la garganta y respiró hondo—. Es decir, cuando a primera vista parece tratarse de un inmigrante subsahariano.

Sopesaba cada palabra para no meter la pata.

—¿A qué te refieres?

—Bien, es que lo han enterrado.

—¿Qué has dicho?

—A Patrick Cornwall, a tu esposo, lo enterraron hace unos días. El lunes, para ser exacto.

La mano se desplomó y el teléfono cayó de golpe contra el suelo. Cerré los ojos y pensé en tierra compacta y en la oscuridad de la tumba. Capa tras capa de tierra.

—Hola, ¿sigues al aparato? —gritó Tom McNerney a mi mano.

Me llevé de nuevo el teléfono al oído.

—No pueden hacer eso —dije—. Ni siquiera sabían quién era.

—Por lo que he entendido no había sitio —dijo Tom McNerney —. Han tenido varios casos por ahí de personas que han muerto las últimas semanas. En parte inmigrantes pero también… Hmm… ciudadanos de a pie, ancianos que también mueren. Es una localidad pequeña.

—Él fue asesinado.

Silencio al otro extremo de la línea. Otro carraspeo.

—Lo siento —dijo.

—Es ciudadano americano —dije. Las palabras se me atragantaban en la garganta.

—En calidad de familiar puedes exigir, claro está, el traslado a casa de sus restos tan pronto como se resuelvan los trámites burocráticos. Nosotros te ayudaremos con los papeles.

—No se trata de eso —dije y me levanté—. Lo asesinaron. No sé exactamente quiénes, pero sé quién es el responsable, un francés que…

—Tranquila, vayamos por pasos.

Yo iba y venía por el recibidor con el marcado acento de Tom McNerney pegado al oído. Algo se me quedaba de lo que decía.

Primero iba a aclarar lo de la identificación. Se había enterado de que a Patrick no le habían hecho autopsia. Ese debía ser el siguiente paso, pero de ello debía ocuparse la policía española.

—No hacemos nada sin que nos lo pidan —dijo—. Debo mantenerme dentro de las normas diplomáticas.

—¿Es que no puedes preguntarles si quieren que les ayudes? —dije.

—En ese caso me entrometería en el trabajo policial del país donde estoy viviendo. Y no queremos eso.

—Vaya —dije y me froté la frente. Presentí que debería volver al cuartel de la Guardia Civil y poner patas arriba la desangelada dependencia. ¿O habían transferido el caso a otro cuerpo de policía? ¿A la Policía Nacional? Rendida de cansancio, me hundí en un sillón que había al lado de unas macetas con flores de plástico.

—Pero si vamos paso a paso todo se arreglará, ya lo verás.

—¿Dónde está? —dije.
—¿Cómo?
—¿Dónde está enterrado?

El cementerio católico estaba en medio del campo, tras un supermercado alemán. Fuera, tres caballos ramoneaban en el pasto seco.

El viento amainó cuando entré en el cementerio. Allí la vegetación era abundante, un frondoso oasis en medio del desierto, como si la concentración de muerte generase vida a la tierra y en realidad no era otra cosa… polvo eres…

Un sepulturero estaba metiendo útiles de jardinería dentro de una caseta.

—Perdone usted —dije en mi español más pulcro—. Estoy buscando una tumba reciente, la de un hombre que fue sepultado el lunes pasado.

El hombre se encogió de hombros y meneó la cabeza.

—Se cree que era un inmigrante ilegal —añadí y el sepulturero hincó su pala en el suelo.

Tenía la cara arrugada y la boca sin dientes. Me señaló la parte sur del cementerio.

Le di las gracias entre dientes y constaté la jerarquía entre los muertos mientras caminaba. Primero fueron hileras de pulcros nichos católicos, panteones de cuatro pisos con techumbre abovedada, con nombres grabados y adornados con flores y pequeñas esculturas privadas del niño Jesús y la Santísima Virgen. Luego tumbas corrientes, tanto más humildes cuanto más me acercaba a los extremos, con menos flores, hasta que al final también aparecían sin nombre. Tumbas anónimas, marcadas con ladrillos, donde la hierba crecía entre grietas. Ninguno había sido enterrado las últimas semanas.

Al final llegué hasta una diminuta lápida conmemorativa. Una simple losa con inscripción y un pequeño ramillete de flores rosas: *En memoria de los inmigrantes perecidos en aguas del Estrecho*. El estrecho era, pues, el estrecho de Gibraltar entre Europa y el continente africano.

El sol me quemaba el cogote. Me di la vuelta. A mi espalda, contra un muro, concluía el terreno del cementerio. Un árbol daba una amplia sombra en el rincón más apartado. Alrededor de una tumba antigua, la verja de hierro se había oxidado y caído. Delante de ella había un montón de tierra del tamaño de un féretro. Me dirigí lentamente hacia allí. Me agaché y recogí un puñado de tierra. Estaba húmeda, olía a humus y a otoño. Caí de rodillas. Puse una mano sobre la tumba.

Sentí vacío. Un silencio profundo, sordo. Allí no podría llegar ruido alguno. Nunca había tenido un dios con quien hablar, ni el de los católicos ni ningún otro. Por primera vez en mi vida experimenté la ausencia de algo mayor, un consuelo que no sabía dónde lo podía hallar.

Me incliné más abajo y dejé que la mejilla rozara la tierra y murmuré.

«Patrick, estoy aquí y tengo que decírtelo…». Me atraganté y no pude decir nada.

Vas a ser padre.

La sombra del árbol se desplazaba lentamente, al compás del tiempo, por el muro encalado.

Cuando por fin me levanté, me costó enderezar las rodillas. Me volví por última vez, miré el espacio anónimo del cementerio y entendí que tenía que hacer una llamada que no admitía más demora.

—No puede ser —gritó ella al teléfono. Yo lo mantuve un poco apartado del oído. Luego se puso el padre de Patrick al aparato. Oí a Eleonor Cornwall al fondo: «Mi hijo no ha muerto, no ha muerto».

Frío y formal, Robert Cornwall me pidió que le contase lo sucedido.

—¿Un cementerio católico? —me sonsacó después de haberle contado todo lo ocurrido—. ¿Pero tú sabes que nosotros somos protestantes?

—Es un país católico —dije—, y no sabían quién era.

Silencio. ¿Estaba obligada a defender el país como si fuera yo quien hubiera decidido enterrarlo allí? Permanecí sentada en la

cama de la habitación con la vista fija a través de la puerta abierta del balcón.

Los padres de Patrick nunca aceptaron que él se casara conmigo, habiendo como había tantas muchachas negras entre las buenas familias del círculo de sus amistades.

—Él descansará en nuestro cementerio —dijo Robert Cornwall con un hilo de voz—. Su madre tendrá una tumba que poder visitar. El abogado de la familia se ocupará de todos los detalles.

Y la línea murió, mi suegro colgó el teléfono. Dejé el mío a un lado y me quedé mirando al techo. Dos goteras parecían expandirse y convertirse en una. No les dije que esperaba un hijo de Patrick.

Al atardecer llegó la confirmación.

Seguía en la cama y tuve que haberme quedado dormida, puesto que algo me despertó. Tenía el cuerpo destemplado y entumecido.

—Acabo de recibir notificación de Washington DC —dijo McNerney—. Contamos con una identificación positiva.

—Vaya —dije.

Sentí como si ya nada me importara. Las diligencias alrededor de la muerte eran algo abstracto que nada tenían que ver con la muerte. Un trámite burocrático, como los deberes del colegio que había que hacer.

—Tenías razón —dijo McNerney—. Figuraba en el registro y las huellas coinciden con las del muerto de Tarifa.

Me quedé sentada en la cama.

—¿Y ahora qué?

—Tengo que presentarte mis excusas. Ni siquiera te he dado el pésame.

Vi las cortinas de la ventana mecerse al viento. La luz del exterior era débil y azulada, pronto iba a oscurecer.

—Primero debemos ocuparnos, claro está, de la partida de defunción. En eso podemos ayudarte con el papeleo y el contacto con las autoridades españolas.

—Y con la investigación criminal —dije—, ¿qué pasa?

Tom McNerney aspiró entre dientes y chasqueó la lengua.

—Eso es algo más peliagudo —dijo—. Ahí entramos en los

asuntos internos del país y, como ya sabes, en eso no puedo inmiscuirme.

—¿Pero qué dice la policía?

—Por lo que entiendo, lo consideran un caso de naufragio.

—Pero no lo es.

Me puse en pie y paseé por la pequeña habitación.

—Patrick nunca se hubiera arrojado de forma voluntaria a esas aguas, en medio del oleaje —dije—. Ni siquiera toma el transbordador hasta State Island si lo puede evitar.

Tomaba, pensé. Se dice tomaba, no toma. Ahora todo era pasado.

—Imagino que la policía española quiere ver indicios más sólidos —dijo Tom McNerney—. Si existen, seguro que reabrirán el caso. A día de hoy, confío plenamente en la policía de este país.

Me froté la frente. ¿Indicios?

—Tienen que hablar con la policía de Lisboa —dije—. Allí hay un tal comisario Ferreira que sabe bastante del asunto.

—En fin, ya te he dicho que yo no soy la persona indicada para decir a la policía de este país lo que tiene que hacer. Como comprenderás, no lo verían con buenos ojos.

Solté el teléfono. Indicios sólidos.

—Yo no puedo…

—Inmiscuirte en su trabajo, ya lo sé —dije y recobré el aliento.

—Lo siento —dijo Tom McNerney.

—El doctor Robert Cornwall va a dejarse oír pronto —dije—. Su abogado va a exigir el traslado del cuerpo de Patrick a Estados Unidos.

Salí al balcón que daba a la calle trasera y me zarandearon los ruidos de otra realidad. El traqueteo de una motocicleta sin silenciador. Dos mujeres que parloteaban a voces en medio de la calle.

Un caso de naufragio. ¿Sería posible que pudieran prescribir la muerte de Patrick de forma tan sencilla?

De eso nada. Había sacrificado su vida en aras de ese reportaje. No había nada normal en su muerte.

Entré de nuevo en la habitación, me senté en la cama y marqué el número de la redacción de *The Reporter* en Nueva York.

Apenas tardé cuatro minutos en contactar con Richard Evans.

—¡Ally Cornwall! —gritó el redactor al otro extremo del hilo—. ¡Qué coincidencia! Ahora mismo tengo en mis manos un grueso sobre enviado desde Lisboa.

# Tarifa sábado, 4 de octubre

Los primeros artículos salieron la misma mañana, hora española, en una edición extra de *The Reporter*.

¿PERIODISTA AMERICANO ASESINADO?

El periodista neoyorquino Patrick Cornwall ha sido hallado muerto en el sur de España.

Muchos indicios apuntan a que fue asesinado.

Patrick Cornwall, de 38 años, es conocido por los lectores de *The Reporter* como periodista audaz y competente. Hace dos años fue nominado al premio Pulitzer por sus denuncias de racismo dentro del cuerpo de policía de Washington DC.

Durante más de un mes estuvo examinando la esclavitud de nuestro tiempo en el corazón de Europa, en París, cuna de los ideales de la libertad. Descubrió un mundo nauseabundo donde la vida humana no vale nada.

«Patrick estaba a punto de descubrir una red criminal con ramificaciones hasta la élite del poder», afirma Alena Cornwall, su viuda, que ha pasado las últimas semanas buscando a su desaparecido esposo por Europa.

Por fin lo halló en una playa de la localidad costera de Tarifa. La policía local creyó que se trataba de un caso más de inmigrantes africanos ahogados. Su cuerpo fue enterrado el pasado lunes en una fosa común.

Alena Cornwall exige que la policía investigue el asesinato.

«La muerte de Patrick Cornwall no solo constituye un delito contra un particular —afirma el senador John Whitford en un comentario—. Supone también un delito

contra la libertad de expresión».

Me froté los ojos y repasé el texto que seguía. Lo que allí había no podía calar. Negro sobre el gris y blanco de una pantalla iluminada no pasaba de ser otra noticia más de prensa, no me conmovía. Aun así sentí cierto alborozo, una sensación de euforia por hallarme en el centro del mundo. Seguí sentada junto al ordenador pasando de un artículo a otro. Habían trabajado duro.

Allí se manejaban cifras sobre la esclavitud en el mundo, comentarios de organizaciones que trabajaban por la abolición de la esclavitud, series de ejemplos de esclavitud moderna, un artículo sobre el incendio del hotel en el que perecieron diecisiete personas, un mapa de las rutas de la inmigración.

Estaba todo, pero faltaba algo.

Decía que Patrick había indagado sobre la hipótesis de que empresas legales ofrecían su cobertura a una amplísima red de contratación de mano de obra barata, dirigida principalmente hacia los sectores de la construcción, la limpieza y el servicio doméstico y la agricultura de Europa occidental.

¿Hipótesis? El nombre de Alain Thery no aparecía, pero Richard Evans había afirmado que esto solo era el principio.

«A estas alturas no podemos citar ningún nombre —había explicado—. Esas gentes nos pueden demandar hasta la médula».

—Patrick ha muerto —le dije—. Sé que Alain Thery está detrás de todo eso.

—Tú quizá lo sepas —dijo Richard Evans—, pero soy yo quien va a la cárcel.

Se había quedado trabajando hasta media noche, había convocado gente extra, dirigido todo el trabajo y había escrito el editorial.

—Cornwall estaba en lo cierto, maldita sea —dijo cuando me llamó para controlar ciertos datos—. Este reportaje tiene miga, un verdadero ganador de premios. Una pena que no contemos con su nervio y su testimonio directo, con la emoción con que rescata a ese pobre inmigrante del infierno en llamas.

En las imágenes de su crónica en primera página fijaba la mirada, afilada y celeste, en mí.

«El lado oscuro de la economía global es la utilización de inmigrantes como mano de obra barata y gratuita», escribe Richard Evans y traza paralelos entre la trata de esclavos de antes y de ahora. «Un esclavo era entonces una inversión que se retenía durante generaciones, ahora no pasa de ser un objeto, entre otros, de usar y tirar. No nos paremos a evaluar cuál es preferible. Consigamos en cambio lo que los abolicionistas se propusieron hace casi doscientos años: erradicar para siempre la esclavitud de la faz de la tierra».

El texto finalizaba con una llamada a los políticos: «Las democracias —escribía— tienen que dar con mejores soluciones que levantar muros contra el mundo que nos rodea». Y luego lamentaba la muerte de Patrick Cornwall y escribía que había sido uno de los reporteros *free-lance* más apreciados del periódico y que dejaba un inmenso vacío tras de sí.

Hora a hora pude observar cómo se extendía la noticia por la red. Fue referida por la CNN y por los demás canales de televisión, y cuando la mañana se convirtió en mediodía en Europa, siguieron la mayor parte de los diarios de España, Francia e Inglaterra.

La imagen
*on-line*
de Patrick en *The Reporter* se extendió de forma masiva por el mundo. Una imagen mía, obtenida del sitio de Internet del Joyce Theatre, también apareció en diversas publicaciones. Una mujer bien peinada y maquillada me sonreía desde la foto, una mujer de otra vida.

Dejé de leer y contemplé la foto de Patrick, sacada casi dos años atrás. Aparecía circunspecto y estirado, extraño. Congelado en una instantánea que duró un instante.

Ahora solo había que esperar.

Richard Evans me aseguró que el reportaje viviría su propia vida. Las demandas de una investigación iban a ir en aumento hasta que la policía se viera forzada a actuar y la justicia, al cabo, saldría victoriosa de todo ese lodazal, según sus propias palabras.

# Tarifa lunes, 6 de octubre

El lunes fueron a desenterrar su cuerpo.

Yo lo observé todo desde la distancia. Ya no estaba en mis manos.

La pequeña excavadora entró marcha atrás, giró y se plantó delante de la tumba. Las cámaras filmaron la primera paletada. El murmullo aumentó.

Yo estaba en cuclillas entre unas tumbas católicas, con la capucha puesta para no ser reconocida. Aquella parte del cementerio, tan abandonada antes a su suerte, ahora aparecía llena de gente; periodistas, equipos de televisión y curiosos en general. La muerte de Patrick se había convertido en noticia internacional en dos días. Periodistas y productores de televisión se habían hecho con mi número de teléfono y empezaron a llamarme el sábado. Decliné todas sus propuestas de entrevista remitiéndolos a Richard Evans. Todo lo que tenía que decir ya se lo había dicho a *The Reporter*. Algunos también habían conseguido mi dirección electrónica. Querían saber más de nuestra vida de pareja, del tipo de hombre y persona que era. Querían arrancarme todos y cada uno de los recuerdos que me quedaban.

Daba largos paseos a lo largo de la playa. A tramos, me quitaba los zapatos y caminaba descalza al borde del agua, con los vaqueros remangados. Hacía frío para bañarse, pero el mar tiraba de mí y me atraía y deseé haber podido lanzarme y nadar, nadar como había nadado hacía mucho tiempo durante mis años de estudiante. Cuando flotaba en medio del agua, desaparecía todo lo que me rodeaba.

Al otro extremo de la ciudad, hacia el este, había playas vírgenes, pedregosas e inaccesibles, y unas ruinas plagadas de

botellas rotas y condones usados. Cuando el viento era demasiado molesto me dirigía al barrio viejo que estaba enclaustrado entre murallas medievales y que tenía el mismo trazado árabe de sinuosas callejuelas que la barriada de Alfama en Lisboa. Pasé por el bar llamado Blue Heaven Bar donde Terese conoció al imbécil que le robó sus pertenencias. En el Café Central, el restaurante que me había recomendado Tom McNerney, comí una ensalada marroquí con atún y menta.

Había dormido toda la noche un sueño pesado, un sueño carente de color y de sueños, hasta que me despertó la llamada de McNerney para contarme que la policía española había decidido abrir la tumba de Patrick.

La presión de la prensa americana y europea había despertado a la burocracia.

Le iban a hacer la autopsia. La investigación criminal había empezado.

Las imágenes de la apertura de la tumba llegaron rápido a la red.

Me senté ante el ordenador habitual tras la recepción e introduje tres euros para una hora de Internet. Resultaba más cercano y concreto leer sobre la muerte de Patrick que presenciarla. En mi interior, no acababa de asentarse su significado.

*Nunca más*.

Reparación, pensé en cambio. Justicia. Es lo que importa ahora. La apertura de la tumba era un primer paso, pronto serían detenidos esos hijos de puta y todo el mundo lo vería.

Hojeé un par de periódicos españoles, pero me costaba leer; para mí, el español era una lengua hablada. Luego pasé a la prensa de Nueva York.

*The Reporter* caracterizaba la apertura de la tumba como un logro de la justicia. Había varios artículos sobre notorios casos de esclavitud en el mundo, pero nada nuevo sobre el incendio del hotel en París, sobre la muerte de Michail Jetjenko o sobre Alain Thery. Seguían sin citar su nombre. Tampoco se decía nada sobre los documentos de Jetjenko.

En cambio, rebosaban de elogios al trabajo de Patrick.

Ya podíais haber comprado sus escritos mientras vivía, pensé y apagué la conexión. Me incliné hacia atrás. Empecé a pensar en irme de allí, abandonar aquella ciudad dejada de la mano de Dios. Había autocares que iban a Málaga y luego solo había que volar.

A casa, pensé. ¿Sería posible? ¿Volver como si nada hubiera ocurrido? ¿Ponerse las viejas ropas, vivir la vieja vida?

Me salté todos los correos de periodistas y abrí los dos últimos de Benji.

En uno me contaba lo apenado que estaba. Que el mundo era un lugar horroroso donde el amor no tenía posibilidad alguna.

Había copiado unos versos de Auden de *Cuatro bodas y un funeral*.

> *The stars are not wanted now: put out every one*
> *Pack up the moon and dismantle the sun…*

Había enviado tres bocetos de escenografía al Cherry Lane Theatre, ideas sueltas, me escribía, para tener algo que mostrar en la próxima reunión. Apenas pude abrirlos. Benji tenía que mantener el interés de los clientes hasta que yo volviera a casa.

Iba a cerrar el buzón electrónico cuando descubrí un correo de Caroline Kenney entre todos los que había desechado. Su visión de color lila me sobrevino como un vago recuerdo, como de otra época. París estaba infinitamente lejos.

«*Oh, my darling, oh, my dear*», escribía. Varias líneas presentándome sus condolencias y luego una PD:

«Mañana voy a ver a Guy de Barreau. He estado buscando a Alain Thery pero ha dejado la ciudad. Se rumorea que está en alguno de sus yates, en Saint-Tropez o en Puerto Banús».

Pulsé para responderle pero no supe qué decirle y apagué el ordenador. Los versos seguían rondándome en la cabeza cuando la pantalla se quedó a oscuras.

> *…Pour away the ocean and sweep up the Wood.*
> *For nothing now can never come to any good.*

Me desperté con uno de esos programas de entrevistas en el televisor. Fuera todavía había luz, se oía el claxon de los coches. Me había tumbado en la cama y había estado cambiando de canal. Luego debí de quedarme dormida. No podía recordar haber estado nunca tan cansada.

El mando había rodado al suelo, lo recogí y empecé a buscar un canal de noticias.

Acabó una secuencia de política interior española y luego dieron paso a una conexión con Tarifa. La cámara ofreció una vista panorámica de los barcos de pesca y, más allá, de la estatua de Cristo que había en la punta de un malecón para bendecir la ruta marítima. Subí el volumen, la voz de un locutor español: «Ha sido aquí, en Tarifa, donde el cuerpo de un periodista americano…». El rostro de Patrick, imagen
*on-line*
… «sospechas de haber sido asesinado…».

Corte a la playa y aparición de un joven negro en pantalla.

«Lo reconocí de inmediato», decía el hombre en un inglés pintoresco. En el texto subtitulado respondía al nombre de James, inmigrante.

«Patrick Cornwall viajaba aquella noche en el barco. Decía que iba a escribir del viaje desde África en un periódico americano».

Todos los ruidos de la calle habían desaparecido. ¿Qué coño de barco? ¿De qué hablaba ese tipo? ¿África?

«La travesía del estrecho fue espantosa», decía el inmigrante James. «Se levantó una tempestad y la embarcación empezó a tambalearse, se llenaba de agua y la gente caía al mar, creo que perecieron casi todos».

«Pero tú sobreviviste», dijo el periodista en un inglés peor que el de James.

«Doy gracias a Dios por permitirme vivir», dijo James mirando al cielo. Hablaba el inglés chapurreado de alguna de las antiguas colonias británicas. La entrevista estaba subtitulada en español.

«Tú has elegido dar la cara pese al riesgo de que te devuelvan a tu país —dijo el reportero—. ¿Por qué quieres contarlo?».

«Estoy en deuda con Dios por haberme salvado del mar», dijo James.

«¿Y estás completamente seguro de que Patrick Cornwall, el periodista americano, iba en tu barco?».

«Decía que iba a escribir sobre nosotros», dijo James. «Yo le pregunté si quería ayudarme a entrar en América. Era un hombre bueno».

Luego desapareció el inmigrante y la cámara volvió a enfocar la playa hasta el castillo en ruinas donde estaba el reportero con el micrófono en la mano.

«La muerte del periodista americano Patrick Cornwall ha originado grandes titulares alrededor del mundo y dirigido las miradas hacia la costa sur de España», voceaba el reportero para ahogar el estruendo de las olas. «La muerte de toda persona es una tragedia, pero no parece que haya habido otro delito que no sea el contrabando ilegal de personas que se produce continuamente aquí, en nuestras costas».

Empezó la retransmisión de un partido de fútbol. Me vi obligada a levantarme y salir al balcón, dejar que el azote del viento me devolviera la calma.

No era posible. Traté de imaginarme a Patrick en una embarcación por un mar tempestuoso. En chinos y chaqueta, agarrándose a la borda. ¿Podía haber estado tan equivocada?

Se habría vuelto loco, la verdad, haber cruzado la frontera y cometido aún más estupideces para conseguir su reportaje, «este es un viaje a las tinieblas…».

Dentro de la habitación, mi móvil sonó y saltó. Era Richard Evans.

—¿Qué coño es esto? —gritó al oído—. Tengo en mis manos un telegrama de AP. ¿Estuvo haciendo Patrick algún tipo de reportaje de viajes?

—No puede ser cierto —dije y cerré las puertas del balcón—. Nunca habría abordado una embarcación de esas.

—¿Por qué no?

—Ni siquiera subía al transbordador…

Richard Evans me interrumpió.

—Estoy contigo en que suena a historia fantasiosa, vaya testimonio, con olas y personas que se abren paso por medio de un mar despiadado. Pero no es eso lo que publicamos ayer en *The*

*Reporter*. ¿Me he perdido algo? Los abogados me llaman enloquecidos.

Me senté en la cama. La cabeza me daba vueltas.

—Ese James tiene que haberse confundido —dije—. Quizá solo quiere salir en televisión.

—Pues todo el mundo le cree. Está confirmado que una embarcación zozobró en el estrecho la noche anterior. Al parecer, han hallado varios muertos. —Richard Evans sostuvo el teléfono en la mano mientras se dirigía a algún otro, oí otras voces, un televisor al fondo. Vamos a controlar esto, claro, pero por ahora lo sacamos de la red.

—¿A qué te refieres?

—Los demás periódicos ya han modificado su versión. No podemos quedarnos solos en el mundo y afirmar que Patrick Cornwall fue asesinado por una banda criminal, eso echa por tierra nuestra credibilidad. Nosotros debemos poner un cuidado muy especial, porque él trabajaba para nosotros, en términos de integridad.

—Pero es la verdad —dije débilmente sin saber si creía en mí misma.

—No se trata tanto de lo que es verdad —dijo Evans—, sino de lo que podamos probar.

Su teléfono produjo chirridos y oí que el ruido enmudecía, los ruidos de fondo desaparecían. Había hablado con el volumen puesto.

—Yo estoy tan interesado como tú —dijo en voz más baja—, pero la directiva está encima de mí, cree que estoy implicado personalmente.

—Pero todo lo que iba a escribir, todo su reportaje, es cierto —dije.

—Seguiremos investigando —dijo Evans—, no podemos hacer otra cosa. Controlar y volver a controlar, periodismo a pie de obra. Así que hasta pronto.

Cuando más tarde bajé a la recepción y me conecté a la red, los artículos habían desaparecido de la portada de *The Reporter*. Quedaba una discreta referencia a un artículo más breve, escondida bajo los titulares del encuentro a alto nivel programado entre

Estados Unidos, Israel y los dos líderes palestinos.

# Tarifa martes, 7 de octubre

La mujer esperaba sentada en el vestíbulo, un poco por detrás del grupo de flamencos. Tenía unos cincuenta años, vestía pantalones blancos muy holgados y llevaba demasiados collares colgados del cuello. Miguel, el recepcionista, la señaló con un gesto de disculpa. Al igual que su padre, esposa, hermano, primos y toda la demás ralea, que o trabajaban en el hotel o mataban el tiempo con otros parientes en el bar, a estas alturas él sabía que yo no quería hablar con periodistas. Me habían protegido desde que la noticia de Patrick saltase a los canales de televisión. Ni siquiera el más insignificante de sus sobrinos había largado a los reporteros que yo me alojaba aquí.

A la mujer la envolvían aromas de almizcle, incienso y aceite de rosas que no es que pasaran desapercibidos. Una hippy en hibernación.

Me detuve a dos metros de ella y crucé los brazos.

—No concedo entrevistas —dije.

Ella se levantó y me extendió la mano, una mano cálida y delgada con muchos anillos de plata. Medía casi dos metros de estatura.

—Me llamo Jillian Dunne —dijo en un inglés británico que me recordó a lúgubres internados—. Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias y adiós —dije.

Me sonrió con dulzura.

—No soy reportera —dijo—. Estoy aquí porque creo que hay una persona que vas a querer ver.

La escruté de hito en hito, sandalias de tiras alrededor de bronceados tobillos, perlas y piedras anudadas en cadenas y correas alrededor de los brazos y el cuello.

—¿No serás psicóloga? —dije.

La mujer rio.

—No, no exactamente. Se trata de tu esposo.

—¿Y?

—Hay quienes aseguran que iba a bordo de la embarcación que naufragó en el estrecho hace casi dos semanas.

Guardé silencio a la espera de que siguiera.

—Lo único que pasa es que la embarcación nunca zozobró —dijo Jillian Dunne—, ni tu esposo iba a bordo.

Le clavé la mirada.

—¿Cómo lo sabes?

Se echó el chal al cuello con un gesto amplio y envolvente.

—Sígueme.

Cruzó la calle a zancadas y torció a la derecha, en dirección a la playa. La ciudad, somnolienta, acababa de despertar. Había coches aparcados encima de las aceras. Un hombre sacaba bolsas de basura por la puerta trasera de una tienda.

—¿Adónde vamos?

Me puse a la altura de Jillian Dunne, cuyas leves prendas se movían con fuerza a merced del viento.

—Unos amigos regentan un café ahí abajo.

—¿Y a quién voy a ver?

Sonrió de forma misteriosa. A mí me embargó el mal presagio de que fuera a llevarme ante una nigromante que me leyese la mano. O de que fuera ella misma quien me echara las cartas.

—¿Vives en la ciudad? —le pregunté.

—Desde hace veinte años. —Jillian Dunne aminoró el paso e hizo un gesto que abarcó todo Tarifa—. Entonces era distinta, no había turistas. Éramos bohemios que vivíamos al día vagabundeando de un lado para otro, algunos nos quedamos aquí. —Rio y se atusó el pelo, su voz adquirió un tono de lamento—. Nunca podría adaptarme de nuevo a la normalidad británica.

Pasamos por la plaza de toros que parecía cerrada a cal y canto, los matorrales crecían por doquier, sin orden ni concierto. Tuve que apretar el paso para seguir su marcha.

—Cornwall —dijo Jillian Dunne y me sonrió—. Parece un apellido británico.

—Apellido de esclavos —dije en tono tajante.

—Ah, claro. Es el de tu esposo… no caí en la cuenta. —Se tiró un poco de sus collares—. Creía que a los esclavos no les ponían apellidos…

—Entonces no era un apellido —dije—. Algunos amos daban los nombres de sus lugares de origen a sus esclavos, como London o Cornwall. Era una forma de indicar a quién pertenecían. Cuando el tatarabuelo de Patrick fue liberto, registró Cornwall como apellido. Nadie sabe si fue un error o lo hizo a propósito, porque un hombre libre siempre tiene apellido.

Jillian Dunne se detuvo al llegar donde varios pequeños chalés adosados descendía hacia el mar. Señaló.

—Un amigo mío halló a una mujer ahí abajo hace casi dos semanas. El lunes pasado. Estaba debajo de un pontón junto a la playa, desde aquí no lo ves bien.

—¿El lunes pasado? —Recuperé aliento.

El mismo día que hallaron a Patrick.

—Sé lo que estás pensando —dijo—. A tu esposo lo encontraron a un kilómetro de aquí.

No necesitó contármelo. Había paseado tantas veces por la playa los últimos días que conocía las distancias mejor que Google Earth.

—No estaba muerta —prosiguió Jillian Dunne—, pero estaba muy grave y tenía mucha fiebre. Nos ayudamos para darle refugio. —Se me quedó mirando—. Creo en la responsabilidad del individuo. La pasividad también es un acto.

—¿Es ella la mujer a la que vamos a ver? —Apreté el paso.

—No sé cuál es su nombre —dijo Jillian Dunne—. No pronunció una sola palabra durante todos esos días. Supuse que no entendía el inglés o que estaba en estado de choque. No te imaginas las que han tenido que pasar para llegar hasta aquí.

Jillian Dunne se detuvo fuera de un edificio de color terracota donde una parte de la planta baja estaba pintada en azul turquesa, con flores que brotaban de la fachada. «Shangri-la», rezaba con grandes trazos encima de la puerta. «Café-bar-*surfshop*».

—¿Es aquí donde se esconde? —le pregunté.

—Será mejor que no lo sepas.

Jillian Dunne sacó un pequeño frasco de su bolso y se untó los labios mientras miraba en todas direcciones.

—Esta mañana vine con el desayuno, como de costumbre —dijo en voz baja—. Dejé la bandeja como siempre hago y serví a cada cual su taza de té.

Y luego te sentaste en el canto de la cama para darle la tabarra a la pobre mujer, pensé. En tu infinita bondad.

Jillian se llevó la mano al pecho.

—Y fíjate, entonces, de repente, empezó a hablar. ¿Y sabes qué?

—Ni idea.

—Habla un inglés excelente.

Un muchacho barbudo con un arete en la oreja abrió la puerta del Shangri-la y Jillian Dunne le besó en ambas mejillas. Cerró la puerta a nuestra espalda.

El café era un cuartucho con mesas de tablas de surf y paredes pintadas de motivos psicodélicos. Jillian Dunne cruzó un cortinaje de perlas, y yo la seguí a través de una cocinilla y por la estrecha escalera que conducía a un cuarto.

Una mujer negra, ataviada con amplias ropas de algodón, estaba sentada en una silla. Calzaba un par de zapatos de bailarina de color dorado, mal encajados, que parecían quedarle pequeños.

Di un paso hacia delante y le extendí la mano.

—Mi nombre es Ally Cornwall. ¿Eres tú la que quería verme?

La mujer esbozó una leve sonrisa. Tendría menos de treinta años.

—No puedo decir mi nombre —dijo y estrechó mi mano. Hablaba el mismo inglés chapurreado que el tal James del programa de televisión.

Me senté en la otra silla de rejilla que allí había. La habitación era pequeña, un cuchitril sin ventanas de apenas ocho metros cuadrados. A lo largo de las paredes había cartones apilados. Olía a cenicero viejo.

—Corre el riesgo de ser devuelta si alguien se entera de quién es —dijo Jillian Dunne, que se había quedado de pie junto a la puerta —. Por eso no quiere contar ciertos detalles.

La mujer agarró mi mano entre las suyas.

—No creas a ese hombre —dijo—, él no iba en el barco.

—¿A quién? —Sentí el martilleo del corazón.

—Al hombre de la televisión. El que dice llamarse James.

—Un amigo le ha traído el televisor para que pueda ver la televisión en la habitación —atajó Jillian Dunne.

Yo mantuve la mirada fija en la otra mujer.

—Dice que iba en el barco —murmuró—, pero miente.

—¿Estás segura? —dije con la respiración contenida.

La mujer se restregó la frente y asintió.

—No en ese barco —dijo con énfasis.

—¿La embarcación que naufragó? —Me eché hacia atrás y contemplé a la mujer. En la piel, alrededor de uno de sus ojos había un cambio de color, quizá a consecuencia de un golpe—. ¿Y lo sabes porque tú ibas en la embarcación? —dije despacio—. La noche entre el sábado y el domingo de hace casi dos semanas. ¿Fue cuando trataste de cruzar el estrecho?

La mujer agachó la cabeza y cerró los ojos.

—Tienes que entender lo difícil que le resulta a ella… —dijo Jillian Dunne y entró en la habitación.

—Calla. —Levanté la mano hacia ella.

Un ventilador zumbaba en la planta baja. El joven barbudo trajinaba con vasos. Y el viento, el viento que azotaba tejados de chapa y los balcones. Era todo lo que se oía.

—Nos arrojaron al agua —dijo la mujer con un hilo de voz, como un suspiro—. Nos arrojaron por la borda para morir. —Seguía con los ojos cerrados y yo adivinaba lo que había detrás de sus párpados entornados: el oleaje y la oscuridad del mar, gentes dando brazadas y peleando. Se me contrajo el estómago.

—Pero tú te salvaste —dije de la manera más firme que podía—. Tú llegaste a tierra.

La mujer abrió los ojos, un negro abismal.

—Me rescató un pescador como quien saca un pez del agua. Vi cómo se le tensaban los músculos bajo la piel.

—Y Patrick Cornwall —dije despacio—, ¿no iba en el barco?

—No, no iba en el barco.

Me incliné sobre la mesa y tomé sus manos.

—¿Estás completamente segura?

—Pasamos tres noches esperando en un cobertizo —dijo y volvió la mirada hacia la pared donde había un anuncio de un concierto de músicos africanos—. Nos dijeron que no debíamos abrir la boca —dijo—. No podíamos decirnos quiénes éramos, de dónde veníamos, adónde íbamos. La primera noche hicimos lo que nos dijeron. La segunda estábamos en silencio. Una chica empezó a llorar, entonces una mujer la golpeó. Oí los golpes. «Calla —le dijo—, el llanto no te ayuda a llegar a Europa». La tercera noche, cuando la oscuridad era tan intensa que apenas veíamos nuestros rostros, uno empezó a cuchichear su nombre. «Me llamo Peter —dijo—, Peter Ohenhen». Los demás le gritaron que se callase, iba a atraer la atención de los contrabandistas, le darían una paliza por romper las reglas, podían pegarnos a todos. Pero al poco rato otro más cuchicheó. «Me llamo Wisdom, Wisdom Okitola», y uno tras otro dijeron sus nombres, primero en voz baja para que solo lo oyera quien estaba a nuestro lado y luego más alto, los nombres se pasearon a rastras, como espectros, bajo el cobertizo. Teyo, Zaynab, Catherine, Toyin… Un muchacho empezó a contar su viaje, «cállate», dijeron los otros. «Todos hemos viajado y tu viaje no va a ser distinto al de todos nosotros». Nada más se dijo, pero al cabo de la noche todos sabíamos el nombre de cada cual. «Me llamo Mary Kwara, dije yo».

Se enjugó los ojos con la manga y volvió la vista hacia mí y luego hacia Jillian Dunne, que seguía junto a la pared.

—Me llamo Mary Kwara.

—¿Cuántos erais? —le pregunté en voz baja.

—Doce. Éramos doce, además de los tres locos. Ellos eran tres. Lo he pensado todo el tiempo. Solo eran tres. Eran ellos los que tendrían que estar en el mar.

La mujer se llevó las rodillas a la barbilla y las rodeó con los brazos. Tenía una pierna vendada.

—Así íbamos, acurrucados. —Miré los zapatos dorados de sus pies, no parecían pertenecer al resto del cuerpo—. Se llamaba Taye, Taye Lawal, el muchachito que iba delante de mí. Yo iba repitiendo sus nombres uno tras otro mientras nos mecíamos en el mar.

Mary Kwara miró al techo y se quedó callada, las piernas cayeron de nuevo al suelo.

—Ningún Patrick Cornwall —dijo y encontró mi mirada—. No

había ningún americano.

—Pero tuvo que haber una gran oscuridad. Quizá dijo otro nombre.

—La vista se acostumbra a la oscuridad —dijo la mujer con voz muy segura—. Vi su foto por televisión. Él no iba en el barco.

Di un puñetazo en la mesa y me levanté.

—Lo sabía —dije y di una vuelta por la diminuta habitación, volví a sentarme y fijé los ojos en Mary Kwara.

—Ahora debes contar eso a la policía. Lo entiendes, ¿verdad?

La mujer negó con la cabeza, se echó hacia atrás.

—Nada de policía —dijo.

Me incliné hacia ella.

—Mi marido fue asesinado —dije—. Quería llevar a la cárcel a bandidos como esos hombres que os arrojaron al mar. ¿No quieres que vayan a la cárcel?

Mary Kwara levantó las manos ante mí.

—Nada de policía —dijo.

Jillian Dunne se acercó a la mujer y le puso una mano en el hombro.

—Ya vale —dijo.

—Déjala hablar —le grité.

—Es de Nigeria —dijo Jillian Dunne—. Si sale a la luz, la enviarán de vuelta. Carece de permiso para quedarse en España ni en ninguno otro país de la Unión Europea.

Traté de atrapar de nuevo la mirada de Mary Kwara.

—Tú eres la única que sabe lo que ocurrió —dije—. Seguramente eres la única superviviente del barco.

Vi que algo se apagaba en lo más recóndito de sus profundos ojos negros, algo que se cerraba.

—Tú eres la única que lo puede contar. Esos canallas van a salirse con la suya. Lo asesinaron, ¿es que no lo entendéis?

Mi mirada fue de la mujer negra a la mujer blanca, que mantenía una mano protectora en su hombro.

—No necesita decir de dónde es —dije suplicando a Jillian Dunne—. Lo único que debe hacer es contar lo que me ha contado a mí.

—¿Y quién me creería? —dijo Mary Kwara—. Si oculto lo uno,

¿cómo van a saber lo que es cierto?

Las prendas verdes que envolvían su cuerpo parecían proceder del vestuario de Jillian Dunne. Los mismos aromas a almizcle y esencia de rosas.

—Ya he dicho lo que tenía que decir —dijo la mujer y agachó el cuello—. Hace siete meses que dejé mi país. Aún no he llegado.

Cerré los puños a mis lados.

—No puedes pensar solo en ti. La vida de miles de personas está en juego. Patrick iba a escribir sobre ello y ahora está muerto.

La mujer miraba al suelo.

—Lo siento.

—Ya está bien de atosigarla —dijo Jillian Dunne y se interpuso entre nosotras—. Ha corrido un gran riesgo viniendo aquí para verte.

Volví a sentarme en la silla.

—Entonces, ¿por qué me lo cuentas a mí? —dije—. No puedo utilizar nada de esto. Nadie va a creerme.

—Se trata de tu esposo —dijo Mary Kwara—. Tienes derecho a saberlo.

Y Jillian Dunne le echó un brazo protector encima.

—Nico te va a llevar de vuelta —dijo a la mujer en voz baja.

Cuando la cortina de perlas acabó de sonar a mi paso, camino de la calle, oí a Jillian Dunne decir:

—Doy por sentado que no vas a divulgar nada de esto.

Tan pronto como dio la una en Europa y las ocho de la mañana en Nueva York llamé por teléfono a *The Reporter*. Richard Evans no había llegado todavía a la redacción. Me mordí los nudillos y pasé una hora navegando por los periódicos de la red.

Se había reducido el número de artículos y estos habían derivado hacia espacios marginales. Los puntos de vista se habían desplazado. James, el inmigrante, era muy citado. El nombre de Patrick ya no se mencionaba tanto como antes. Habían modificado la descripción de «se sospecha que haya sido asesinado» a «muerto en el desempeño de su cometido». Ahora se trataba más del barco zozobrado y del tráfico marítimo desde África en general. Hacía dos

noches habían perecido doscientos inmigrantes en el estrecho entre Somalia y Yemen, etíopes y somalíes que habían puesto sus esperanzas en trabajar en Arabia Saudí.

La noticia de Patrick iba camino de la muerte.

Cogí el desayuno y me lo llevé a la habitación. La madre del conserje, quizá la suegra o la tía, me acarició la mano y no quiso que le pagara.

Por fin, a las nueve y media, hora de Nueva York, Evans había llegado a la redacción.

—Es mentira —grité en tono de triunfo nada más contestarme—. Patrick no viajó en ese barco.

—Ally Cornwall —dijo con un deje de cansancio en la voz—. Entiendo tu pérdida y todo lo demás, pero permíteme que sea yo quien me ocupe del periodismo.

—Pero he tenido un encuentro con una testigo, una superviviente. Está completamente segura de que ni Patrick ni el tal James iban a bordo.

Evans suspiró hondo.

—¿Quiere manifestarse públicamente, con nombre y foto?

—Por supuesto que no. Está en el país de forma ilegal, se esconde.

—Escúchame ahora. —Se oyó un portazo y se hizo silencio a su alrededor—. He enviado gente a todos los rincones del planeta para confirmar tu versión y nada se sostiene.

—¿A qué te refieres? —Me senté en la cama, un susurro al oído o acaso fuera el maldito viento—. ¿Qué es lo que no se sostiene?

—Sin pruebas, no puedo acusar a nadie de tratante de esclavos y de asesino, eso lo entiendes. El periódico no puede dejarse arrastrar a una maldita *vendetta* privada.

—Pero Arnaud Rachid…

—Dirige una organización que quiere crear opinión a favor de una política de fronteras abiertas, pero nunca ha escondido a inmigrantes ilegales.

—Pues claro que dice eso.

—Y no conoce a nadie que se llame Nedjma.

—¡Pero si vive con ella!

Sentí como todo empezaba a tambalearse a mi alrededor. ¿Por

qué mentía Arnaud si lo que quería era dar publicidad a esta historia? Nedjma, pensé, había pasado a la clandestinidad, estaba muy implicada y él la protegía. Yo hubiera hecho lo mismo con Patrick. Además, a Nedjma le sobraban razones para estar cabreada, yo había roto lo que ella llamó trato. Yo no había enviado los documentos a París, sino al periódico de Nueva York. La historia pertenecía a Patrick. Había muerto por esos malditos documentos.

—Y la abogada de quien me hablaste, la tal Sarah Rachid, se acoge al secreto profesional y no dice ni pío. Hemos hablado incluso con el comisario encargado de la investigación del incendio del hotel. Está totalmente claro que se debió a un fallo eléctrico.

—La policía es corrupta —dije en voz baja.

Oí que no se lo creía.

—Y al empresario a quien acusas de asesinato —prosiguió Evans, al tiempo que hojeaba papeles—, acaba de recibir un premio como innovador de la economía europea por un organismo de Bruselas que… —Siguió hojeando—. Lo tengo por aquí, en algún sitio, pero qué más da. Y ya podemos estar contentos con que nadie nos haya demandado por lo que hemos publicado en la red.

Cobarde, pensé. Allí anda temiendo que la dirección le llame la atención.

—Ni siquiera habéis citado nombre alguno.

—No, una bendición del diablo. Ese lobista, cómo se llama…

—Guy de Barreau.

—Ese, por lo menos, nos ha amenazado con la ley en la mano desde que nuestro enviado empezó a desvariar con que estaba relacionado con tratantes de esclavos.

—¿Qué dice Alain Thery? —pregunté—. ¿Habéis dado con él?

—Sí, claro. Kenney pudo hablar con él por teléfono desde un yate en Puerto Banús. No quiere hacer comentarios. Se vio con Patrick Cornwall, pero no le consideró serio y declinó más entrevistas. Dice que Cornwall le perseguía y, por lo que entiendo, parece que tenía razón.

Me levanté lentamente, amodorrada, y abrí las puertas del balcón para coger aire. El viento zarandeaba el letrero del hotel unos metros más allá haciendo chirriar los goznes. La historia de Patrick se desmoronaba como una tramoya mal apuntalada. Una

verdad caía y de golpe surgía otra nueva que transformaba la verdad en mentira.

—Pero Helder Ferreira, el comisario que conocí en Lisboa, sabe que Michail Jetjenko fue asesinado.

—No ha podido demostrarse —dijo Evans—. Jetjenko está enterrado. Y los documentos que enviaste no dicen nada por sí mismos.

—Pero Vera Jetjenko, su viuda…

—Ha muerto.

—¿Cómo? —temblé—. ¿Pero qué dices?

Y mientras Richard Evans me lo contaba, la oscuridad se apoderó de mí. De pronto fui consciente del pasadizo al final de la calle, de los portalones que conducían a solares baldíos, de las sombras agazapadas tras las hileras de contenedores un poco allá. Que alguien podía estar al acecho. Que yo podía ser la próxima de la lista.

Habían enviado un reportero de Londres a Lisboa, el cual había dado con la casa de Alfama y llamado a la puerta. Nadie le abrió. Al final salió un vecino y se ofreció a abrir el portal, solía encargarse del correo de un inquilino que estaba de viaje.

La puerta de Vera Jetjenko no estaba cerrada.

A ella la encontraron en el suelo del cuarto de estar. Muerta de una sobredosis de somníferos combinada con grandes cantidades de alcohol. Se consideró una evidencia la muerte por suicidio.

Retrocedí hacia el interior de la habitación y me quedé tras las cortinas con la vista puesta en la calle, las piernas me temblaban.

—Hemos hablado con la policía española —dijo Richard Evans—. Consideran que el testimonio de ese inmigrante es digno de crédito. Tal como contó, un bote zozobró precisamente aquella noche, muchos perecieron.

—Lo he visto en los periódicos —dije—, eso lo puede decir cualquiera.

—Él, a diferencia de todos los demás en esta historia, aparece en público con nombre y foto. Escucha… —Evans hizo una pausa y farfulló algo a alguien que había en su despacho. Solo oí «dos minutos» y presentí que la conversación llegaba a su fin.

—Hemos controlado al tal James —prosiguió—. El muchacho

está de forma ilegal en el país, ha sido conducido a un centro de internamiento y va a ser expulsado dentro de veinticuatro horas. Al aparecer en público, seguro que no ganaba nada.

—Lo han comprado —dije—, ¿es que no lo entiendes? Es lo que hacen. Le han dado más dinero del que podía ganar en Europa durante toda su vida. Compraron a Luc, el vendedor de bolsos, para poner una trampa a Patrick y ahora a este muchacho para que la policía deje de hurgar en el asesinato. Dios mío, ¿es que no lo ves? Tú fuiste una vez periodista, carajo.

El teléfono quedó en silencio durante unos segundos. Cuando Richard Evans empezó a hablar de nuevo, su voz era dura y cortante como el acero, como cuchillos.

—Esto es justamente lo que uno podía esperarse de un *free-lance* como Cornwall —dijo—. Esforzarse hasta reventar… típico lo de lanzarse y abordar una embarcación por aguas que son un peligro mortal.

—Te digo que él no lo hizo.

—Fracasan en su carrera y luego se lanzan y arriesgan la vida en alguna maldita guerra olvidada creyendo que van a ganar algún premio.

Me había citado con Tom McNerney en la terraza del Café Central. Parecía exactamente lo que me había imaginado, sonrosado y obeso. Demasiados cigarrillos, demasiada cerveza, la buena vida. Me estrechó con sus robustos brazos contra su pecho.

Dime que tienes algo para mí, pensé.

Pedí ensalada y agua mineral, él pidió tortilla y bistec. Cuando la camarera rapada al cero dejó en la mesa el cesto de pan y el aceite de oliva y desapareció dentro del bar, Tom McNerney carraspeó.

—Bien, son los resultados preliminares de la autopsia —dijo y se limpió las narices con la servilleta—. Tuve que darles coba para hacerme con ellos.

Yo le miraba y esperaba. Un perro sarnoso olisqueaba debajo de la mesa al acecho de sobras.

—Pereció ahogado, es todo lo que pueden decir. —McNerney

miró a otro lado y tosió contra el pliegue del brazo—. Una herida en la nuca que ya había cicatrizado mucho antes de caer al mar. —Se rascó con los dedos su propio parietal izquierdo.

—Le dieron una paliza en París —dije—, para que dejara de hurgar en sus negocios. Le golpearon la cabeza.

La comida llegó a la mesa. McNerney se puso la servilleta bajo el cuello de la camisa, como un babero.

Yo piqué en el cuscús.

—¿Y qué más?

—Unos cuantos rasguños que pudieron haberse producido en el mar, chocando contra el barco o con maderos a la deriva.

Trató de sazonar la carne, pero el viento se llevaba la sal que salía del salero, el chorro blanco se detuvo en seco y la sal se desparramó encima de la mesa.

—Maldita costa —dijo Tom McNerney y dejó el salero de un golpetazo—. ¿Sabías que ahora sopla levante? Según la leyenda, vuelve loca a la gente.

Cargó un bocado sin que eso le impidiera seguir hablando.

—Hace dos semanas, cuando el cadáver… me refiero a cuando tu esposo reflotó en tierra, soplaba poniente, el viento oeste del Atlántico. —Se limpió un chorrito de salsa de la comisura de los labios—. Pero el mar es impredecible, no se puede asegurar dónde cayó al agua.

—Pero tiene que haber algo más —dije—. Al margen de lo que digan, sé que Patrick no iba en ese barco.

Tom McNerney meneó la cabeza y me miró con ojos de pesadumbre.

—Patrick Cornwall pereció ahogado. Es lo único que puede probarse.

Atravesé la ciudad, pasé por el Blue Heaven Bar y llegué al puerto. Me senté un buen rato viendo zarpar al transbordador Tarifa-Tánger.

Si la mujer que se llamaba Mary Kwara se hubiese atrevido a aparecer en público… Y al instante caí en la cuenta de que también podía ser comprada. Había arriesgado la vida para llegar a Europa,

para ganar dinero.

Me levanté de un salto y me puse en marcha. 2.878 dólares. Los había calculado con exactitud, como si la criatura que llevaba en el vientre fuese un contable que algún día me pidiera cuentas. Nunca serían suficientes, pero aún me quedaban los setecientos dólares del sueldo y la parte de mi empresa. Después podría vender el apartamento. En el peor de los casos, podría pedirles dinero prestado a los padres de Patrick. A fin de cuentas, debían de querer lo mismo que yo, que el asesino fuera arrestado.

Había luz en la ventana cuando me acerqué al Shangri-la, pero la puerta estaba cerrada. Miré adentro. Una pandilla, sentados en pufs alrededor de una tabla de surf, estaba fumando.

Llamé a la puerta. Fue Nico, el barbudo, quien la abrió. Al verme, se le desencajó el rostro, los ojos ardientes.

—¿Tú? ¿Qué demonios quieres?

Di un paso atrás, su reacción fue toda una sorpresa.

—Tengo que ver a Jillian Dunne, pero no sé dónde encontrarla.

—Escucha, no creo que quiera hablar contigo.

El grupo de surfistas se levantó y se unió a él.

—Perdón, pero… no comprendo de qué me hablas.

Nico se inclinó hacia mí con ojos rasgados, como rendijas.

—Se la han llevado. Ha desaparecido, gracias a ti.

—¿A quién…? ¿A Jillian…? ¿A Mary Kwara? ¡Por Dios! —Me apoyé en la pared y miré directamente al mar. La luz del faro palpitaba en medio de la isla y arrojaba haces de luz a través de la oscuridad. Nadie escapaba.

—Jillian está completamente destrozada —dijo—, hizo todo lo que pudo por esa mujer.

Le miré.

—Entonces, ¿vive?

—¿Jillian? Sí…

Le agarré por la muñeca.

—Llévame hasta ella, por favor.

Jillian Dunne vivía en un pequeño chalé adosado, enyesado y retirado, donde crecían buganvillas con ramilletes de flores rojas y

lilas. Estaba tendida en un sofá, turbada y llorosa, y ni siquiera levantó la vista cuando Nico le anunció mi visita.

—Ella asegura que no ha dicho nada —dijo, se dio la vuelta y se marchó.

Jillian Dunne me miró directamente a los ojos.

—Ha desaparecido —dijo—. Tú la asustaste.

Yo me senté al borde del sofá, en un extremo. Tuve que serenarme a pesar de los gritos que oía en mis entrañas. Habían encontrado a Mary Kwara, el último testigo. Había sobrevivido al mar para morir, y era culpa mía, de alguna manera tuve que llevarles al escondite sin que yo supiera dónde estaba. Pensé en Patrick, en Jetjenko, en Salif: al final daban con todos.

—Cuéntame lo que ha pasado —le susurré al oído.

—Cuando volví, había desaparecido. Nico la acompañó a casa esta mañana y luego yo salí de compras… —Se le desencajó el rostro en un nuevo ataque de llanto—. Salí de tiendas… y le compré esto. —Abrió la mano cerrada y dentro había un colgante de plata —. Pasé mucho tiempo fuera —gimió—, fui de un lado para otro durante horas, hablando con la gente, aquí conozco a muchos…

—¿Qué crees que ha podido pasar?

Me miró con gesto de incomprensión.

—Se la han llevado, claro. La policía. Y ahora estará en la isla de las Palomas o en un algún centro de internamiento, será expulsada del país.

Bueno, si solo es eso, pensé, pero no dije nada.

Jillian Dunne rompió a llorar y yo seguí sentada, mirándole la espalda convulsionada de pena o culpa, a saber qué era peor. Traté de pensar como ellos, Alain Thery y sus hombres. Con toda frialdad. Por mi cabeza pasaron quiénes habían muerto a lo largo del camino. Había cierta lógica. No mataban al tuntún. Eran hombres de negocios, no psicópatas. Eran vengativos, barrían todas las huellas, enterraban la información. Podían haberla tomado con Mary Kwara, pero apenas tenían razones para amenazar a Jillian Dunne.

A una manzana del hotel surgió un hombre a mi espalda, de la

nada. No necesité volverme para saber que era un hombre, por la firmeza de sus pasos y un no sé qué en el aire. Vibraciones de amenaza y peligro en ciernes que aprendes a intuir si creces en Nueva York.

Aceleré el paso al pasar por un árido solar. Oía el roce de mis suelas de goma contra el asfalto, la respiración. En las casas del vecindario solo veía ventanas a oscuras, rejillas y persianas entornadas.

Me seguía a unos diez metros de distancia. Un gato negro se cruzó delante de mí. Vi el letrero del hotel al fondo y sopesé hacer el último tramo a la carrera, pero correr entrañaba un riesgo, delataba miedo, correr era como tocar a rebato.

Habría que caminar a paso vivo y decidido. Solo tenía que pasar la fila de contenedores, luego llegaría al cruce donde la vista se despeja hacia la calle principal.

Al instante sentí la presa desde atrás, en torno a mi brazo. Otro hombre apareció y me cerró el paso, debía de estar escondido tras un contenedor. Una gorra de visera le ocultaba los ojos. El hombre a mi espalda estaba tan cerca que pude oír su respiración en mi pelo. Era más alto que yo, me sacaba una cabeza. Grité, pero me taparon la boca con una mano, un guante de cuero basto que olía a grasa. Pataleé para escapar, pero cada vez me sujetaba con más fuerza. Cuando me arrastraron de espaldas, en un instante de vértigo intuí que era la misma presa que había sentido con anterioridad, no una, sino dos veces. Cuando me echaron de la oficina de París y cuando me sacaron del Plaza Atenée. No es posible, pensé, no están aquí. Serán unos locos del lugar. Y apreté los dientes: mantén la mente clara, golpea cuando puedas, dales una patada en la entrepierna y corre.

Me arrastraron entre los altos matojos de hierba y los matorrales del solar baldío. Allí había tablones y escombros. Un muro tapaba la vista de la calle. El hombre a quien aún no había visto me empujó contra un muro de piedra y arrimó la boca a mi oído.

—Así que no te rindes, putilla.

Hablaba francés y de pronto entendí, en un momento de fría claridad, que yo era la última de la serie en saberlo todo, que podía entorpecer sus negocios.

—Traduce para que esta putilla no se pierda nada.

Me retorció el brazo, me aplastó la cara contra el muro de piedra y contra la mampostería.

—Vas a meterte en el culo eso de ir curioseando por ahí. Una sola jodida palabra más y… —Me escupió sus amenazas con la mano en mi cuello, pero ya no escuchaba, esto se acaba ahora, pensé, aquí se acaba todo. Me tiraron del cuello hacia atrás y me dieron un fuerte empujón en la espalda. Fui a caer de bruces contra un matorral de espinas, me rasgué la rodilla contra algo duro. La criatura, pensé. Dios mío, saben que estoy encinta.

—¿Vamos a darle a esta putilla americana lo que va pidiendo a gritos?

Cañas que se rompían y la respiración del hombre encima de mí.

Me tiró del brazo y me colocó de espaldas y entonces pude ver su cara. Una cara ancha con una nariz que parecía muy pequeña. Era el mismo hombre que custodiaba la oficina de Alain Thery en París, quien estuvo sentado a su mesa en el Plaza Atenée. Una mano me desabrochó el cinturón y él jadeaba pesadamente cuando me bajó los vaqueros o quizá fue el otro quien lo hizo.

Grité cuando me penetró, pero el grito fue ahogado por el guante que me metieron en la boca.

Mamá, pensé mientras mi cuerpo era aporreado contra el suelo, y en mi cabeza eran sus gritos los que reverberaban entre las paredes de piedra de la casa, yo había visto al Monsieur arrojarla a la cama antes de que él me dejara encerrada.

Se sobrevive, pensé, y aparté la cabeza. Fijé la mirada en los cardos y las botellas vacías. No vais a atraparme, porque no estoy aquí.

Las manos del hombre apretaron mi cuello.

—Mírame, putilla —rugió en francés, y después, cuando me golpeó en la cara, aflojó la presa alrededor del cuello. Volví la vista hacia él. Allí había un pedazo de piel abotagada con ojos desorbitados y una boca abierta de la cual salía un sonido, «maldito putón», cuando me la clavó una y otra vez y luego cayó, redondo como un saco, encima de mi tórax, de modo que me quedé sin aire y pensé que era el fin.

Con tal de que no me rompan los brazos.

Pero el hombre se incorporó poniéndose de rodillas y se subió los pantalones, riendo. Reía hacia su compinche, que estaba en el portón que daba a la calle. Yo me ovillé en posición fetal.

—Me parece que la putilla ya ha tenido lo suyo —dijo uno de los dos en francés.

El otro se rio.

—Quizá también quiera que se la metas por el culo.

El guardia de seguridad, o lo que fuera, se agachó y me cogió de los pelos, me obligó a mirarlo de nuevo.

—Traduce ahora lo que digo —le dijo al otro—, para que la putilla no se pierda nada. —Luego me echó su aliento a la cara, un hedor a cerveza y a restos de comida putrefactos.

—Lárgate a América —dijo—, no sea que también te arrojemos al mar. Pero a ti no te van a encontrar. —Me levantó un palmo del suelo tirándome del pelo—. ¿Tú qué dices? —dijo al otro— ¿O hacemos que se despierte en un burdel de Moldavia? Allí te ibas a enterar de lo que es bueno, inútil, putilla yanqui.

Me retorció el pelo con la mano y me tiró de la nuca hacia atrás.

—El jefe no quiere más cadáveres en este poblacho —gritó, carraspeó a fondo y me escupió a la cara—. Es la única razón de que sigas viva.

Luego volvieron a tirarme al suelo.

—Y no trates de esconderte. Daremos contigo donde quiera que estés.

Una patada me alcanzó en la entrepierna y me encogí como un ovillo. Me cubrí el vientre con los brazos. Cerré los ojos y esperé la siguiente patada. Esperé. Nada.

Cañas que se rompían y luego se hizo el silencio.

Arrancó el motor de un coche.

El ruido del motor se alejó.

Entonces abrí los ojos y empecé a buscar mis pantalones a tientas.

Los ruidos desaparecieron cuando dejé la ciudad a mi espalda. Una bandada de gaviotas graznó y levantó el vuelo, luego solo quedamos allí yo y el mar. El ritmo de las olas. Solo arena y

oscuridad, la vegetación baja de los arenales que me arañaba las pantorrillas. Las negras rocas descansaban como animales durmientes al borde del agua y a mi alrededor el mar respiraba, elevaba y hundía su gigantesco vientre.

Me quité la ropa. Dejé la chaqueta, el jersey, los pantalones, los zapatos y los calcetines en un revoltijo. El viento azotaba la arena contra mi cuerpo. Me metí en el agua con solo bragas y sujetador. Las olas rociaron mis pies, tobillos y pantorrillas. El agua estaba tibia de repente, casi caliente. Me pareció oír que el mar cantaba.

Junto al rompeolas de rocas negras, a la derecha, a medio camino, me senté y metí las manos bajo el agua, acaricié el fondo. Su cuerpo había estado allí, incrustado. Traté de atrapar la arena pero se escurría entre mis dedos.

Perdón, murmuré, perdón por no haber podido más.

Me tendí dentro del agua y la arena se adaptó a las formas de mi cuerpo. La siguiente ola me cubrió el cuerpo, de modo que tragué agua salada por la boca y por la nariz.

¿Dónde estás?, susurré. ¿Hay algo después?

La ola se alejó y el aire me cubrió de frío hasta que otra ola llegó y sentí sus manos, cálidas, suaves, contra la piel y la arena desapareció a mis pies. Cerré los ojos.

Todo por ti, pensé. Dime qué voy a hacer porque ya no lo sé. Hazme saber si existes o si todo desaparece.

Oí un murmullo en los oídos, un tono sordo cada vez mayor. Me incorporé tan deprisa que el mundo se puso al revés y trepé por las rocas, me acurruqué del frío en la piel mojada. El canto se había transformado en estruendo, un huracán de voces. Hubiera sido tan sencillo dejarse arrastrar por la corriente…

Olvidar.

A la luz del faro vi a las arrolladoras olas batirse contra los acantilados a lo lejos. Y pensé en Mary Kwara, quien quizá estuviera ahora a merced del mar y fuese a reflotar en tierra, hoy o mañana, o cuando el mar quisiera.

El viento se llevó los últimos pensamientos. La ropa interior estaba mojada, pero el cuerpo se había secado y hacía mucho frío. Regresé a la playa vadeando y no sentí sino el agua tibia que me rozaba los tobillos, me atraía y tiraba de mí.

# Marbella jueves, 9 de octubre

Faltaban quince minutos para la salida.

En el servicio de señoras, con un imperdible, me sujeté a las bragas la llave de la consigna automática y aproveché para controlar el calcetín del pie derecho. Llevaba un rollo de billetes pegado al tobillo. Había sacado el dinero de varios cajeros automáticos en Tarifa. Llevaba 2.400 dólares en total, repartidos entre la cartera, los bolsillos y el calcetín. Dejé el pasaporte en la consigna. Era arriesgado, pero era la única posibilidad.

Me lavé la cara en el lavabo y me sequé bajo el secador automático. Me estremecí al ver la extraña imagen en el espejo. Muy familiar, pero, aun así, como la de un viejo y olvidado colega con el que una se topa en la calle de un barrio equivocado y no sabe si lo reconoce. El pelo teñido de rubio me convertía en una copia más joven de mí misma, aplanaba la cara. Todavía podía sentir el punzante olor del agua oxigenada.

Desde la terminal de autobuses de Marbella, el tráfico se dirigía a los cuatro puntos cardinales, a Sevilla y a Málaga, a Madrid y a otras ciudades que yo no sabía dónde estaban. Había elegido una estación de autobuses por ser un sitio suficientemente grande donde iban y venían personas de todo tipo. Ahí nadie repararía en mí.

Anduve por los alrededores de la estación hasta que encontré un buzón de correos. Saqué el sobre acolchado con la carta y las llaves del apartamento de Gramercy para Benji y lo mantuve apretado en la mano durante unos segundos.

No estaba segura de que fuera jurídicamente procedente, pero podía servir. En la carta había escrito que él se quedara con la empresa y el apartamento. Todo lo que yo dejaba. Los padres de Patrick quizá pondrían reparos, pero debía pelear, si le importaba.

El sobre cayó al buzón con un leve ruido sordo.

El autobús entró por la parte posterior de la estación. El gas de los tubos de escape se mezcló con el humo de los pasajeros que apuraban sus cigarrillos antes de subir al autobús.

Era el tercer autobús de aquel día. A las ocho de la mañana había salido de Tarifa en dirección este, cambié de autobús en Algeciras y pasé Gibraltar, donde el Atlántico se convertía en Mediterráneo. A mi espalda, mientras me dirigía hacia Marbella, el poderoso peñón se difuminaba en una sombra.

—¿Adónde? —farfulló en chófer cuando subí al autobús.

Le extendí el billete.

—A Puerto Banús —dije.

Me senté en un sofá del Sinatra Bar con vistas a las embarcaciones de lujo que había en el puerto y que tenían un tamaño grotesco. Ferraris y Lamboghinis pasaban lentamente por la calle.

Escruté de forma mecánica la carta y pedí una tostada. Dos hombres de narices sonrosadas dormitaban cada cual delante de su cerveza, y una mujer con gafas de monturas de oro había hecho una pausa entre sus compras, rodeada de bolsas de Versace y Armani.

Saqué un lápiz y una libreta y dibujé un croquis del puerto mientras esperaba. Un decorado para una representación sobre el éxito y el dinero. Puerto Banús había sido edificado como un pueblo pesquero en plan pintoresco, con casas blancas y estrechas escaleras que trepaban entre las calles, pero ningún pescador podía permitirse el lujo de vivir allí.

—Por Dios, qué cansada estoy, qué noche —exclamó una chica con acento británico y se dejó caer en el sofá más cercano a la calle.

—No comprendo cuándo va a poder dormir una —dijo su compañera e hizo una coqueta señal al camarero, que las atendió en seguida. Él llevaba un arete de oro en la oreja y una camiseta negra con las mangas remangadas por encima de los músculos.

—Tráeme un *a better tomorrow* —dijo la chica.

—Lo mismo para mí —dijo la otra y se sentó enfrente. Estiraron sus largas piernas hacia la calle y una de ellas se quitó un zapato y movió los dedos del pie de uñas plateadas.

El camarero trajinaba envases de zumos y limones y rellenaba las copas con hielo picado. *A better tomorrow* era una alternativa sin alcohol en la carta de bebidas.

—Estos zapatos acabarán conmigo —dijo una de las chicas.

Las dos exhibían matices entre rubio platino y rubio claro con raíces que se habían teñido a conciencia. Según los analistas de la moda, aquel año las melenas debían lucirse un tanto descuidadas y alborotadas, como si no costasen el menor esfuerzo.

—Mira ahora, pero no te vuelvas —dijo la rubia claro y guiñó un ojo en dirección a la calle. Un Maserati rojo pasaba por séptima vez.

—Qué maravilla. —La rubia platino gimió.

—¡Pero si es el que se lleva a jovencitas de trece años! Tiene un apartamento en el puerto, el jacuzzi es mayor que todo el salón.

—Ya, pero qué coche. Es tan bonito…

—Pues tendrías que ver su yate. Es uno de los más grandes del puerto.

—¿Has estado en él o qué?

—Dos veces. —La rubia claro asintió y dio un trago a su zumo.

—¿Cómo? ¿Es mayor que el *Golden Star*? ¿Que el yate de Leeson? ¿Que el *Athena*? Corta, tú mientes. ¿Es que has estado en todos los yates del puerto?

—No en todos, pero sí en muchos. —La rubia claro movió la cabeza y volvió la vista de nuevo hacia los coches.

Doblé el mapa del puerto y me acerqué a su mesa.

—Hola, perdonad, me pregunto si sois modelos.

Las chicas cruzaron sus miradas, rieron y se atusaron el pelo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Trabajo para una revista norteamericana —dije y exageré el acento neoyorquino.

—¿Qué revista? —Las chicas sonrieron con dientes blancos que competían en resplandor—. ¿*Vogue*?

Hice un movimiento de cabeza que podía interpretarse de cualquier manera.

—Voy a escribir de la glamurosa vida en la Costa del Sol, la vida de la
*jet-set*
. ¿Sabéis algo de eso? —Me arrimé un poco más.

—¿Nos vas a entrevistar? —La rubia platino abrió su reluciente bolso y sacó un pintalabios.

—Es que estamos un poco cansadas. Estuvimos anoche de fiesta en las montañas, venimos de allí.

—Son fiestas totalmente alocadas. No acaban antes de las once de la mañana.

La rubia platino se inclinó hacia su compañera.

—¿Vas a hacernos fotos?

—¿Cómo os llamáis? —Anoté sus nombres con esmero para que vieran que iba en serio. Emma era la rubia claro. La rubia platino se llamaba Melanie.

—Seguro que conoceréis a muchos famosos en esas fiestas —dije.

—¿Tú qué crees? —Melanie acarició el cielo con la mirada—. Aquí hay tantos famosos como quieras.

—Sean Connery vive aquí —dijo Emma—, aunque no lo hemos visto. Pero Antonio Banderas suele hacer *footing* por la Golden Mile.

—En la fiesta de anoche conocí a un chico que conoce a uno que toca con Robbie Williams —dijo Melanie. Alzó un poco la voz—. Dice que Robbie está a punto de llegar.

—Corta —dijo Emma—. De eso no me has dicho nada.

—Acabo de llegar de allí —dijo Melanie. Sacó un pequeño espejo del bolso y abrió el pintalabios.

—He oído decir que también suele haber fiestas en los yates. —Hice un gesto señalando los muelles.

—Pues claro, por Dios. Especialmente ahora, en otoño, cuando llegan sus propietarios desde París y Londres.

—¿Se quedan siempre amarrados en el puerto?

—Claro, por supuesto, a no ser que vayan a Niki Beach —dijo Emma.

—Allí vi una vez a la princesa Madeleine de Suecia —dijo Melanie—, y por supuesto a Harry.

—¿A qué Harry? —garabateé en la libreta por pura apariencia.

Emma se echó a reír y se llevó la mano a la frente.

—¡Pues el príncipe! —Se miraron entre ellas y menearon la cabeza de modo que sus rubias melenas se mecieran.

Pasé de página de la libreta. Los de las narices sonrosadas

habían enderezado sus cuerpos cuando las chicas entraron, reían, brindaban y trataban de llamar su atención.

—Hay un ricachón francés que tiene un yate aquí —dije—. Me pregunto si lo conocéis. Se llama Alain Thery.

Melanie me miró con desprecio.

—Pero, qué dices, ese no es famoso.

—En Francia es conocido. Tenemos muchos lectores en París.

Melanie agachó la cabeza un poco de lado para mostrar su largo cuello. Se llevó la mano al pendiente que se balanceaba.

—Aunque él nunca sale a Niki Beach —dijo—. Apenas se adentra en el mar.

—¿Sabéis cuál es su yate? —dije.

Emma apuró la última gota de su bebida.

—¿Queréis tomar algo más? —dije y sonreí—. La revista invita.

—Entonces quiero un Cosmopolitan —dijo Melanie en seguida.

—Un vodka rojo.

Llamé al camarero y le hice el encargo.

—Anoche celebraron una fiesta —dijo Emma.

—¿Dónde? —dijo Melanie.

—En su yate. En el del tal Alain.

—¿Cómo lo sabes? —Melanie cogió su Cosmopolitan directamente de la bandeja y bebió un trago.

—Pues claro, Suz conoce al patrón, ya te lo he contado. —Emma se dirigió a mí—: Hay muchas chicas que se enrollan con los patrones para salir en barco. Si hay que ir a Niki Beach hay que hacerlo en yate, si no, resulta un engorro. Pero después, cuando llegan los propietarios, las chicas abandonan el barco.

—Una amiga mía estuvo en una fiesta la primavera pasada —dijo Melanie—. Había tanto champán como quisieras. Había de todo con solo pedirlo. Ya te imaginas. —Se relamió los labios y se llevó un dedo a la nariz.

—¿Cocaína? —dije en voz baja.

Melanie hizo morros con los labios y puso el dedo encima.

—¿Dónde está ese yate? —pregunté y miré hacia la jungla de naves blancas.

Emma señaló a la izquierda, hacia el amarre del puerto, donde acababan los muelles marítimos y el artificio de pueblo trazaba un

recodo hacia el mar, con tiendas y restaurantes en las plantas bajas y apartamentos de tres habitaciones que costaban dos millones de euros según los anuncios de una agencia inmobiliaria que había visto desde el autobús.

—Muelle 0 —dijo con suspense.

—Allí solo hay yates grandes. —Melanie chascó la lengua—. Hay quienes pagan hasta diez mil euros al mes solo por amarrar en el muelle 0.

—¿Sabéis el nombre del barco? —pregunté—. Me gustaría sacarle una foto.

—¿Llevas la cámara? —dijo Melanie y abrió los ojos como platos —. Es que no voy arreglada…

—Suz me contó una historia espantosa. —Emma dirigió la vista de Melanie hacia mí para cerciorarse de que contaba con nuestra atención—. Se trata de una chica que salió con él, es decir, con el propietario, el millonario. Fue violada.

Melanie refunfuñó.

—Eso es lo que cuentan todas.

—Sí, claro, ella sabía a lo que iba. —Emma extrajo el limón de su copa y lo lamió—. Me refiero a que ella le acompañó.

—Hay chicas que son tan ingenuas… —dijo Melanie—, creen que solo pueden montar en barco y beber champán. Es lógico que él se pusiera de mala leche. Es su barco.

—¿Qué le sucedió a la chica? —pregunté.

Emma agarró su propia muñeca y la mantuvo en alto.

—La esposó. Todo eso. La encadenó a las lámparas de la cama, comprendes, en un barco todo está fijo.

—También hay muchas a las que les va el rollo —dijo Melanie.

Emma bebía a sorbitos de su copa.

—Pero cuando ella quiso abandonar el barco, no pudo bajar. Él lo había desplazado un buen trecho mar adentro, fuera de los muelles. Es conocido por eso.

Recordé el chisme que me había contado Caroline Kenney.

—¿Es que no sabe nadar? —pregunté.

Melanie y Emma se echaron a reír y cruzaron miradas entre ellas. Era obvio que esta periodista no era muy sagaz ni experimentada.

—Entiéndelo, él pone el yate en marcha para que las chicas de a bordo no cambien de idea.

—Y así no se las oye gritar.

—Al día siguiente apenas podía caminar —dijo Emma en voz baja—. Tuvieron que pasar tres días o una semana al menos antes de dejarse ver de nuevo por el puerto.

Desvié la vista hacia el muelle 0, donde los grandes yates rumiaban sobre el agua en calma, con proas afiladas y ventanas como rasgados ojos negros. Parecían perversos.

—¿Sigue esa chica por aquí? —pregunté—. Sería interesante hablar con ella.

—Volvió a casa —dijo Emma.

—Pero, por Dios, no es raro que cunda el desenfreno. Una juerga es una juerga. Tendríais que haberme visto esta mañana. —Melanie agachó la cabeza, se cogió el pelo y se lo sacudió para que el peinado le quedara aún peor—. Pero qué mañana ni mañana, por cierto duró hasta la una.

—¿Con el tal Phil? —dijo Emma. Ella se estiró cuando tres jóvenes españoles se sentaron junto a la barra. Llevaban cadenas de oro al cuello y grandes relojes resplandecientes.

—No, qué va, es que no te enteras, fue con Liam, ya sabes, el que conoce a ese chico que toca con Robbie Williams. Ya te lo conté.

—Es viejo. —Emma hizo una mueca de asco.

—De eso nada, Robbie solo tiene treinta años.

—Me refiero a Liam. Cuarenta por lo menos.

—Pero, bueno, ¿has visto su casa, la de la carretera de Ronda?

—Ni siquiera es suya. Suz me contó que él es una especie de guardián, guarda la casa mientras los propietarios están fuera.

Melanie se llevó la mano a la boca, miró a otro lado y se arregló la melena. Metió la mano en el bolso y volvió a sacar el pintalabios. Me señaló con él, refulgente de rojo sangre, hacia el muelle 0.

—Por cierto, ya que lo preguntas, se llama *Epona*.

—¿El yate de Alain Thery?

—Significa diosa ecuestre —dijo Emma.

Tanto yo como Melanie la miramos sorprendidas.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Melanie.

Emma se encogió de hombros, miró a otro lado y su mirada pareció succionada por el lento paso de un Porsche negro.

Les di las gracias y anoté sus números de teléfono. Les dije que el fotógrafo las llamaría al cabo de una semana. Luego me incorporé, pagué en la barra y salí, di un paseo a lo largo del puerto en dirección al muelle 0.

Comparado con la virulencia del mar de Tarifa, el Mediterráneo era calmo como una balsa, y África no estaba tan cerca, el continente solo aparecía como una tenue pincelada azul oscura en el horizonte.

El *Epona* era el quinto yate del muelle. Pasé a su lado lentamente, sin detenerme, lo miré como había mirado, un tanto admirada, todos los barcos a mi paso. La pasarela estaba recogida. *No entry, no pasar, ne pas monter à bord*, rezaba un letrero a popa, junto a una abertura en la borda, donde una escalerilla conducía a bordo. La cubierta era de madera exclusiva, de color claro, del tipo bosque tropical en peligro de extinción. Puertas de cristales negros conducían al interior del barco.

Me detuve tres yates más allá, donde un hombre con vaqueros y cazadora azul llevaba maletas a bordo.

—Precioso yate —dije—. ¿Cuánto cuesta un barco así?

Él me lanzó una mirada.

—Más de lo que tú puedes pagar —dijo y arrojó su pitillo al agua.

—Lo sé —dije—. Por eso me interesa más aquel. —Le señalé el yate de Alain Thery—. ¿Sabes cuál es su marca?

—¿El *Epona*? —El hombre subió de un salto a la pasarela y estiró el cuello—. Es un Marquis —dijo.

Su mirada me recorrió el cuerpo de arriba abajo, con descaro.

—¿Hay alguien que los venda por aquí? —pregunté.

El hombre me indicó a su espalda, hacia los otros muelles que sobresalían como dedos del puerto.

—Prueba en Marina Banús —dijo.

—Gracias —respondí, y crucé la calle.

Me situé al lado de un puesto de helados, con vistas al *Epona*. En el yate no se veía un solo movimiento. Al comprar una botella de agua mineral descubrí que en el Sinatra Bar me habían dado mal el

cambio, faltaban treinta euros del fajo de billetes de la derecha. Toda mi rabia se volcó de repente contra el camarero del arete de oro en la oreja y me dirigí a la calle justo cuando un Jaguar verde gris giró hacia el borde del andén y se detuvo delante del *Epona*.

Retrocedí unos pasos, me metí en una tienda de ropa y me oculté tras un perchero de camisetas.

Se abrió la puerta delantera de la derecha y salió un hombre en traje azul, de buen porte. Llevaba gafas de sol, modelo de piloto, y el pelo entrecano y corto. El escalofrío empezó en la base de la espalda, me recorrió toda la columna vertebral y se inflamó como una hoguera en la nuca.

Era él.

Alain Thery se movía indolente, al ritmo que el resto del puerto, donde nadie se dirigía a ningún sitio y la mayoría ya tenía todo lo que podía desear. Volvió la vista atrás y miró hacia los bares donde yo había estado, su mirada siguió a un coche deportivo que se deslizaba a lo lejos por la calzada. Luego cerró la puerta del coche y pulsó un mando a distancia. En ese momento percibí un movimiento en la cubierta del barco. Las puertas se abrieron y un minuto después apareció un hombre que vestía holgadas prendas blancas, de pelo moreno, y que levantó la mano en gesto de saludo.

Cuando Alain Thery subió a bordo, vi una pasarela que no estaba antes. Ambos hombres intercambiaron unas frases y Alain Thery desapareció a través de las puertas.

El otro hombre, supongo que el patrón, se demoró en la cubierta mientras la pasarela se recogía como una lengua a través de un orificio en popa.

—¿Quieres algo? —dijo una voz a mi espalda.

Me di la vuelta. El propietario de la tienda permanecía malhumorado junto a un soporte de gafas de sol. Me acerqué y escogí unas RayBan de imitación. Cuando fui a pagar, descubrí que eran auténticas.

De vuelta a lo largo del muelle me contuve las ganas de entrar al Sinatra Bar para exigir la devolución de mis treinta euros. Iba a armar una bronca y muchos me recordarían sin necesidad alguna.

Me detuve al pasar por una tienda Armani y entré.

—Quiero un vestido y una chaqueta a tono, si es que tienen.

La fría y bien trajeada mujer me miró como los pescadores miran lo que suelen echar a los gatos.

—¿De qué color? ¿En qué tipo de vestido estás pensando?

—Corto —dije—. Preferiblemente rojo.

Me puso tres vestidos en la mano y entré en el probador. El segundo me sentaba a la perfección, corto hasta el muslo y demasiado ceñido para moverse dentro. Probé a subirme la falda por encima del culo. Funcionaba. La prenda costaba ochocientos diez euros.

—Me lo llevo —dije y salí del probador con el vestido puesto.

Vi una chaqueta que colgaba de una maniquí y me la probé en la tienda. Me sentaba bien y me la dejé puesta. Introduje la chaqueta vieja dentro de la bolsa, podría hacer frío por la noche. Metí la mano para sacar dinero y caí en la cuenta de que también debía comprarme un bolso.

La dependienta me pidió que me diera la vuelta para que pudiera quitar las etiquetas. Cogí un ancho pasador para el pelo del mostrador.

—También me llevo esto —dije.

Al reflejo de la luna del escaparate, a la salida de la tienda, me fijé el pelo. Aún me sobresaltaba verme a mí misma teñida de rubia. Zapatillas y vestido negro parecían lejanos, como mi ajado bolso en bandolera. Metí la ropa vieja en la bolsa de Armani y la tiré a una papelera.

En la verja de Marina Banús había un guardia adormilado, medio tumbado, marcando un ritmo con la cabeza.

—Buenos días —dije.

Él no movió una pestaña. Toqué con los nudillos la ventanilla que había a su lado. El guardia movió la cabeza y se quitó los cascos de las orejas.

—Quiero ver un barco —dije—. Por cuenta de mi jefe —añadí.

—Está bien. —El guardia se incorporó y se quedó sentado. Empezaba a acostumbrarme a que todos me miraran de arriba

abajo, como si fuera un objeto de exposición, así que di un paso adelante esperando que la garita del guardia eclipsara las zapatillas gastadas que había comprado a precio de saldo, por quince dólares, junto a Ground Zero hacía medio año.

El guardia cogió un teléfono. Yo miré al muelle donde estaban amarrados los yates en venta, parecían pequeños portaviones, de un blanco reluciente y de formas aerodinámicas. Me pregunté cuántos millones pensaban sacarme.

—Ahora viene un vendedor —dijo el guardia y volvió a ponerse los cascos.

Miré la hora. Eran las cinco menos cuarto. También debía cambiar de reloj. Todo podía cambiarse, teñirse y transformarse, pensé. Aun así, la gente cree conocer a quien tiene delante.

—Buenas tardes —dije y sonreí al vendedor que venía a pie con una cartera bajo el brazo—. Perdone que me presente así, sin previo aviso, pero tengo que ver un yate para mi jefe.

Me llevé las gafas de sol a la frente y abundé en mi acento de la costa este.

—Ningún problema, ¿es cliente nuestro de antes? —El vendedor sonrió una sonrisa ensayada. Era un hombre de unos treinta años, de dientes blancos y lánguido choque de manos.

—No, pero está a punto de mudarse aquí —dije—. Se trata de Richard Evans, uno conocido publicista neoyorquino, no sé si habrá oído hablar de él.

El vendedor asintió con ganas mientras me abría paso a través de la verja.

—¿Cuál es su idea?

—Un Marquis —dije—. No hace falta que me muestres otro. El señor Evans es un verdadero entusiasta de Marquis.

—Una buena elección. Excelente. Son muchos los que compran yates americanos cuando el dólar está barato. ¿Y de qué dimensiones estamos hablando?

Puse una mano en su brazo.

—Muéstrame lo que tengas disponible.

Los reconocí en el acto. Dos yates Marquis estaban el uno junto al otro y cabeceaban mansamente, parecían los hermanos Marquis, el mayor y el menor, tan arrogantes como autosuficientes, y con la

misma mirada artera de sus ventanillas negras.

—El grande —dije—. Ese es.

—La reina —dijo el vendedor con un deje de ternura en la voz. Acarició la barra de la pasarela como si fuese su futura esposa—. Un Marquis de sesenta y nueve pies —dijo—. Excelente elección. Si paga en euros el precio solo asciende a uno coma ocho millones en este momento, medio millón menos que un yate europeo similar.

—¿Puedo verlo más de cerca?

—Por supuesto. —El vendedor subió a la pasarela y me extendió la mano para escoltarme a bordo—. Es una verdadera preciosidad, con gracia y elegancia con la que ningún otro yate puede equipararse. Podrá comprobar que los espacios interiores ofrecen más de lo que normalmente se suele ver, incluso en yates mayores que este.

—Mi jefe quiere saberlo todo —dije y subí a bordo—. ¿Podemos empezar por el dormitorio?

La música tronaba desde el interior de Puerto Banús, donde los clubes permanecían abiertos muchas horas más, pero en el muelle 0 empezaba a instalarse la paz de la noche. Los restaurantes a lo largo de la acera habían cerrado. Un par de chicas salieron, tambaleándose sobre sus altos tacones, de un yate que se llamaba *Ma Petite*, oí comentarios apagados sobre la aburrida *party* a bordo mientras se dirigían hacia alguno de los clubes.

Cansada de deambular entre bares, de beber bebidas sin alcohol y de esquivar los envites de turistas de golf, borrachos, me senté en el suelo recostada en una torreta en la punta del muelle 0.

El Jaguar verde y gris no se había movido en toda la tarde. Había visto bajar al patrón de la cubierta superior en dos ocasiones para echar un pitillo mientras dirigía la vista hacia las llamativas luces del puerto. Me lo imaginé deseando que el propietario abandonara el yate durante algún tiempo para disponer a sus anchas de los tres dormitorios.

A Alain Thery no se le había visto en toda la tarde.

Decidí esperar media hora más y cerré los ojos. El sueño me arrastró al abismo, al interior de un pozo sin fondo. Di un respingo

y abrí los ojos. El Jaguar seguía en su sitio. Ninguna luz encendida. Si él no dormía ahora es que no dormía nunca.

Abrí la bolsa dorada que había adquirido a precio de ganga y saqué los zapatos nuevos. Había tirado mis viejas zapatillas y el anorak tras unos matorrales, las últimas pertenencias de mi vida anterior. El bolso de bandolera ya lo había metido en la papelera del aseo de unos grandes almacenes, donde había completado mi atuendo con un maquillaje muy concienzudo. También tiré el móvil al mar mientras paseaba a lo largo del muelle para observar el *Epona* desde otro ángulo.

Los zapatos nuevos tenían tacones de punta y broches de oro a los lados y eran medio número demasiado pequeños. Los había elegido a propósito para que me apretasen bien los pies y no me bailaran en las escaleras. No había riesgo de que tuvieran tiempo de hacerme rozaduras en los pies.

Controlé con la mano, por última vez, el contenido del bolso. Sentí la dureza del metal en los dedos, las botellas de plástico y el trozo de sábana. Luego me puse en pie, desentumecí las piernas y tensé los músculos antes de echar a andar.

A lo largo del muelle 0 no había una verja que, como en otros muelles, impidiera el paso a personas no autorizadas. Los yates grandes contaban con su propio sistema de seguridad, lo normal era que el patrón también hiciera las veces de guardia, me lo había contado el vendedor de Marina Banús cuando le expuse mi temor de que el barco requiriera demasiado personal. El jefe no quería tener mucha gente a su alrededor cuando llegara al barco para descansar.

Me situé delante del *Epona* y llamé con un tímido «aló». Luego probé con un silbido y otro «aló», y acabé por tirar una piedrecilla a la portezuela en medio de popa. La puerta se abrió un minuto más tarde y el patrón asomó su cabellera morena desde el camarote del capitán. Detrás estaba la sala de máquinas. El grueso cable de color naranja, que se colaba por una rendija delante de sus pies, suministraba electricidad al barco mientras permanecía amarrado. Repetí de memoria, mecánicamente, cada uno de los detalles.

—¿Qué pasa aquí? —dijo el patrón en español y salió. Me miró con los ojos entornados y parecía que acabase de despertarse—. ¿Te

has perdido?

Sellé la boca con un dedo, saqué los labios y le indiqué con la mano que se acercara. Dio unos pasos sobre una plataforma que se podía subir y bajar, lo que resultaba práctico si uno quería bañarse en el mar.

—Soy un regalo para Alain Thery —dije en inglés y me pasé la mano a lo largo del costado elegantemente pulido y la detuve en el exclusivo contoneo del vestido por encima de la cadera, no era barata—. Un regalo —repetí en español para mayor seguridad.

—No sé nada de eso. —Cambió a un inglés de marcado acento.

—En tal caso, no será una sorpresa —dije y puse el pie encima del cabo que amarraba el yate al muelle para que el vestido se levantara un decímetro y dejara las bragas al descubierto. Blancas, de encaje, del departamento de ropa interior de los almacenes. Un metro y medio de agua me separaba del barco. A ambos lados del camarote del capitán, unas escaleras conducían al puente de mando. Cuatro escalones. Pude distinguir la tapa cromada del depósito de gasoil al lado derecho del casco. La pasarela estaba a la izquierda, oculta bajo el primer escalón. Supuse que el patrón llevaba consigo el mando a distancia.

—Vamos, date prisa. Qué crees que dirá Alain cuando se entere de que hiciste esperar a su prenda toda la noche.

El patrón apartó la mirada del punto blanco entre mis piernas, me dio la espalda y subió por la escalerilla de la izquierda. La pasarela se desplegó con el sonido de un suspiro.

Subí a bordo. El patrón permanecía apoyado contra la pequeña cancela en lo alto de la escalera. No hizo ningún amago de apartarse cuando remonté el último escalón. La fibra de cristal se sentía resbaladiza e inestable bajo los tacones. Su rostro se pegó al mío.

Metí la mano en el bolso y atrapé las piezas redondas de metal entre los dedos. Saqué las esposas y las columpié bajo sus narices.

—Va a ser un polvo salvaje —dije—. Así que no se te ocurra bajar y molestar cuando estemos en medio de la juerga. —Hice que el metal rozara su mano—. Cuando esté lista con Alain vendré a por ti. Pero para eso tienes que abrir esta cancela.

El patrón se puso a reír y la cancela se abrió con un clic.

—Buen chico —dije y señalé el puente de mando—. Cuando hayas soltado amarras, vas al puente y pones en marcha el yate. En línea recta. Ya sabes lo que hay que hacer. —Le arrimé el muslo a la entrepierna—. Y cuando me oigas gritar piensa que luego es tu turno.

Pasé por delante de él sobre la cubierta de popa donde la madera era de un tono pálido refractario al calor. Un sitio excelente para un desayuno al sol. Le esperé junto a la oscura puerta acristalada para que me la abriera. Al entrar, me puso la mano en el culo.

El papel más sencillo del mundo, pensé. Y siempre pican.

Los tacones se hundían en la blanda moqueta y tuve que apoyarme en la pared antes de que el cuerpo recuperara el equilibrio. Una luz tenue provenía de apliques indirectos que se reflejaban en los espejos del techo. Seguí adelante pasando entre sillas de bar en forma de ensaladera y butacas italianas de cuero. De la pared podía desplegarse una pantalla de televisión de cuarenta y dos pulgadas. Las cortinas de lienzo de las ventanillas estaban recogidas y vi el brillo de las luces de los bares reflejado en la negra superficie del agua. El cielo estaba limpio, lleno de estrellas, una noche en calma.

Frente a mí podía ver el puente de mando, el panel de control a radar y GPS, timón y todo lo que se precisaba para volar mar adentro. Una escalera de plexiglás conducía al puente de mando de la cubierta superior. Sentí la presencia del patrón dos metros a mi espalda y me volví. Su mirada aterrizó en mis tetas.

—Espera un rato a arrancar el motor para no echar a perder la sorpresa —le dije en voz baja.

Él se rascó la nuca y rio.

—Queremos estar solos, así que vete a tu puesto y maniobra. —Le indiqué la escalera que conducía arriba—. Nos vemos dentro de un par de horas, ¿de acuerdo?

—Eso tenlo por seguro —dijo el patrón y se relamió con la boca abierta.

Esperé a que desapareciese hacia la cubierta superior antes de que yo descendiera por la estrecha escalera que conducía a los dormitorios.

Contuve el aliento mientras abría con cautela la puerta del camarote reservado a invitados especiales. La luz del vestíbulo se proyectaba y rebotaba contra el espejo al otro extremo del camarote. En la cama no había nadie. Continué por dos camarotes más pequeños destinados a niños. Uno de ellos hacía las veces de despacho, con mesa de escritorio y un ordenador de pantalla grande; en el otro había una cama para invitados. Era obvio que Alain Thery no tenía hijos, al menos ninguno que acostumbrara a venir de visita.

Respiré con la boca abierta cuando bajé los dos escalones hacia la *master bedroom*, que estaba a proa, recordé la disposición exacta y esperé que no estuviera modificada.

Una leve trepidación a mi alrededor, como si el mundo se estremeciera. El barco había soltado amarras.

Giré despacio el pomo de madera de la puerta. No hizo ruido al ceder, solo un leve cambio de presión en el ambiente, como si el barco hubiese aspirado aire.

Una amplia cama doble dominaba la habitación y vi el bulto de su cuerpo bajo la manta. Respiración regular. Dormía. Di las gracias a la mullida alfombra cuando entré sin hacer ruido dentro de la habitación y capté todos los detalles a la tenue luz del vestíbulo. Armarios y roperos de madera de cerezo empotrados a la pared. La primera puerta a la izquierda era un vestidor, la segunda conducía a un baño con yacusi. El techo era un espejo, y a lo ancho de la cabecera de la cama había lámparas pegadas a la pared con apliques curvos de acero inoxidable.

—Despierta, Alain, es la hora.

Justo entonces vibró el barco, oí el ruido del motor y sentí la sacudida del cuerpo cuando el barco zarpó. Velocidad máxima de treinta y dos nudos.

Alain Thery alzó la cabeza y abrió un par de rasgados ojos que entornó contra la luz y deseé que todo lo que viera fuese una sombra. Ahuecó las manos por encima de las cejas.

—Hola, Alain —dije suavemente. Escogí un inglés con leve acento.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Quién eres?

—Soy un regalo —dije y alcé las esposas, las dejé balancearse

para que viera su silueta.

—¿Qué es esto?

Alain Thery golpeó la pared a su espalda y se iluminaron las lámparas de la cama.

—¿Quién eres? ¿Nos conocemos?

Una sola vez, a la luz mortecina de un club de noche, pensé y pedí a Dios que yo fuera demasiado insignificante para ser recordada y que llevase el maquillaje bien puesto.

—¿Hablamos o jugamos? —dije y levanté mi fría mano, me quité el pasador y moví la cabeza para que la rubia melena me cubriera el rostro.

Se incorporó sentado y extendió la mano con la palma hacia arriba.

—Dame eso —dijo.

Tenía poco cabello y unas profundas entradas, estaba pálido y parecía más gordo cuando no llevaba un traje de diseño. Sus ojos claros penetraron mi cuerpo y pude sospechar lo que se movía bajo la manta.

—Tú primero —dije y me dirigí con exagerado contoneo por uno de los lados hasta la cabecera de la cama.

Encogió las rodillas y se abrió de piernas. Pude oír cómo su respiración se hacía honda y ronca.

—¿De quién es esta idea? —dijo—. ¿De Vincent?

Me estiré hacia delante y le hice una fuerte presa en la muñeca. No le perdí la mirada, sus ojos casi blancos parecían transparentes. Se colocó en el centro de la cama sonriendo socarronamente y llevó su mano a mi entrepierna. Aguanté y levanté su brazo a lo alto, hacia la lámpara. Clic, la mano quedó bloqueada.

La otra hurgaba bajo mis bragas, me revolví y le di un rodillazo en el brazo. Él no había palpado la bolsa de plástico dentro de mis bragas, con los últimos billetes enrollados. Le azoté la mano.

—Quieto —dije—, aún no es tu turno.

Luego saqué el otro par de esposas del bolso. Alain Thery emitió un leve gemido.

—Voy a hacerte daño —dije mientras rodeaba la cama y le cogía la mano izquierda al otro lado—. Voy a hacerte mucho daño.

Clic.

—¿Un regalo de quién? —dijo y empezó a reír.

Me aparté unos pasos de la cama para que no pudiera alcanzarme con los pies.

—De Patrick Cornwall —dije.

La información tardó varios segundos en alcanzar el cerebro de Alain Thery y atravesar su sistema de señales para que sus ojos se abrieran como platos, bajase el mentón y sus brazos empezaran a temblar.

—Maldita sea.

Sonreí y noté que la siguiente pieza informativa encajaba en su sitio.

—Eres tú, maldita puta. ¿No tuviste bastante en Tarifa? ¿No te dijeron lo que iban a hacer contigo? —Dio tirones y quiso soltarse, pero las lámparas estaban sólidamente atornilladas a la pared. Máximo estándar, exquisita calidad.

—¿Qué quieres? Esto es un delito, maldita sea, quítame las esposas antes de que…

—¿Antes de qué, Alain? ¿Antes de que ordenes a tus muchachos que me arrojen al mar? —Me senté en una pequeña banqueta redonda de cuero y puse la bolsa dorada en mis rodillas.

—No entiendo de qué me hablas —dijo Alain Thery—. Estás loca, quítame esto antes de que deba ponerme desagradable.

—¿Como con Patrick Cornwall?

—Nunca debió haberse hecho a la mar, maldita sea. —Alain Thery intentó escurrir sus manos pero eran demasiado gruesas. Manos trabajadoras de Pas-de-Calais.

—Te equivocas, Alain —dije—. Él nunca se hizo a la mar.

Detuvo el movimiento y vi cómo trataba de poner en el rostro una expresión digna de un hombre de su posición.

—Soy un hombre de negocios, conozco a miembros del Gobierno francés y del Parlamento Europeo, también de aquí, de la Costa del Sol. Gente influyente.

—Seguro, te creo, pero ahora no están aquí, ¿verdad? —Miré en todas direcciones—. Ahora solo estamos tú y yo, así que vas a hablar. ¿Lo llevaron al mar, verdad? Lo siguieron por las calles de Alfama después de haber empujado a Michail Jetjenko desde la terraza. ¿Le dieron alcance allí o esperaron a que regresara al hotel?

Además, ¿cómo supisteis dónde iban a verse?

—Tú estás mal de la cabeza. —Empezó a dar tirones y a patalear, la manta cayó al suelo y mostró su desnudez. Dejé que mi mirada recorriese su cuerpo pálido y todo lo que pude ver fue el cuerpo desnudo de Patrick en la orilla del mar. Metí la mano en el bolso dorado y saqué uno de los dos botellones de plástico. Desenrosqué la tapa y olí de modo demostrativo el contenido.

—Estoy pensando en el incendio del hotel en Saint-Quen. Diecisiete personas perecieron, Alain. Dentro había un muchachito que soñaba con ser Zidane, pero que no jugó más al fútbol porque tú quisiste dar ejemplo. Por eso enviaste a tus muchachos, para prender fuego y cuidarse de que nadie se salvara, ¿verdad? Para que todos se enteraran de lo que sucede si alguien intenta escapar de tus barracones.

—Quítame las esposas ya. Dame la llave y quizá te deje ir.

—¿Cómo podrás hacerlo? Estamos en un barco, un buen trecho mar adentro.

—¡Maldita sea! —Movió la cabeza a ambos lados y fijó la vista en las ventanillas. Fuera solo veía oscuridad. Ningún yate vecino, ningún resplandor de luces de los clubes.

—Podríamos salir a nado, pero he oído decir que no eres buen nadador —dije.

El movimiento del barco se detuvo suavemente y cesaron las leves vibraciones del motor. Me levanté. Agité la botella para salpicar un poco de gasolina en la moqueta. El penetrante olor químico llenó la habitación en un momento.

—¿Qué coño estás haciendo? ¿Qué piensas hacer? No fui yo —a su voz le salió un gallo—. Esos muchachos están locos, no debían matarlo, les dije que hablaran con él, que lo sobornaran para que abandonase su maldito reportaje, pero acaba con esto, maldita sea, estás completamente loca. —Alain Thery se revolvió en la cama, pataleó y se echó a la izquierda, tan lejos como pudo del reguero de gasolina que yo derramaba lentamente a lo largo del largo derecho de la cama.

Había comprado una lata de reserva en la gasolinera junto a la estación de autobuses de Tarifa y me había sentado en un descampado con vistas al mar. Lo último que hice antes de

abandonar la ciudad fue vaciar dos botellas de plástico de agua mineral y llenarlas de gasolina. Luego tiré el bidón entre unos matorrales y bajé a la estación de autobuses justo en el momento en que hacía su entrada el autobús de Algeciras.

—Ramón, maldita sea, Ramón, ven aquí —Alain Thery gritó a voz en cuello—. Te voy a matar, putón. ¡Ramón!

—Eso, sí, Alain —grité yo más alto—. ¡Mátame, pégame fuerte, mátame ya!

Alain Thery me clavó la mirada.

—¿Qué estás haciendo?

Sonreí.

—Quiero garantizarle a tu compinche que nos lo estamos pasando bomba.

Sus ojos se rasgaban como grietas afiladas.

—¿No tuviste suficiente en Tarifa? —dijo—. ¿Quieres saber lo que harán mis amigos contigo si me encuentran así?

—Cuando te encuentren no te van a conocer —dije. Rocié la sábana con gasolina y Alain Thery volvió a gritar cuando sintió la humedad a sus pies.

—¿Qué demonios quieres que haga? Tengo dinero. ¿Cuánto quieres?

—¿Cuánto vale? —dije—. ¿Cuánto costó James, el inmigrante?

Alain Thery rio de nuevo, una risa enferma que reverberaba alta y cascada antes de caer en la mullida alfombra y morir.

—A ti te daré mucho más, maldita sea. —Me miró con gesto suplicante—. Todos saben que ellos mienten.

Mantuve la botella en alto para que la gasolina brillara a la luz de las lámparas. Me la pasé por la mejilla y sentí la embriaguez de su fuerte olor, la locura cuando inhalé a fondo sus vapores.

—¿Y Mary Kwara? —dije—. ¿Qué hiciste con ella? ¿También la arrojaste al mar?

—¿Quién es esa? —dijo Alain Thery—. No conozco a ninguna jodida Mary.

Caminé al pie de la cama y dejé que la botella trazara un reguero en la alfombra, torcí y proseguí a lo largo del lado izquierdo de la cama. Alain Thery se lamentaba. Agoté el vertido y me recosté en la pared, vi su miserable ruego pintado en el rostro.

—Podías haberte contentado con desmentir sus datos —dije—, pudiste comprar testigos, sobornar policías, demandar al periódico y aterrorizar a sus abogados. Pero tuviste que matarlo, no pudiste dejarlo en paz. ¿Por qué? ¿Porque te arruinó una cena?

—Soy un hombre de negocios —se lamentó Alain Thery—. Tengo que pensar en los negocios.

—¿Es que no tienes suficiente dinero? Pero no solo se trata de eso, se trata del poder, ¿verdad? Sigues su pista. —Apunté y derramé un chorro de gasolina en su entrepierna. Alain Thery volvió a chillar y trató de protegerse, desesperado retorció el cuerpo y gritó.

—Sí, azótame, mátame —grité contra el techo. Alain Thery me escupió pero erró el tiro.

—La putilla de un negro —me insultó—. Se creen muy listos pero ese idiota no sabía con quién se las jugaba. Ni siquiera se dio cuenta de que lo seguían, ni que le robaron el teléfono en Lisboa, en medio de la calle, americano tenía que ser, reportero que deja leer sus SMS a cualquiera. Pero se creyó más listo que yo.

Levantó el mentón y me miró con ojos inyectados en sangre, echaba saliva por la boca. Pensé que parecía un perro, un bicho con cadena, no un ser humano. Empuñé el mechero con la mano.

—Les dije que se lo llevaran lejos. Llevadlo a medio camino de la maldita África y arrojadlo al mar. Dijeron que gruñía como un cerdo cuando lo echaron al mar.

Me agaché con cuidado y cogí un par de calzoncillos de seda roja que estaban tirados en la alfombra. Los arrugué, di un paso al frente y se los metí en la boca.

—Calla, maldito.

Movió la cabeza y volcó el cuerpo para darme patadas pero no pudo alcanzarme. Contemplé al hombre que se revolvía en la cama, su tez pálida y sus ojos enarcados, el vientre que se desbordaba por encima de una polla encogida. Y vi el reloj en su brazo, las maderas preciosas del camarote, la riqueza entre la que se revolcaba.

—Vaya mierda de tipo, maldita alimaña —dije—. ¿Qué demonios hace que te creas más importante que Patrick, que todos los demás que han muerto por esto?

—Uuuuh —dijo.

Levanté de nuevo la botella.

—Por Salif —dije y rocié su cara de gasolina—. Por Checkna, por Sambala y por el muchachito que jugaba al fútbol, por Mary Kwara…

Estiré el brazo y apliqué un chorro de gasolina a la seda roja de su boca.

—Por Patrick.

Permanecí un segundo viendo cómo el líquido empañaba la seda. La muerte en su mirada. No sentí nada, ni siquiera duda.

Encendí el mechero y mantuve la llama ante él.

—Arde en los infiernos —dije agachándome. La llama del mechero fue al encuentro de la gasolina de la alfombra y se inflamó.

Alain Thery expulsaba sus ahogados gritos cuando el fuego se extendió por el piso. Yo retrocedí a toda prisa. Lo último que vi antes de cerrar la puerta de un golpe fue un rostro desencajado que colgaba de la pared, las piernas que se movían atrás y adelante cuando las llamas alcanzaron la cama.

Me quité los zapatos de tacones y corrí descalza por medio del vestíbulo, escalera arriba. Miré hacia la escalera de plexiglás que conducía al puente de mando de la cubierta superior, donde estaba el patrón. La puerta podría detener la humareda un breve rato pero la alarma podía saltar en cualquier momento.

Rodeé la cocina y corrí por medio del bar y abrí las puertas acristaladas a la noche oscura. A lo lejos vi las luces de la orilla y traté de orientarme mientras me deslizaba por la escalera de la derecha. Estribor, dijo una voz dentro de mí, el tono jovial del vendedor. «Así decimos cuando navegamos».

Europa debía de ser el continente a proa, constaté, mientras me volcaba sobre la tapa del depósito de combustible y lo giraba con todas mis fuerzas. Miles de luces brillaban a lo largo de toda la línea de costa, un faro parpadeaba enfrente de mí. No se podía apreciar la distancia exacta, pero se trataba de un kilómetro a lo más, acaso menos. A popa se veían las luces de África, más alejadas, ojos gatunos desparramados que brillaban en la oscuridad.

La farola de un barco se meció y desapareció. La tapa del depósito estaba fuertemente enroscada. La cogí con ambas manos.

Entonces saltó la alarma, una señal escandalosa que me recorrió las entrañas y que llenó todo el espacio entre el mar y el cielo.

Ahora bajará corriendo el patrón, pensé. A través de los cristales negros de las puertas yo no podía ver el interior del yate. Quizás él vea el denso humo que sale por debajo de la puerta. Debe tratar de apagar el fuego. El yate está equipado con extintores en cada camarote, pero eso lleva su tiempo. Dos minutos al menos, tal vez más. Acaso menos. Luego vendrán hacia mí, Ramón o los dos, si había sido rápido con el extintor y si también le había dado tiempo a entrar en la sala de máquinas y encontrar alguna herramienta con la que liberar a su jefe. Quizá se dirigieran directamente al puente de mando para soltar las amarras de la lancha salvavidas, la embarcación extra que usaban para acercarse a Niki Beach o para practicar esquí acuático, seguro que una Zodiac a propulsión. En ese caso podrían alcanzar la costa y Alain Thery pronto podría almorzar de nuevo en el Taillevent.

Maldita tapa. Tenía las manos heladas de frío. Tiraba y giraba pero la tapa no cedía. Era lo que me había temido cuando inspeccioné el yate de muestra de Marina Banús. El vendedor no encontró el instrumento que se podía introducir en dos pequeños agujeros para abrirla más fácilmente.

La alarma llenó la noche con un aullido escandaloso. Las estrellas me caían encima.

Me eché sobre la tapa con todo mi peso y por fin sentí que la rosca soltaba su presa y la tapa giraba. La tuve en la mano. El depósito de gasoil quedó abierto ante mí. Arrojé la tapa al mar y saqué de la bolsa el pedazo de sábana y la otra botella. También arrojé la bolsa al mar. Desenrosqué con los dientes el tapón de la botella, el brazo me temblaba y tuve que sujetármelo con la otra mano para no derramar mucha gasolina cuando empapé todo el trapo. Escuché para mis adentros y me pareció oír a hombres que gritaban en medio de la alarma, pero podían ser los gritos ahogados de Alain Thery que rondaban descabalados por mi cabeza. Introduje en el depósito de gasoil la punta del trapo empapada de gasolina con los dedos rígidos y las manos temblando. No era suficiente con arrojar una cerilla ardiendo al depósito de gasoil, me había advertido el vendedor. El gasoil no era tan inflamable como la

gasolina. Mi jefe no debería preocuparse por la seguridad a bordo. Ya veremos, pensé mientras examinaba a conciencia los depósitos de gasoil con capacidad para dos mil quinientos litros y vi delante de mis ojos la imagen de un cóctel molotov, un trapo en llamas, empapado de gasolina, dentro de una botella de gasolina.

Prendí el mechero y lo apliqué a la punta del trapo. Se inflamó la gasolina y prendió el trapo, una llama serpenteante se aproximaba rápidamente al depósito.

Bajé el último escalón de un salto y corrí por la plataforma que era idónea para bañarse en el mar. Estaba segura de haber oído gritos cuando me subí el vestido hasta la cintura y me lancé al agua.

El agua me envolvió, helada y negra, y me deslicé a través de una blanda nada. El silencio me liberó de la alarma y de los gritos y salí a la superficie, a regañadientes, porque los pulmones exigían aire. De nuevo se abatieron los ruidos sobre mí, alejarme de aquel estruendo tanto como me fuera posible era lo único en que podía pensar, antes de que alcanzara la ola expansiva. Mi cuerpo dio con el ritmo de las brazadas y la fuerza de las piernas al aletear y nadé hacia las luces a lo lejos, nadé como no lo había hecho desde el tiempo de las competiciones escolares. Brazadas eficaces, sin pausa, no dar al contrincante la posibilidad de recuperar la ventaja, la vista puesta en la meta, gestionar el esfuerzo. Mi cuerpo estaba programado para el largo de una piscina. Estaba a treinta metros del barco cuando se produjo la detonación y el agua explotó en amarillo y naranja, y me sumergí para librarme de la ola expansiva. La sentí acercarse por detrás, disparada como un proyectil, revolcándose en un torbellino sin fin. Salí a la superficie cuando no me quedaba aire en los pulmones, me volví y vi el mar en llamas. El calor me alcanzó como un soplo ardiente sobre la superficie.

Lo único que se veía era la compacta punta de proa del Marquis de sesenta y nueve pies de Alain Thery, el resto era un incendio en llamas y una densa humareda negra. La alarma había quedado silenciada. Oí ruido de motores al oeste, donde pude imaginarme a lo lejos el Peñón de Gibraltar. Una motora se acercaba a gran velocidad, pero lo que más me importaba era que ninguna Zodiac había zarpado del yate en llamas.

Pataleé en el agua y divise un tenue cambio en la oscuridad,

hacia el este. Dentro de un par de horas se levantaría el sol. La ceniza quedaría esparcida sobre la superficie del mar y restos deformados de fibra de cristal serían devueltos a tierra, acaso cuerpos de perecidos en el mar.

Me volví al norte y nadé con brazadas regulares hacia la costa.

# Estrecho de Oresund dos semanas más tarde

—Guarda silencio ahora. —La empujó de lado con el codo.

Ella bajó la vista y pensó que él no necesitaba decírselo. No había pronunciado una sola palabra desde que cruzaron la primera frontera entre las montañas. Sentada en el autocar día y noche. En el autocar hacía calor, los asientos eran mullidos. Viajaba cómodamente. Podía echarse contra el respaldo, dormir y pensar en lo que le esperaba.

—No respondas si te preguntan —le dijo él al oído—. Eres mujer y cierras el pico. Ellos lo entienden. Saben cómo son las cosas. —Él se llevó la mano al pecho—. Yo me ocupo de hablar.

Él volvió a ponerse los cascos y ella oyó un poco de música, el ritmo. Miraba a través de la ventanilla. Nunca había visto tantos matices de gris. El cielo era de un gris pálido, encapotado de nubes de color gris oscuro que les envolvían, el gris acerado del asfalto bajo las ruedas del autocar y el humo de muchas y grandes chimeneas que se elevaba hacia las nubes y mezclaba su denso gris con el del cielo. La hierba que se mecía al lado de la carretera era de un gris dorado.

Ella iba pensando en su nuevo nombre, el que ponía en el pasaporte.

La de la foto no era ella. Sentía el nombre como una rozadura en el pie.

Una persona no es su nombre, pensaba. Desapareceré cuando los últimos me hayan olvidado.

Y pensó en Sefi, que pronto iba a casarse. Sefi habría hablado durante todo el viaje. Menos mal que no fue ella quien viajó. Sefi se habría contentado con una cama cómoda y caliente donde dormir,

un cuarto propio con vistas a través de una rendija en la ventana. Ella no habría llegado a Cádiz y la familia cargaría con la deuda el resto de sus días. Si Sefi hubiera viajado a Europa, madre no tendría casa.

Mary Kwara alzaba el cuello con cautela cuando veía acercarse los letreros. El hombre no debía darse cuenta de su curiosidad. Los letreros pasaban de largo y no le decían nada, pero almacenaba sus nombres en la memoria. Los olvidaría más tarde, como había olvidado Barcelona, Perpiñán y Stuttgart cuando quedaron a su espalda. Se preguntó cuánto podría viajar hacia el norte antes de que la tierra torciera de nuevo hacia el sur.

Malmö, pensó. Suecia. Copenhague. El estruendo de un avión pasó rozando sus cabezas.

Ella tendría que hacer lo pactado. Su madre había hecho un trato con los hombres que le prestaron el dinero para el viaje, primos de alguien que conocía. «Ellos se encargan de conseguirte un empleo y arreglarte los papeles». La abuela quiso enviarle un amuleto para que se lo colgase en el cuello, para protegerla de los espíritus del mal y de contagios. «Ese poder mágico —le soltó la madre— no lo tienen en Europa». Prescindió del amuleto pero se aprendió de memoria la dirección del hombre de Cádiz.

Nunca contaría su viaje a nadie. Su madre no quería saberlo. Sefi empezaría a llorar. Los hermanos estaban en South-South y no tenían trabajo, el dinero se lo gastaban en *burukutu* y se emborrachaban.

Pero al hombre de Cádiz le habló de los canallas que arrojaban a la gente al mar. «No tienen nada que ver con nosotros —dijo—. Bandidos, mal asunto».

*Last exit in Denmark*, decía un nuevo letrero.

El hombre de Cádiz la dejó encerrada mientras él esperaba a su *trolley*. Le había enseñado el pasaporte. «Apréndete el nombre», le escupió a la cara. Hablaba así, escupiendo, como una olla a presión que se desborda y salpica. Mary Kwara vio la foto de una mujer y preguntó quién era. «No preguntes», le escupió. Luego llegó su *trolley* y se ocupó del pasaporte.

El autocar entró en un túnel. Ella no veía el final, solo muros blancos y destellos de luz en el techo. El túnel duró una eternidad.

Miró de reojo al hombre que iba a su lado. Parecía dormir, pero no podía estar segura. Debía hacer lo que le decía. El hombre de Cádiz conocía a sus padres.

Por fin salieron del túnel y entonces pudo ver el mar. Se retrepó en el asiento. Ojalá que no tenga que montar en barco, pensó, y miles de chiribitas aparecieron delante de sus ojos, no podía respirar. La carretera se elevó ante ella y vio el puente, un puente gigantesco que se deslizaba sobre altos pilares y más allá, a lo lejos, donde el puente acababa, vio una ciudad y se agarró con fuerza al brazo del asiento. Allí voy, pensó, al otro lado del mar.

Ella cerró los ojos. Seguro que Sefi se habría quedado con la mujer que llevaba tantos collares. Se habría contentado con tener comida y ver la televisión. Sefi era floja. Ella no habría hurgado por la casa en busca de dinero cuando el ama estaba fuera, robar para comprarse el billete de autocar.

Dios no tenía tiempo para esas bagatelas, pensaba Mary Kwara, pero le había pedido perdón, por si acaso. Si ella no viajaba a Cádiz, sus padres deberían pagar la deuda y después tendría que hacerlo Sefi y los hijos de Sefi, y si los hermanos enviaban alguna vez algo a casa desde South-South, también se apoderarían de ello.

El corazón le latía con fuerza cuando salió furtivamente de la casa donde había dormido muchas noches. Tardó varias horas en dar con la estación de autobuses de Tarifa. Era una estación pequeña. Compró un billete. Cuando el autobús remontó los montes, vio la ciudad desde arriba, como un montón de terrones de azúcar que alguien hubiera esparcido por la orilla, el autobús giró y después solo vio tierra a su alrededor.

Kilómetro tras kilómetro de montes y campos, bosques y pueblos, ciudades y gasolineras. Pensó que al menos se alejaba del mar. No necesitaré ver el mar jamás.

La noche anterior, durante un instante, se vio rodeada de mar, pero cerró los ojos y pensó que la oscuridad le engañaba y le hacía ver lo que no quería ver. Los espíritus y las olas.

Pero ahora era de día y vio la ondulante superficie verde y gris a ambos lados del puente. Entre ella y el abismo solo había una barandilla baja y una vía férrea.

Iba a trabajar a fondo para pagar la deuda. Cinco años, diez tal

vez. Después sería libre.

Entonces tendría una casa de muros blancos y flores rojas que crecerían en el jardín, tendría varias habitaciones, televisor y su propia cama.

Y alguna vez tendría que volver a casa. Fue la primera vez que pensó en eso a lo largo del viaje. En volver a casa. ¿Habría alguien que la recordara?

El puente se elevaba y giraba sobre pilares altos como torres. Un letrero azul y amarillo centelleó en medio de toda la grisura. Pudo sentir cómo el viento zarandeaba el autocar.

Me llamo Promise, murmuró en silencio para sus oídos. Me llamo Promise Makinwa-Keizer.

# Praga dos meses después

La varita blanca me recorría el vientre untado de gelatina. Algo se movía en la parte baja de la imagen del ordenador, los contornos de un cuerpo diminuto que, ovillado, flotaba a cámara lenta, una pulsación placentera.

—El corazón —dijo el médico y señaló con el lápiz—. Mire qué perfecto y qué bien late.

Sonreí porque era lo que se esperaba de mí, pero lo único que veía era una imagen electrónica en la pantalla. Una figura abstracta.

—¿Tal vez quiera oír los latidos del corazón?

Asentí y él aplicó el estetoscopio contra mi vientre hinchado. Me alcanzó los auriculares. Oí un murmullo, un flujo sordo, un bombeo. Como cuando se enciende una radio antigua, esos intervalos entre emisoras en las que nadie emite. El médico desplazó la bandeja, frío metal contra la piel. De repente estaba allí. Un pequeño pálpito rápido y constante, y las lágrimas brotaron de mis ojos, todo el tórax se contrajo. Me quité los auriculares y se los di al médico. Aparté la cara y me enjugué los ojos.

Vivía. Vivía realmente en mis entrañas.

—Un espabilado gorrioncillo —dijo el médico y arrancó una hoja de papel que me alcanzó—. ¿Quieres saber qué va a ser?

Me quité el pringue del vientre. ¿Gorrión?

—Es decir, si va a ser niña o niño —añadió.

Negué con la cabeza. Niño o niña, qué más daba. Ambos necesitábamos alimento y algún sitio donde vivir. Atención sanitaria, en el peor de los casos. Los meses hasta el parto eran una exigencia contra reloj de todo lo que debía solucionar.

Me levanté del sillón, rígida y torpe.

—Entonces escribo el cuatro de mayo —dijo el médico—. Eso

significa que ahora estás en la semana veinte de gestación.

Me puse la falda de cinta elástica y los leotardos.

—¿Entonces no sufre ningún… daño? —dije y miré a la pantalla. Él había bloqueado la imagen del feto en la total quietud de un momento pasado. Una impresora estaba cargando una copia de papel.

—¿Te preocupa algo? —Él frunció el ceño—. ¿Hay algo que yo deba saber?

—Seguro que solo son los nervios —dije. La memoria emitía fogonazos de piedra y mampostería contra la cara del hombre que se abalanzaba sobre mí entre matorrales de espinos. No me despertaba sentimiento alguno, era como si le hubiera pasado a otra.

—Pareces un poco pálida —dijo y añadió que debía de ingerir alimentos que no entendí. Grabé sus palabras en la cabeza para comprobarlas en el diccionario que llevaba en el bolso. Empezaba a recuperar la lengua, pero mi nivel apenas correspondía al de un niño de seis años.

—Dale esto a la enfermera y ella te dará cita para un nuevo control —dijo y me dio la copia en blanco y negro—. Y espero que te vaya bien.

Pasé directamente al lavabo y saqué el diccionario. *Bílkoviny* era proteína y *zehlick* significaba hierro.

*Vrabec* era gorrión. Un pájaro que quería volar. Palpitando impaciente.

En la recepción, la enfermera me extendió un formulario.

—Oí decir que aquí se podía ser… invisible —dije. Anónima era la palabra que buscaba, pero no supe cómo se decía en checo. El médico trató de hablar en alemán conmigo cuando oyó mi acento, pero eso fue peor.

La enfermera me miró por encima de sus gafas.

—En todo caso, necesito nombre y fecha de nacimiento. También es bueno que tengamos un número de teléfono, algún sitio donde podamos dar contigo. No remitimos ningún dato si tú no quieres.

Miré el formulario. Allí había casilleros para nombre, año de nacimiento, dirección y nacionalidad, y un casillero vacío que se

burlaba de mí: Padre.

Garabateé deprisa los datos que me había pedido.

—El número de teléfono… es que justamente ahora —dije.

La enfermera examinó con atención alarmante lo que yo había escrito.

—Terese Wallner —leyó—. ¿Y usted nació en 1978?

—Hmm —dije confusamente, esperando que no tuviera que mostrarle el pasaporte.

Según este, yo había nacido en 1988 y acababa de cumplir los veinte años. Ally Cornwall tenía treinta y cuatro cuando desapareció. Yo era baja y tenía un aspecto poco reconocible, fácil de cambiar. Con el maquillaje adecuado podía tener entre veinte y cuarenta y cinco años. Había funcionado con la casera y a nadie le importó cuando me puse a buscar trabajo. Un pasaporte de la Unión Europea era más que suficiente. Por contra, ningún personal sanitario lo aceptaría. Para el parto tendría que conseguir uno nuevo. Tendría que empezar a preguntar por ahí.

La ventaja era que no tendría que teñirme el pelo de rubio, verano nórdico, como decía el envase. Un gasto innecesario.

Saqué la cartera y pagué la cuota sanitaria. Mientras la enfermera metía el dinero en la caja, observé el formulario ante mí.

Nombre del padre.

Antes o después me vería obligada a rellenar la casilla. «Desconocido» debería escribir e insistir en que no lo sabía, pero había guardado ciertas cosas en una carpeta dentro de la maleta, en la habitación que alquilaba. El anillo de casada. La foto que había arrastrado a lo ancho y largo de Europa. Alguna vez debería hablarle al hijo de su padre. Cuando fuera lo suficientemente mayor para aprender a callar.

Me asaltó otro pensamiento.

—¿Esto queda registrado en algún sitio, verdad? —pregunté.

El verbo «registrar» estaba incrustado en mi vocabulario, aprendido a los tres años en medio de la burocracia comunista.

—No, solo consta aquí, entre nosotros, en el consultorio, para no traspapelarte con otra —respondió la enfermera. Me dedicó una mirada que decía que todas nosotras, con nuestras barrigas hinchadas, éramos las mismas.

—Me refiero a si… luego, en el hospital y eso.

—Si el bebé nace aquí, en la República Checa, entonces se registra el nacimiento.

—¿También la paternidad?

—Sí, claro. —La mujer grapó mi formulario con la copia en blanco y negro—. Si sabes de quién se trata, por supuesto —añadió.

—¿Cómo era antes? —dije eludiendo su comentario—. Bajo el régimen comunista, Husák… 1970. ¿También lo registraban entonces?

La enfermera rompió a reír.

—¿Me estás tomando el pelo? Esos registraban con quién te veías, el desayuno que tomabas, los libros que leías. Pues claro que registraban a los padres de las criaturas.

Entonces sonó la campanilla y entró una mujer con la panza al viento, la mirada gacha y un velo alrededor de la cabeza.

Terese Wallner obtuvo cita para un nuevo control un mes más tarde.

Salí a la calle del edificio que albergaba, escondido, el consultorio médico en un piso normal del barrio de Malá Strana. Diciembre había llegado a Praga con un frío que cortaba el aire. Me calenté las manos con el vaho y me ceñí el abrigo en torno al cuerpo, un abrigo de caballero, de lana, desastrado, comprado en una tienda de segunda mano, que calculé que me duraría todo el tiempo. Metí las manos en los bolsillos y anduve con pasos rápidos en dirección al río.

También funcionó hoy. Yo era Terese. Una joven mujer sueca de visita en Praga por tiempo indefinido.

Había ensayado un exagerado acento sueco y poco a poco me fui acostumbrando a sonar como uno de los personajes de *The Muppet Show*. Si alguien me preguntaba, mi checo me venía de parte de mi abuela que había nacido en Bohemia, no sabía exactamente dónde. Habíamos perdido el contacto con esa rama de la familia. Aprender mejor checo era uno de los motivos de mi estancia en Praga.

Hasta ahora había tenido suerte y no me había encontrado a ningún sueco. Por contra, un hombre para el que yo trabajaba,

estando un día más borracho que de costumbre, le dio por acusar a mi gente de haber robado la Biblia de Plata. Huí de allí antes de que me exigiera que la devolviese.

Se admitió que Alena Cornwall había muerto.

En estricto sentido jurídico, no podía declararse muerta, ya que no se había encontrado su cuerpo, pero habían contado su trágica historia.

De vez en cuando entraba en algún café-Internet, nunca dos veces seguidas al mismo, y leía lo que se contaba.

Al día siguiente del entierro de Patrick, Richard Evans escribió una crónica en la edición digital de *The Reporter*, donde elogiaba la gesta periodística de Patrick Cornwall. Escribía también sobre la valentía de su esposa, Alena Cornwall, que desapareció semanas después de la muerte de su marido. Una carta dirigida a su ayudante indicaba que se había quitado la vida en aquel proceloso mar del desaliento, el mismo mar que se había cobrado la vida de Patrick Cornwall.

Debió conseguir la foto de nuestra boda y Benji tuvo que ayudarle, porque citaba mi última carta: «No puedo seguir viviendo. Espero que encuentres el amor y si lo haces, Benji, mantenlo a cada instante».

El nombre de Patrick volvió a aparecer un mes más tarde, en las páginas de espectáculos, cuando George Clooney declaró que estaba enfrascado en un proyecto cinematográfico; le había afectado el compromiso para con la justicia de Patrick Cornwall y quería contar su historia. Luego volvió a hacerse el silencio.

Alain Thery desapareció poco a poco del flujo de noticias. El atentado de Puerto Banús había conmovido a media Europa y había copado las portadas de la prensa durante semanas. Uno de los cuerpos calcinados apareció maniatado con esposas, lo que era indicio de asesinato premeditado. Por otro lado, dijeron que había sido un ataque terrorista perpetrado contra la
*jet-set*
como símbolo del despreciable estilo de vida de Occidente.

Alain Thery fue identificado rápidamente, un eminente empresario y una cara conocida en la vida de la farándula de Francia y de la Costa del Sol española. Muchos lamentaban su

muerte. Incluso el presidente francés declaró que el atentado llamaba a redoblar los esfuerzos de toda Europa contra la criminalidad y el terrorismo.

Pero no encontraron un culpable. La pista terrorista fue archivada cuando ningún grupo reclamó su autoría al cabo de unas semanas. Lo último que leí es que probablemente se trató de un autor solitario.

Nunca creí que la policía vinculase el crimen a Alena Cornwall. Por contra, había otros que podían hacerlo: los hombres que me violaron en Tarifa y la red criminal que se extendía por toda Europa y más lejos de sus fronteras.

La voz en aquel solar baldío, cuando me tumbaron con la cara contra las cañas, ovillada y esperando la muerte: «… Y no trates de esconderte. Daremos contigo donde quiera que estés».

Por eso permití que muriera en el mar.

Cuando me levanté y sentí tierra firme bajo mis pies, arena y piedras cortantes, fue como volver a nacer. Me arrastré el último trecho, congelada y exhausta, y fui a parar a una playa solitaria junto al club de tenis, unos cuantos kilómetros al oeste de Puerto Banús.

Aún se veían las llamas a lo lejos, un par de embarcaciones con reflectores circulaban a prudente distancia del yate en llamas.

Me oculté tras unos matorrales hasta el amanecer y, cuando el club de tenis abrió sus puertas, me colé y me sequé con un secador de mano que había en los lavabos. Saqué la bolsa del dinero de su escondite y extraje un par de billetes, mojados, de diez euros. Metí el resto dentro de las bragas y salí en busca de la carretera. La recorrí descalza hasta que llegué a una parada de autobús.

En la terminal de autobuses de Marbella, abrí la consigna automática y me cambié de ropa, me puse vaqueros, un jersey y deportivas nuevas, y me guardé el pasaporte de Terese Wallner. Metí el vestido de Armani en una bolsa de plástico y la tiré a una papelera. Luego subí a bordo de un autocar que iba a Madrid y no desperté hasta que estuvimos lejos, en el centro de España.

Entonces me planteé qué camino debía seguir. Al norte desde luego que no, allí estaba Francia, y al sur estaba la frontera exterior de Europa, donde habría que enseñar el pasaporte. Caí en la cuenta

de que, si había empezado a recordar el francés, también el checo estaría oculto en algún lugar de mi memoria. Saber idiomas me facilitaba confundirme entre la multitud, y la República Checa era miembro de la Unión Europea y del Acuerdo de Schengen, el acuerdo de libre circulación entre países de Europa.

«Ni siquiera miran el pasaporte», me dijo el tal Alex. Fui al Blue Heaven Bar a preguntar por él y se presentó allí al cabo de una hora. Resuelto y guapo a su manera, un tanto descuidada. Y claro que tenía un pasaporte en venta. La edad no encajaba, claro, y no nos parecíamos, pero qué más daba, dijo. «Rubia, sueca y ciudadana europea, con eso vale. Con que te tiñas el pelo entras en el país que te dé la gana».

Tuve taquicardia cada vez que crucé una frontera, pero en ninguna me pidieron el pasaporte.

No experimenté sensación de reencuentro cuando llegué a la estación de Praga. Necesitaba trabajo y vivienda. Lo demás era irrelevante.

Dormí siete noches en un albergue de la Escuela Superior de Comercio, luego obtuve información sobre un cuarto de alquiler. La dueña tenía más de setenta años y vivía sola en un piso de siete habitaciones. Compartí cocina y baño con dos estudiantes de Dresde a quienes saludaba «buenos días y buenas noches» al cruzarnos. Debía encontrar algo distinto, preferiblemente un piso propio, pero era difícil conseguir algo barato. La casera me había dejado claro que no quería oír gritos de niño en el piso. Echaba de menos a Husák, decía, los viejos tiempos, cuando reinaba el orden. Entonces no había necesitado de inquilinos para ir tirando.

Nunca hablé con nadie más que lo estrictamente necesario, ni siquiera en la tienda. El riesgo de ser descubierta siempre estaba presente. La única solución era la soledad.

Sentía ganas de llamar a Benji, solo por la alegría de decirle: «Hola, soy yo».

Pero la red criminal podía rastrear llamadas, buscar a la gente que yo conocía. Bajo ninguna circunstancia podía entablar contacto con nadie de mi pasado.

Pero alguna vez pensé que había una persona. Si seguía viva. Una persona que nadie podría relacionar con Alena Cornwall,

porque ni siquiera yo sabía cómo se llamaba.

Pero su nombre figuraba en algún registro.

Ahora no, pensé, pero quién sabe si en el futuro… Cuando pueda dedicar mis días a desempolvar viejos archivos. Cuando pueda permitirme el lujo de pensar en mí misma.

Apreté el paso todo lo que pude bajando por las empinadas calles de Malá Strana. Era un barrio donde nunca había estado. En un bar de mala muerte me compré una hamburguesa para comer de camino. *Bílkoviny y zehlick*, proteínas y hierro.

Me detuve frente al río. En la otra orilla cabrilleaban los decorados navideños de Nové Mesto. El aire permanecía estancado en el frío y el agua se desplazaba lentamente, como aceite viscoso.

Reconocí las casas de la otra orilla. El agua oscura. Y una embarcación que se deslizaba a lo largo del muelle.

Era distinto, pero estaba segura de que fue aquí donde estuvimos. Aquella vez de hacía treinta años, mi único recuerdo. Cuando me había agarrado por la cintura con sus fuertes manos y me levantó para ver mejor los barcos.

Di unos pasos al lado. Aquí exactamente. Miré la superficie negra del agua, desapareció el rumor del tráfico y oí un tono en la cabeza, una voz grave a mi espalda, como una caricia en el cuello.

«En la escuela te dirán que es el río Moldava…».

¡Su voz! Cálida y pegada a mi oreja mientras me mantenía levantada para que pudiera ver. Y la barca allí abajo era pequeña, solo un viejo, con gorra en la cabeza.

«… pero es todos los ríos del mundo. Corre por Austria y allí se convierte en Danubio y luego prosigue su curso hacia el oeste y se convierte en pequeños ríos que se incorporan a otros ríos y se convierten en el Rin, que se extiende hasta el Atlántico y se junta con el mar y todos los mares y ríos del mundo están unidos, siempre es la misma agua».

Y veo el vaho que recorre mi oreja, es el vaho de su boca, hace tanto frío, y también respiro y me río cuando mi vaho se mezcla con el suyo.

«También nosotros somos agua», me dice. «Más que nada somos agua».

«Nooo», le digo, «Nijak ne».

Y me río por lo estúpido, porque yo no soy agua, y me doy la vuelta para decírselo y entonces le veo.

«Le veo».

Los dientes un tanto torcidos y los labios finos, da vueltas a mi alrededor para que le mire a los ojos, pardos, y azul la bufanda que lleva alrededor del cuello, mi rostro pegado al suyo. Un destello de seriedad, algo negro en sus ojos.

«No confíes en lo que te diga nadie… Alena milenka…».

Luego vuelve a reír y me sube a hombros, grito porque quiero bajar y saber lo que quiere decir, no comprendo.

Pero él camina hacia el puente contoneándose y cantando en voz alta para que la gente se le quede mirando.

*People are strange, when*
*you're*
*a stranger*
*Faces look ugly when*
*you're*
*alone…*

Y conozco tan bien la letra, pero no es a Jim Morrison a quien escucho sino la voz de papá. Con descuidado acento checo.

*When*
*you're*
*strange*
*Faces come out of the rain*
*When*
*you're*
*strange*
*No one remembers your name*
*When*
*you're*
*strange, when*
*you're*
*strange, when*

*you're*
*strange…*

El teatro estaba en una anodina calle perpendicular a Vaclav Namesti. Reparé en que habían puesto los fotogramas de la representación en la vitrina junto a la entrada, reproducidos en un tono marrón sucio que pegaba con una escenografía que recordaba a la era comunista. Quedaba una semana para el estreno.

La chica de la taquilla apenas levantó la vista, profundamente sumida en un libro. El interior del salón estaba vacío, pausa entre ensayos. Me detuve delante del escenario. Mientras contemplaba el cuadro escénico, repetí en checo unas réplicas para mí misma, en silencio.

«Hay un roble a la orilla del mar con el tronco rodeado de cadenas doradas».

Lo escuchaba tan a menudo como podía para introducir ritmo y poesía en mi escaso idioma. Para evitar sentirme como un crío.

Había algo que no encajaba. Moví primero la cabeza a un lado y luego al otro para descubrir lo que me molestaba en aquella escenografía. Había una asimetría no resuelta.

El espacio escénico era desnudo y lúgubre. El director había escogido situar el marco de *Tres hermanas* de Chéjov en la guerra fría y en un estado comunista cuyo nombre no citaba, donde el sueño era emigrar a Estados Unidos. No era una versión muy exacta, pero el interés del público era grande incluso antes del estreno.

Me llevó unos minutos, luego vi lo que estaba mal. Subí deprisa la escalerilla del escenario y bajé un retrato de James Dean que colgaba de la pared, símbolo del anhelo de las hermanas por Occidente. La alcayata se soltó al manipularla un poco. Me mojé un dedo y lo restregué contra el tapete para paliar las marcas del hueco.

Luego coloqué la alcayata un metro a la izquierda, la fijé al fondo y volví a colgar el retrato. Retrocedí hasta el borde del escenario y contemplé el resultado.

—¿Qué estás haciendo? ¿Estás loca?

Era uno de los que trabajaban en el escenario, un joven rubio.

—No puedes tocar la escenografía, ¿comprendes?

—Perdón. —Bajé torpemente del escenario, maldito vientre.

El joven tenía un destornillador en la mano y sujetaba una escalera, iba a ajustar la iluminación. No pude dejar de echar una mirada al cuadro escénico. Ahora encajaban las medidas.

—¿Qué estás haciendo en el escenario? —Señaló a James Dean con el destornillador—. ¿Pensabas robar el retrato o qué?

—No, solo quería… perdón, no es nada. —No necesitas decir nada a nadie.

Él meneó la cabeza subiendo la escalera. Salí por la puerta lateral que conducía a la parte de atrás del escenario. Bajé la vista cuando me topé con uno de los actores en el pasillo. Basta ya de errores.

Sigue siendo invisible.

Anduve con la mirada gacha hasta el cuarto de la limpieza, al lado de los camerinos, abrí la puerta y descolgué mi bata de una percha. Ocultaba las formas y me hacía parecer gorda, no embarazada. Enganché las fregonas y salí marcha atrás. Giré con el carro de la limpieza y lo empujé pasillo adelante.

# Gracias

A Julien y Sarah Bobroff, por su inestimable ayuda con las pesquisas realizadas en París. A Ulla Kassel, por el acercamiento al oficio de escenógrafo, a Richard Reiss por orientarme en East Village y a Anna Ehrman por instruirme sobre la legislación francesa. A Elisabeth L. Fort, del Joyce Theatre de Nueva York, a Juan Triviño Domínguez de la Cruz Roja de Tarifa y a Johanna Eriksson-Strand de la Dirección General de Medicina Legal de Umeå.

También quiero dar las gracias a Boell Forssell, Claes Forssell Andersson, Kina Alsterdal, Olivia Taghioff, Kicki Linna, Nikolaj Alsterdal y a todos vosotros que me habéis echado una mano, que habéis respondido a mis preguntas, leído y ayudado de una manera u otra. A Kristoffer Lind, por creer en esta historia y a los demás magníficos colaboradores de la editorial.

A Liza Marklund, ¡siempre! Por sus lecturas y relecturas, por el aliento y la sagaz crítica. Sin ti, no me las hubiese arreglado.

Por último, mi eterno agradecimiento a Elsa Bolin, por todo.

TOVE ALSTERDAL (Malmö, Sueciaia, 1960). Novelista sueca. Ha ejercido también de guionista para televisión, radio y cine, a la vez que ha escrito piezas teatrales y ha colaborado en medios de comunicación.

Su primera incursión en la novela, Mujeres en la playa, fue un absoluto éxito de ventas en Suecia, por lo que muy pronto se exportó a otros países del continente.

Su familia tiene sus raíces en el extremo norte de Suecia, una zona fronteriza rural donde se desarrolla su segunda novela.

Ahora vive en Estocolmo con sus tres hijas.